DANIEL GUEBEL

El Rey y el filósofo

RANDOM HOUSE

DANIEL GUEBEL

El Rey y el filósofo

RANDOM HOUSE

PRIMERA PARTE

“Cada sustancia singular expresa todo el universo a su manera, y en su noción están comprendidos todos sus acontecimientos con todas sus circunstancias y la serie de todas las cosas exteriores. Unos ojos suficientemente penetrantes, como los de Dios, podrían leer en la sustancia más pequeña toda la sucesión de las cosas del universo. Dicho de otro modo, el presente está ansioso de futuro y grávido de pasado, y todo conspira a favor de su aparición.
(Estoy diciéndole dos veces lo mismo, lo que sin duda expresa un pensamiento distinto)”.

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a
Antoine Arnauld, lógico

I

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Los fabricantes de manos rascadoras de marfil están de parabienes desde que el palacio se infectó de pulgas. Ocultas en los pliegues de los cortinados, esperan el paso de los lebreles para caerles al cogote, se las ve saltar y aterrizar sobre los cortesanos. Tejiendo redes con sus saltos ornamentales van de peluca a peluca, se hunden en los batidos esponjosos de pelo de cabra o de caballo (las económicas) o de cabellera humana (las costosas). Tienen tanta sangre a su disposición que si uno las captura y aprieta sus caparazones quitinosos sueltan tal cantidad que manchan enteramente la mano. Para eliminar la plaga, Guy Crescent-Fagon, el médico de Su Majestad, dispuso que se cerraran los grandes ventanales y se soltaran frailecillos, zampullines, carboneros, chorlitejos y pinzones. Y es cierto que al principio el número de insectos se redujo gracias al picoteo de las aves, pero pronto, por una pulga que era atrapada, había cientos que encontraban refugio y alimento entre el plumaje. Así, enloquecidas por las picaduras, las aves se lanzaban en vuelos rasantes; rebotaban contra las columnas, pilastras y nichos; chocaban contra las esculturas de Anguier, Girardon, Coysevox, Coustou, Sarazin, los hermanos Balthazar, Marsy y Puget; se estrellaban contra las cornisas y arquitrabes y contra las salientes de los armarios, las puertas y los gabinetes de escritura; enceguecían con el brillo de las chapas cortadas y pegadas a los marcos de los muebles, con las reverberaciones del carey, con las incrustaciones entrelazadas y los relieves en estuco dorado y los paneles policromos; se descerebraban al golpear contra los capiteles de las pilastras de Rancé o se desnucaban contra los trofeos de bronce dorado que adornan los entrepaños de mármol verde de Campan que cinceló Ladoyreau; creían encontrar una salida al mar o un espejismo de arena en las conchas marinas que trazaban sus curvas y arabescos en las paredes; algunas, por cansancio, se posaban sobre los estantes de las chimeneas y volcaban sin querer los jarrones, paraban a respirar sobre las cuatro columnas de las camas duquesa o descansaban enredándose las patas en el repujado de los almohadones y de los cojines, dejando las

marcas de su peso en el acolchado de los sillones confesionales y llenando de plumas las sillas y los sillones y los canapés. Pero la gran mayoría, antes de caer muertas de agotamiento, acometían un último vuelo y vaciaban sus cloacas sobre los gobelinos y las alfombras de Aubusson y los cuadros de Rigaud, La Tour y Le Brun. Para detener o al menos moderar los excesos de ese infierno selvático, Su Majestad dispuso una "temporada de caza interior". Provistos de redes de atrapar mariposas, los cortesanos agitaban sus tules por los Salones de la Guerra y de la Paz, saltaban y se tropezaban y caían en la Escalera de los Embajadores, cumplían con la misión asignada en el Salón del Trono, se internaban con falsa discreción en el Gabinete de los Placeres Reales y alojaban sus capturas en jaulas de mimbre. Pero eran tantos los pájaros y tantas las jaulas requeridas que hubo que contratar de urgencia a maestros de cestería, para quienes Su Majestad diseñó los modelos que precisaba. Las había rectangulares, esféricas, ovoides, cuadradas, de doble o triple piso, en forma de catedral romana, de pagoda china o de laberinto. Debido al apuro por resolver la cuestión, estas jaulas no se vieron beneficiadas por aditamentos de cobre, bronce, estaño, escamas de tortuga, huesos, marfil o piedras preciosas: Su Majestad prefirió resignar los encantos de la forma en beneficio de la función y la corte tomó esa sencillez como una exquisita afectación de despojamiento. Cuando cada jaula tuvo su cautivo, se las distribuyó en galerías, salones y aposentos, en cámaras y antecámaras y escaleras y pasillos y pasadizos, pero eran tantas que resultaba difícil dar un paso sin tropezar con ellas y sin volcarlas, con lo que además se derramaba el agua de los bebederos y se esparcían las semillas de mijo y de alpiste para gran contento de roedores que abandonaron los pantanos rellenados de las cercanías e invadieron el palacio. Las ratas de mayor tamaño se deslizaban entre los barrotes y hacían presa de los ejemplares pequeños y de tonalidades más vistosas, que no tenían más alternativa que morir piando escandalosamente.

La situación empeoró a tal grado que se hacía difícil dormir a causa del alboroto nocturno. La música de las voces de amor que antes corría de habitación a habitación, de gabinete en gabinete y de antecámara en antecámara, fue sustituida por el rumor de las quejas y los llantos de desesperación que se filtraban a través de las puertas y las paredes acolchadas, lo que, sumado al bochinche animal, daba por resultado que Versalles sonara como la jungla africana. Al amanecer, cuando la guardia real inspeccionaba las vastas salas y los salones amplios y las galerías

interminables, se encontraba con tal aumento de la población de pulgas que cada paso era una hecatombe de insectos. Crujían éstos, al ser aplastados, como hogazas de pan recién salidas del horno. Y, por otra parte, los guardias, apartados de su función natural, debían emplearse en vaciar las jaulas y sustituir a los pájaros que en el curso de la noche sucumbieron al asedio pulgoso y rateril, quedando secos y con los ojos salidos de las órbitas.

Visto el fracaso de esas soluciones, Su Majestad decidió mandar sobre las fuerzas naturales y ordenó la realización de los planos de un ingenio hidráulico llamado Máquina de Marly, con el fin aparente de proveer de agua del Sena a las fuentes y estanques del palacio y el más secreto de un lavado general de toda la edificación que eliminara el flagelo.

En cuanto a la vida cotidiana, debo mencionar que la disposición arquitectónica de Versalles sirve a las costumbres del monarca. Para dar un ejemplo, la Antecámara Real comunica directamente con su Gabinete de las Pelucas, que guarda, según él mismo se precia, mil y uno de estos aditamentos, el último de los cuales está hecho de oro trabajado hebra por hebra para dar la ilusión propia de la cabellera de Apolo. Del Gabinete de las Pelucas, sin transición de pasillos o pasadizos, se accede a la Habitación del Consejo. Luego, Su Majestad debe atravesar dos, tres o cinco cámaras más antes de acceder al Real Salón de Baño, donde mantiene las reuniones con el Gabinete sumergido en su tina. Incluso, hay quienes aseguran que se baña varias veces por día y luego derrama sobre su cuerpo litros y litros de perfume, pasándose también un pañuelo embebido en alcohol por el rostro para limpiarlo de cualquier impureza o resto graso. No puedo descartar esta versión, pero la más difundida indica que prefiere recibir a sus Ministros en la Sala de Menesteres, a la que ingresa, perdonando la expresión, cuando tiene ganas de cagar.

Este tema, el de sus deposiciones, se ha convertido en un asunto de Estado y en fuente de ingresos para la corona. Nobles y cortesanos pagan anualmente entre sesenta y cien mil escudos de oro para asistir al acto de evacuación en la Silla de Menesteres, que es un trono con un agujero que desemboca en una vasija de porcelana blanca. La asistencia a ese acto cotidiano es tenida por un privilegio y una oportunidad de gestionar exenciones impositivas y oportunidades de negocios. Su Majestad hasta rentó el puesto de Encargado de Menesteres, es decir, de vaciador de vasijas y limpiador de culo, al Duque de Rochechouart, Primer Gentilhombre de la Cámara, quien recauda en contante y sonante el

tributo de los asistentes y se queda con un porcentaje fijo del total. Como detalle tal vez nimio, pero que ilustra los modos en que sube y baja la figuración en Versalles, el Duque de Rochechouart ha sufrido una merma en el afecto de Luis XIV que pone en serio peligro la continuidad de su labor y el futuro de su descendencia, luego de que el monarca encontrara inadecuado el material empleado para la higiene íntima, llevándolo a quejarse a viva voz de su aspereza y falta de absorción. Sus gritos se escuchaban por todas partes: "¿Qué pasa? ¿No hay papel a la altura de mi culo que vienen a limpiármelo con una ortiga? ¿Es una broma o estoy rodeado de imbéciles?".

Después de producida la real evacuación, la vasija es entregada a los médicos, que examinan consistencia, color y cantidad de lo expulsado, lo olfatean y revuelven con cucharas de plata hasta desmenuzarlo en busca de cualquier signo de enfermedad o trastorno digestivo, llegando incluso a retirar partes cuando observan mucosidades verdolagas o negruzcas, que de inmediato someten a análisis. Este trato ceremonial de heces se volvió de rigor a partir del año en que Su Majestad comenzó a padecer un bulto situado en el nacimiento del ojo solar u ojete que le impedía la cabalgata matinal y sentarse derecho en su trono, sillón o butaca. Los médicos de la corte intentaron remediar el problema recurriendo a ungüentos, lociones y enemas, pero nada dio resultado: Su Majestad tenía una fístula anal. Así que finalmente hubo que recurrir a su cirujano. Ahora bien, Charles-François Félix de Tassy estaba acostumbrado a seccionar forúnculos y escrófulas y a rebanar brazos y piernas en ocasión de gangrena o de mutilaciones de guerra, pero jamás había operado sitio tan delicado ni a paciente de tal condición. Por lo que tras estudiar a conciencia la forma, textura y ubicación de la fístula, informó a Su Majestad que precisaría de unos meses para diseñar el bisturí adecuado para la intervención y para adiestrar la mano realizando prácticas de cirugía intensivas. La propia guardia del Rey se ocupó de reclutar voluntarios en los asilos de huérfanos, entre las mujeres retiradas de las casas de tolerancia, entre los mendigos que infectan las calles y los extramuros de París. Nadie se tomó el trabajo de calcular el número de operados, y tampoco es posible saber el estado en que les quedaban los traseros. Sí se conoce en cambio que los pantanos y las tierras húmedas acogieron a quienes no resistieron la faena médica. En cuanto al propio Rey, llegado el momento, se encerró en su Aposento Real, se puso boca abajo, invocó el auxilio divino, tomó de la mano a su amante oficial,

Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, y se entregó al trabajo del bisturí curvado que terminaba en una sonda que se introdujo a todo lo largo de la fístula. La intervención duró tres horas, y al día siguiente ya recibía en el Salón del Trono.

A partir de entonces, gran parte de la corte buscó congraciarse con Su Majestad solicitando idéntico tratamiento, en tanto que otros optaron por pasearse por los jardines de palacio con el culo sano pero envuelto en vendas o cubierto por una almohada. La moda cular duró lo que duraron otros tantos caprichos, pero aquel fue declarado "año de la fístula", y un músico de creciente reputación, Jean-Baptiste Lully, compuso en honor de Luis XIV la canción "Dios salve el trasero del Rey".

Volviendo al punto de la vida cotidiana… cuando Su Majestad visita a la Reina para cumplir con sus obligaciones conyugales debe atravesar las siete antecámaras de su departamento, cruzar el Patio de los Naranjos (con el riesgo de coger un resfriado), recorrer el Gran Gabinete, surcar el Salón de la Paz… y recién accede a su departamento luego de ascender los doscientos escalones de la Escalera de la Reina. Esto indicaría una distancia en el vínculo entre ambos, que por el momento no puedo evaluar si es frialdad personal o asunto político.

II

Diario de Johann Georg von Eckhart

Para el caso de que estas páginas escritas por mi humilde persona pasen a la posteridad, me veo en la obligación de presentarme al lector. Soy Johann Georg von Eckhart. Pertenezco a una de las familias tradicionales y de mejor posición del condado de Baviera, pero una serie de circunstancias desfavorables (que no es del caso mencionar) me redujeron a un estado de necesidad lindante con la extrema pobreza. Por fortuna, cuando ya veía el abismo abierto ante mis pies, Su Excelencia, Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia, me recomendó calurosamente al filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz, sugiriéndole que me tomara como valet, amanuense, asistente de cámara y confidente. Siendo Schönborn su principal mecenas, el señor Leibniz no pudo negarse y me concedió el empleo. Y antes de ponerme a las órdenes del filósofo firmé un contrato de prestación de tareas con el Elector de Maguncia, una de cuyas cláusulas exige que el señor Leibniz ignore su existencia. Así, él

sirve a Su Excelencia y yo a ambos y recibo doble salario.

Pasado un tiempo pude ganarme la confianza de mi nuevo amo. Tal como me ordenó Johann Philipp von Schönborn, atiendo al señor Leibniz en sus necesidades cotidianas y además tomo sus dictados, tanto los que versan sobre asuntos filosóficos, matemáticos, ópticos, literarios, políticos, lingüísticos, religiosos, químicos y alquímicos, como los destinados a su correspondencia. De todo ello, así como de mis propios informes, guardo copias que transcribo en clave criptográfica y envío para conocimiento del Elector. Así, mientras el señor Leibniz se ocupa de representar los intereses de Alemania ante el monarca francés, yo cargo con la misión de registrar el funcionamiento del país en lo relativo a población, religión, clases sociales, costumbres, economía, ejércitos, fortalezas, y en lo que concierne a la vida privada y el comportamiento público de Luis XIV. En tiempos futuros tal vez estos apuntes tendrán lugar junto a la *Historia universa*l de Polibio, la *Anábasis* de Jenofonte o la *Historia de Alejandro Magno* de Flavio Arriano, libros que no he leído pero que el señor Leibniz suele citar en su correspondencia.

Volviendo a mis circunstancias personales, confieso que en un comienzo me sentí superado por las dificultades en el aprendizaje de la criptografía; en mis prácticas de transcripción confundía equivalencias, introducía guiones donde correspondían espacios, ponía números en lugar de vocales o consonantes, erraba en los valores y la disposición de letras, sílabas, palabras… Si en el doble ejercicio de traducción probaba redactar una frase sencilla como: “El Rey tarda en recibirnos” y luego la pasaba al sistema criptográfico elegido, convirtiéndola en, por ejemplo, “L4Rt 8iuzi wjMitxmñ90”, cuando debía volver al origen, es decir, a la sencilla frase “El Rey tarda en recibirnos”, lo que quedaba a cambio era, por ejemplo, “Una sombra en terraplén”, o “araña en la tela”, o, peor aún, “Drk clat mulki stolun”. Y no es que me fallaran los espejuelos o confundiera espacios, signos, letras y palabras completas; de haber ocurrido esto tampoco habría podido tomar al vuelo los dictados del señor Leibniz, quien revisa mis transcripciones y jamás encontró ocasión de queja.

Pero con la práctica fui mejorando y ya puedo decir que soy un criptógrafo a la altura de los expertos. Por eso, y para tener la “mano caliente”, decidí que también emplearé el mismo sistema para la escritura de estas notas de diario, al que ahora doy inicio.

Muchas cosas pasaron desde que el señor Leibniz y yo llegamos a

Versalles. Sobre todo, tiempo. Estamos a comienzos de la temporada invernal y el Rey aun no nos ha recibido. Esta demora no inquieta al señor Leibniz; da por hecho que es la conducta usual del monarca, aun con delegaciones más numerosas que la nuestra, compuesta de dos personas. Al parecer, Luis XIV busca que los visitantes sientan el peso de su propia importancia, dato que a embajadores, legatarios o simples enviados les consta de antemano; de lo contrario no se armarían de paciencia para soportar el destrato, que por su parte tiene un precio que estos dignatarios se cobran cuando, llegado por fin el momento del encuentro con el Rey, piden más de lo que venían a buscar. Y no sólo eso. Durante toda la espera vivieron, cohabitaron, jugaron a los juegos de salón, intrigaron, fornicaron con las cortesanas y las criadas y se alimentaron a expensas del Estado francés, y en esa frecuentación reunieron además toda clase de datos acerca de la situación del reino. Entonces, ¿cuál es la ventaja que el monarca obtiene con semejante conducta? Llevado por estas dudas, en un momento de desazón me atreví a transmitirle mis dudas al señor Leibniz. Él me contestó:

—Creo que Luis XIV lo tiene todo fríamente calculado. Quiere que conozcamos al detalle los aspectos de la actual grandeza de Francia para que perdamos de antemano toda esperanza de que le interesará lo que otra nación pudiera ofrecerle…

—Pero en ese caso no tiene sentido que el Rey reciba a nadie, ni tampoco que permanezcamos aquí… ¿Qué nos retiene entonces, señor?

—Por un lado, nuestro encargo; por el otro, la curiosidad —respondió mi amo.

III

Diario de Johann Georg von Eckhart

La respuesta de Gottfried Wilhelm Leibniz es doblemente razonable; la misión que nos condujo a Versalles está lejos aún de su cumplimiento y, siendo mi amo un filósofo a la altura de Sócrates, Platón, Plotino, Aristóteles, Descartes y otros tantos que conozco de mentas, sus intereses y su curiosidad abarcan territorios más amplios que los míos… Incluso, no parece alterado por la demora. Mientras yo me ocupo de husmear por aquí y por allá, mi amo se queda muy tranquilo en las habitaciones donde nos alojaron, envuelto en su bata, con la mirada perdida en las pinturas

del techo abovedado, pensando y aspirando lo que él llama su “humo de meditaciones”.

Para hacerlo, recurre a un dispositivo que le envió uno de sus corresponsales de la orden de los jesuitas. Está compuesto de una vasija provista de una cazoleta, una serpentina y una boquilla, y su funcionamiento es el siguiente. La boquilla, de nácar, se prolonga en una serpentina que a su vez entra por la parte inferior de una vasija llena de agua fresca. Esta vasija, pequeña y de forma tosca, está hecha de una porcelana blanca a la que los años resquebrajaron en series intrincadas de finísimas heridas que, según mi amo, imitan el alfabeto chino. Ya en el interior de la vasija, la serpentina se retuerce en espiral, trazando un recorrido envolvente, y asciende y se adhiere a la base de la cazoleta, de bronce repujado, primorosamente horadada con figuraciones de estrellas y dragones, tan diminutas que sus agujeritos impiden que se filtre hasta la menor brizna de una bolita de tabaco perfumado que reposa encendida en la concavidad.

En el fondo, el dispositivo es como una pipa común, sólo que refinada y retorcida como un alambique. Y también se le parece en el uso. Como no tengo el hábito, alguna vez me llamó la atención el empeño de los fumadores y consulté al señor Leibniz al respecto. Le dije:

—Advierto el placer de contemplar cómo se forman y disipan las volutas en el aire. Pero ¿qué utilidad se deduce de esta práctica?

Mi amo sonrió.

—Debes saber —me dijo— que existen sensibles diferencias entre el tabaco proveniente de las Américas y el que me llega de Oriente. El mío favorece las ensoñaciones y los pensamientos, volviéndolos más dúctiles y deleitables. Una vez que me dispongo a fumar, debo concentrarme en el proceso. Amaso mi bola de tabaco, la coloco sobre la cazoleta, la enciendo y aspiro por la boquilla para que la brasa no se apague. Aspiro, la bolita intensifica su ardor, el humo baja a través de las perforaciones de la cazoleta, ingresa en la serpentina, se enfría en la travesía acuática, surca la boquilla y empieza a acariciar mi garganta y a invadir mis pulmones, a expandirse, a filtrarse por todos mis átomos… Y entonces mi cuerpo comienza a aflojarse, quedo laxo como una medusa, y mis pensamientos se demoran. ¿No hay pensamiento?, te preguntarás. No, no es así. Hasta en el vacío puede oírse el eco del pensamiento, la risa de una palabra en fuga. Es en ese mismo vacío donde aparece la primera idea. Tímida, se alza y desaparece. Después, tras unos instantes de espera,

como si se descorriera un telón de sombras, aparece la segunda, luego la tercera. Juntas, a cambio de huir o precipitarse como siempre, se mueven lentas, se van abriendo, dejando lugar a otras, despegándose, encontrando sus espacios, en contorsiones exquisitas. Se independizan y desarrollan, crecen en el espacio, pródigas en curvas, en elípticas, en líneas súbitas, pliegues y retorcimientos y estiramientos que culminan en plétoras de iridiscencia. Fumando este tabaco, en suma, a un pensamiento le sucede otro, que a veces deriva del primero y otras surge en disparidad espontánea, incluso en antagonismo. Y todos ellos se proponen como una especie de pensamiento que se piensa a sí mismo, ya no como idea sino como forma, un pensamiento que ilustra la posibilidad y los límites de los conceptos de extensión y duración. ¿Lo entiendes, Johann Georg?

Contemplé a mi amo, que tenía clavada su mirada sobre mí, y no supe qué esperaba que le dijera ni pude anticipar qué pensaría de mí una vez que le diera mi respuesta. Dominado por la incertidumbre, tuve que responder con la verdad:

—Discúlpeme, señor, pero no entendí nada de principio a fin, salvo que al fumar usted sueña sin estar dormido y duerme sin que se lo escuche roncar. Y en mi opinión, creo que eso deriva de la mecánica de vaciado y llenado de los pulmones a un ritmo preciso, más que al efecto de ese humo.

Apenas lo dije me arrepentí. ¿Quién soy yo para opinar sobre lo que hace o deja de hacer Gottfried Wilhelm Leibniz? Sin embargo, mi temor resultó infundado, porque mi amo se limitó a reír. Así que, aliviado, pedí permiso para retirarme, y una vez concedido abandoné nuestros aposentos y fui a cumplir con una de las tareas que me asignara el Elector de Maguncia. Mientras entraba a los salones, pensé: “Mi amo está confundido o perdió la memoria. No es él quien enciende la llama de su bolita. Soy yo quien lo hace, porque tengo la mano firme”.

IV

Diario de Johann Georg von Eckhart

Recorro los Salones de Cartas donde los cortesanos alivian su tedio a la hora del crepúsculo jugando a la baceta, al revesino, al biribí y al sacanete. Lo hago durante muchos días, no muestro voluntad de participar. Durante algunos minutos paseo entre las mesas, de pronto

suelto algún comentario como si reflexionara en voz alta. A algunos estas expresiones los arrancan a su concentración; otros ni se inmutan. Con ese pequeño recurso, ya distingo a quienes van ganando y a quienes pierden; los que no manifiestan alteración terminan apropiándose de las bolsas de sus rivales. Cuanto más nervioso un jugador, peor juega. Como el número de cortesanos aficionados a las cartas no fluctúa demasiado, luego de un par de semanas ya conozco el nivel general, que no es alto: la mayoría de ellos no tiene idea de qué hacer con los naipes que le tocaron en suerte, o afecta no tenerla. Trazado ya mi mapa, pido participar en una mesa.

Mi tono gentil y mi aspecto modesto no obran en mi favor. Primero me acompaña un largo silencio, durante el cual soy inspeccionado de pies a cabeza; me miran, subiendo y bajando la vista con rictus altaneros. Luego, alguien —creo que el vizconde Gabriel de Bondin— pregunta si poseo título que avale mi pretensión de sentarme entre nobles. Sonrío, busco entre mis bolsillos hasta encontrar el que fragüé con ayuda de un copista del monasterio benedictino de Luneburg. El documento, arborescente de genealogías, remonta mi familia hasta la corte de Carlomagno y me atribuye la posesión de castillos, abadías y conventos en Baviera; lo exhibo, tomo asiento y pongo sobre la mesa una bolsa repleta de luises de oro (que forma parte de las reservas que me proveyó el Elector de Maguncia). A los pocos minutos de juego me hago de cinco bolsas semejantes a la mía; el rumor se corre entre las mesas y los presentes empiezan a arrimarse para estudiarme: me he vuelto plenamente visible y recordable. Una vez logrado esto, comienzo a perder; a cada mano me revelo más torpe e incapaz de contener los nervios, mi frente se cubre de un sudor espeso que limpio con la manga de mi casaca, por no contar con pañuelo ni puño de encaje. Amago incluso con levantarme, pleno de rencor. Ya sólo me queda lo que traía. Entonces, un vecino me hace el siguiente comentario:

—¿El Conde Von Eckhart quiere retirarse sin haber obtenido beneficio alguno?

—Sería de necio seguir tentando a la fortuna… —digo.

El otro responde:

—Apuesto cinco monedas de oro por cada una de las suyas. Si triunfa sobre mí, con mis ahorros podrá comprarse un traje a la moda francesa… Y también, ya que estamos, un par de zapatos con moño rojo y taco cuadrado…

—¿Y si pierdo?

—Entonces, señor, seguirá ofendiendo nuestra vista con ese desdichado atuendo germano…

El insolente es Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, quien presume de ser el jugador más habilidoso de la corte. Es obvio que no le importa esquilmarme lo poco que conservo, sino divertirse a mi costa. Acepto de inmediato su oferta. El Marqués esponja las cartas, despliega su rutina de malabarismos con los aspavientos de rigor, mezcla a gran velocidad tratando de confundirme el ojo, me hace cortar sosteniendo con un dedo la carta mala que luego me entrega. Finjo que no me doy cuenta de su trampa y me dejo ganar. Se escucha un coro de voces que ponderan el talento de Dangeau. Me pongo en pie. El Marqués sonríe:

—Estimo que en su caso la mala suerte en el juego no augura una noche de amor. Pero cuando quiera, puede tomarse revancha —dice.

—El amor es la menor de mis preocupaciones, así que tomaré en cuenta sus palabras. Mañana —respondo.

Me inclino, él sonríe, estira la mano y toma mi bolsa. Pienso: “Estás perdido”.

Cada noche, durante semanas, el Marqués de Dangeau y yo nos enfrentamos. Como vive por encima de sus posibilidades y está siempre urgido por pagar sus deudas, busca desplumarme lo más rápido posible. Emplea todas las trampas existentes, desde las más transparentes hasta las más elaboradas. Dejo que me gane pequeñas sumas luego de horas de barajar, cortar, trampear, dar de nuevo. A él lo perturba no conseguir rápido un triunfo resonante frente a un rival tan visiblemente inepto. A veces, ante mi vacilación para arrojar una u otra carta sobre el tapete, suelta exclamaciones, reclama que ya queda poco sebo en las velas y que se consumirán antes de la alborada. Yo agacho la cabeza y respondo que soy insomne, y a cada protesta suya me demoro más. A esa lentitud mía los testigos deciden llamarla “el estilo alemán”. Philippe de Courcillon empieza a temer que mi capacidad de resistir a sus embates perjudique su reputación de jugador hábil y experimentado, y asegura en voz alta que terminaré desmoronándome. Yo colaboro con esa esperanza suya: algunas noches parezco al borde del precipicio económico y del derrumbe anímico, pero luego, con explosiones de sudor y de empeño, recupero lo perdido o poco menos. El drenaje de mi economía es mínimo, podría seguir un par de años sin agotar mis fondos y divirtiéndome de paso a

costa de su sufrimiento. Sin embargo, el tiempo, aun en su extensión y duración (ahora entiendo el pensamiento de mi amo) no es inextinguible ni eterno para la misión que me encomendaron, y entonces, para sorpresa de todos, es mi rival quien empieza a sufrir el drenaje de su fortuna. Primero como un goteo que parece fruto de una mala noche. Luego se convierte en una pérdida a repetición; disfruto al observar cómo reproduce involuntariamente mis expresiones de antaño mientras yo me entretengo en imitar las anteriores suyas, pero a conciencia. Los testigos pasan de la sorpresa al pasmo y después a la admiración. Alguien me comenta:

—Parece que hoy la suerte lo favoreció...

Mientras junto mis luises de oro, respondo:

—Y si me acompaña durante un par de semanas más, competiré con mi distinguido rival en elegancia, si además me favorece recomendándome a su sastre.

El Marqués de Dangeau se limita a contestar:

—Será un honor hacerlo.

Finalmente, gira la rueda de la fortuna. Empiezo a ganar y ganar y él a perder y perder. Hipoteca propiedades y malquista su herencia y deshereda a sus hijos para no darse por vencido. Pero soy implacable. La última noche en que nos enfrentamos, lo desplumo a conciencia. Cuando no le queda más que admitir su derrota y contemplar el espectáculo de su ruina, Dangeau suelta una risita afectada, se tapa la boca, pide papel y pluma y me firma un compromiso de deuda. Sé que no pagará, que no le queda con qué hacerlo. El riesgo es que al retirarse pretenda recuperar la honra poniendo fin a su vida, por lo que me adelanto y le hago un gesto. Salimos a las terrazas del palacio. El Marqués contempla a lo lejos y comenta:

—Antes del alba, esos macizos de árboles se ven como bultos negros. Alguien tendría que hablar con el jardinero en jefe de Su Majestad y decirle lo que parecen: fantasmas de la desgracia.

Le digo:

—Existe una manera de perdonarle todo lo que me debe.

—Soy todo oídos —me contesta.

(Olvidé mencionar que, mientras el Marqués de Dangeau y yo jugábamos, Georges de La Tour, pintor oficial, copiaba la escena. Al cuadro terminado lo llamará *As de diamantes*).

V

Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra. (Con copia a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía de Su Majestad)

Señor Ministro:

Confirmo el éxito en nuestra estrategia de acercamiento a Johann Georg von Eckhart, quien pretende ser Conde de alguna brumosa región de Germania y no simple criado del filósofo enviado por el Elector de Maguncia. Lo gracioso o patético es que exhibió como prueba de nobleza un documento lleno de firmas y sellos que a simple vista revelaba su carácter fraudulento.

Luego de mi "derrota" en el Salón de Juegos de Cartas —y salteo el detalle de los prodigios de ineptitud a los que tuve que entregarme para conseguir que me venciera— el agente alemán cayó en la trampa y prometió olvidar mi deuda si yo me ocupaba de sacar de palacio su correspondencia secreta y entregarla a los agentes del Elector de Maguncia.

Es de esperar que, tal como suponemos, además me pedirá datos sobre la economía y las finanzas de nuestro reino, estado de preparación de nuestros ejércitos, calidad y cantidad de soldados, armas y fuentes de aprovisionamiento, y que sobre todo quiera conocer los designios de nuestro soberano respecto del futuro de Europa.

VI

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

En su urgencia excuso la brevedad del informe: mi habilidad para las cartas me ha proporcionado como informante seguro a Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, quien se vería en la ruina si ejecuto la letra de cambio que se vio obligado a librar a mi nombre. Por su intermedio accederé a las informaciones que Su Excelencia me solicitó. Para mayor seguridad, me cuidaré de encontrarnos en pasillos,

antecámaras, aposentos y pasadizos, así como jardines y terrazas: le impuse transmitirme cualquier noticia recurriendo a uno de los sistemas de claves criptográficas que me facilitó Su Excelencia.

VII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Me complace confirmarle que el Marqués de Dangeau estableció contacto con el criado del filósofo Leibniz. Pero, si Su Majestad me lo permite, debo mencionar mi temor de que las escasas luces del Marqués le impidan obtener datos relevantes acerca de la naturaleza de la misión encomendada al sirviente y al amo. Si me lo autoriza, probaría también otras líneas de acción.

Atento a la pregunta formulada en su momento por Su Majestad, ofrezco una respuesta tentativa: la serenidad que muestra nuestro visitante ante la demora en ser recibido se debería menos a una disposición propia del espíritu filosófico que al consumo diario de sustancias narcóticas de origen chino que nuestro Teniente General de la Policía encontró en sus arcones durante una furtiva inspección realizada en las habitaciones del susodicho. ¿Qué pasaría con su equilibrio espiritual si tales sustancias le fueran sustraídas? ¿Lograríamos provocarle una crisis de abstinencia que lo conturbara al punto de no distinguir ya entre los intereses propios de su nación y los de la nuestra?

Es sólo una idea. Su Majestad decidirá al respecto.

VIII

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Ayer, temprano en la mañana, el señor Leibniz se desplazó a la ciudad de París para visitar a su dilecto amigo el señor Antoine Arnauld, eminente lógico y enemigo jurado de los jesuitas. El señor Leibniz había

dispuesto que lo acompañara y yo me determiné a no hacerlo porque no quería permanecer durante largas horas mudo, mostrando un rostro imperturbable y sin comprender ni un ápice de una conversación acerca de Dios, el Universo, la naturaleza, el orden de las sustancias, la naturaleza propia de cada sustancia, el modo en que lo que sucede a unas les sucede a otras sin que de manera inmediata obren unas sobre las otras, *et coétera et coétera*. No es que la metafísica no me interese, sino que, habiendo engordado mucho durante estos meses de ocio forzoso en Versalles, me cuesta mantenerme de pie durante largos períodos, tanto por el dolor de cintura como por el vencimiento de mi arco plantar y el tormento de mis juanetes, que no hay estiramiento o agujero en el calzado que me lo alivie. Pero sobre todo mi reticencia a acompañarlo se debía a la necesidad de cumplir con mi obligación principal, oculta a los ojos del señor Leibniz: la redacción de los informes debidos a Su Excelencia.

Al momento de la partida, entonces, me mantuve en mi lecho dando voces: me revolcaba entre las sábanas que había rociado con agua para simular transpiración y alegaba retorcijones estomacales que auguraban salidas gaseosas capaces de dejar en estado comatoso a quien las respirase, y rematé alegando dolores de giba. Así que, temiendo que apestara el ambiente del diálogo con mis efluvios, el señor Leibniz partió sin mí. Apenas vi que su carruaje se perdía en la perspectiva trazada por el camino arbolado, preparé la tinta y saqué punta a las plumas. Pero cuando estaba a punto de comenzar mi tarea sonaron tres golpes de nudillos contra la puerta. Guardé todo. Por el vano se filtraba la sombra de un par de botas gruesas. Temí que hubieran descubierto mi tarea de espionaje, temí que estuvieran por detenerme. Imaginé las amenazas, los tormentos (las tenazas calientes, el cuchillo en el ojo, el tajeo de mi carne, la ablación del miembro viril, la violación, la muerte). Abrí. Un hombre alto, vestido de negro y de aspecto por demás amenazante, se inclinó ante mí, barriendo el piso con la pluma del sombrero. Por lo elaborado del saludo, presumí que me confundía con el señor Leibniz.

—No soy… —empecé. Pero el visitante me interrumpió.

—Sé quién es y corresponde que me presente. Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía —dijo, y antes de que pudiera impedirlo, pero ¿cómo, cómo?, el hombre ya avanzaba, ya estaba en el medio de la sala, ya tomaba asiento en un sillón y con un gesto de la mano me invitaba a que hiciera lo propio, como si él fuera el dueño de

casa, lo cual en algún sentido era cierto.

—Un gusto… —dije temblando.

—¿Hay algo fresco para tomar? ¿Vino? ¿El común, tinto, o nuestro reciente descubrimiento espumante, burbujeante, que proviene de la zona de Champaña? ¿No? Lástima. Quería decirle… Ésta es una visita amistosa, podríamos llamarla un intento de conversación previa. No se trata de una indagatoria. Simplemente… En mi carácter de investigador oficial es mi deber enterarme de los motivos por los que ustedes… No. No es así como debo encarar el asunto. Lo mío está menos ligado a las finuras del lenguaje que al cercenamiento de lenguas, si entiende la figura retórica. Vamos al grano. Su Majestad arde en deseos de conversar con el distinguido filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz. Es tanto su interés, tanto su entusiasmo, que ni siquiera le molesta no haber sido informado de antemano acerca del motivo de vuestra visita. Desde luego, el Rey descarta que Leopoldo I los haya enviado para transmitir una declaración de guerra. David venció una sola vez a Goliat, y hasta ese triunfo parece un cuento judío. Pero en fin. Si el Emperador alemán hubiese querido declararnos la guerra no habría hecho falta mandarnos una embajada, incluso una tan pobre como la que ustedes dos componen... De todos modos, lo que le falta en personal se compensa con la abundancia de intelecto. ¡Eso es lo que entusiasma a Luis XIV! “Hablar con Leibniz, el famoso filósofo, matemático y alquimista…”, dice. “Escucharlo, y sobre todo que me escuche…”. Su Majestad tiene muchísimas ideas… Pero también tiene sus ocupaciones. Nada le gustaría más que contar con tiempo, eones y eones de tiempo para departir amigablemente con su ilustre visitante. Si por él fuera, lo recibiría ya mismo, los dos sentados campechanamente en banquetas de madera rústica y tomándose una cerveza hablarían de mil y una cosas. Su Majestad ama lo simple y lo sincero, pero no escapa a las obligaciones a su cargo. Y el fasto de nuestra corte, que él mismo impulsa, no es frívola expresión de una propensión al lujo y la molicie sino efecto de una necesidad de Estado. ¿Me explico?

—No llego a…

—Tampoco se le pide que sea un genio, señor. Pero retomo el hilo de mi razonamiento. Convertido en sistema, organizado en su instancia ritual, toda realización de un pensamiento certero termina exhibiendo su eficacia y multiplicándola hasta límites insospechados. Vea si no nuestra corte. ¿Entendió ahora?

—No.

—No se preocupe. Soy paciente. El sentido. Todo problema empieza y concluye allí. No tiene objeto discutir eso. Le presentaré una anécdota, sencilla y elemental tal vez, pero muy ilustrativa. Como toda anécdota, ésta ocurrió literalmente y de su nimio origen se desprenden consecuencias incalculables. ¿Me escucha? ¿Duerme o piensa?

—¡Sí!

—¿Sí qué?

—Sí, señor Teniente General de la Policía, lo escucho…

—Mejor para usted. Bien. Hace unos años, Luis XIII, padre del actual monarca, invitó a su amante de temporada, la Duquesa de Fontanges, a un rato de ejercicio ecuestre. Salieron. Galoparon. Llevada por el ímpetu, la yegua que montaba la Duquesa se adentró en zona boscosa con tan mala fortuna que a su jineta se le enredó un mechón de pelo en una rama. Esos accidentes pueden resultar fatales. El accidentado, unos segundos antes rebosante de vida, es desnucado de golpe y queda colgando como un muñeco de trapo. Pero en este caso la rama era débil y estaba seca, así que se quebró apenas se enganchó en ella la cabellera de la Duquesa, quien se limitó a frenar a su cabalgadura y acomodarse el mechón. Quizá fue el gesto femenino, el brazo alzado, la transparencia súbita de la axila y su pilosidad dorada, la curva del brazo, o todo el conjunto, lo que cautivó a Luis XIII. Desmontando, el Rey besó el zapatito de raso rosa que enfundaba el delicioso pie de su amante y le rogó que no cambiara el improvisado arreglo capilar. Al día siguiente, el estilo de "peinado a la Fontanges" estaba en la cabeza de todas. Ahora bien, ¿puede decirse que la imitación general resultaba copia exacta del modelo original? Claro que no. Porque hay cabellos rubios, rojos, castaños, morenos, hay cabellos ásperos y suaves, grasos y secos, lacios y enrulados, ralos y abundantes, y también hay conformaciones craneales distintas. Y convengamos en que el azar es un gran maestro, y reproducir con justeza sus dictados es materia imposible. Por eso, y aun siguiendo la inspiración estilística proporcionada por la cabellera de la Duquesa, cada mujer introdujo su propia modalidad, su sello de distinción. ¿Qué se deduce de esto? ¿Se le ocurre alguna respuesta?

—La verdad, señor, es que no.

—Lo que se deduce es que la voluntad de imitar precede al nacimiento de un azar que termina por imponerse como norma. El peinado a la Fontanges fue el origen de nuevas reglas de etiqueta que indicaban tanto el impulso de evocar al modelo como la necesidad de su variación.

Después de todo, el momento inicial, el instante de captura del pelo por la rama, era en sí mismo una señal de cambio. La moda sobrevivió más de veinte años a la temprana muerte de la joven Duquesa, y finalmente fue reemplazada por otra de la que carezco de precisiones porque, al no ser peluquero, ¿qué sabe un hombre de la cabeza de las mujeres? Sin embargo, de ese hecho trivial se deriva una serie de modificaciones de las costumbres cortesanas, una de las cuales dificulta que, aun deseándolo ardorosamente, Su Majestad disponga del tiempo necesario para encontrarse ya mismo con el señor Leibniz. Pero sigamos, porque una explicación a medias es peor que la media sombra; es luz confusa y menguada. Y aun no llegamos a revelar el hilo que une las perlas de esta historia. Bien. Perdida ya, en el curso del tiempo, la ilusión de reproducir el peinado de la Fontanges, lo único que les quedó a las mujeres de la corte fue la posibilidad de reconstruir su aire, su aura, o bien de superarlo mediante artificios. Así, los peinados femeninos se expandieron a lo alto y a lo ancho (nadie sabía si la rama estuvo a la altura de las orejas o en la parte superior del cráneo de la Duquesa de Fontanges, si su arreglo fue en dirección horizontal o vertical). Se sostenían mediante sutiles ingenierías, redes de metal más finas que telas de araña. Así también, para que esas invenciones desorbitadas no impidieran el paso de un ambiente a otro, los albañiles debieron ampliar las aberturas y los carpinteros construir puertas nuevas y los marqueteros enchaparlas como es debido. Supongo que habrá notado las exageradas anchuras y alturas de puertas y ventanas de Versalles. He allí la razón. ¡Ah, y casi me olvidaba! Encima de estas cumbres capilares se colocaban el tocado y las cornetas adornadas con encaje, y el resultado final llevaba nombres como “el décimo cielo”, “el ratón”, “el mosquetero” o “el firmamento”... Hubo incluso damas que encargaban a sus peinadores la realización de artefactos que incluyeran soportes lo bastante fuertes para aguantar la presencia de dioramas, rondas de espejitos enzarzados que reflejaban y multiplicaban esas construcciones, y hasta se llegaron a cargar orquestas de grillos amaestrados y dispuestos en varios niveles para la mejor ejecución del estro concertante… Pero esto ya no tiene importancia. Lo que sí vale señalar es que, en memoria de su padre, Luis XIV ordenó que el ingenio hidráulico llamado Torre o Acueducto de Marly, y que proveerá de agua a nuestro palacio, tenga una forma arquitectónica que evoque el peinado de la Fontanges, al que Su Majestad no dudó en calificar de inspirador. Y le puedo asegurar que en los planos preliminares la semejanza es

sorprendente, o al menos lo es su poder alusivo… ¿Se da cuenta, ahora?

—Sigo sin encontrar la relación...

—¿No advierte al menos que aquí todo es muy complicado y que todo lleva su tiempo?

—Pareciera que sí…

—¿Y qué le estoy diciendo? Pero al menos tengo la esperanza de que en el curso de esta visita se haga evidente a la mirada del ilustre visitante el diseño completo del proyecto de nación concebido por Luis XIV para Francia. ¿Vio cómo son las cosas? Una rama, una rama inocente, ya seca y frágil, puede cambiar el rumbo de un país, modificar el destino de Europa…

Esto fue parte de lo que me dijo el Teniente General de la Policía. Pido disculpas a Su Excelencia, pero temo que sea ya llegada la hora de regreso de Gottfried Wilhelm Leibniz luego de su entrevista parisina con Antoine Arnauld. Por lo que interrumpo hasta encontrar una nueva ocasión de retomar mi relato.

Post scriptum: la dificultad de enviar mi correspondencia con la celeridad adecuada y las necesarias medidas de seguridad me demoraron en esta entrega y me permiten, ahora, agregar una información que no deja de ser desconcertante. El Teniente General de la Policía mencionó a la Duquesa de Fontanges como amante del extinto Luis XIII. Pero en una conversación casual que tuve la suerte de escuchar en el Salón de las Cartas, y durante la cual se deslizó su nombre completo, María Angélica de Scorailles, me enteré de que no había sido la favorita ocasional del extinto Rey sino que lo fue del actual, Luis XIV, y que falleció durante el alumbramiento de uno de sus bastardos.

No sé qué atribuirle al Teniente General de la Policía; si error, confusión, olvido o mala fe. Pero en este último caso, ¿qué sentido tendría?

IX

Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, a Johann Georg von Eckhart, Conde alemán

Ilustrísimo Conde:

Agradezco al cielo haberme puesto en sus manos, que con su diabólica habilidad en el juego de naipes me arruinaron económicamente y me volvieron esclavo de vuestra merced, dándome al mismo tiempo la libertad. Despojado de mis posesiones y de mi fortuna, paso los días a su servicio. Salgo de Versalles bajo pretexto de paseos higiénicos y atravieso los bosques respirando el perfume de los pinos y los abetos. Galopo, vuelo hasta la mísera choza oculta en lo profundo de la fronda donde se guarecen los agentes de vuestro país a quienes entrego vuestros mensajes. Agradezco también a Dios que el Señor Conde emplee para estos escritos suyos un sistema de claves criptográficas distinto del que me transmitió a mí, privándome de la posibilidad de curiosear acerca de su contenido y garantizándose aún más mi lealtad. Cumplo además en informarle que estos agentes suyos reciben sus cartas asegurando pronta remisión al destino, pero nunca me entregaron correspondencia dirigida a vuestra persona.

Sin otra cosa que comunicarle, quedo a disposición de Vd.

Post scriptum: llegará el tiempo en que el Señor Conde no necesite más de mí. Confío en que, como justo pago a mis servicios, honre entonces su promesa de restituirme mi carta de crédito.

X

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Siguiendo sus instrucciones, me ocupé del tema de la correspondencia del acompañante del filósofo Leibniz. Como Vd. mismo ordenó, esta correspondencia no llega a sus agentes; de las manos del Marqués de Dangeau pasa directamente a las mías. Y dudo mucho de que el “Conde” Von Eckhart sospeche de la existencia de este circuito. Si me permite el comentario, creo que en su mayoría los alemanes son lentos y pesados de entendederas, así como es pesada su alimentación. Si tienen que recorrer una extensión larga, ni se les ocurre abreviar el camino: eligen el derrotero más enrevesado. Como ejemplo de esto, pongo en su conocimiento el método que el falso Conde diseñó para preservar el

secreto de su misión.

Desde su llegada a Versalles, Von Eckhart redactaba en alemán sus informes al Elector de Maguncia. Luego los trasladaba a un sistema criptográfico y lo entregaba a sus agentes situados a una distancia considerable de Versalles; ahora bien, por muy tonto que sea, pronto advirtió que sus reiteradas salidas de palacio podían despertar las sospechas de la guardia de Su Majestad, y además, pasado cierto tiempo, comprendió también que, careciendo de fuentes propias, la información que conseguía era limitada y escasa. Así fue que, como oportunamente advertí al Señor Ministro, comenzó a buscar las que alimentaran su tarea, y lo hizo de la manera más torpe que puede emplear un espía: se volvió visible y perceptible. Recorría los salones con paso de palmípedo preñado, merodeaba alrededor de las mesas de juego imitando sin saberlo al tiburón que acecha a un cardumen de anchoas. Advirtiendo esto, instruí en persona al Marqués de Dangeau para que oficiara de carnada. Omito el detalle de sus protestas por tener que dejarse derrotar por un jugador de tan baja categoría; tuve que recordarle la deuda que mantiene con nuestro Rey, las elevadas cifras que Su Majestad sigue aportando a su derroche y el escándalo que resultaría si eso se divulgara, para no hablar de otras consecuencias más graves. En resumen, todo salió a pedir de boca y ahora Dangeau funge de leal servidor del falso Conde, a quien provee de pequeñas anécdotas y chismes insignificantes que en nada nos perjudican, y hasta me ha confesado que formar parte de esta intriga agrega un toque de color a su vida. Pero vuelvo al asunto.

Von Eckhart le proporcionó un sistema de claves criptográficas en el que debe redactar los informes que le dirige. Así, Dangeau los escribe en francés, los pasa por el tamiz de la clave convenida y le entrega su resultado. Hecho esto, Von Eckart lleva al alemán la transcripción criptográfica recibida y luego procede a traducirla mediante el empleo de la clave que le asignó el Elector de Maguncia. Una vez completado el informe, se lo entrega a Dangeau. Dangeau lo guarda entre sus prendas, sale de palacio, atraviesa la terraza, cruza el patio de los alhelíes, va hacia las caballerizas, entra, y allí es sustituido por un guardia real que oficia de doble de cuerpo y viste ropas semejantes a las del Marqués. El guardia monta en el caballo de Dangeau y parte al galope hasta desaparecer en el horizonte. Una vez fuera de la vista, se toma el día libre y regresa a la hora en que, se supone, el Marqués debió de haber cumplido la misión encomendada. Entretanto, Dangeau ya atravesó la

puerta de la caballeriza que comunica con el pasadizo que termina en mis oficinas, donde me hace entrega del informe redactado por Von Eckhart, que a mi vez decodifico y transcribo.

En este punto, Señor Ministro, debo anotar dos reflexiones, a la vez concordantes y complementarias.

La primera, que posee carácter de resumen, indica esto: Eckhart tiene a Dangeau por única fuente de información, la fuente única de Dangeau soy yo, yo respondo al Señor Ministro y el Señor Ministro responde a Su Majestad, por lo que si los informes de Eckhart efectivamente llegaran al destino prefijado, cosa que nunca ocurrirá, el Elector de Maguncia terminaría enterándose sólo de lo que Su Majestad querría que supiese. La segunda: aun en el supuesto caso de que alguno de los informes llegara por medios inesperados a manos del Elector de Maguncia, y contuviera más datos o precisiones que las que originalmente proveímos a Von Eckhart, la triple operación de traspaso (idioma francés-clave 1/Clave 1-idioma alemán/idioma alemán-clave 2), daría por resultado un mensaje sin pies ni cabeza. Si el Señor Ministro así lo dispone, puedo proporcionarle algún ejemplo de esta operatoria.

XI

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Me permito señalarle la existencia de una grieta en su sistema de control, grieta que podría aumentar y expandirse hasta provocar el derrumbe de su construcción. Menciona Vd. la vigilancia ejercida respecto de los envíos de Johann Georg von Eckhart, un sujeto insignificante a todas luces, pero no las prevenciones que debería haber tomado acerca de Gottfried Wilhelm Leibniz, que es quien conoce el propósito que lo trajo a Versalles. ¡Y Vd. se limitó a inspeccionar sus arcones! Es imperdonable. ¿Tengo que estar en todo? ¿No puedo distraerme un instante de los asuntos del Estado y asistir a un concierto de Lully o una función teatral de Moliére sin que mis funcionarios incurran en desaciertos? ¿Ha pensado Vd. qué pasaría si el Elector de Maguncia hubiese convenido, tanto con Leibniz como con Eckhart, *una*

circulación de correspondencia de doble vía?

Servir a Su Majestad, servirla plenamente, exige estar atento a todos los detalles. Y lo subrayo: *a todos*.

XII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Como le manifesté en mi carta anterior, nada envía y nada le llega a Johann Georg von Eckhart sin que mis guardias me lo informen. En cuanto al filósofo, tal como se lo comuniqué a Vd. en su momento, se mantiene encerrado y fumando sus bolitas estupefacientes, y desde que reside en Versalles sólo ha realizado una salida a París a visitar a nuestro eminente lógico Antoine Arnauld.

Respecto de éste, uno de mis hombres lo entrevistó y el señor Arnauld aseveró que en el curso de la conversación Gottfried Wilhelm Leibniz no deslizó el menor comentario acerca de la naturaleza de su misión. Cuando mi hombre pidió mayores detalles, el señor Arnauld afirmó que al comienzo del encuentro trataron acerca de si la voluntad de Dios prevé todo, lo grande y lo pequeño, desde el destino del mundo hasta la evolución de un chancro purulento. Luego consideraron si los cuerpos cuyas partes son mecánicas resultan substancias o sólo máquinas, como creía Descartes luego de observar disecciones de cadáveres en los teatros anatómicos de Amsterdam; después se detuvieron a meditar sobre las opiniones de San Agustín, quien estima que, no siendo el cuerpo humano una unidad indivisible, el verdadero yo sólo puede encontrarse en el espíritu; y por último se embarcaron en un debate acerca de la distinción entre substancia y substancial. Dicho esto por Arnauld, mi hombre no creyó necesario continuar indagando y se retiró.

Espero haber respondido satisfactoriamente a vuestra inquietud.

XIII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y de

Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Gabriel Nicolas de la Reynie me informa que Gottfried Wilhelm Leibniz realizó en el día de ayer una visita a Antoine Arnauld, en cuyo transcurso debatieron temas de religión. Admito que al Teniente General de Policía le sobra habilidad para interrogar prisioneros y extraer confesiones pero carece de la sutileza necesaria para relacionar datos y extraer las conclusiones apropiadas. Es evidente que Leibniz no se desplazó a París sólo para conversar sobre Dios, la predestinación, la substancia, el accidente, la Contrarreforma, el Edicto de Nantes y la unificación de las iglesias cristianas, pues contamos con multitud de teólogos que de esos temas saben tanto y más que Arnauld, sino para influir sobre éste en su condición de tío carnal de vuestro Ministro de Relaciones Exteriores, Simon Arnauld de Pomponne. Deduzco entonces que Leibniz lo visitó para que gestione ante su sobrino la posibilidad de apurar los tiempos de la entrevista con Su Majestad. Esa pretensión, de probarse cierta, sería de una insolencia inaudita.

Si Vd. lo autoriza, visitaré al propio Leibniz para que entienda lo inconveniente y estéril de su búsqueda de intermediarios, ya que todo lo decide Su Majestad.

XIV

Carta de Antoine Arnauld, lógico, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Querido sobrino:

Tuve el honor de recibir la visita de mi colega Gottfried Wilhelm Leibniz, quien se aloja en Versalles en cumplimiento de una misión diplomática. No conozco los detalles pero, preguntado por mí, Leibniz admitió que hace meses ve demorado el momento de la presentación de credenciales ante Su Majestad —o en su defecto ante alguien que entienda del asunto que lo trajo a Francia. Semejante tardanza es una afrenta innecesaria con mi amigo y colega, un filósofo a la altura de Descartes, Locke y Spinoza.

¿Qué hace al respecto el Ministro de Relaciones Exteriores, a la sazón mi sobrino? ¿Es que en palacio no hay una sola idea bajo las pelucas?

Sinceramente me lo pregunto.

XV

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Antoine Arnauld, lógico

Querido tío:

Como bien sabes, *Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*. O, dicho de otro modo, "zapatero a tus zapatos". Las altas nubes del pensamiento son lo tuyo. De la diplomacia me ocupo yo.

XVI

Carta de Antoine Arnauld, lógico, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Maleducado y bocasucia. ¿Así te crio tu madre, mi hermana?

XVII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Antoine Arnauld, lógico

Querido tío:

Pareces creer que conseguí poco siendo como soy y como fui educado. En cambio, tú, y lo pregunto con el mayor de los respetos, ¿qué obtuviste? Nada, salvo una pensión que yo mismo gestioné por haberte pasado la vida hablando de lo que existe —cosa que todos conocemos— y de lo que no existe —como si pudiera saberse algo acerca de lo que todos ignoramos.

XVIII

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Pido disculpas por mi demora en retomar la transcripción del diálogo que mantuve con el Teniente General de la Policía francesa, Gabriel Nicolas de la Reynie. Durante unos días me vi en la necesidad de interrumpirla, y esto por tres motivos.

El primero: el señor Leibniz prácticamente no salió de nuestra habitación. Se pasaba el día sumido en sus humeantes meditaciones, y eso me impedía escribirle con tranquilidad.

El segundo motivo fue que sospeché que me vigilaban; hasta me pareció que las paredes acolchadas tenían pequeñas perforaciones o mirillas a través de las cuales era espiado. Pero tras una revisación cuidadosa comprobé que esos pequeños agujeros son obra de las polillas, que encuentran su alimento natural en las sedas, lanas, terciopelos y algodones que tapizan cada mueble, techo y pared de palacio, y no desaparecen aunque la servidumbre las combata rociando mezclas de veneno y perfume.

El tercer motivo por el cual se demoró el envío de mi correspondencia fue causado por mi sospecha de que Philippe de Courcillon podría resultar un doble agente. Pero me cercioré de que no lo era cuando lo vi partir, dispuesto y obediente, a entregar mis informes a manos leales. ¡Al galope iba y sin demorarse un segundo! Debo señalar que me asombra la facilidad con la que se me sometió, sin siquiera un asomo de rebeldía. Hasta diría que lo hizo con gusto. ¡Franceses!

Dicho esto, retomo el hilo de mi relato. Su Excelencia recordará que el Teniente General de la Policía estableció una relación entre un azar nimio (el desacomodamiento de un mechón de pelo de la Duquesa de Fontanges, a la que por error o deliberación atribuyó la condición de amante de Luis XIII) y la construcción progresiva de un rígido sistema de reglas cortesanas cuyo estricto cumplimiento prolonga los tiempos, modifica los espacios y altera las formas. Eso, a decir de Gabriel Nicolas de la Reynie, explicaba la dificultad de fijar una fecha para el encuentro entre Luis XIV y su enviado de Vd., Gottfried Wilhelm Leibniz, pero al mismo tiempo debía servir para que yo comprendiera o siquiera pudiera atisbar lo que él denominó “el diseño completo del proyecto de nación concebido por Luis XIV”. En ese punto, le pedí que continuara, porque hasta el momento había permanecido casi sin hablar, escuchando. Transcribo, con la mayor fidelidad que me permite mi memoria, lo que Gabriel Nicolas de la Reynie me dijo entonces:

—Habrá visto usted que en esta corte ningún encaje (ya sea de tela, terciopelo o algodón) parece poseer la suficiente cantidad de adornos. Fue Nicolas Fouquet, el Ministro de Finanzas que precedió a Jean-Baptiste Colbert, quien comenzó con la moda del artificio, y, cuando cayó en desgracia, Su Majestad decidió que esa moda cumpliera una función pública en lugar de ser un instrumento de vanidad personal. Fouquet quiso gobernar con la apariencia sin substancia y Su Majestad decidió volverla un fenómeno substancial, una política de Estado. A los nobles y demás cortesanos de Versalles, cada traje completo, con sus apliques, sus moños, sus pecheras, sus hombreras, sus pañuelos, sus tacos, sus faldones, les cuesta un año de renta. Vd. dirá: ¡qué gasto improductivo! Pero no… Fíjese, mi querido Conde, lo que exige la creación de un vestido de oro sobre oro bordado en oro, ribeteado de oro y por encima un oro fino con un brocado de un oro mezclado con oro y que resulta en la tela más divina jamás imaginada, como si este milagro de artesanía lo realizaran en secreto las hadas… En ese ensueño se funde la labor de cientos de modistos, zapateros, costureras, tejedores, peluqueros, fabricantes de tinturas… la riqueza se derrama y el pueblo vive feliz mientras la nobleza se arruina y ya no tiene tiempo ni dinero para conspirar contra el Rey…

—Parece un plan… arriesgado —sugerí.

—Caro, pero el mejor —contestó el Teniente General de la Policía—. Su Majestad ha decidido estimular el consumo y el gasto; a cada paso que da, impone una nueva moda, y el cortesano que no la sigue comete una grave infracción porque las reglas de etiqueta de palacio (que Su Majestad modifica diariamente) le otorgan carácter institucional al culto de la apariencia, que nace en Él y termina en Él. Es por eso que existe Versalles: construyéndolo, Luis XIV alejó a la aristocracia de sus propias tierras y les exigió como un deber la presencia permanente; ser, existir y mostrarse sin pausa ante sus ojos vigilantes. Pero ¿qué les dio además de eso, además de la apoteosis de un estilo de vida superior al que hubiesen imaginado? En principio, les ofreció su propia persona, su cuerpo real y su idealidad. Su carisma es una luz que todo lo baña, y cuanto mayor es la cercanía con Su Majestad, mayor es la emanación. Dicho de otra manera, Versalles aprisiona a todos con su fulgor y en esta cárcel Su Majestad es a la vez el prisionero de los prisioneros, el guardián de las llaves y el mismísimo *sancta sanctorum*. Sí, mi amigo: el centro prístino de su plan es la visibilidad de su persona, el cuerpo como condensado del reino. ¿Vd. cree que el Rey no quiere recibir a Leibniz o que se oculta

porque tiene miedo de impresionarlo con su apariencia? Desde ya le aclaro: Su Majestad no se ha quedado calvo a causa de una blenorragia contraída en su temprana juventud ni se le cayeron todos los dientes ni es cierto que la extracción de un incisivo central le perforó el paladar y cada vez que toma la sopa el líquido brota de su nariz como una fuente. Falsedades. Injurias. Infundios de los enemigos de siempre. Relatos apócrifos para atenuar con el barro de la mentira la evidencia creciente de su esplendor. Por eso, vuelvo a decirle que Su Majestad quiere, sí, quiere verlo. ¡Adoraría encontrarse ya mismo con el eminente filósofo! ¡Nada le gustaría más que cambiar algunas palabras con él, debatir acerca de filosofía, política, matemática, química, alquimia, hidráulica, teología, geografía, etnología, conducta felina, ingeniería, lingüística, entre otras disciplinas! ¡Y tampoco duda del mutuo beneficio que resultaría en la transmisión de sus ideas!

—¿Se refiere usted a las del Rey?

—Desde luego. ¿A las de quién si no? Pero ¿qué pasa? Su Majestad no tiene tiempo. El tiempo es su tirano personal. El examen de su agenda diaria, tan nutrida, tan llena de detalles, nos ocuparía la misma cantidad de horas que a Él le lleva cumplir con sus obligaciones. Entre la rutina del levantarse, higienizarse, vestirse, rezar, desayunar, reunirse con el Consejo de Ministros, leer peticiones y contestarlas o arrojarlas al incensario, tirarse algún polvo, cambiarse la peluca, atender a su modisto, volver a reunirse con los Ministros, mantener audiencias con los jardineros y los arquitectos, confesarse con el Père de Lachaise o con el clérigo Jacques-Bénigne Bossuet, almorzar en vajilla de oro o de plata con cucharas y cuchillos de filo redondeado para evitar su empleo inesperado en un ataque lanzado por un regicida fuera de registro, se pasa la mañana entera. Luego, al fin del almuerzo, limpieza de manos. Hora de la digestión. Su Majestad sale de palacio y se pasea por los jardines o emprende la caza del venado. Y así el resto del día. Ocupado, ocupadísimo. El Rey no tiene tiempo ni de respirar. ¡Y ustedes, egoístas, piden que se apure en recibirlos!

Iba yo a replicar cuando de pronto, volviendo de no sé dónde, asomó a la puerta el señor Leibniz:

—¿Tenemos invitados, Johann Georg? —me dijo.

El Teniente General de la Policía se presentó y le dijo:

—Disculpe usted, señor Leibniz. Sólo estaba distrayendo el ocio, hablando de bueyes perdidos con el Conde.

—¿Se trata tal vez de algo relativo a nuestra presencia en Versalles? ¿Tal vez Su Majestad…? —quiso saber el señor Leibniz.

Gabriel Nicolas de la Reynie le respondió secamente:

—Su Majestad está enterada. Pero si me permite el comentario, en esta corte no se considera de buen tono mostrarse ansioso.

Y se despidió con una florida reverencia.

XIX

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a su antecesor en el cargo, Nicolas Fouquet, preso en el castillo de Pignerol

Estimado colega:

Lamento los rigores de su prisión, y apenas disponga de un poco de tiempo haré que le envíen las novedades literarias de la temporada y los clásicos griegos de ayer, hoy y siempre. El paso lento de las horas, la opresión de los pensamientos melancólicos, y hasta ideas negras como el suicidio, infaltables en su situación, tienden a disiparse con una hora de lectura, aunque no impedirían que en un súbito ataque de valor Vd. decidiera colgarse de alguna reja o bien golpear su cabeza contra el muro de su celda hasta hacerla estallar, con la consiguiente salida y derrame de sesos. Pero en tanto esto no ocurra, le consolará saber que nuestro monarca reconoce y alaba el buen gusto demostrado por Vd. en la colección de piezas de arte que armó sustrayéndola al erario público y exhibió en su castillo de Vaux-le-Vicomte mientras se desempeñaba en el puesto que ahora ocupo; colección que actualmente engalana parques, terrazas, jardines y galerías del palacio de Versalles.

Volviendo al inicio. Creo que le enviaré una versión confiable de Προμηθεὺς Δεσμώτης, es decir, *Prometeo encadenado*, la famosa tragedia del sublime Esquilo. Oscilo entre la traducción literal, un tanto tosca, de Claude de Seyssel y la más amable, pero menos fiel, de Claude-Gaspard Bachet de Méziriac. Quizá le envíe las dos para que haga usted una lectura comparada de los tormentos del noble Titán, atado a una roca y sometido a los picoteos del águila (¿o era un buitre? En este punto ambos traductores discrepan) que le devora el hígado. A perpetuidad.

Sin duda el asunto le resultará de interés.

XX

Carta de Nicolas Fouquet, ex Ministro de Finanzas, preso en el castillo de Pignerol, a Jean-Baptiste Colbert, actual Ministro de Finanzas

Estimado señor:

Su indigna persona desluce el cargo que supe honrar y que hoy ocupa Vd. gracias a su capacidad para inventar conspiraciones falsas y delitos ajenos. Así, cuando su buena fortuna termine, espero que, como vecino de celda, pueda contarme los cuentos con los que engañó los oídos de Su Majestad, si es que antes no le cortan la lengua.

En cuanto a los libros que promete, me alcanza con que me envíe los que robaron de mi biblioteca y que, según se comenta, ocupan la suya de Vd., sin otra función que la decorativa.

XXI

Diario de Johann Georg von Eckhart

Pasan los días. Me veo sumido en la inacción y en la inquietud. Mal signo que la correspondencia secreta que envié por intermedio del Marqués de Dangeau no reciba respuesta de parte del Elector de Maguncia. Supongo que tendrá asuntos más urgentes que atender.

Por su parte, el señor Leibniz permanece las horas acomodado en el sillón. El humo impregna el aposento. Ayer me pidió que me ajustara los quevedos y leyera en voz alta una breve carta sin firma, titulada “Ante el Rey”, y que transcribo:

Hace cientos de años, un poderoso monarca decidió suspender la recepción de embajadores, legatarios o simples enviados de los países extranjeros. Ya fueran llegados de Oriente o de Occidente, ya vistieran turbantes y túnicas de seda del color de los papagayos o casacas de terciopelo y sombreros de ala ancha y pluma blanca, ya trajeran regalos suntuosos, joyas de valor incalculable, arcas repletas de monedas de oro, o un simple, exótico, pinchudo, perfumado ananá.

La suspensión fue anunciada como un acontecimiento provisorio, una interrupción que sería compensada en algún momento. Entretanto, sin atender

a las respectivas jerarquías ni a la importancia del reino que representaban, los enviados fueron alojados en pequeños sucuchos húmedos y oscuros no más grandes que un ropero, o en espaciosos aposentos lujosamente decorados; mientras unos languidecían en la espera de sus encierros y por todo alimento recibían un mendrugo de pan y una jarra de agua, otros se la pasaban comiendo de lo mejor, cortaban sus trajes los mejores sastres, y por las noches bien dispuestas y hermosas cortesanas golpeaban a las puertas de sus cuartos.

En algún momento, en esa burbuja de tiempos paralelos, idénticas pero sin roce ni conexión, unos y otros llegaban a descubrir que habían vivido en medio de un sueño: lo dado o negado, lo prometido o su deuda, sería todo lo que recibirían. El monarca había construido el arca de su ausencia con el único fin de que ellos la habitaran.

Tras leerle el contenido de la carta, le pregunté qué debía hacer con ella. El señor Leibniz me dijo que la guardara. Se la había enviado Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía. Le di mi opinión: el mensaje indicaba claramente que nuestra presencia en Versalles era considerada superflua y que permanecer aquí contra toda esperanza significaría entonces una especie de castigo que nosotros mismos nos infligiríamos.

—No tiene sentido porfiar. Ya es hora de que regresemos a Germania —concluí.

El señor Leibniz me respondió:

—Al contrario. Nuestra misión acaba de comenzar.

XXII

Carta del Conde Johann George von Eckhart a Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau

Estimado Marqués:

Ruego preste la mayor atención a la tarea que le encargo. Una vez puesto mi envío en manos de los agentes de recepción, pregúnteles en tono firme si tienen que entregarle correspondencia o atado de documentos o sello o elemento significativo alguno. Si le contestan con una negativa, será suficiente. En cambio, si hacen muecas, realizan gestos, algo que pueda ser entendido como alguna clase particular de signo que indique acción, comprensión, omisión, sustracción o retirada,

Vd. deberá observarlo y luego transmitírmelo de manera fidedigna.

No se distraiga. El detalle es importante. Según mi querido compañero de viaje y amigo dilecto, el filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz, desde que el holandés Zacharias Janssen inventó el microscopio sabemos que en lo ínfimo se ocultan mundos.

XXIII

Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, al señor Conde Johann George von Eckhart

Estimado Conde:

Atento a su solicitud, galopé y atravesé la fronda, pero al llegar al recóndito sitio en el bosque donde siempre me esperan sus agentes no hallé rastro de éstos; creyendo que había calculado mal la distancia y que los encontraría luego, continué galopando. Pero se hizo de noche, así que desmonté y aguardé hasta la madrugada para proseguir mi avance. En el nuevo día la vegetación engrosaba y luego raleaba, y los árboles eran de especies distintas a las conocidas, entonces me dije que los planes de forestación de Su Majestad debían de haber modificado el paisaje, por lo que reanudé la marcha hasta que de nuevo se hizo de noche. Esto ocurrió durante varios días y el bosque fue reemplazado por una planicie seca y cálida y no vi más que piedras y arena, y bajo la arena se escondían escorpiones y bajo las piedras había serpientes venenosas; no obstante, seguí, en la esperanza de poder cumplir con la tarea encomendada, pero al fin llegué al borde de un precipicio, y aunque agucé la vista no vi más allá de ese límite envuelto de nubes, y no me quedó otra elección que retomar el camino en sentido inverso. Y como a mi regreso tampoco encontré a sus agentes, es necesario preguntarnos si no habrán vuelto a vuestra patria por considerar que su misión está cumplida; si así fuera, yo habría saldado mi deuda con Vd. y quedaría a la espera de mi libertad y de la restitución de la letra de cambio que obra en poder del Señor Conde.

XXIV

Carta del Conde Johann George von Eckhart a Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau

Marqués:

El riesgo de extravío no es menor cuando se cruza un bosque frondoso. Y como la tarea que le asigné es de máxima importancia, le ordeno que repita el recorrido tantas veces como sea necesario para encontrar a los agentes.

XXV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

No puedo menos que felicitarme por los resultados de la visita que realicé al criado de Leibniz y pretendido Conde Von Eckhart. Brevemente: lo deslumbré ofreciéndole un panorama de la grandeza eterna de Francia y la actual de Su Majestad y logré instilar en su ánimo el germen de una sospecha: la del fracaso de la misión que trajo a Wilhelm Gottfried Leibniz a nuestro país, paso previo a invitarlo, de manera indirecta, a confesar su naturaleza y alcances, para luego, y una vez quebrantado su ánimo, persuadirlo de convertirse en agente doble al servicio de Francia.

Al respecto, podría continuar apretando el torniquete a su desasosiego mediante el simple recurso de ordenar al Marqués de Dangeau que le reclame la restitución de la carta de crédito bajo el argumento de que posee testigos que lo vieron haciendo trampa en el juego de naipes, y amenazándolo con una inmediata denuncia del hecho ante mi persona. Desde luego, Johann Georg von Eckhart puede fingirse ofendido y desmentirlo todo. Pero el criado de Leibniz me teme. Teme a lo que hago y a lo que podría hacerle. Así que, sea cierto o no que jugó sucio (y sería gracioso que hubiese hecho trampas para forzar la suerte a su favor, cuando yo tuve que doblegar la voluntad de Dangeau para llevarlo a que perdiera), el miedo que me tiene anulará su raciocinio; así, la mayor amenaza ya no será para él la de Dangeau sino la de mi reaparición. Ese miedo (que cultivaré manteniéndome lejos de su vista, porque mayor es el peligro cuando sus límites se vuelven difusos) lo volverá débil y descuidado. A la corta o a la larga, y cuando lo necesitemos, la menor presión de nuestra parte lo llevará a confesarlo todo.

Y, por supuesto, si nada de todo esto funcionara, siempre queda a mano el tradicional recurso de exprimirle los huevos con una tenaza al rojo vivo.

XXVI

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Como Su Majestad recordará, el señor Teniente General de la Policía intervino en el episodio de la circulación clandestina de pócimas en palacio, que empezó con la aparición de estimulantes varios para el despertar de Eros y terminó con la introducción, también clandestina, de venenos de distinta composición y efectos. Pues bien: temo que en el proceso de inspección de tales sustancias, nuestro Teniente General de la Policía haya olisqueado y hasta probado algunas, a consecuencia de lo cual se habría provocado una sensible alteración de las moléculas de su cerebro. En resumen: si Su Majestad me lo permite, le ordenaré que se tome algunos días de descanso a fin de que su cuerpo y su mente se purguen de todo efecto deletéreo, y a cambio me ocuparé en persona de la continuación y resolución del asunto asignado.

XXVII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier

Marqués:

Mi ayuda de cámara acaba de leerme su última misiva. Es penoso que Vd. muestre el mismo mareo que su subordinado. ¿Puede explicarme por qué se embarcaron en semejante frangollo? ¡Espiar las cartas de un idiota que escribe lo que le indujimos a pensar, a quien luego le impedimos que las envíe, y al que por último pretendemos atemorizar para que revele lo que ignora! No es un misterio saber qué quiere Alemania de mí; lo difícil

para mi primo Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria, es averiguar qué quiero yo.

No me moleste más por estas minucias. Haga lo que deba hacer, de la manera más eficaz y discreta que conozca, si es que entiende a lo que me refiero, cosa que dudo.

XXVIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Dangeau ya no me escribe ni aparece. Paseo por los salones de juego y tampoco lo encuentro. ¿Habrá sido descubierto llevando mi correspondencia secreta a nuestros agentes? ¿Habrá sido detenido y estaré a punto de serlo yo? Lamentaría más el fracaso de nuestra misión (cuyas verdaderas dimensiones ignoro) que la pérdida de mi propia vida. Llegado el caso: Gretchen, te amo y te amaré siempre.

XXIX

Diario de Johann Georg von Eckhart

Pero fui prudente. Desde el inicio omití toda fecha en mis informes y en mis entradas a este diario. Claro que cualquier dato, hasta aquel en apariencia menor, puede ser empleado en contra nuestra por un hipotético enemigo. Quien busque mi perdición, si no encuentra pruebas las inventará.

XXX

Diario de Johann Georg von Eckhart

No existe medida para lo que ocurre. Sería tan fácil suprimirme… Pero aquí todo se demora.

XXXI

Diario de Johann Georg von Eckhart

¿Deberé hablar claramente con el señor Leibniz, advertirle del peligro en el que creo nos hallamos? Silencio, paciencia y astucia. Obrar como si fuera inocente. ¿Acaso esperan que me quiebre y confiese? ¿Seré capaz de resistir el tormento? Una cosa es vivir para una causa y otra muy distinta morir por ella. ¿Será cobarde pensar que la divisa de la hora es "Libre o esclavo, jamás muerto"?

XXXII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Confesar algo no es un pecado: es servir a la verdad. Soy cobarde y me importa más la salvación de mi cuerpo que el destino del planeta. ¡Qué paradoja! Así expuesta, la verdad es mi orgullo: por garantizar mi sobrevivencia, soy capaz de traicionar a todos mis amos y al Imperio Germánico Romano. Pero no lo haré si no fuera necesario.

Ayer, investigando posibles vías de fuga, me di un paseo por las orillas del Sena y visité la Torre del Acueducto de Marly. Una obra de ingeniería imponente. Su construcción permitiría el ocultamiento de un fugitivo entre los recovecos, niveles, cámaras y pisos. Nadie me buscaría allí, si precisara ocultarme.

XXXIII

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

En cumplimiento de la misión que Vd. me encomendó, ayer visité la Máquina de Marly. Su dimensión es descomunal, parece una torre al estilo de aquellas que en la antigüedad se empleaban para superar en altura los muros de las fortificaciones militares atacadas. Tal como mencioné a Su Excelencia en una misiva anterior, su función sería la de servir como acueducto que derive aguas del Sena a Versalles, pero el resultado es un completo despropósito. El río está a más de diez kilómetros de palacio, para conducir el agua hay que organizar sistemas de compartimientos estancos, embalses o cotas que permitan su ascenso.

La construcción ya lleva gastadas más de cinco millones y medio de libras francesas en un engendro que sufre constantes averías y requiere costosas reparaciones.

¿Qué más agregar?

Aun si la máquina funcionara de manera óptima, el agua que bombea a diario apenas alcanzaría para una cuarta parte de los estanques, las fuentes y los surtidores de Versalles que ahora brillan en la sequía de sus mármoles y en la herrumbre de sus cañerías. Así que mucho menos podrá emplearse para la limpieza a fondo de las salas y aposentos de palacio y para deshacerse de una vez por todas de la peste de piojos y pulgas, que con los brotes de primavera se han multiplicado a tal punto que se ha dado el caso de que, en su desesperación, algunos cortesanos saltan por los ventanales. A tal extremo llegaron las cosas que Felipe de Orleans, el hermano del Rey y árbitro de la elegancia de la corte, célebre por su carácter desidioso, se ocupó personalmente de convocar a un concurso de sombrereros del reino para que presentaran diseños de sus adminículos concebidos como trampas insecticidas. Los resultados fueron originales, no sé si útiles. Descartados desde el inicio los tradicionales sombreros de alas anchas y redondas, adornados con plumas de aves del paraíso, se vieron ejemplares que parecían explanadas con orificios captores, capelinas sinusoidales que imitaban los retorcimientos concéntricos de las caracolas marinas y toda clase de artilugios provistos de pliegues y contrapliegues aptos para que pulgas y piojos ingresen en las pelucas pero no encuentren la salida una vez que las abandonan, y así mueran de inanición.

En conclusión de este informe, Su Excelencia, cuanto más fracasan los proyectos que acomete el Rey francés, más se empeña en sostenerlos e invertir en éstos. Si se me permite una reflexión, creo que Luis XIV procede a puro lujo y derroche a causa de un impulso demoníaco que acelera los fastos de su propia ruina y la de los fondos de su Estado. El pueblo no aguanta más las exacciones impositivas, la nobleza se queja y protesta en voz baja cuando no conspira abiertamente, y los banqueros y prestamistas tradicionales se resisten a continuar financiando esos gastos absurdos. Francia contempla azorada cómo su monarca la conduce al abismo.

XXXIV

Diario de Johann Georg von Eckhart

Ayer, sin aviso previo, nos visitó Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas. Es el funcionario más poderoso del reino junto a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra. El señor Leibniz lo recibió como si hubiese estado esperándolo. Desde luego, mi disfraz de Conde se esfumó cuando tuve que preparar en el caldero las tazas de chocolate y encender la pipa que ambos compartieron. En mi ingenuidad, creí que podría enterarme de los detalles de la conversación mostrándome de las mil y una maneras en que un criado se revela indispensable, pero visitante y visitado hablaron en latín, así que daba lo mismo que estuviera o no. Aproveché para salir, paseé por los Salones de Juego y me sumergí en una partida de piquet en la que perdí unos cuantos luises de oro. Busqué recuperarme en el trictrac y luego en el whist, pero en ambos juegos fui derrotado, lo que levantó murmullos entre los presentes, que hace pocas semanas me tenían por imbatible. Lo cierto es que me demoré un par de horas, y cuando volví a las habitaciones, Colbert ya había partido. Me llamó la atención que la sala no oliera al tabaco; incluso noté que pipa, serpentina y vasija no estaban en su lugar de siempre. Cuando consulté al respecto al señor Leibniz, me respondió:

—Obsequié los adminículos al Ministro de Finanzas, como era mi intención desde un inicio. El motivo es obvio: queremos introducir el veneno de Oriente en la corte francesa.

XXXV

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Envuelto en las fumarolas de su tabaco especiado, conversé con el filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz y pude comprobar que es un hombre tan notable como nos lo adelantaron. Encontrarse con él no es tiempo perdido.

XXXVI

Diario de Johann Georg von Eckhart

En esta corte parece reinar un sinsentido del que temo se haya contagiado el propio señor Leibniz. Ayer quiso explicarme lo que llamó “una aporía” y me contó algo sobre el tiempo y el espacio infinitamente divisibles. Lo conclusión era extravagante: puestos en la misma línea de largada, una tortuga le gana la carrera a Aquiles y una hormiga a un elefante.

Supongo que esas rarezas del pensamiento son inducidas por las variaciones climáticas. Un día frío, otro cálido… Llueve casi siempre… Yo tiendo a mantenerme cerca del fuego de la chimenea, pero el señor Leibniz se abriga y sale. A veces lo veo atravesar los jardines envuelto en su capa, hecho un fantasma encorvado. Dice que ésos son recorridos vivificantes. Regresa con mayores energías, asegura que con ideas nuevas. El otro día me dijo:

—¿Qué piensas, Johann Georg? La encarnación de Dios en lo humano, puesta en la figura del Hijo, ¿implica una disminución de sus potestades, una reducción radical de sus atributos y un tránsito a ser cada vez menos Dios, o es por el contrario una prueba de que Él puede hacer lo que le venga en gana, hasta morir en la cruz? En resumen, ¿se encaprichó Dios con nosotros…? Y la Inmaculada Concepción de María, ¿es obra de la visita del Espíritu Santo o un fenómeno de partenogénesis que indicaría el comienzo de una mutación de nuestra especie…?

Siguió hablando así durante un par de horas. Yo ni escuchaba ni supe qué contestar. Sólo movía la cabeza asintiendo como un autómata.

XXXVII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Segunda visita de Jean-Baptiste Colbert al señor Leibniz. Ambos parecen a gusto en mutua compañía. El Ministro de Finanzas le obsequió una pipa como la que vez anterior le cediera el señor Leibniz; sólo que ésta revelaba una calidad de orfebrería que excedía en mucho a la primera; asimismo, Colbert proveyó a mi amo de una ración de tabaco muy superior en cantidad a la que el señor Leibniz le obsequiara. Entre una y otra circunstancia pasó menos de un mes, y es extraño que en ese breve lapso pudiera fabricarse una pipa tan suntuosa, así como que Colbert

pudiera obtener una provisión de ese tabaco de tan refinada manufactura, cuando su producción y tratamiento exigen los mayores cuidados y su traslado desde los sitios remotos donde se produce requiere de un período más prolongado que el empleado en este caso.

Este hecho puede parecer nimio, quizá las fuentes de aprovisionamiento y circulación de productos orientales cambiaron en los últimos tiempos, o quizá ese tabaco se almacenaba en algún lugar de Versalles… Pero cuando de la combinación de una serie de elementos dados se obtiene un resultado que uno no espera, la realidad misma comienza a volverse extraña. "Quizá —me dije— existen relaciones y acuerdos que desconozco, como piezas de un juego que cumplen determinadas funciones, pero que no deciden ni prevén los movimientos".

Pensando entonces en la partida que juegan Alemania y Francia, lo que resulta evidente es que el Emperador Leopoldo I instruyó al Elector de Maguncia para que disponga por él las piezas en el tablero. Al encargarme la tarea de enviarle informes, me colocó en el lugar de aquellas que avanzan primero y primero son devoradas por el adversario, lo que demora o impide el posible ataque o captura de una pieza más importante, en este caso la que representaría el señor Leibniz. Lo cierto es que durante toda esta espera mi amo no ha hecho más que fumar de su tabaco oriental, y que la fama de su efecto y el encanto de su embrujo comenzaron a difundirse en la corte. No por nada lo llamó veneno, veneno oriental. Ésa fue su jugada, su señuelo.

No sé qué informar de esto a Su Excelencia, el Elector de Maguncia, porque en lo aparente no ha ocurrido nada, excepto que un francés y un alemán se juntaron para consumir opio.

XXXVIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

En mis paseos por explanadas, terrazas, pasillos y jardines, advierto la lentitud con la que caminan los cortesanos, lo fácil de sus risas, lo relajado de sus miembros y el brillo de sus pupilas. Y el humo sale y se eleva a través de los ventanales abiertos de palacio. Si Luis XIV quiso mejorar su posición en el tablero de juegos al condenarnos a una espera sin término preciso, mi amo contraatacó, con sutileza de filósofo, convirtiendo esa espera en pensamiento y el humo en volutas que al

desvanecerse en el aire señalan a la vez la existencia y la falta de algo que, pretendiendo tenerlo todo, Luis XIV no posee: en el vapor de su humo se teje la lejanía, la fascinación y la lentitud de los países distantes. A Leibniz le bastaron esas volutas para marcar el sentido de una política y apuntar al futuro del juego alemán. Luis XIV envió entonces a Colbert para decir que él también tiene o puede conseguir lo que Alemania ofrece. Habiendo cumplido ambos sus respectivos movimientos, comienza algo nuevo. Quizá alguna clase de encuentro o resolución, que no sé si será trágica, lírica, cómica o extática. Antes de escribirle a Su Excelencia esperaré a ver qué ocurre.

XXXIX

Diario de Johann Georg von Eckhart

Quizá lo del juego de la política imperial entre los países sea sólo una idea mía… Quizá todo sea más azaroso y menos premeditado y resulte tan estéril apostar a la inminencia de un encuentro entre el filósofo y el monarca como temer su diferimiento infinito: esta corte combina el rigor con el capricho, y nunca termina de saberse cuál ejerce mayor dominio. Si predomina el rigor, todo parece moverse en cumplimiento de un designio; si impera el capricho, las cosas funcionan a fuerza de raptos súbitos. Ahora bien, cada uno de esos raptos, una vez administrado, parece tender a la creación de su propia ley o escuela y sus propias secuelas, constituyéndose en parte de un sistema que se enriquece y complejiza día a día, como —según De la Reynie— ocurrió en el episodio del pelo de la Duquesa de Fontanges, que ahora se me ocurre inventado. ¿Cuál sería entonces la conclusión? ¿El capricho sería el rostro momentáneo de un rigor que es la forma y la norma suprema, parte de un plan que excede nuestro conocimiento y nuestra capacidad de anticiparlo? ¿La mente de Dios puesta en un rey que se hace llamar Sol?

XL

Diario de Johann Georg von Eckhart

Por suerte el señor Leibniz está siempre tan sumergido en sus meditaciones que no repara en lo que ocurre a su alrededor; así, no

advierte mi presencia solapada cuando voy tras de sus pasos, como me pidió que lo hiciera el Elector de Maguncia. Ayer estuvo horas en la Biblioteca Real; yo lo espiaba, oculto detrás de unos anaqueles. El olor de los miles de libracos acumulados daba ganas de estornudar, pero me contuve para no delatarme, ya que éramos los únicos visitantes del lugar, si se exceptúa al bibliotecario. El señor Leibniz leía un incunable voluminoso y antiguo y cada tanto realizaba anotaciones en un cuaderno. Se retiró cuando atardecía, dejando incunable, cuaderno, pluma y tintero sobre el escritorio de consulta. Al alzar el ejemplar me impresionó su peso, parecido al de una pequeña bala de cañón. Contra lo que supuse, el señor Leibniz no tomó notas: en las páginas de su cuaderno se había limitado a dibujar esferas enlazadas o separadas. El trazo parecía torpe y descuidado, pero pasando las páginas uno detectaba una especie de orden que permitía adivinar que cada esfera era a la vez un pequeño mundo autónomo y parte de una serie; cada una de las esferas nacía de otra o se presentaba como condición de ese nacimiento; había esferas chicas dentro de otras más grandes, y muchas de ellas contenían a su vez otras que iban reduciéndose en tamaño y que incluían nuevas y más pequeñas, y así sucesivamente hasta que la última visible no era más que un punto. Imaginé que si el señor Leibniz no las había hecho aún más diminutas era porque el grosor del cálamo de su pluma le impedía trazar un punto dentro de otro, o, dicho de otra forma, que el espesor de esas gotitas de tinta impedía ampliarlas hasta encontrar en su interior un claro, un blanco, una zona sin cubrir.

Al mismo tiempo, intuí que cada esfera y cada punto indicaban algo efímero y momentáneo, un estado provisorio de las cosas. Si la lógica indica que la naturaleza de cada cosa existente la impulsa a expandirse y aumentar su fuerza y volumen para reducir los riesgos de la propia desaparición, era obvio suponer que los dibujos del señor Leibniz refieren a su escala la idea de un sistema que tiende a lo creciente: por tanto, cada esfera debería aumentar de tamaño (ya estuviera dentro o fuera de otra mayor) hasta ganar el máximo estado posible que le permita su propia forma, y luego, tal vez, disolverse, o estallar, o convertirse en algo distinto. “Quizá”, me dije, “no se trata de esferas sino de burbujas, de aquellas que los niños trazan en el aire al soplar agua jabonosa a través de un aro de metal. Y es claro que, mientras dura la diversión, el soplar y hacer burbujas, para esos niños cada burbuja resulta un mundo resplandeciente”.

Temo que nada de esto resulte del interés de Su Excelencia Johann Philipp von Schönborn.

XLI

Diario de Johann Georg von Eckhart

A medida que pasan los años me cuesta más conciliar el sueño. Anoche, en plena oscuridad, me quedé pensando que el señor Leibniz dejó deliberadamente el cuaderno con sus dibujos sobre el escritorio como un mensaje destinado a una tercera persona. Pero ¿qué mensaje, y para quién, representa el dibujo de una trama de esferas o de pompas de jabón?

XLII

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Ignoro cuándo y por qué medios podré hacerle llegar esta carta, de cuya extensión me disculpo, debido a que el mensajero habitual desapareció como disuelto en el aire. Pese a ello, me atrevo a redactarla y ocultarla hasta que surja una oportunidad favorable, confiando en que, aun de ser descubierta y leída por ojos enemigos, el sistema de encriptamiento que me facilitó Su Excelencia volverá imposible todo intento de develamiento.

Pero no me demoro y comienzo por informarle que una de cada dos mañanas nos invade una turba de criadas; al señor Leibniz le molesta más la irrupción que la falta de orden o de limpieza de nuestros aposentos, así que apenas las fámulas asoman la cabeza él escapa a dar un paseo. En cambio yo permanezco en el lecho o me instalo frente al ventanal y finjo admirar el paisaje. Ellas hacen caso omiso de mi presencia; hablan y hablan. Quizá imaginan que ignoro su lengua. En sus labios, Versalles es una novela de tramas entrecruzadas y superpuestas, todas ellas ligadas a asuntos de baja estofa. En una ocasión se pasaron más de una hora hablando del tamaño, grosor y dureza del miembro viril del Conde de R., y de la cantidad de veces que lo introdujo en la vulva y en el ano de la

vizcondesa de M., , así como de las repetidas satisfacciones que la atendida obtuvo en el curso del encuentro, del cual, una vez concluido, difundió los detalles entre sus íntimos, la Princesa de L., la Abadesa de C. y la Marquesa de F., quienes a su vez esparcieron el dato por los pasillos y salones de palacio. Y me enteré también de que esos placeres y excesos no se limitan a los acoplamientos entre sexos opuestos; en algunas ocasiones un caballero es montura de otro caballero, y en otras una sáfica es higienizada por una amiga de lengua ávida. Y suele ocurrir también que esos encuentros acepten combinaciones aumentativas, aunque siempre en números menores a los que contemplan las matemáticas del señor Leibniz.

También, según estas mujeres, hay una cárcel de fronteras que ocupa un solo prisionero. Cubre su rostro una máscara de hierro realizada con el arte suficiente para permitirle comer, beber, respirar, escupir, sacarse los mocos y la cera de las orejas, pero concebida con el rigor suficiente para tornar imposible su retiro. Del preso se dice que es un hermano gemelo de Luis XIV (el primero que salió del vientre de su madre y a quien hubiese correspondido la corona) o su propio padre verdadero (que no habría sido entonces Luis XIII). Ese prisionero también podría ser el propio Teniente General de la Policía, Gabriel Nicolas de la Reynie, quien últimamente no se muestra por los pasillos de palacio, lo que se explicaría por su mal manejo de un asunto que mezcla pócimas afrodisíacas y venenos. Me extiendo al respecto.

Al parecer, la amante oficial de Luis XIV, Françoise-Athénaïs de Rochechouart, madame de Montespan, habría empleado algunas drogas prohibidas para estimular el ímpetu del monarca y otras para librarse de competidoras más jóvenes, usando para esas operaciones de obtención, distribución y suministro una larga cadena de agentes compuesta de nobles, cortesanos, funcionarios y plebeyos. Pero esa cadena, ideada para preservar su identidad, terminó siendo el motor de su desgracia. Tantos fueron los eslabones intermedios entre la orden inicial y su ejecución, que el infausto día en que madame de Montespan ordenó que se envenenara la sopa de cebolla caramelizada de la Duquesa Luisa de La Vallière, nueva favorita del Rey, la doncella encargada del crimen escanció la pócima fatal en el agua de achicoria de Enriqueta de Orleans, hija de Carlos I de Inglaterra y esposa de Felipe de Orleans, el hermano de Luis XIV. El hecho de que Enriqueta fuese íntima del Rey, además de su cuñada, volvió aún más luctuoso el hecho. Su Majestad entendió de inmediato que

era necesario ocultar el crimen para evitar conflictos con Inglaterra. Así, el dictamen médico fue “deceso por cholera morbus causada por la bilis climatizada”, pero por supuesto Luis XIV había dispuesto que su Teniente General de la Policía investigara el caso: ejecutores e instigadores debían ser descubiertos y castigados.

Reynie revolvió cielo y tierra, y pronto descubrió que el origen de todo estaba en la mente de una mujer celosa, amante apasionada y asesina inepta. Y ¿qué hizo entonces? ¿Qué debe hacer un subordinado cuando sus descubrimientos lo fuerzan a convertirse en emisario de malas noticias? A cambio de revelar una verdad que al Rey le hubiese costado digerir y que a él lo volvería un testigo indiscreto, es decir, un muerto o exiliado, persuadió a la Montespan de que le entregara los nombres de los otros participantes de su intriga, cosa que ésta hizo de inmediato. Así fueron reducidos a prisión y condenados a muerte próxima algunos caballeros, una que otra criada y Magdelaine de La Grange, la bruja y pitonisa que preparó los venenos. Ahora bien: el secreto compartido crea lazos y el sentimiento de deuda es un estímulo poderoso. La Marquesa no se resistió al impulso de arrojarse a los brazos del Teniente General de la Policía. El riesgo era mayúsculo, pero ambos creían que la demanda de culpables había sido satisfecha y que el Rey ya no sospecharía nada. Madame de Montespan visitaba furtivamente al funcionario en sus Oficinas de Interrogación y allí se le entregaba sin freno y sin decoro. La pasión odia la debilidad, detesta las excusas, exige siempre. Así, trastornada ella por las rudas caricias de Gabriel Nicolas de la Reynie y seducido él por los melindres, morbideces y afeites de la Marquesa, ingresaron en una vorágine, buscaron aumentar el deleite de sus sentidos. Probaron primero con los afrodisíacos, que a veces los adormecían y los envolvían en sueños de laxitud y sensualidad y otras los arrojaban uno contra el otro en arranques de pasión; pero, prisionera o muerta Magdelaine de La Grange (esos detalles aquí nunca se conocen del todo), no había quién renovara la provisión de pócimas estimulantes, que por otra parte ya habían ofrecido todas sus posibilidades. Los amantes se encontraron ante el límite de la reiteración, vieron los bordes amenazantes del hastío. Entonces se lanzaron a lo desconocido, utilizando de estímulo lo que hasta entonces De la Reynie empleara como auxiliares de su oficio: los instrumentos de tortura.

Él sabía abrir los cuerpos de cualquier ser vivo y dejar que sangrara gota a gota durante semanas; sabía quitar la piel entera, dejando

expuestos grasa y músculos y huesos sin que la víctima muriera; sabía seccionar una lengua en ocho partes para que el hablante se convirtiera en tartamudo o en oficiante de un idioma desconocido; sabía arrancar párpados, destrozar orejas, perforar ojos, recortar mejillas, hundir narices, quebrar piernas, doblar brazos y hacer papilla de testículos; sabía extraer los órganos de la digestión, cortarlos en fetas y dejarlos colgando sobre el vientre; podía romper la caja torácica a puñetazos y separar huesos y cartílagos hasta dejar visible el corazón, y sabía utilizar un escalpelo mejor que el propio cirujano real y era capaz de trazar sobre los cuerpos el diseño de los jardines de Versalles de acuerdo a los planos del arquitecto André Le Nôtre… Pero nunca imaginó que utilizaría esos conocimientos como estímulo del juego amoroso. Y fue madame de Montespan quien apreció la novedad, ella fue la que primero se atrevió a probar las herramientas sobre su amante. Y aunque era el mismo De la Reynie quien le indicaba cómo obrar, no se atrevió a señalarle el momento de la detención; flagelaciones, azotes, quemaduras con hierros candentes, grilletes con clavos, pezoneras y exprimidores comenzaron a dejarle huellas visibles y dolorosas, lo postraban o lo dejaban doblado durante días. Por eso pretextaba investigaciones diversas que le evitaban aparecer en la corte y se cuidaba de comparecer ante Luis XIV o Louvois. Esas argucias lo protegieron durante un tiempo, pero no alcanzaron para volver duradera su propia sustracción, así que en algún momento debió encarar a la Marquesa y decirle que no podía continuar con las delicias de ese tratamiento sin ponerse en riesgo. Madame de Montespan ni se mosqueó. Dijo: “Ahora es mi turno de recibirlo”. De la Reynie se opuso, expuso los peligros, pero ella estaba dispuesta a todo con tal de alcanzar las fronteras del placer que depara el dolor extremo.

El suministro de tormentos fue tan eficaz que, colgada o azotada o retorcida o prensada o atornillada o empalada, ella se enviciaba cada vez más. Desde luego, De la Reynie se abstenía de quemarla, eviscerarla o mutilarla; a veces le bastaba con acercar los labios al oído de su amada y deslizar la promesa de esos suplicios. Cuando, con un hilo de voz, en un remedo de agonía perfectamente creíble, madame de Montespan rogaba: “Sí, quiero, sí; mátame, amor, ya mismo, sé cruel y no débil conmigo, degenerado mío, rómpeme en pedazos”, él susurraba: “Será; pero no hoy”. Entonces ella alcanzaba su estremecimiento y caía desmayada.

Esto duró lo que duró, pero tenía que acabar alguna vez, y el fin no fue a causa de un descuido de los amantes sino de fatalidad de las cosas.

Según una de las criadas, viéndose a un paso de la horca, uno de los caballeros implicados en el asunto le entregó al Rey el nombre de la culpable de los envenenamientos; según otra, Luis XIV descubrió solo esa verdad, y así se habrían concatenado los hechos: por muy enceguecida que estuviera en su relación clandestina, madame de Montespan conservaba aún la lucidez suficiente para continuar desempeñándose como amante de Luis XIV, pero lo recibía en la mayor de las penumbras. Los ventanales herméticamente cerrados y apenas una que otra vela de cera encendida en algún candelabro ubicado en un rincón. Cuando el Rey le consultó por los motivos del oscurecimiento, madame de Montespan respondió que había leído acerca de su efecto embrujante en un manual de artes amatorias. Luis XIV disfrutó de la novedad: a cambio del acostumbrado alivio veloz, su amante le proponía una exaltación y una duración inesperadas, hechas de roces y empleo de uñas y de labios, de velos y reticencias y demoras. ¡Algo de erotismo al fin, luego de tantos pobres polvos de apuro! A las criadas no dejaba de causarles gracia que —tras creerlo perdido— madame de Montespan recuperara la pasión del Rey mientras se perdía pensando en el Teniente General de la Policía, la bestia salvaje que sabía apretarla contra la pared y retorcerle los pezones con pinzas. Comparado con eso, lo suyo con Luis XIV había sido un juego inocente. ¡Qué curioso que llegase a matar y hubiese estado dispuesta a morir por un hombre que ahora le importaba tan poco…! Ahí lo tenía, retacón, con la panza tapándole las bolas, persiguiéndola, jadeando de excitación y falta de ejercicio, enredándose las piernas con los pantalones a medio caer, babeándose mientras pretendía atraparla… pero ella no se dejaba, mezclaba la caricia con el golpe y de pronto cedía y se abandonaba sobre los almohadones de seda china. Entonces, como la sombra de otra sombra, sentía el cuerpo que la encimaba, las manos que la hacían abrirse de piernas, la agitación del monarca, sus gemiditos, su afectación de dominio, sus rápidos espasmos, y debía taparse la boca para no bostezar…

Después de aquellos encuentros, como siempre, Luis XIV volvía a sus aposentos y trataba de reconstruir lo ocurrido mientras el sueño comenzaba a invadirlo. Pero todo se volvía fugaz, evanescente. Extraordinario. La invención de ese cuarto ensombrecido, la manera en que su Françoise-Athénaïs se rehuía y le hablaba y se sacudía… Todo era diferente y también lo era el modo en que su húmedo estuche le apretaba la verga, se la henchía a fuerza de sujetarlo, la hacía crecer hasta estallar:

se la hacía sentir de oro, de otro, de un toro. Y a eso se sumaba el enigma encantador de su transformación. Cuando una mujer quiere atrapar a un hombre no presenta su ser entero, hecho de una pieza íntegra, sino que despliega un abanico de femineidades para mostrar que es todas y una distinta cada vez. O al menos así decían las criadas. Pero como Luis XIV no es un hombre como los otros, es el Rey, y el Rey debe desconfiar de toda apariencia excepto la que él mismo construye, en algún momento empezó a sospechar; no sabía bien de qué, sólo temía ser objeto de un engaño cuya naturaleza debía descifrar. Entonces, en el curso de uno de esos juegos nocturnos atrapó a madame de Montespan, la llevó hasta el rincón donde el candelabro arrojaba su luz exigua, y alumbrando sus ojos verde esmeralda (espejo del alma) trató de extraerles alguna clase de verdad. La miró fijo, profundo, durante un largo rato, pero en esas transparencias no encontró revelación alguna; a cambio observó que a la altura del pómulo izquierdo su amante tenía lo que a simple vista pasaba por un rasguño casual que él mismo pudo haberle hecho sin darse cuenta, pero que era algo distinto: una marca. Así que acercó el candelabro a la piel amada y el fulgor de las velas denunció otra marca, un pequeño círculo morado en el brazo. Y luego, un lago negro y violeta, una aureola de sangre condensada en la clavícula. Un chupón. Y en Versalles hay pulgas, piojos, liendres, aves diurnas y nocturnas, murciélagos, pero hasta el momento no se encontraron vampiros.

Rígido de autoridad, Luis XIV le pidió que se quitara todas las prendas. Por completo. Madame de Montespan protestó, hizo mohínes, afectó pudor, pero el Rey dijo que era una orden así que ella se desnudó y separó los brazos descubriendo la totalidad de su belleza, la abundancia y disposición de sus encantos superlativos. Entonces el Rey vio sobre el cuerpo de su amante el calco exacto (pero atenuado) de los daños que Gabriel Nicolas de la Reynie infligió cientos o miles de veces a los detenidos, su marca única, un río de recorridos, una orografía de tormentos, su firma. Ahora bien, ni Luis XIV había mandado interrogar a madame de Montespan ni estuvo nunca en poder del Teniente General de la Policía torturarla suavemente sin su consentimiento: aquello había ocurrido a sus espaldas. Un rey se rebaja si pide explicaciones. Así que dijo: “En recuerdo de lo que fuimos el uno para el otro, madame, seré misericordioso en el castigo a su traición”. A lo que la Montespan contestó: “¿Traicionarlo yo? ¡Ni en cien mil años! No conozco los motivos por los que Su Majestad considera que debo ser castigada”. ¡Qué mujer

soberbia! ¡Negar aun cuando todo su cuerpo era la evidencia! Tal vez obedeció a la moda versallesca, donde ya no se estila la sinceridad…

Sin replicarle, Luis XIV mandó a que la encerraran en un convento; en cuanto al Teniente General de la Policía, las criadas no tienen la menor idea acerca de su destino, pero sospechan lo peor.

XLIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

¿No es extraño que las criadas den rienda suelta a sus lenguas sin cuidarse de mi presencia? ¿En serio creerán que no sé una palabra de su idioma? A veces pienso que las mandan a nuestras habitaciones para que atienda a sus chismoteos y los transmita al Elector de Maguncia… Pero ¿por qué alguien tramaría una intriga semejante? ¿De qué nos sirve enterarnos de los verdaderos motivos de la desaparición del Teniente General de la Policía y del crimen de la cuñada del Rey y de la infidelidad de madame de Montespan? Y ¿cuál sería el beneficio para Luis XIV si en Alemania se difundiera la noticia de sus cuernos?

XLIV

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Tal vez este asunto de los afrodisíacos y los venenos resulte más complejo que lo que parece. Las criadas siguen hablando, comentan que luego de la partida de Montespan los días se pusieron grises para Luis XIV; oscilaba entre el humor saturnino y los ataques de ira, hasta que decidió ocuparse de otros asuntos.

—No quiero ser parte de la pequeña historia, un punto seguido en el tratado universal de la melancolía —dicen que dijo y que agregó—: Soy el inventor de este palacio incomparable, un gran artista, el más grande, superior a Nerón, porque no necesito incendios para que mi nombre ilumine el cosmos. —Y después mandó a buscar a un compositor italiano, un tal Giovanni Battista Lulli, lo nacionalizó francés, lo nombró Superintendente de Música de Versalles y le encargó una pieza trágica o

cómica, un recitado, una ópera, lo que fuese, con tal de que durara muchísimo. Por descontado que Lulli inundará su bolsa con una lluvia de luises de oro cumpliendo con el pedido del monarca, así que anticipo el resultado: un tedio infinito.

Por lo demás, y aunque estoy seguro de que Su Excelencia ya lo sabe, es interesante recordar que no sólo Lulli es de origen italiano sino que también lo fue el cardenal Mazarino, Primer Ministro de Francia durante la infancia y la juventud de Luis XIV. Y fue Mazarino quien trajo a sus connacionales para perfeccionar las artes locales. Primero importaron al escultor Bernini y después vino el resto. Así, el encargo musical del Rey no sería sino el intento por crear un estilo propio y llevarlo a la cúspide adaptando y mejorando un estilo anterior. Es pertinente pensar entonces que Luis XIV trata de consolarse de su desengaño amoroso con las compensaciones artísticas ofrecidas por un italiano, así como, según dicen, Ana de Austria, su madre, buscó refugio de sus infortunios en los brazos del cardenal. ¿Será que uno se protege del dolor imitando a su madre? Disculpe Su Excelencia si estas reflexiones resultan importunas, mas no puedo dejar de pensar que la demora del Rey en recibirnos obedece a su decisión de que nos tomemos el tiempo necesario para conocerlo —a él y a su reino— en sus fortalezas y debilidades. Parece peligroso para su nación, si termináramos resultando enemigos de ésta. Pero ahora recuerdo un comentario del señor Leibniz, que podría ilustrar el asunto, y se refiere a algo que le contó un jesuita. Este religioso, que desarrolla su misión evangélica en China, advirtió un fenómeno singular: cuando una de las etnias pertenecientes a ese Imperio se ve amenazada por otra etnia más fuerte, convoca a un individuo perteneciente a una tercera etnia, un observador externo y ajeno al conflicto, para que conviva con ellos y así conozca su modo de vida, su cultura y costumbres, de modo de atestiguar en tiempos futuros lo que el mundo pierde cuando esta etnia es finalmente aniquilada.

Trasladando este relato a nuestra propia situación, quizá llegamos a Versalles para registrar el modo en que Luis XIV desea que su corte, su palacio, su reinado, resulten contemplados y recordados. Y si así fuese, toda su desesperada vocación por el lujo, los placeres y el regocijo, no serían más que el reverso también desesperado de una fuerte conciencia de lo efímero de la civilización que construyó y que sabe destinada a desaparecer.

XLV

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Jean-Baptiste Lully brilla. Aquí no se habla sino de lo que pide, escribe, espera. El Rey le cedió habitaciones especialmente acolchadas para que no lo distraigan los ruidos externos: el estreno abrirá la temporada de espectáculos de verano, por lo que de momento se postergaron las tareas de reforma, construcción o desmonte de las edificaciones del palacio, ya que albañiles, capataces, arquitectos y escenógrafos pasaron a atender las demandas del músico. Así, aunque hay menos polvo de mármol, piedra y ladrillo, los golpes de los martillos y el chirrido de las sierras no cesan. Como los días se han vuelto agradables, los hombres de la corte se aproximan a los tablados, a las escaleras y a los tabiques y cambian opiniones sobre la extensión y firmeza de un parante, los filos de una escofina, el calado de los dientes de una lima gruesa y la utilidad del tornillo para el ajuste de las maderas duras, en tanto que las damas fingen admirar los avances de obra mientras evalúan los músculos de los trabajadores, estén en camisa o descamisados, y hasta se les arriman para sentir su olor a transpiración fresca. Ahora se emplean términos como prismas triangulares, tramoya, pirámides giratorias, plataformas móviles, atrezzo, aparatos de trueno, sistemas de grúa, y se debate si habrá de verse algo a la altura de los grandes hitos de la antigua Roma. Se esperan acoplamientos multitudinarios en piscinas transparentes, carreras de trirremes y de aurigas y combates de gladiadores. En suma, nadie duda de que el Rey derrocha sumas incalculables para su “fiesta del placer”. El evento durará una semana entera y será animado con carruseles, carreras de anillos y de postas, ballets, fuegos artificiales, lotería, actos de magia y de acrobacia, pruebas de malabarismo y equilibrismo. Como atracción preliminar se mostrará el funcionamiento de la maquinaria teatral. Las grúas subirán y bajarán estatuas de yeso, se hará visible el ingreso y egreso del personal a través de los escotillones, atronarán los dispositivos y pasarán vertiginosos telones pintados con distintos escenarios, habrá juegos de antorchas que simulan sombras chinescas y linternas mágicas.

Llegado el momento del estreno, los participantes de la obra aparecerán en distintos niveles o pisos. El escenario será móvil, de modo

que actores, cantantes y bailarines subirán o bajarán de nivel de acuerdo a exigencias de la trama. Para esos traslados y accesos se encargó la Torre de Escenario al ingeniero Arnold de Ville, que concibió la Máquina de Marly. Cada uno de los niveles contará con pasillos irregulares, unos amplios y otros angostos; cortinados que abren a una escalera o al vacío; habitaciones provistas de camas y elementos de cocina para uso del equipo técnico, así como agujeros para descarga de orines y heces. También habrá sectores dedicados a cambios de peluca y vestuario, reparación de instrumentos y depósito de equipos. En el vértice superior de la Torre (cuyo diseño sugiere un zigurat babilónico) se instalará un gancho o guinche para calzar en los arneses de acróbatas, músicos, actores y cantantes, de modo que asciendan o desciendan según exigencias de la acción dramática. Se prevén riesgos: que una aceleración en caída no se detenga a tiempo y el acarreado termine estrellándose contra el foso o que en un ascenso demasiado rápido se desnuque contra el mismo guinche de traslado o que durante un vuelo horizontal se suelte algún arnés y la carga finalice su trayectoria a cientos de metros del comienzo, estampada, por ejemplo, contra un ejemplar del Jardín de los Cedros. Previendo esas eventualidades, se contrataron extras a fin de no perjudicar la continuidad del espectáculo.

En la corte ya se cruzan apuestas: ¿protagonizará Luis XIV la obra de Lully? La mayoría de los apostadores lo da por seguro. Y en caso de subir al escenario, ¿desempeñará el papel de hombre, mujer, animal, objeto, dios o astro?

XLVI

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

Todo sigue girando alrededor de Lully, que cada jornada suma una nueva demanda y agrega un nuevo obstáculo, exige modificaciones y añadidos. También pone y saca tenores, contraltos, contratenores, barítonos, bajos. Sus vacilaciones, sus pruebas, sus cambios de opinión, agregan gastos que ya decuplican el presupuesto inicial. En eso Lully se comporta como cualquier proveedor habitual del Estado, que infla los costos para aumentar sus ganancias. La diferencia es que él usa todo lo

que pide, absurdamente, y ni se molesta en justificar el dispendio. En su última visita a nuestros aposentos, las criadas comentaron que el señor Colbert, Ministro de Finanzas, se escandalizó cuando sus secretarios le acercaron la carpeta donde se detallaban las erogaciones. Corrió hacia el músico y le dijo: "Dios derrochó menos que usted, señor, cuando se le antojó crear el Universo". A lo que Lully respondió: "Es lógico. Dios trabajó sólo seis días y estuvo lejos de crear una obra tan compleja como la mía".

Después de ese diálogo, el compositor se esfuma cada vez que ve asomar a Colbert en el horizonte de su disgusto, y cuando el Ministro reclama su presencia —pues el proyecto depende del Departamento Administrativo—, Lully manda a decir que está ocupado, promete reducir el derroche y luego continúa obedeciendo a los dictámenes de su extremado perfeccionismo o de su inclinación por el desorden. Y no se trata sólo de la construcción de la Torre de Escenario. Si un decorado no lo satisface lo desgarra con manos y dientes; los ensayos a veces duran una hora y otras once; si un día pide una veintena de participantes para una escena, al siguiente solicita cincuenta o cien y al tercero la suprime o la reemplaza por otra aún más multitudinaria; lo ensayado parece un ensamblaje de partes diversas, distantes unas de otras; nunca se sabe si lo que se ve es prueba de una invención desbordante de talento o la muestra más acabada de una absoluta falta de gusto. En oportunidades, a cambio de proseguir los ensayos, Lully se limita a inspeccionar prendas, aprueba o rechaza guantes, corbatas, pecheras o plumas (escenas con indígenas), o permanece largo rato a la espera de que la luz solar caiga de determinada manera sobre cierta rama en particular de un árbol hecho de papel maché, aunque el estreno será en horario nocturno.

Según sus admiradores, procede así para proteger sus secretos, ya que teme que se filtre algún compositor sin talento y aproveche para robarle un concepto, una melodía, una nota en particular. "No quiero discípulos ni imitadores. En cuestiones del arte, pasado cierto tiempo el valor de un creador verdadero pasa a medirse menos por su obra que por los horribles abortos que expulsan sus epígonos", dice. Sus enemigos, en tanto, aseveran que su música carece de originalidad, que no tiene la menor idea de lo que montará en Versalles y que está buscando que el Rey se harte y lo regrese a Florencia. Con la bolsa llena de oro.

Pero, sea o no un artista excepcional, Lully actúa como si lo fuera. Un día, en la soledad de su cámara acolchada, Lully perdió la concentración

a causa de una discusión a los gritos entre el capataz mayor y uno de los carpinteros. Entonces se asomó a los ventanales, preguntó qué ocurría, el capataz contestó que el carpintero había martillado en sitios equivocados y los clavos sobresalían de la tarima. El compositor abandonó sus aposentos, descendió por la Escalera de la Diplomacia, cruzó la terraza y la explanada, atravesó los jardines, ascendió a la tarima, contempló el error y cacheteó al carpintero con su mano enguantada. En devolución, el carpintero lo desmayó de un puñetazo.

Enterado del incidente, Luis XIV visitó al músico, que lo recibió gimiendo en el lecho, lamentándose de la incomprensión general mientras se aplicaba paños fríos en la mandíbula. El Rey lo exhortó a sobreponerse y proseguir. Lully protestó un poco más y solicitó mayor financiación y menos examen de sus cuentas. Luis XIV accedió al pedido, así que Lully se repuso más pronto que tarde y devolvió la visita, y en agradecimiento cantó la obra entera. A su término, el Rey mandó a llamar a Colbert y le dijo: “En la mente de Lully habita la poesía y en su música se atisban el color del cielo, los movimientos del alma y el cosmos. No lo apremies”. Por supuesto, las criadas no descartan la posibilidad de que estas palabras y su trascendido provengan del propio Lully, y sospechan que el Rey sólo se tomó la molestia de visitar al convaleciente para indicarle que en la obra desempeñaría el papel central.

XLVII

Diario de Johann Georg von Eckhart

A modo de ayuda a mi memoria, tomo nota de lo que voy enterándome; ya habrá oportunidad de brindarle un resumen adecuado a Su Excelencia.

1) La construcción avanza, pero nadie sabe qué cantidad de pisos tendrá ni el número de actores, músicos, cantantes y bailarines que se desempeñarán en las distintas alturas. Todo desborda de objetos y personas y se toman apuestas acerca de las muertes que produciría su derrumbe.

2) Se dice que pronto llegarán unas máquinas que harán volar carros que transportan dioses griegos arrastrados por caballos alados; los carros pasarán entre nubes de seda y de terciopelo. Se discute si la obra a presentar será una comedia, un ballet, una tragedia-ballet o una tragedia

cómico-lírica.

Cuando le comento acerca de estos asuntos, el señor Leibniz se limita a sonreír.

XLVIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Apenas comienza el calor, el señor Leibniz elige el encierro y la sombra. Ya desde la mañana había descartado los alimentos sustanciosos y se limitó a colaciones magras que consumía entre una y otra pitada a su narguile. Aspiraba el humo y al expelerlo yo también lo respiraba, ya que me prohibió que abriera los ventanales diciendo que el aire veraniego y cargado de polen agravaría su alergia. En el curso de las horas la atmósfera se iba volviendo densa y perfumada, y comencé a sentir cierta laxitud y debilidad en mis miembros, y recién reparé en la causa cuando mis pensamientos se volvieron tan deshilachados como el humo. Tal vez porque acompañaba al señor Leibniz, empecé a sentir que yo mismo accedía a ideas nuevas y extravagantes, pero no podía capturarlas ni formularlas. En determinado momento creí que mi mente estaba invadiendo la suya, y a cambio de oponerse él me dejaba capturar restos de ideas que había enunciado y que no le preocupaba perder o conservar. Traté de comunicarle esto, pero cuando abrí la boca no alcancé más que a soltar algunas sílabas azarosas; lancé una risotada que me avergonzó e intenté taparme la boca con la mano, pero terminé abofeteándome la cara. De pronto me invadió el cansancio, el dulce impulso de entregarme al silencio. Sin pedir permiso a mi amo, me dejé caer en un sillón y quedé contemplando las pinturas del techo, a las que hasta ese momento nunca había prestado más que una mirada distraída; me llamó la atención lo vívido de las escenas, lo intenso de los colores y lo definido de los trazos. Como si hubiesen ganado animación, sedas y terciopelos y brocados se agitaban y esponjaban, las armaduras brillaban y parecían henchirse, las espadas cortaban cabezas y yo veía chorrear la sangre, los músculos de héroes, próceres, dioses y semidioses temblaban de furor, los cuerpos de las ninfas y las cortesanas exhibían sus desnudeces y me llamaban por mi nombre y me invitaban a gozar de ellas (claro que no podía volar hacia el techo ni contaba con un andamio para trepar). Yo cerraba los ojos para guardar mejor la memoria de lo visto, y luego los abría para seguir

descubriendo maravillas. ¿Cuánto tiempo estuve así? ¿Horas o minutos?

En un momento el señor Leibniz me pidió que vaciara la cazoleta de su pipa. Salí de mi ensimismamiento, me puse en pie y me acerqué al utensilio; temí tropezar y caerme, tan flojas tenía las piernas. Al tacto, la cazoleta mantenía aun la tibieza de los restos del opio. Era una montañita de ceniza pálida que, de haber estado solo, habría dispersado en el ambiente con un soplido, pero en presencia de mi amo me dirigí hacia la vasija donde siempre volcaba el polvillo. Cuando estaba a mitad de camino, él me pidió que lo arrojara al exterior.

—¿A través del vidrio, o abro el ventanal? —le pregunté.

El señor Leibniz lanzó una carcajada y respondió que la segunda opción era la correcta.

Al separar las hojas me asaltó la novedad de lo que ocurría afuera: era la noche prometida, la noche de los placeres reales, la fiesta teatral y musical montada por Lully. Iluminada en los primeros niveles por las antorchas, la Torre de Escenario se perdía en la sombra, aunque de tanto en tanto fragmentos de construcción se volvían visibles con los destellos. Los ensortijamientos y cruces de los fuegos artificiales y las variaciones de su forma y color abarcaban todas las geometrías. Los fuegos se disparaban hacia lo alto, sus chisporroteos duraban segundos pero bastaban para encender las nubes bajas en figuras de monstruos de cielos superiores. Sin embargo, nadie reparaba en esa amenaza. La crema y nata de la sociedad versallesca se había reunido alrededor de la Torre y en el foso y el contrafoso la orquesta comenzaba a probar sus instrumentos. Voces y sonidos se combinaban en murmullos de colmena. En ese momento recordé mi encargo; con el ventanal abierto, alcé la mano y sacudí la cazoleta esperando que la ceniza volara y se perdiera en el remolino de fuegos exteriores, pero una ráfaga de viento la envolvió y me la arrojó entera sobre la cara, encegueciéndome y asfixiándome. Tosí y lagrimeé; a cada espasmo el polvillo se adentraba más en mis pulmones creando una especie de adherencia de miles de puntos de fuego en dispersión y ampliación constantes. Mis ojos se cubrieron con una película de ardor pegajoso. En mi desesperación empecé a gemir, a frotarme los párpados y a gargajear a diestra y siniestra, y en mi confusión tropecé y caí, golpeándome la frente con el marco del ventanal. Comencé a sangrar, y como había soltado la cazoleta tanteaba a ciegas tratando de encontrarla. El martirio parecía eterno pero concluyó al poco rato, dejándome la garganta seca y un gusto amargo en la boca. La

cazoleta estaba en el borde de la alfombra, sobre el tramado de una flor de lis. La tomé y me enderecé, volviéndome en dirección del señor Leibniz. Entonces vi que permanecía sentado en su sillón, quieto y como adherido, con las manos aferradas al apoyabrazos. Frente a él había una mujer alta, delgada, morena, vestida con una elegancia incomparable; sus prendas eran oscuras, pero aun en la penumbra del cuarto se advertía el brillo opaco de la urdimbre de hilos de oro blanco; en peinado, cuello, brazos, frente y orejas lucía joyas de diseño soberbio. Pero esos rasgos de distinción y riqueza impresionaban menos que su aire de serena majestad.

Esa mujer no podía ser otra que María Teresa, infanta de España y de Portugal, archiduquesa de Austria, Reina consorte de Francia y de Navarra, la esposa de Luis XIV.

Por el modo subrepticio de aparecer en nuestros aposentos, sin cita previa y sin dama de compañía, inferí que la Reina debía de tener un asunto reservado que tratar y que prefería hacerlo discretamente; por eso, lo adecuado hubiese sido que me retirara. Pero yo no sabía si había advertido mi presencia, y ponerme en movimiento quizá habría afectado el sigilo con que se manejó, por lo que me pareció que lo mejor era permanecer quieto y en silencio, a medias oculto entre los cortinados con los que me había estado limpiando la cara. Así que me acomodé en el antepecho del ventanal, dando la espalda a la Reina y al señor Leibniz, y volví mi vista al exterior, dispuesto a seguir el espectáculo. Pero un impulso inesperado —efecto tal vez del humo y de las horas de encierro — me llevó a alzar la cazoleta y a situarla a la altura de mi ojo izquierdo. Nunca antes la había observado de cerca, y desde la primera mirada descubrí los primores de la tarea realizada. En general, las cazoletas se hacen de cobre, bronce o hierro, y se perforan con punzones para dar paso al humo. Pero ésta era distinta, suave, como si su materia fuese un barro blanco cocido al horno y cubierto con una pátina protectora. Le conté veinte perforaciones, cada una de ellas distinta: estrellas, una media luna turca, esferas planetarias… sólo faltaba el astro regente, así que por buscarlo alejé la cazoleta de mi ojo y la proyecté hacia el exterior, contra el cielo nocturno. Entonces vi que las nubes se habían despejado y una redonda luna enorme destellaba hasta el punto de debilitar el resplandor puntiforme y enloquecido de los fuegos artificiales; su luz pasaba a través de la cazoleta y sentí que trabajaba en profundidad sobre mi rostro, tatuándomelo con agujas de plata. Era una quemazón que hubiera podido volverme ciego, sobre todo porque algo comenzó a

girar. No se trataba de la cazoleta sino de sus perforaciones, como si un mecanismo interno les confiriera autonomía de funcionamiento. Así voltearon en redondo una y otra vez, sumando velocidad hasta volverse un solo agujero en forma de dragón lanzafuego. Solté la cazoleta y me volví. Por un extraño fenómeno mis otros sentidos también se intensificaron y pude percibir la presencia de la Reina en su plenitud. Antes plana contra el fondo negro de la puerta, ahora tomaba volumen y se desplegaba… Escuché el frufrú de sus vestidos al acercarse al señor Leibniz, su perfume empezó a difundirse en suaves ondas crecientes, una mezcla de cítricos y almizcle que lo invadía todo. Además de la máscara veneciana que le ocultaba la parte alta de la cara, hecha de transparencias y encajes salpicados de perlas diminutas, vi el lunar falso que adornaba su mejilla como una isla que asoma en el mar delicadamente ocre de su maquillaje. Lo cierto es que sentí todo aquello con el mayor de los detalles mientras María Teresa de Austria se acercaba a mi amo y se inclinaba sobre él; parecía decidida a confiarle un secreto. Entonces me pareció conveniente regresar la vista al espectáculo.

A un costado del escenario, Lully marcaba el tiempo: su mano izquierda agitaba un pesado bastón de hierro mientras la derecha dirigía a la orquesta con ademanes tan bruscos como intensos, pero que no le impedían darse cada tanto un toquecito a la peluca para despejarse los rulos de la frente. Los bailarines, vestidos con lujo chocante, seguían el ritmo uniforme desplazándose en círculos o girando sobre sí mismos con movimientos rígidos que parecían anunciar la obediencia a un sistema, la renuncia de toda libertad. Al rato comenzó a abrirse el centro del escenario y armaron rondas, luego las disolvieron y se alinearon alrededor de ese centro como rayos humanos. Mientras lo hacían, la música, hasta entonces atronadora, se fue volviendo fluida y calma, y entonces, también calma y lentamente, la tarima oculta empezó a elevarse. Lo primero que dejó ver fue el fulgor de la corona de oro macizo, y después una cabellera radiante y el rostro del monarca espolvoreado de oro, así como sus prendas y joyas, oro desparramado de las uñas a los zapatos. Entonces Luis XIV abrió los ojos y los ojos eran amarillos como los de un gato. Movió una mano, abriendo y cerrando el puño y estirando el dedo índice, que apuntó hacia el piso de la tarima, y los bailarines se inclinaron en reverencia y comenzaron a danzar a su alrededor. La música aumentó su volumen, y antes de que me ensordeciera escuché a mis espaldas que María Teresa de Austria le decía

a mi amo:

—No me avergüenza admitir que vengo en disposición de formularle una solicitud. Cuando se encuentre con el Rey le ruego, señor, que lo disuada de invadir España y repartir las tierras que nos pertenecen entre sus aliados. No me avergüenza tampoco asegurarle que a cambio de ese favor haré lo que usted me pida, ya que estoy dispuesta a todo en beneficio de mi causa.

—Levántese, por favor —murmuró Leibniz.

—No me preocupa arrugar mi vestido. Ni que mis rodillas se mancillen con los pelos de la alfombra, bastante mugrienta por lo que veo y huelo. Acostumbrada como estoy a rezar, ésta se ha convertido en mi posición favorita. Así que no me muevo de aquí hasta que me responda favorablemente…

—Con todo gusto lo haría si pudiera… No obstante, mi misión no comprende…

—En poco tendría mi talento y mis méritos si no lograra convencerlo. No se mueva de su sillón. Quédese así, quietito.

—¡Me tiene usted prisionero sin sujetarme!

—Veo que las abstracciones de la filosofía no le impiden apreciar los cargados encantos de mi escote, pequeño mirón. Permítame que vaya al grano: es imperativo que convenza al Rey de lo que le pido y usted sabe que no puede negarse, porque donde hay una necesidad nace un derecho.

—El problema, señora, es que las necesidades son infinitas y los recursos finitos. Por eso la demanda de reparación es una sed que nunca se sacia ante cualquier compensación que se le ofrezca. Realidad y anhelo son incomposibles, al igual que la vigilia y el sueño. De allí que política y guerra nazcan como hermanos gemelos pero disímiles, para brindar la ilusión de un equilibrio basado en…

—Leibniz… Leibniz… No pretenda mostrarse inteligente conmigo porque corre el riesgo de parecerme un estúpido. Ni siquiera le exijo que olvide su misión inicial, sea cual fuere, aunque presumo que no tiene la menor importancia. Sólo súmele la defensa del reino de España. Y como usted es un caballero no me cabe duda de que se inclinará en mi favor… ¿Qué le pasa…? ¿Por qué pone esa cara? ¿Le comieron la lengüita los ratones?

Mi amo respondió, pero los sonidos del exterior ya hacían vibrar los cristales de los ventanales (¿fanfarria?, ¿pavana?), por lo que no pude escuchar los siguientes momentos del diálogo. Además, la mayor parte de

mi atención recaía en los movimientos de Luis XIV, que giraba lento sobre su eje mientras todos danzaban en su derredor. Apolo convertido en el Sol y rodeado del resto del Universo, apoteosis de los fuegos artificiales que surcaban el espacio y caían en arcos fulgurantes o chocaban contra las paredes del propio palacio e incluso rebotaban a poca distancia de donde yo estaba, como una tormenta universal. Pensé en cerrar el ventanal, pero eso hubiera supuesto denunciar mi presencia. A cambio decidí retroceder unos pasos, en silencio y sin volverme. Quien hablaba entre murmullos, con la voz cambiada, era ella, la Reina. Decía:

—¿Puede? ¿Esta laxitud es indiferencia o desdén? ¿O tal vez preferiría…?

Y mi amo, en tono implorante:

—Quizá… si usted no hablara entretanto...

Y la Reina:

—Comprendo, comprendo. Un cuerpo-máquina abismado en el pensar. Pero ¿y las sensaciones, los sentimientos? ¿Percibe el roce de los dientes, la tibieza de los labios? ¿Acaso lo más verdadero no es la piel? Advierta que el pasado y el futuro se condensan en la eternidad de este presente… ¿O quizá prefiere permanecer como testigo…? ¿Contemplar a su criado que nos espía, contemplarlo y que yo…? Ah, ¿será eso? ¿Quieres, Gottfried Wilhelm, imaginar o atestiguar? Soy una mujer de-ses-pe-ra-da. ¡Hace tanto que…! El cretino se la pasa llenándoles las canastas a un montón de roñosas mientras yo tengo que contentarme con algún mendrugo ocasional… ¡Ah, ahora veo, mi cochinito alemán! No es la realidad de los hechos lo que te motiva sino el fluir mental de las escenas, su representación. ¿Qué imaginaste, picarón? ¿Dónde está tu cabecita ahora? ¿Perdurará la que dura está? Ahora sí… ¿Sientes los embelecos de mi lengua? No aflojes… Ah, sí, sí. Cómo se pone… Ven a mí, dulce galán nocturno… Entrégame con tus contracciones la protección de mi patria. Así, así, volcancito. No llores, no tiembles de emoción. Ya está. Cuánta. Dulce lavanda blancoazucarada. Huevos satisfechos, alma serena. Dame un pañuelo. Deja, no hace falta, escupo sobre la alfombra. Qué le hace una mancha más a Versalles. Recuerda el compromiso adquirido y no comentes la naturaleza de nuestro pacto. Y en tus noches de desvelo ten presente que tomé lo tuyo a cambio del cumplimiento de tu palabra. O te denuncio ante Su Majestad por violación bucal.

—¿Adónde vas ahora? —dijo el señor Leibniz con voz ahogada.

—Debo volverme visible al fin de la función —contestó ella.

La Reina se puso de pie, se volvió hacia mí y me hizo un gesto con la cabeza, que de inmediato comprendí. Fui hacia la puerta, y cuando, con una inclinación, comenzaba a abrirla, me dijo:

—Al fin sirves para algo, mirón.

Su tono despectivo hizo aflorar algo que no había surgido en mí durante años, el orgullo, y me impulsó a responderle:

—Mi amo evaluará su pedido, señora, pero también sería útil que usted sugiriera a su marido el Rey la conveniencia de recibirlo. A mi amo, quiero decir.

Y ella replicó:

—¿El pequeño jorobado cojo pretende chantajearme? Qué torpeza. Y qué ceguera. ¿Mi marido? ¿Y quién te dijo que soy la Reina y no una simple mujer que bebió y se confundió de aposento en esta noche donde los fuegos artificiales y el baile encienden la lujuria?

—Pero…

—¡Ja! La Reina. ¡Qué idea! Te abandono entregado a esa ilusión y a la creencia de que prefiero ocultarme bajo una máscara.

Y dicho esto, dejó nuestros aposentos.

(Nota: ¿Debo referir algo de todo esto a mi amo, Johann Philipp von Schönborn? ¿Cómo distinguir información de mero chisme indiscreto? ¿Cómo explicar mi acierto o mi confusión?)

XLIX

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Ilustrísimo visitante:

Mi tío Antoine me confió que Vd. aguarda con ansia el momento de presentarse ante Su Majestad y comunicarle los motivos de su visita. Pues bien: ese momento está próximo.

Como habrá advertido, la etiqueta cortesana es estricta y pronto algún integrante de la Oficina de Protocolo le impondrá todos sus detalles. Pero permítame anticiparle que en su presencia es de rigor dirigírsele mediante esta fórmula: “Su Excelentísima Majestad, Luis XIV, Rey por derecho divino de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona”.

Por su parte, sería adecuado que nos indicara en qué términos y condiciones prefiere Vd. ser presentado.

L

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

En el presente me desempeño como representante sin cartera o embajador oficioso de Su Excelencia Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria…, pero el espectro habitual de mis intereses abarca la alquimia, las matemáticas, la geometría y la geología; soy inventor y bibliotecario, me ocupo de la historiografía, la jurisprudencia, la óptica y la hidrografía y la cronometría, y desde luego no descuido la lingüística, la cartografía, las relaciones internacionales, las teologías naturales y reveladas, y en mis ratos de ocio suelo hilvanar alguno que otro verso. Le ruego comunique a quien corresponda, sea ujier, maestro de ceremonias, ayudante de cámara o funcionario de ceremonial, que mis credenciales están a disposición, y que si en el momento de la presentación se hace necesario abreviar mi currículum, éste puede limitarse a la mención de mi actividad principal: filósofo.

En cuanto a Su Majestad, habida cuenta de las respectivas posiciones de ambos, me dirigiré a él como Vd. indica, en tanto que Él tiene la potestad de dirigirse a mí como le plazca.

LI

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

Transmití vuestra respuesta a Su Majestad y, en virtud de que Vd. le concede que Él lo nombre a voluntad, pregunta si admite las siguientes locuciones apelativas: “perro”, “escolopendra”, “cartílago humeral”, “ánfora anamórfica”, “baño de asiento”, “estuche hipotético”, “divinura”,

“jazmín del cabo”, “pincel sin pelos que ilustra con tinta invisible la página faltante de una enciclopedia imaginaria sobre la totalidad de lo inexistente”, o cualquier otra que se le antoje. ¿Acepta entonces que Su Majestad lo llame de cualquier modo, empleando cualquier género, número e idioma que se le ocurra, e incluso que recurra a combinaciones improbables como “dufkdldlcluski” o “eiornrbnfiñsñ” o “quidndhbcdu” o “xcldhflalagornetius”?

Resuelto el punto, Su Majestad me ordenó que le asegurara su gran deseo de conocerle personalmente.

LII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

Me sorprende agradablemente la fuerte inclinación de Su Excelentísima Majestad por las cuestiones de mi competencia. Traducida a mis propios términos, la pregunta que formula el Rey sería: “Aquello que la palabra nombra, ¿refiere necesariamente una realidad? Es decir, ¿existe relación de necesidad entre el lenguaje y lo que pretende representar? ¿Está comprendido el Rey en la palabra rey?”.

Lúcidamente, Su Majestad ha entendido que a toda persona y a toda cosa les adjudicamos nombres que no responden intrínsecamente a su ser o esencia sino que resultan denominaciones arbitrarias que se establecen de manera distinta en las diferentes lenguas y países. Así, por ejemplo, a un mineral duro, de tamaño variable y forma irregular y que no se mueve si no es movido, se lo denomina *roca* en la lengua castellana, mientras que en francés se lo llama *roche*, *sahkra* en árabe, *felsen* en alemán, *szikla* en húngaro, *roccia* en italiano, *petram* en latín, y así sucesivamente.

No obstante, le anticipo que, de seguir las denominaciones que Su Majestad sugiere y aplicarlas en sus combinaciones posibles, tanto a mi propia persona como a la suma de entes y relaciones existentes, se terminaría empleando un tiempo infinito y un número también infinito de términos para expresar la totalidad del Universo, al menos de éste en el que ambos estamos contenidos. Y es precisamente por la amplitud de esas combinaciones sin representación previa que nos veríamos

impedidos de mantener cualquier clase de diálogo, porque las palabras a emplear no nos permitirían ya saber quién dice ni qué dice y tampoco sabríamos quién es y qué dice el otro, ni a qué entidad o relación se refiere.

Creo haber respondido con esto a la inquietud de Su Majestad. Y aquí estoy, dispuesto a aclarar de cuerpo presente cualquier duda o curiosidad que pudiera despertarle el tema.

LIII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado amigo:

Su Majestad le agradece la pronta respuesta y no quiere dejar de mencionar que, en su opinión, Vd. ha abordado el problema rápidamente y de manera a la vez sofística e incompleta. Para empezar, asevera el Rey, su explicación de Vd. omite o desconoce la existencia de sinónimos, equivalencias, antítesis, hipérboles, sinécdoques, metonimias, prosopopeyas, símiles, malapropismos y antónimos, y elimina de cuajo las metáforas puras e impuras. Reproduzco su frase:

—Dígale a Leibniz que yo no podría concebir mi propio ser sin esos modos mediante los cuales parece decirse una cosa para decir más profundamente otra. Imposible vivir sin el lenguaje y su repujado. —Luego agregó—: El lujo verbal es la primera necesidad.

LIV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

Insisto. Su Majestad puede llamarme como guste. La manera más sencilla de hacerlo es por mis nombres, Gottfried Wilhelm, y por mi apellido, Leibniz, añadiendo si le place mis cargos, que en el presente son los de Consejero y Bibliotecario de la Corte del Elector de Maguncia.

LV

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Ilustre visitante:

Comuniqué a Su Majestad vuestra respuesta y él me pidió que le dijera que lamenta su falta de sentido del humor (el suyo de Vd.), y aseguró que no arribarán más rápido a un acuerdo sobre los temas a tratar si Vd. lo priva del gusto del debate y de los chisporroteos del goce verbal, cediendo tan rápidamente en una discusión.

Dicho de otro modo (no el único posible, no de todos los modos posibles), Su Majestad ha experimentado, respecto de Vd., una fuerte decepción, y estimo que tardará un tiempo en recuperarse y en volver a manifestar su deseo de establecer un contacto con Vd. como paso previo a un encuentro. ¿Está dispuesto a esperar?

LVI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

¿Está dispuesta Europa a esperar a Luis XIV?

LVII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Querido primo:

Empezamos la partida.

SEGUNDA PARTE

“Mi querido amigo: Olvide la idea que me comunicó vez pasada, porque será tenida por muestra de ingenuidad o, peor aún, de estupidez. No vivimos en el mejor de los mundos posibles sino en uno de los innumerables con los que Dios hizo su prueba y luego descartó”.

Carta de Antoine Arnauld, lógico,
a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo.

LVIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Luz, luz que explota y se derrama, luz que rebota en los espejos y se multiplica. Uno tiene que taparse los ojos, hacer celdillas entre los dedos-barrotes para separar lo que es carne de lo que es éter encendido. Y allí, al fondo, como una mancha negra, la pequeña estructura escalonada en la que se apoya el trono sobre el que se sienta Él para mostrarse alto. Luz y distancia y sol que ciega. Para verlo mejor hay que permanecer inclinado, la cabeza contra el pecho, haciendo sombra con el ala del sombrero. Pero ante Luis XIV, ¿cómo estar cubierto? El señor Leibniz se inclina, alza la vista y aprovecha para mirarlo, ya que el cuerpo del Rey le tapa la luz directa. Luego barre el suelo con el sombrero y permanece en silencio como marca el protocolo. Yo estoy tres pasos detrás de mi amo y no llego a divisar el rostro de Su Majestad, aunque lo conocí en los retratos de Le Brun que pueblan las galerías de Versalles. Frente amplia y abovedada, ojos algo hundidos en la grasa, cejas depiladas, mejillas rechonchas, orejas lobunas perdidas bajo la peluca, bigote ralo, mirada perspicaz. El Rey permanece quieto en imitación de una de sus estatuas, como si dijera: “Admírenme a gusto”. No sopla brisa ni vuela una mosca. Saltan pulgas, pero Él, impertérrito. Tal vez el Altísimo lo sustraiga de los padecimientos del resto de la humanidad. Lo miramos de arriba abajo. Sombrero rojo de fieltro y seda, copa baja, alas blancas y redondas, adornado con plumas de faisán o de aves del Paraíso (no soy ducho en ornitología). Camisa abullonada de encaje con cuello de banda caída sobre la que se superponen el jabot y la corbata-moño, chaqueta corta de ligero terciopelo azul, estampado con flores de lis. Tahalí cruzándole el pecho desde el hombro izquierdo y cayendo sobre la cintura, cargando un espadín que apenas sirve para cortarse las uñas que lleva largas para rasgar la piel de los embutidos y la cáscara de las frutas. Pantalones hasta la rodilla, con pliegues tan abundantes que parecen falda, adornados con cintas de colores vivos; medias rosadas que enfundan sus pantorrillas; zapatos rojos de seda, decorados con lirios y forrados de tafetán, con taco elevado y moño mariposa. En la mano, un bastón de marfil con empuñadura de oro.

Mi amo repite su inclinación. El Rey pasa la lengua por sus labios y le

dice:

—Querido maestro del pensamiento: sea usted bienvenido a mi humilde morada, que aún no terminé de refaccionar. Entre las excusas que interponen mis albañiles y la natural pereza de los negros traídos de mis colonias, a veces creo que la obra no terminará nunca… En fin. Mil disculpas por haberlo hecho esperar un poco. Pero, la verdad sea dicha, nada bueno sale de un apuro. Lo bueno cuaja y crece en la demora. Además, confieso, confieso que estaba en duda, la dulce duda que corroe el alma. "¿Qué hago con mi ilustre visitante?", me decía. "¿Dónde lo recibo? ¡Es el mismísimo Gottfried Wilhelm Leibniz, a quien se le atribuye ser el autor de la teoría de la armonía preestablecida! Si lo atiendo en el Salón de Apolo, ¿sentirá que lo trato como a un embajador ordinario? Si, por el contrario, nos encontramos en los Grandes Aposentos o nos encerramos en el Apartamento Real, ¿creerá que intento sugerir una cercanía que aún no existe, una falsa intimidad?". La vacilación es mi cáncer, la sonrisa amistosa mi curación. Por eso finalmente caímos en la Galería de los Espejos. Donde al menos habrá tenido la oportunidad de contemplarse en cuerpo entero y enteramente multiplicado. El hombre es la medida del mundo y el mundo es la desmesura de Dios, que yo represento. Pero ya hablaremos de eso… Quiero decir, de Dios, de sus planes y de nuestro papel en el diseño celeste. Ahora quería decirle… Pero antes, una pregunta: esa cosita esmirriada que lo acompaña, tirando a jorobada y con aspecto de renacuajo que se esconde bajo el título de Conde, si me permite el desvaído juego de palabras, ¿es su asistente y escriba y criado? Me dijeron su nombre, pero no se moleste en recordármelo. Odio la rigidez consonántica, mi estilo sólo se complace en la curva y el almíbar sonoro donde la lengua se derrama. Bien. Quería pedir, entonces, disculpas. Disculparme por no dirigirle la palabra en latín y por descartar el bárbaro y filosóficamente inculto alemán… Aprovecharé su presencia para practicar el idioma castellano de Ruy Díaz de Vivar, Francisco de Quevedo, Luis de Góngora, Miguel de Cervantes Saavedra, Alonso Fernández de Avellaneda y Lope de Vega Carpio, y de mi querida esposa y real consorte, la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV de España. Y de paso silabearé mi estado de ánimo: estoy de-ses-pe-ra-do —dijo el Rey.

—¿Puedo preguntarle a Su Majestad el motivo de su de…? —empezó mi amo y fue interrumpido:

—¿Mi motivo? ¡Hombre, hostia, joder! ¡Tengo decenas, cientos de

motivos! ¡Mi vida es un follón perpetuo! Entre las guerras, las conspiraciones, los gastos, mi madre, su amante el cardenal Mazarino, mi esposa, mis amantes, mi hermano Felipe de Orleans, los novios de mi hermano, mis hijos, los hijos de mi hermano, mis ministros, Versalles, el pueblo francés que tanto me ama… ¿Le parece poco? ¿Usted cómo me ve? Me importan las primeras impresiones. ¿Me tiene por un simple hombre de talento o por alguien verdaderamente genial? El talento es lento y aburrido y supone un trabajo constante: se lo dejo a mis lacayos. El genio, en cambio, tiene todos los pliegues y relieves, es veloz como el relámpago. Si usted cometiera el espantoso error de no creerme hombre de genio, al menos tenga a bien considerarme supremamente interesante. Aunque "considerar" no es la palabra correcta. Tampoco "evaluar", porque ¿quién podría situarse a mi altura? Menos aún usaría la palabra "estimar". Prefiero el empleo de términos como "deslumbramiento", "devoción", "sumisión" o "terror". No podemos hablar sino de los usos y abusos del lenguaje. ¿De qué otra cosa, si no? Y, ¿qué piensa? No conteste de inmediato. Medite bien su respuesta antes de ofrecérnosla. Y entretanto vamos al grano. Dígalo. Concisamente. ¿Qué tiene el Sacro Imperio Romano Germánico para ofrecer a Nos, Luis XIV, Rey de Francia por designio divino? —dijo el Rey.

—Vengo a presentar un plan para que su Francia conquiste Egipto —dijo mi amo. Pasaron algunos segundos. Demasiados. El señor Leibniz se vio en la obligación de agregar—: El plan lleva por nombre *Consilium Aegyptiacum* o "Proyecto de Expedición a Egipto".

—Egipto… Egipto… ¿No queda un poco lejos? —suspiró al fin el Rey, como si ya sufriera las fatigas del viaje. Después, su pintura de labios se curvó en una sonrisa socarrona, el jugueteo de la falsa indiferencia. Bajo el velo de sus pestañas postizas, el brillo de sus ojos indicaba interés: observaba atentamente al señor Leibniz mientras simulaba contemplar el nacarado de sus uñas. Era claro que estaba pensando en la propuesta. Se tardó entonces todo lo que quiso y luego exclamó—: ¡Egipto! ¡Me perdí en la ensoñación! Exotismo es distancia, exogamia es cultura y la guerra es el instrumento de intercambio cultural y desigual por excelencia. Ganamos, nos quedamos con lo que no es nuestro, damos lo que nos sobra y todos contentos, es decir, contentos nosotros y los otros si no les gusta lo lamentamos mucho. Hablando de eso, hace unos días recibí al Príncipe de Abisinia, o del Congo… Algo venía a proponerme. Entre nosotros, es un negrito delicioso, mi hermano lo examinó: circunciso,

dotado como su obelisco de Aksum, duras y tiernas las nalgas, dos melones oscuros como la noche. Creo que quiere vendernos café a cambio de… No sé, algo le encajaremos. ¡Así que Egipto…! ¡Egipto! *E-gypte*. *Egypt*. *Aígyptos*. *Ägypten*. *Misr*. *Āijí*. ¡Lo digo en todos los idiomas y en ninguno rima con nada! Bueno, *Āijí* sí, con colibrí, con petiribí, alhelí… ¿Egipto queda lejos de Abisinia o anda por ahí nomás, mi querido embajador oficial u oficioso?

—Como dice Su Majestad, Egipto anda por ahí nomás, en África, limita con Sudán…

—Sí, ya lo noté: los negros sudan y huelen a chivo y este Rey transpira perfume. ¡Ríase nomás, estoy intentando que se sienta a gusto en nuestra presencia! Le soy franco, no me queda más remedio. No me diga que esta broma también se le pasó por alto. En fin. Adoro mi sentido del humor, hecho de sutilezas que sólo yo entiendo. Mi soledad es infinita… Ay, no sé dónde metí mi pañuelo de batista. Una cosita: no se sienta cohibido ante mi augusta presencia. Es lo habitual. Efecto de mi personalidad arrasadora. Qué vamos a hacerle: soy sencillamente extraordinario. Usted disimule el impacto de sentirse la nada misma ante mí. Ya se le pasará. Todo pasa. Y si no, jódase. Si no se recupera de la fascinación inicial, señal sería de que le hubiese convenido quedarse junto a mi primo Leopoldo I, asesorando a ese pobre hombre que es de una tenuidad, una delicuescencia, una mediocridad desconcertante. Ahora cualquiera es Rey o Emperador hasta que lo decapitan. Antes, en cambio… ¿En qué estábamos? Ah. Egipto. ¿Por qué no? Déjeme que lo piense un poquito. La propuesta nos tienta, mi estimado… ¿*Consilium Aegyptiacum*, me dijo? ¿Y usted sería el consejero de ese consejo? Se nota que nadie lo aconsejó con el titulejo del proyecto, pero la idea me gusta, me gusta, me gusta. Yo, si me permite la sugerencia, y no veo por qué no habría de hacerlo, ya que está suspirando por obtener un poquito de mi atención, yo en cambio lo titularía: *Aegyptium consilium est frui aliis terris et taedio pugnare*. Sería un título más atractivo a la hora de persuadirme, sugerirme, cautivarme. Finalmente, nada mejor que invadir un país para disipar el *spleen* de estos dorados salones. Aquí gobernamos, dormimos, soñamos, legislamos, la ponemos y nos ponemos en pedo. Somos quienes somos, en suma. Y aunque Soy el epítome de la civilización occidental (no sé si existe otra), mi alma se pierde en el anhelo de surcar mares, sortear maremotos y sobrevivir a naufragios, escalar montañas, entablar batallas, cortar cabezas, atravesar desiertos y finalmente llegar a tu Egipto… y ahí sí,

¡quién me ha visto y quién me ve! Será el lugar de mi libertad sin límites… Imagíneme: pongo un pie en la arena rubia o en la oscura tierra fértil, el limo negro, desgarro mis prendas de un tirón, queda al descubierto mi broncíneo pecho, la primera tormenta salvaje lava mis afeites, arrojo la peluca a un lado y me interno en el continente y en el curso del viaje me vuelvo un bárbaro, me miro y me admiro en el agua de los riachos pero ya no me reconozco: violo doncellas y donceles, monto en camello, jirafa o dromedario… Y cuando me aburra (momento fatal, mi amigo) pego media vuelta y regreso a la comodidad de mi palacio trayendo algunas esclavas, una que otra pirámide o cualquier otra decoración… Ahora bien, entre usted y yo: mejor que hacer es pensar y mejor que realizar es prometer. Si apenas imagino los trámites del viaje ya me agarra un cansancio milenario, ¿le parece a usted que vale la pena tomarse esas molestias? Sinceramente, estimado, ¿es necesario transformar este planeta o mejor nos limitamos a soñar con la posibilidad…? Pero lo que queremos averiguar son detalles de otro orden, algo más sutil... A ver, acérquese. Así, así… Arrime esa oreja izquierda arrepollada. ¿Ahora me escucha bien?

—Sí, Su Majestad.

—Quiero que mi voz se deslice en sus oídos como un murmullo en el descanso prometido, como una promesa en la almohada…

—La voz de Su Majestad se escucha nítidamente.

—La nitidez importa poco, lo mejor ocurre cuando algo se difumina y se pierde en los bordes de la nada misma. Lo que cuenta es el efecto final. Que la voz sea persuasiva.

—Creo que la de Su Majestad lo es. Así lo estima todo el mundo…

—Mentiroso. Adulador aficionado. Le falta mucho para chupar las medias a la perfección, pero no se preocupe: a la corta o a la larga aquí aprenderá las artes de la hipocresía. Mire. O mejor, escuche. Escúcheme a mí, siempre. Le voy a ser sincero, ¿qué otro remedio? Yo tengo todo lo que necesito y ahora necesito saber si podré ganarme lo que quiero. Así que dígame... Hay algo que quiero averiguar, algo que no puedo dejar de saber, y cuyo desconocimiento actual perturba mi alma. Es una cosa… Una cosa…

—¿Sí, Su Majestad?

—Maravillosa…

—¿Sí?

—Estoy esperando que usted me ofrezca el pie apropiado para formular

mi interrogante…

—¿El pie?

—En sentido figurado. No es que pretenda tropezarme y caer. Una línea adecuada. Una frase que me permita continuar, la pregunta que sirva a mi pregunta.

—¿Y qué necesita saber Su Majestad?

—¡Al fin, Leibniz! —dijo Luis XIV—. Necesito saber si es cierto lo que dicen. Y lo que dicen es que allí, en esa provincia turca que usted me insta a invadir, se contemplan los atardeceres más bellos de este planeta. Ahora es su turno.

Y mi amo respondió:

—En Egipto hay un río barroso y largo que surcan lagartos tan grandes que son capaces de devorar a un hombre, y hay alimañas que se alimentan del limo en el fondo verde y opaco y que al respirar largan un aliento tan pútrido que hasta los mismos dioses locales se caen del aire…

—¡Qué panorama tentador! —Rio el Rey.

—Si un viajero llega a orillas del río Nilo al atardecer —siguió el señor Leibniz—, verá las gradaciones del sol diluyéndose en la espuma, virando del rojo al naranja y luego al dorado, escuchará el susurro de los papiros trazando sus ideogramas en el agua y el borboteo de los peces que asoman para atrapar a los mosquitos que se posan sobre las hojas de loto. Asistirá también a la danza de los halcones y los ibis agitando el firmamento, buscando el secreto negro del crepúsculo, el puntillismo de la agonía solar. Y a eso se suma el lento desfile de las caravanas de los tuaregs, cargadas con mercancías que traen los perfumes de las tierras encantadas del Oriente más lejano. Y agreguemos el transporte espiritual que experimentamos cuando suenan las voces de los muecines desde los alminares de las mezquitas. Y todo eso monta el espectáculo de los atardeceres más bellos, atardeceres que, por mucho que yo me esforzara en describirlos, Su Majestad nunca conocerá si no invade Egipto.

Entonces Luis XIV asintió con la cabeza, se puso de pie de un salto:

—¡Listo! ¡No perdamos ni una palabra ni un segundo más! ¡La ocasión hace al ladrón y al conquistador! ¡Cardenal Mazarino o Mazzarino! Pap… Pa… Véngase ya mismo y atiéndame al enviado alemán, ¿Wilhelm Gottfried se llamaba usted?, así arreglan los detalles de la ocupación de Abisinia, Egipto, o lo que se le antoje —y desapareció agitando los faldones de su traje.

Luego de la rápida retirada del Rey se produjo la de los cortesanos y los

guardias, que retrocedieron de espaldas, inclinándose ante nosotros. El señor Leibniz y yo nos quedamos contemplando nuestras figuras de cuerpo entero en los espejos de la Galería. Y como muchos de estos espejos se encontraban enfrentados, uno podía observarse también en las partes traseras, lo que me permitió comprobar que el Rey exageró al mencionar mi "joroba", cuando lo cierto es que apenas tengo una pequeña giba. Quedamos, entonces, contemplándonos, girando sobre nosotros mismos, buscando las formas particulares. De pronto, Luis XIV reapareció.

—¡Sorpresa, Leibniz, te estudié a través de las mirillas-trampa de la puerta! Descubrí tu desconcierto, tu angustia, tu debilidad, tu esperanza… Pero bueno. ¡Volví, volví! Quería avisarte que el cardenal Mazarino… No recuerdo si murió de viejo o si yo mismo apresuré… en su reemplazo lo tengo a Fouquet… ¿O…? ¿Lo tengo o no lo tengo? Ah… Me parece que está preso por ladrón, o por estúpido, o por espía oculto. ¡Colbert! Ése es el nombre del hombre. Ministro de Finanzas. Y también, ya que estamos, que venga el Ministro de la Guerra, el Conde… Se me esfumó el apellido. Qué memoria la mía. No sé qué haré cuando tenga que escribirlas. Lo inventaré todo, como es usual en el género. *Tribulaciones, Lamento y Esplendor del Rey Sol. Mis Memorias autorizadas, libres de la miseria del recuerdo verdadero*. Por Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra por la gracia de Dios, etcétera. Quizá el título sea un poco largo. Podría quitarle lo de *Lamento*, reemplazarlo por *Apogeo*. Después de todo, no tengo de qué quejarme. En fin. ¿En qué andábamos?

—Estábamos acordando la invasión…

—Ah, sí, sí. Egipto. Olvídese de Abisinia. Concentrémonos en Egipto. ¿Tiene tiempo, querido Leibniz, o el tiempo lo tiene a usted? —dijo Luis XIV, escaló la tarima y tomó asiento en su trono. La luz entraba por los ventanales, pero con menos brillo; atardecía—. Me complace contar con su presencia. La conversación de tono intelectual no abunda en mi corte y nos gustaría que abordáramos ciertos temas en los que se le atribuye la condición de experto. Entremos en calor, y antes que nada, un acertijo: ¿Qué hace un filósofo? Respuesta: filosofa. ¿Qué hace un Rey cuando filosofa con una dama? Respuesta: filosoficulea. ¿Y? ¿Qué le parece, querido Gottfried? Quien no lo entendió, se embromó.

—Un brillante juego de palabras intraducible y sólo posible en el castellano de América —dijo mi amo.

—¡Qué sorpresa! ¿Y cómo lo supo?

—Es que mantengo correspondencia con algunos jesuitas que evangelizan a los indios guaraníes…

—¡Qué interesante! Así que el señor también se cartea con los jesuitas del rabo sur. América… América… Ese continente casi virgen… Dan ganas de ponerle la marca de nuestro sello… ¿Y si en vez de Egipto invado América y le encajo mi nombre a todo? Luisópolis, Luisaires, San Luis, Santa Luisia, Megaluisópolis, Arcadialuisia, Luisiana… Podría ser. Voy a pensarlo. Otro día. Ahora cambiemos de tema. Y antes de eso quiero cambiar de ubicación. Si permanezco mucho tiempo sentado, por más almohadones que tenga bajo mis reales posaderas… Usted entenderá de filosofía pero yo de paronomasias: almohadas/almorranas…

Luis XIV hizo lo que dijo y, ya de pie, continuó:

—Quiero detenerme en un asunto nada menor, que si no se aclara podría generar molestias y rispideces. ¿Empiezo? Ni sé para qué le pregunto. Empiezo nomás. Querido enviado, distinguido agente y espía alemán, notable filósofo, dos puntos: quiero que admita sin vacilar lo que en el fondo de su corazón ya sabe, dos puntos: que Versalles es el ejemplo más excelso, la realización de la teoría de la armonía preestablecida que a usted lo hizo famoso. Injustamente famoso, debo agregar. Y por lo tanto, en beneficio de la concordia entre nuestras naciones y del comienzo de una hermosa amistad entre usted y yo, exijo que reconozca de inmediato que tal teoría debe serme atribuida. Por la invención y creación de este palacio. Por la precedencia y autoría intelectual y material —dijo el Rey, y se quedó esperando una respuesta rápida del señor Leibniz. Como no la tuvo, agregó—: Usted calla pero no otorga. Sabe que digo la verdad. Claro que la verdad *per se* no existe, pero también es cierto que yo la tengo, por designio divino. ¡Ay, Leibniz, Leibniz! ¡Si pudiese hablar ahora, rojo de furor como dulce de membrillo, me diría que es usted quien montó ladrillo a ladrillo el monumento del pensamiento que ahora pretendo inmortalizar con mi nombre! Si pudiese hablar, así atragantado como está, me diría: “Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?”. Y yo le contestaría: “En los libros sólo figuran los nombres de los reyes”. Y usted replicaría: “¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra? Y Babilonia, tantas veces destruida, ¿quién la volvió a construir otras tantas? Roma la Grande está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? Y su antepasado, el joven Alejandro que conquistó la India. ¿Lo hizo él solo?”. A todo eso, respondería yo: “No sea demagogo. ¿A quién mierda le importan esas multitudes anónimas? El plural

mayestático los absorbe, todos están comprendidos en el nombre del monarca y en sus atribuciones". Dicho de otro modo: las piedras y los ladrillos de Versalles son la carne y la sangre de los obreros que lo construyen pero el palacio llevará mi firma por toda la eternidad, así como la formulación de la teoría de la armonía preestablecida está comprendida en mi acción de gobierno y se deduce de ésta, y eso es lo que usted entendió y de lo que trató de apropiarse mediante las volutas y artilugios verbales de su confusa mente alemana. Pero primero es mi obra y luego su comprensión. ¿Y? ¿Qué tal? ¿Hay respuesta para mis argumentos? —dijo Luis XIV y abandonó el trono y empezó a caminar alrededor de mi amo, que entretanto trataba de balbucear algo—. ¿Y?

—Los argumentos de Su Majestad… —dijo al fin mi amo, con lengua pesada, pastosa—. Los argumentos de Su Majestad son propios de la razón de Estado…

—Empezó mal, mi estimado. Lo propio es mío y la razón también, porque el Estado soy yo.

—… Pero me temo que usted exagera…

—… Exagerar es la única manera de ser realista, y como yo soy real y por fuerza realista la exageración es mi estilo. Pero volvamos al punto. El Estado. El Estado se piensa y se explica a sí mismo. Hasta lo puedo excusar, si necesita una puerta de salida al berenjenal en el que se metió. Y fue usted quien se metió solito y perdió la llave. Porque, no me mienta, no pretenda engañarme, y ahora voy a reforzar lo dicho, repitiéndolo, subrayándolo: al igual que el resto del planeta, usted supo de Versalles desde sus comienzos y también supo de la perfección de mi obra y tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, instintivamente, inconscientemente, de pura admiración de esta perfecta forma como Idea, quiero decir, como Ideal, no pudo menos que… copiarla… convertirla en palabras. Pero no tema, Gottfriedcito querido. No lo voy a castigar por su robo. Soy generoso. Soberanamente. Y lo perdono.

—¡Quiero creer que la pretensión de Su Majestad es una broma, una muestra de humor francés…!

—De ninguna manera. Míreme a los ojos. No la purpurina, los ojos. ¿Ve su brillo terrible? No resista a la evidencia: estoy hablando en serio. ¿Le ofrezco mi perdón y usted sigue pretendiendo apoderarse de una posesión ajena? ¿Quiere que de este palacio inigualable, de esta corte maravillosa lo echemos a patadas, o si prefiere a los puntapiés, que es más delicado, por ladrón? No me conteste porque, por supuesto, mi amenaza era una

pura figura retórica. Imagínese que no le vamos a patear el culo a un filósofo eminente como usted… Bueno. Ahora sí contésteme. ¿Está arrepentido? ¿Me va a pedir perdón? De rodillas, si es preciso. No importa que lo haga evidente, puede fingir que está admirando ciertos primores de mi calzado…

—Su Majestad abusa de su posición dominante. ¡Mis ideas son mi bien más preciado, el único bien que poseo!… Mis ideas… Fruto de mi esfuerzo… de mis noches de desvelo…

—Pero Leibniz, Leibniz… ¡Caprichoso! Parece una criatura… ¿qué importa a quién se le ocurre algo por primera vez? El dueño de una idea no es quien la concibe sino quien ilumina la negrura del Universo con ella. Cuando una idea me interesa, la compro y me la atribuyo. ¿Cuál es el precio de ésta? No, no me lo diga. No discutamos más. Algo en usted me conmueve y me incita a la benevolencia. Le concederemos la condición honorífica de precursor intelectual del reino y de propina le regalaremos algún titulito de nobleza, Conde, Vizconde, Duque, algo así. ¿Qué le parece? ¿No? ¿No le alcanza? No me diga lo que espera, mucho menos se atreva a pedírmelo. Dejemos las cosas como están. Descubrir la medida de sus ambiciones será mi diversión. Y ahora sigamos. Pero antes le daré un consejo, egiptiaco o no. ¡Cálmese, Leibniz! Está colorado como un tomate. Baje sus palpitaciones y no muestre nunca su enojo. Sobre todo si desempeña una tarea diplomática. Se lo digo yo, que entre tantas cosas que inventé (el alumbrado público, las aguas corrientes, la silla-retrete, la moda masculina, el Jardín Zoológico, la Academia Real de Ciencias y la Biblioteca Nacional), inventé también la diplomacia. Y ahora, si no hay más objeción de su parte… voy a ponerlo en su lugar. Dígame una cosa, ilustre visitante mío… ¿Por quién me toma? ¡No pensará que ni por un instante creí que usted se molestó hasta Versalles para convencerme de la conveniencia de que mis tropas invadan Egipto! ¡Pero mi querido! Yo sé que vino a convencerme de que lo incorpore a mi servicio.

—No es…

—Pero ¿por qué se pone así? No palidezca, Wilhelm. La verdad no ofende: molesta. ¡Ah, cómo se engañó al imaginar que podía engañarme! Pero no me enojo. Conocerlo todo es perdonarlo todo y la necesidad tiene cara de hereje. En su lugar cualquiera haría lo mismo… Arrodillarse, besarme las manos y babear los moños de mis zapatos. Usted calculó que si se ponía a mi servicio vestiría mejor, comería mejor y seduciría a

mujeres más elegantes, más sabias y más expertas en las artes amatorias que las gordas bigotudas que ensarta en los castillos gélidos y ruinosos de su horrible Alemania. Y ni hablar de su estipendio anual y del lujo de mi Walhalla arquitectónico, con sus jardines geométricos y sus grutas neoclásicas y sus estatuas grecorromanas y los estanques donde nadan peces japoneses… ¿Los vio? ¿Los ha visto por casualidad, mi amigo? Surcando las aguas no tan transparentes y llenas de musgos que se abren como una fronda artrítica con el movimiento de sus aletas. Uno primero mira a los peces y luego, si fija un poco más la vista, ve que el agua se convierte en una especie de piso de mármol móvil, etéreo, lleno de repliegues… Los peces son la justificación para que el agua estancada conozca los encantos del movimiento continuo. Claro que tenemos a esos peces para purificarla, ¿no? La naturaleza misma se encarga de enseñarnos las leyes de la dialéctica. Y ya que estamos hablando de todo un poco, ¿hacemos un alto en el camino y nos tomamos unos vinitos en mis copas de cristal de Murano? Acabamos de inventar una cepa dulce y burbujeante… Finas gotas de gas ascienden y explotan sin ruido sobre la superficie dorada, llevándonos a soñar con estados del alma silenciosos y transparentes… ¿Qué? ¿No? ¿Vino acá y no bebe vino? Una cosa es beber y otra ver beber: me lo dijo un bereber. ¿Y un tecito de la India? ¿Tampoco? No sabe lo que se pierde. ¿Y una taza de chocolate caliente? Menos. Mire que diluido en leche no engorda tanto. Aunque usted es flaco como un faquir. ¿Y un café turco, enviado por mi amigo Mehmed IV, el sulta…? ¿Menos que menos? Qué hombre, qué carácter. Cortado a cuchillo por el filo mellado de la abstinencia, que los tontos confunden con una virtud y los sabios entendemos como pobreza de espíritu. En fin. Sigamos. Resumiendo… Gottfried Wilhelm Leibniz, póngase de pie…

—Lo estoy, Su Majestad.

—¡Cierto! Es que con esta resolana no veo un carajo, pero estimo de mal gusto portar parasol en interiores. Bien. Gottfried Wilhelm Leibniz, usted se presentó ante nosotros para convencernos de la utilidad de sus servicios. Es lógico: soy el monarca más poderoso del planeta. Pero antes de decidir si lo tomo o no bajo mi protección, debo convencerlo de lo absurdo y falso de sus pretensiones. Soy yo y no usted quien concibió la teoría de la armonía preestablecida. Soy yo y sanseacabó —dijo Luis XIV y le sonrió beatíficamente—. Y para que la verdad penetre de una buena vez por todas en su entendimiento, sin demorarnos ni un instante más nos pondremos a discutir el punto. Seriamente. A cara de perro. Como en un

diálogo platónico. Usted empieza, yo sigo. Oponemos argumentos y el que gana soy yo, que tengo el poder. Y después, una vez que usted me concede la razón, pasamos al tema aparente que lo trajo hasta aquí. Egipto. Ya mismo. Egipto. Empieza usted… Hable. Convénzame. ¡Ah! Pero no, no no. Espere. Qué cabeza la mía. No. No. Imposible. Tengo que atender otros asuntos. Impostergables. Secretos de Estado. Mejor mañana. No me ponga esa cara ni me ladre en alemán. Ya nos veremos. Si no es mañana será pasado. Y si no es pasado mañana será… Pronto. Muy pronto. Mientras tanto le sugiero que se distraiga, pierda su mirada en los arcoíris nacidos de los chorros de agua que brotan de la fuente de las Nereidas. Luego recorra el ala sur, aproveche la pendiente natural de la colina, intérnese en mi Patio de los Naranjos. Sienta el aroma de los cítricos. Instante, detente, eres tan cremoso. Ya está. Mire, mire hacia afuera, a través de los ventanales o en el reflejo de los espejos. Ahí están. Encendidos por la luz del crepúsculo, cada uno de esos frutos es un sol que cae sobre las riberas del Nilo.

(Nota: Falta resumir lo acontecido para no abusar de la paciencia y el tiempo de Su Excelencia Johann Philipp von Schönborn. El encuentro marcó el comienzo del cumplimiento de la misión encargada, pero llama la atención la escasa capacidad de respuesta del señor Leibniz, su dificultad para marcar el rumbo de la conversación. Debe de tener sus motivos para obrar así. ¡Pero deja una imagen tan pobre!)

LIX

Diario de Johann Georg von Eckhart

(Sigo con las dudas acerca de cómo comunicar las novedades. ¿Fidelidad extrema y extensión, o resumen? Entre los dictados del señor Leibniz, este diario y mis cartas a Su Excelencia Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia, no hay tiempo que alcance).

Una vez concluida la audiencia entre el señor Leibniz y Luis XIV, y más allá de la satisfacción que sentía por haber presenciado el encuentro entre estas dos grandes personalidades, quedé con la sensación incómoda de no haber comprendido cabalmente el asunto en disputa. ¿De qué se trata esa teoría de la armonía preestablecida? ¿Cómo es posible que mi amo no me

la mencionara nunca? Pero, en ese caso, ¿cuándo la concibió y a quién se la había dictado? ¿Cómo era posible que Luis XIV la citara con total naturalidad y la pretendiera fruto de su propia inventiva?

Por la noche, apenas el señor Leibniz se durmió, decidí investigar ese misterio. Comencé repasando los apuntes tomados de su propia mano y que guardaba en una gaveta oculta en su secretaire. Para mi confusión, sólo encontré fórmulas matemáticas más retorcidas que los vellos púbicos del demonio, pero al pasar a sus dictados diarios advertí muchas referencias a la bendita teoría, y entonces no pude menos que preguntarme por qué mi memoria no las registraba. La respuesta es sencilla: es muy difícil seguir el ritmo veloz y la compleja evolución de los pensamientos de mi amo, por lo que siempre los transcribí sin tratar de comprenderlos o de percibir al menos su ilación y sentido. Para obrar con entera fidelidad, me convertí sin darme cuenta en una especie de máquina que toma la información y la registra, un remedo de la que inventó mi amo, que suma, resta, multiplica y divide cifras pero no comprende el sentido de las operaciones que realiza.

En el momento del dictado, entonces, mi única preocupación consiste en recoger cada una de sus frases, pero a veces ocurre que sus conceptos brotan tan rápido y de manera tan continua que constantemente me veo en la necesidad de saltear alguno que otro párrafo pero sin perder lo sustancial. En este punto alguien podrá preguntarse cómo distingo lo sustancial de lo accidental cuando carezco de formación en la materia y acabo de admitir que no me aplico a entender sino a anotar.

A esa objeción hipotética respondo: lo hago prestando atención a la intensidad con que el señor Leibniz formula sus pensamientos. Dice lo sustancial en voz alta, enfáticamente, y en voz baja y como para sí lo secundario, lo improbable o revisable, como si fueran comentarios o anotaciones laterales. Y pasado cierto tiempo somete a revisión estas segundas ideas, las enuncia una y otra vez, les da vueltas y más vueltas, y una vez que logra la consistencia deseada vuelve a dictarlas empleando el primer tono, por lo que finalmente la insuficiencia de forma inicial termina ascendiendo de grado y alcanzando la consumación de estilo. Y nada se pierde.

Escrito esto en mi descargo, paso entonces al asunto: la teoría de la armonía preestablecida.

Mientras transcribía las palabras del señor Leibniz, esta teoría suya me sonó, al igual que todas las demás, como un cúmulo de palabras cuyo

fluir yo debía atrapar en el aire donde vibraban, palabras cuyo sentido se me escapaba. Pero al releer esta noche, y por primera vez, los dictados de mi amo (cuyos ronquidos parecían escandir los párrafos), descubrí cuál era el eje de la disputa entre el Rey y el Filósofo.

Centralmente, la teoría de la armonía preestablecida se sostiene en una afirmación: que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Decirlo así es de una audacia y de una temeridad insoslayable, porque contamos con toda clase de evidencias en contrario. Nuestra especie nace para morir, sufre miserias, desgracias y accidentes, se pasa las horas diurnas deslomándose para ganar un mendrugo y las nocturnas durmiendo como cadáveres para reponerse del cansancio; y cuando tiene algún momento libre se entrega al goce de los sentidos, que procuran una satisfacción inferior a la que prometía el ansia. Quien descubre de manera temprana esos límites busca preservarse de la decepción apostando todo al amor; pero el amor, si existe, dura menos que un pedo en una bañera llena de agua, y es sustituido por el hartazgo y por el odio, emociones ambas que se ven incrementadas por la consecuencia natural de la cohabitación, los hijos, fuente constante de angustias, problemas y gastos. Por último, y ya en la declinación de sus fuerzas y de sus expectativas, el animal humano sólo espera una solución de carácter milagroso que compense sus efímeros padecimientos terrenales con una eternidad de beneficios celestiales, pero termina descubriendo que la buena conducta y las buenas obras realizadas a lo largo de su vida no garantizan el acceso al Paraíso, porque si Dios es omnisciente y todopoderoso sabe de antemano qué haremos y qué no haremos y por lo tanto decidió arbitrariamente nuestro destino desde el inicio de los tiempos. Y a esta suma de objeciones generales yo mismo puedo aportar una objeción particular: mi joroba.

Si viviéramos en el mejor de los mundos posibles, nadie nacería jorobado. Ergo, Dios no existe, pero si existe es un monstruo. *(rasgar luego el papel hasta que lo tachado desaparezca)*.

Por lo tanto, en una primera impresión de lectura, la teoría de la armonía preestablecida me pareció, más que ingenua, sencillamente idiota, y no podía llegar a entender cómo el señor Leibniz y Luis XIV disputaban la precedencia y autoría de esa estupidez como dos niños que tironean de un juguete hasta romperlo. Estuve a un tris de despertar a mi amo y enrostrarle su simplicidad y su necedad, pero el respeto me detuvo. Seguí leyendo. Resumo en una frase la tarea de horas: leí, leí, leí.

Y a medida que revisaba sus dictados iba revisando también mi primera opinión; ascendiendo de formulación en formulación, de abstracción en abstracción, mi mente se expandía y capturaba desde los conceptos básicos hasta las mayores sutilezas, y en el curso de esa noche de lecturas tuve que corregir mis primeras impresiones.

La teoría de la armonía preestablecida —entendí— dista mucho de ser una puerilidad; al contrario, es una teoría completa y compleja; y llegado a ese punto entendí también, y la comprensión súbita me llenó de resentimiento, que no había entendido del todo: sólo creí entender.

Me explico: en alguna parte de su dictado, el señor Leibniz había soltado una frase y la fue desarrollado a lo largo de los párrafos, y yo la seguía sintiendo la dicha de la comprensión y la iluminación; era una serie de conceptos fluidos y elegantes, y por lo tanto me sonaban verdaderos porque, tal como él mismo repetía, verdad es belleza y belleza es verdad. Entonces, en el curso de mi lectura nocturna, conmovido por haber accedido al *summum* del discernimiento y la brillantez, estaba a punto de llorar de felicidad cuando, al final de uno de esos párrafos, tuve la desdicha de leer: *De lo dicho con anterioridad debo repetir: así piensan los ignorantes, los bárbaros y los idiotas*.

Aquí debo aclarar algo. Escribí "resentimiento" pero también hubiese podido escribir "enojo", "tristeza" o "aceptación". Porque en ese mismo trágico momento en que advertí que me había engañado y que no comprendía nada de los pensamientos del señor Leibniz, nada en particular y nada en general, y también entendí que, por mucho que la vida y mis circunstancias puedan pesarme en alguna ocasión, tampoco estoy en el *peor* de los mundos posibles, porque no paso hambre y visto bien y duermo al abrigo y soy amanuense del filósofo más importante de la historia (o poco menos) y acabo de asistir a su conversación con el monarca más poderoso del planeta. ¿Qué decir de eso? Mejor imposible.

Y ahora interrumpo el relato de mi noche de descubrimientos porque mi amo está despertando, por lo que debo apurarme a proveerlo de su bacinilla y servir a su higiene posterior.

(Tachar también mi comentario sobre la predestinación y el libre albedrío, no sea cosa que el señor Leibniz encuentre algún día estas páginas y se le revele mi condición de protestante. Quizá, mejor, eliminar enteramente este fragmento de mi Diario, porque tampoco le complacerá descubrir la simplicidad de mis consideraciones filosóficas).

LX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Su Alteza:

Hoy se dio la feliz coincidencia de que Luis XIV mandó llamarme por segunda vez justo cuando el servidor que me asignó Johann Philipp von Schönborn dormía a pata suelta. Así que pude escapar durante un rato de su pegajosa vigilancia y de sus zafias preguntas. Omito los detalles puntuales (recorrido por los pasillos, salón, hora, cortesanos, guardias, prendas, pelucas, parasoles, manjares, bebidas) y me limito a referir el diálogo con el monarca:

—Buenas y santas, Leibniz —me dijo el Rey—. ¿Cómo le va, bien? Por mí no hace falta que pregunte: yo, perfecto, gracias. Mire: no quiero hacerle perder ni un segundo de su precioso tiempo y tampoco busco perder el mío. Pero antes de ir al grano quiero explicarme, lograr que comprenda lo difícil de mi posición. Sin duda, ya habrá podido advertir que la corte está llena de envidiosos que estiman que soy un privilegiado, un monarca libre de obligaciones y cuyos logros no le costaron nada. Por supuesto, tal opinión es propia de imbéciles. ¿Privilegiado yo? ¡Privilegiados son los pobres, que carecen de pan y techo y tierra y que se hundirán graciosamente en ésta cuando mueran! ¡Privilegiados los vagos y faltos de mérito cuya única preocupación estando vivos es abrigarse, pedir limosna y encontrar alimento! En cambio yo, además de ocuparme del orden y equilibrio del mundo, o al menos del orden y equilibrio europeo, me la paso desvelándome por el orden y equilibrio de mis jardines y la correcta elección de los mármoles para mis estatuas y encima tengo que ocuparme del diseño de mi monumento fúnebre… Pero ya me acostumbré a aceptar la incomprensión y el error ajenos y a aplicar la persuasión para modificarlos. Y de eso le quería hablar hoy, y es por eso que ahora pasearemos por mi Patio de las Naranjas y los Limones: para que el efecto de mi persuasión penetre suavemente en su interior, así como en sus narinas se filtra el perfume ácido de las flores cítricas. ¡Qué suerte la suya! Tenerme de guía —Luis XIV se levantó de su silla con apoyabrazos y continuó—: Caminemos. Se piensa mejor en movimiento.

Volviendo al tema de nuestra conversación anterior: voy a desplegar todos los argumentos a mi favor y le ruego que los escuche sin interponer las objeciones, los sofismas, los paralogismos de la impura razón y toda la suerte de paradojas típicas de la perversa mentalidad alemana. Empiezo. ¿Empiezo?

—Cuando Su Majestad guste.

—Ya le dije (y no me gusta repetirme, salvo cuando quiero escuchar el sonido de mi propia voz) que el hecho de que usted pretenda apropiarse descaradamente de mi teoría de la armonía preestablecida no me afecta ni me ofende. Lo tomo como un secreto homenaje a la dimensión de mi pensamiento y como una prueba de su fuerte deseo de vivir a mi amparo y gozar de las emanaciones de mi grandeza. Usted me robó porque me admira. Y me admira tanto que, sabiendo que no puede tener todo lo que yo tengo, quiso apropiarse de lo que le resulta más afín a sus posibilidades: mis ideas. A eso se limita el asunto: de quién son las cosas y quiénes no son dueños de nada. Y usted lo sabe tan bien como yo, mi destino es ascensional, triunfal, irresistible, único: de *primus inter pares* pasé a *rex sol*, y de allí iré derechito a *rex solaris: solus rex*. ¿Ya le dije que tomo su robo como un homenaje y una prueba de su admiración por mí? Sí, creo haberlo dicho con mi tono de voz más grave, de barítono natural. Bien. Lo entiendo. Y como los dos estamos de acuerdo porque yo también me admiro muchísimo, quiero asegurarle mi disposición a considerar su deseo de ponerse a mi servicio. Dicho esto, voy a formularle una pregunta. ¿Por qué cree que estamos hablando en el español de Castilla y que no me rebajo a hablar en alemán con usted? ¿Se le ocurre algún motivo?

A lo que le contesté:

—Lo cierto, Su Majestad, es que el hecho de que usted se dirija a mí en esa lengua peninsular constituye un enigma...

A lo que Luis XIV me respondió:

—¡Menos mal que estoy aquí para iluminarlo! Le hablo en español porque no quiero darle ventaja. Usted quiso hacerme caer en la trampa, pretendió convencerme de que fue usted en su idioma y no yo en el mío quien concibió la teoría de la armonía preestablecida. Con su modo enrevesado de parlotear, con sus propuestas extravagantes, usted pretendió volver natural el artificio y verdadero lo falso. Vino hasta aquí, ¡hasta mi propia morada!, a convencerme de la superioridad de su idioma a la hora de expresar las sutilezas del pensamiento. Trató de enroscarme

la víbora, deslizar en mi oído la ponzoña de su endemoniado, latoso, chabacano farfullar germánico, pretendiendo hacerme creer, por contraste, que la lengua francesa, con su eufonía, su gracia, su levedad, sus vocales abiertas, su precisión para el matiz… ¡Usted pretendía hacerme creer que el pensamiento elaborado es inexpresable en francés y sí lo es en alemán…! Qué absurdo. Qué pretensión falaz, fútil, inadmisible. Se lo demostraré con el ejemplo más sencillo. Supongamos que usted quiere decirle a una mujer (o a un hombre o a un burro, no soy un inspector de lechos ajenos) que la quiere o que lo quiere. ¿Cómo se lo dice en alemán? ¿Cómo se dice en alemán *Yo te quiero*?

Le respondí:

—Se dice *ich liebe dich*, Su Majestad.

—Correcto. ¿Y cómo le dice usted a esa persona que no la quiere o no lo quiere?

—*Ich mag dich nicht*.

—¡Nicht! ¡Nicht! ¡Nicht en último término! ¿Se da cuenta? ¿Se da cuenta del dolor de su interlocutor o interlocutora que hasta el final de la frase ignora si usted la ama o lo ama o le ama… o no la ama o no lo ama? ¡La afirmación al principio —Yo te quiero— y su desmentida, la negativa —no—, al final! Literalmente traducido: Yo-te-quiero-no. ¡Absurdo y horrible! Jamás, entonces, Leibniz, yo cometería la indignidad de hablarle a alguien en ese idioma suyo que recién en la conclusión permite comprender el sentido último de lo dicho. ¡Y eso que empleé de ejemplo una frase facilonga, la más usada, la más sentida y mentida de todas! Bien. ¿Cómo podría entonces la lengua germana, madre de toda incertidumbre por alteración de la sintaxis, ofrecer alguna clase de serenidad? ¡El alemán, lengua antifilosófica! ¡El alemán, ladrido que perturba a los cuerdos! ¡El alemán, lengua que precipita a la incertidumbre y a la falta de límites, madre de los desesperados y cuna de toda clase de demencias! ¿Cómo se le ocurre entonces… cómo se le ocurre afirmar que ha sido capaz de idear una teoría sobre la armonía universal, cuando la estructura de su pensamiento y la forma misma de su cerebro han sido infiltradas y destruidas por su lengua de nacimiento? —me dijo el Rey.

Y parecía tan alterado que me sentí obligado a responder en el más suave de los tonos:

—Su Majestad, puedo responder a eso: yo escribo en latín.

Luis XIV rio:

—¡Sofista! ¡Escribe en latín pero piensa en alemán! Y eso lo invalida, lo anula, lo suprime por completo como candidato a reclamar la autoría de mi teoría de la armonía preestablecida. Pero concedámosle el beneficio de la duda. Si pudo creer, pensar, o más bien soñar que concibió algo parecido a mi teoría, es porque *antes* tuvo oportunidad de escuchar algo —o de soñar algo— acerca de la perfecta armonía de mi obra. Me estoy refiriendo a Versalles. Venga, mi querido, paseemos un rato más. Contemple la belleza de mi palacio, la relación de suprema concordancia entre sus elementos, el modo en que jardín y edificio se influyen y reflejan, y tanto que vemos el paisaje en las salas y las salas en el jardín. Todos los elementos son a la vez cuerpo, materia y espíritu, el mío, difuminado en las cosas, y cada modificación responde a un nuevo equilibrio, que yo decido y diseño. Diferencia y simbiosis, mejoramiento continuo de la perfección que mana de esta obra y se difunde al resto del planeta. Lo que usted recién ahora comprende no puede haberlo pensado antes que yo. Y ahora, mi querido… Y ahora… cállese, escuche y aprenda a qué juegan los grandes de espíritu, y cuando yo termine de hablar no tendrá más remedio que darme la razón, y cuando lo haga tendrá un nuevo empleo. Bien. ¿Disfruta del paseo? Desde luego que sí. Nada más estimulante que mover un poco las piernas. Hoy visitaremos la Gruta de Tetis, conoceremos los estanques de Latona y de Apolo. Y si nos queda tiempo iremos a dar una vuelta por el Gran Canal y nos subiremos a las pequeña carabela o *carabela sottile* —un chiche que me cedió el dux de Venecia—, y mientras los gondoleros reman cantaremos "*O sole mío*" a dúo. ¿Qué tal, eh? Un programa inmejorable. Pero si la navegación le da vértigo quizá prefiera visitar la Real Jaula de las Fieras. Allí, un gesto intempestivo o una negativa a admitir mis argumentos podría derivar en un incidente con mis leones, mis tigres y mis panteras. Hablando de mis cachorritos, le cuento un chiste políglota: ¿cuál es la diferencia entre un jaguar y un *how are you*? Respuesta: el primero es un noble animal y los ingleses son unas bestias. ¿Lo entendió o se lo tengo que explicar? En fin. Volviendo al tema… Si mis bichos le saltaran encima, Dios no lo quiera pero es una posibilidad, si le saltaran y se lo comieran… luego de la disección anatómica (desguace de carne, revoleo de tripas, *et coetera et coetera*), las sobras de sus huesos serían aprovechadas por los miembros de mi Academia de Ciencias. Se exhibirían en el Museo, sostenidas con alambre bajo cápsula de vidrio, con el rótulo de *Esqueleto de filósofo alemán*. ¡Sería un honor para usted estar lado a lado con los restos recién

recibidos de René Descartes! *Existí y ahora no pienso*. ¿Qué le parece? ¡No tiemble, Leibniz, era una broma! ¿A ver una carcajada…? Ríase que el esfuerzo lo vale. Cambie la cara. No necesito su osamenta sino su mente que todavía no osa admitir lo mucho que lo tienta recibir una pensión a cambio de que la use en favor de los intereses de Francia. Yo promuevo lo que necesito: astronomía para favorecer la navegación de mi armada; química para mejorar el poder explosivo de mi balística y cálculo matemático para afinar la precisión de mi artillería; geodesia y cartografía con fines catastrales y fiscales; física por sus aplicaciones técnicas. Y a usted le tocará el puestito de filósofo oficial, el que difunde la justeza de mis razonamientos. Y ahora volvamos al punto.

—¿Egipto?

—Bueno… Si quiere que hablemos de Egipto, debo decirle que las cuestiones simbólicas, alegóricas y teológicas relativas a esa operación de conquista ya están resueltas. Soy el Rey Sol, émulo de Apolo, deidad que es a su vez encarnación del egipcio Atón, padre del monoteísmo: Un dios, un reino. Por lo tanto, una vez que amplíe el espacio vital francés ocupando la actual provincia del Imperio Otomano, a los egipcianos o egipciacos no les quedará más remedio que recibirme como su verdadero y legítimo Faraón.

—Desde luego que el derecho de conquista…

—¿Puede verme en el papel? Yo sí. Alto. Flaco. Hierático. Súper maquillado. Kohl en los ojos, pachuli chorreándome desde el cuello hasta las bolas, los brazos cruzados sobre el pecho, la mano izquierda sosteniendo el *skêptron* o bastón de mando, y ese casco, esa canasta, ese turbante con viboritas de cobre que se ponen en la cabeza, dándome todo el aire de dios… Divino. Pero el punto no es éste. No. Mi querido, mi queridísimo, mi admirado, mi admirable Gottfried Wilhelm Leibniz. El punto es que antes de encarar esa agradable distracción tengo urgencias que atender. Quizá las resolvamos rápido y entonces, después, sí, claro, con todo gusto nos vamos a Egipto… Y ahora déjeme que tengo que hablar con mis jardineros —dijo Luis XIV y se apartó de mí, sacudiendo su bastón de puño de marfil.

Post scriptum: Su Alteza habrá advertido que obedecí sus instrucciones y no planteé dificultades ni ofrecí objeción alguna a los razonamientos de Luis XIV, quien, tal como Su Alteza anticipara, se mostró encantado de adularse a sí mismo y dichoso de encontrar una oportunidad de exhibir su

fatuidad y su autocomplacencia. Pero por respeto a los imperativos de mi propia conciencia, no me privo de mencionar que me hirvió la sangre cuando pretendía apropiarse de mi teoría de la armonía preestablecida con su simplificadora falacia que confunde armonía con belleza y alucina como supremamente armónicas las saturadas formas de Versalles, este monumento a la egolatría y el dispendio.

Pero callé y callaré. Porque mi misión está por encima de mi persona.

LXI

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Querido primo:

¡Cómo disfruto de tu extravagante sentido del humor! Sólo tú podías haber concebido la peregrina idea de enviarme a un filósofo para tratar cuestiones de política internacional… Te lo agradezco. La verdad es que Leibniz me cae bien y no quise arruinar su entusiasmo comentándole que Egipto no sería para mí más que un aperitivo y que mi plato fuerte consistiría en manducarme África y Asia enteras, previo picoteo de Holanda y Países Bajos. Por supuesto, cuando Leibniz dijo "Egipto", le mostré mi mejor sonrisa, exclamé: "¡Oh, sí! ¡Qué buena idea!", y prometí que analizaría la oferta: no quería que pensara que viajó inútilmente hasta aquí. Pero estoy seguro de que tú, por tu parte, me lo enviaste sin haberle explicado los verdaderos alcances de su embajada.

Como fuere, Leibniz me agrada, me agrada conversar con él y me dan ganas de encontrarle un lugar en el diseño de mi Estado; precisamente en mi Academia de Letras. Quizá le encargue la creación y desarrollo de una cátedra de Filosofía Francesa (*De Carlomagno hasta Luis XIV*). Y ahora vamos a lo nuestro: ¡Egipto, Egipto!

Sé muy bien lo que buscas, pequeño déspota deslustrado. Con la propuesta de invasión pretendes que el calor de los desiertos y la inspección de espantosas arquitecturas milenarias (puras ruinas sin valor alguno) ocupe buena parte de mis tropas asentadas en nuestras fronteras

limítrofes, lo que te permitiría liberar a buena parte de las tuyas y enviarlas al este de Austria para trazar una fuerte línea de defensa que disuada al Imperio Otomano de atacarte y ocupar tu marchito y nada Sacro Imperio Germánico-Romano.

Te entiendo, te comprendo, mi corazón está enteramente de tu lado. La defensa de las fronteras de Occidente y el Cristianismo frente a la barbarie pagana es el imperativo de la hora. Pero por desgracia mantengo una excelente relación con los turcos, tan buena que, a cambio de carros repletos de especias, suelo enviarle a Ibrahim I selectos cargamentos de europeas de pequeña altura pero abundantísimas en carnes. Son su locura. Y sobre bustos no hay nada escrito. Yo no tengo preferencia. Me gustan gordas, flacas, altas, bajas, rubias, morenas, pelirrojas, peludas y depiladas. Lo que quiero decir es que soy tan cristiano como tú y sé que al Cielo placería que derrotaras al Imperio Otomano, pero Francia no tiene amigos permanentes sino intereses cambiantes, y hoy por hoy los musulmanes me ofrecen más puertas al comercio y me piden menos que los reinos europeos.

Así que no, no voy a mover uno solo de mis hombres estacionados en la frontera oriental, arréglatelas solito que yo me las arreglaré a mi manera con Egipto, tema que —por cierto— siempre estuvo en algún lugar secundario o terciario de mi agenda internacional. Respecto de Leibniz, que me interesa como ejemplar singular de mi zoológico humano, voy a brindarle la satisfacción de hacerle creer que ha sabido interesarme, incluso convencerme. ¿O crees que lo conseguirá, finalmente?

LXII

Transcripción de la conversación mantenida entre el Rey y el filósofo en el Gran Salón del Trono, en ocasión de su Tercer Encuentro

(*Registro de la Guardia Real, entregado al señor Teniente General de la Policía, Gabriel Nicolas de la Reynie*).

DICE SU MAJESTAD, LUIS XIV: ¿Piensa en la muerte, Leibniz? ¿Sabe qué sueño vendrá después? ¿Iremos rebotando de mundo en mundo, conciencia sin cuerpo, esperando la oportunidad de reencarnar? ¿O estos que creemos nuestros cuerpos serán una figuración que nuestras

conciencias pintan sobre el telón estrellado del Universo y se desvanecerán entre uno y otro parpadeo de Dios? Yo soportaría ser Rey en el Averno a cambio de saber ahora qué clase de vida conseguiré una vez muerto. Tengo la voluntad, pero no el poder. Y ¿qué es el poder si no la voluntad que lo ejecuta? Mi esposa, María Teresa de Austria… creo que ella murió también, ¿o no? Me parece que no. No estoy seguro. Últimamente no la he visto mucho. ¿Me alcanzarán sus reclamos en ese infra o supramundo o en cualquier otro? ¿Me llegarán sus reproches por haberla descuidado? Mi amante actual, la señora de Montespan, me pide que ni siquiera piense en ella. ¿Hay algo más ridículo que la pretensión de manipular el pensamiento ajeno? Y sin embargo las mujeres lo consiguen. Cuando María Teresa se me cruza por la cabeza, tiemblo de sólo pensar que entretanto la Montespan me está leyendo la mente y planeando alguna clase de horrible venganza… A veces me siento inmaterial, un fantasma flotando en el éter, una nada a la que atraviesan las flechas de la pasión ajena. Y sin embargo, soy algo distinto de la nada, porque si lo fuera, si yo fuera una nada, un no-ser, no tendría objeto que esas dos se odiaran tanto. Pero no lo cité en la discreción de mi Aposento Real para transmitirle mis cuitas sino para comunicarle algunas decisiones que tomé acerca de mis asuntos de Estado.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Lo escucho, Su Majestad.

DICE SU MAJESTAD: ¡Más le conviene! Bien. Le cuento. Estuve buscando mis apuntes entre los papeles acumulados sobre mi escritorio, revolví entre mis ochocientos cuarenta y tres trajes y mis novecientas noventa y nueve pelucas, di vuelta bacinillas y jarrones y en ninguna parte encuentro el esbozo de mi Tratado Razonado sobre las Reglas de la Etiqueta en la Corte… No me preocupa. Con su ayuda reconstruiré lo importante y después Vd. ampliará el escrito, lo revisará, le agregará los perifollos filosóficos que tan bien sirven para engalanar el estilo mayestático, y luego…

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Me siento por demás honrado por la confianza que Su Majestad deposita en mí, pero le recuerdo que soy un enviado del Elector de Maguncia, quien me encomendó una misión precisa…

DICE SU MAJESTAD: ¿El Elector de Maguncia? ¿Y ése quién es? ¡Un minúsculo señor feudal de esos decadentes Estados federados que constituyen el resto descompuesto del Sacro Imperio Germánico Romano que mal gobierna mi primo Leopoldo I desde su trono descascarado y con

olor a culo! No me venga a mí con…

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Sin embargo…

DICE SU MAJESTAD: Leibniz, Leibniz… ¿Es o se hace? ¡Le estoy ofreciendo la salida a su problema! ¡Sea mi esclavo, mi numen, mi consejero filosófico, o pase el resto de su vida revolviendo mamotretos enmohecidos en alguna mugrienta biblioteca de Hannover! Quédese acá, a mi lado, no sea tontito… Vea nuestro futuro, juntos… Yo dicto, Vd. escribe, formula todo bajo sus términos, el escrito se difunde, su firma y su nombre aparecen bajo los míos, y cuando la humanidad lea lo que le dicté no habrá quien no piense que, en lugar de robarme Vd. mi teoría, yo la empleé para mis propios fines. Así que a la postre lo mío va a terminar siendo suyo y encima le pago por su robo. ¿No soy un santo?

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Su Majestad: mi teoría ya ha sido formulada, ya la enuncié, la comuniqué en mi correspondencia con mis pares, entre ellos el señor Arnauld… La monadología…

DICE SU MAJESTAD: No me insista con esas palabras raras. Una vez, buscando inspiración, traté de leer la *Monas Hieroglyphica* creyendo que era un libro sobre la vida sexual de los primates. ¡Qué sorpresa! ¡Y qué bodrio! Terminé obsequiándoselo a Antoine y Bonaventure Rossignol, mis criptógrafos, que son los que descifran sus cartas de Vd., las que dirige a Dios y María Santísima, empezando por mi primo... No ponga esa cara de asombro, Leibniz. Somos pocos y nos conocemos mucho. Aproveche la mano que tiene cuando tiene todos los naipes en la mano.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ (*como si entrara en trance*): Cada sustancia armoniza en sí misma y todas armonizan entre sí. Ése es el diseño del Universo y de todos los universos tal como los hizo Dios. Y como soy filósofo e inventé el sistema que Vd. pretende suyo, me valgo de éste para leer el designio divino y...

DICE SU MAJESTAD: Yo trato de poner un poco de sal y pimienta en nuestra conversación, pero Vd. insiste en esas pesadeces filosóficas. En fin. Se nota que cree que ocupa el lugar de Dios. Imposible. En la Tierra ese puesto es mío. Fui elegido por Él para cambiar el mundo. ¡Mire Versalles! ¡Mire mi Nación, mi Estado! Todas proyecciones de la suprema armonía en suprema tensión que habita mi alma, mi patria convertida en forma ideal. Claro que eso me condena a no tener pares, a la soledad absoluta. Y la soledad absoluta es imposible de sobrellevar. Así que apenas entendí que la igualdad no existe, como no existe la posibilidad práctica de realización humana en el amor, decidí que la naturaleza era el

sitio donde debía buscar un afecto sincero y sin dobleces. Lo busqué y lo encontré en una gata. Mi gata. Ella es mía y yo soy suyo, de ella, no piense mal. Ella. Bellísima. El negro absoluto de la piel y el fuego dorado de las pupilas. Le puse un nombre. Bastet. Vd. que me propone la invasión de Egipto sabe que Bastet es el nombre de la diosa egipcia del amor, de rostro felino. Una diosa (o un dios, da lo mismo) impredecible. Puede ser tierna o feroz. Garras o almohadillas. Almohada. Palabra árabe. Como azahar, nombre perfumado de la incertidumbre. Bien. El caso es que elegí a Bastet como mi amigo, mi único amigo. Porque era igual que yo, perfectamente soberano, y no establecía relación alguna entre mi soberanía y la suya: era independiente. Y en cuanto a su alimentación… Se las arreglaba. Cazaría ratas o… No sé. Andaba por ahí, desaparecía por horas o días y de pronto, sin previo aviso, se aparecía ronroneando por la Gran Sala del Trono. Se acercaba y de un salto caía sobre mi regazo y se dormía al calor de mi entrepierna. O bostezaba y se desperezaba y después de lamerse los huevos me clavaba las uñas en el dorso de la mano. Y después se subía a mis hombros, me chupeteaba durante un rato las orejas, daba otro salto y me abandonaba, volvía a desaparecer. Pero entretanto algo había pasado de uno a otro. Quizá el ínfimo drenaje de mis células en su lengua, la información que iba de mí hacia él. Vd. se preguntará: si un gato lame a un Rey, ¿se convierte en hombre o en Rey de Gatolandia? ¿Puedo yo, untado por la saliva de Bastet, dejar que crezcan mis uñas, que de mi cuerpo broten pelos negros y mis ojos se vuelvan dorados y me crezcan patas y comience a arañar? Piénselo. A Vd., Leibniz, le toca ese trabajo: ¿qué circulación y qué puntos de encuentro existen y cierran el abismo entre las especies? ¿Y entre lo animado y lo inanimado? Un universo minúsculo, ¿es capaz de invadir otro mayor y volverlo forma de su forma y terminar devorándolo? No, no me he vuelto un mamífero carnívoro. Es claro que la presencia de mi gata pudo haber obrado en mí alguna mutación imperceptible y que, en razón de mi lugar en el mundo y mi papel en la historia, esa mutación desencadenará consecuencias imprevisibles. Lo que quiero decir… ¿Quiero decir algo, además de hablar? Volviendo a Bastet… Mi gato. Animalito de Dios. Vaya uno a saber qué porquerías comía. El fétido aliento de los *felis silvestris catus*. Como todos ellos, se purgaba con los pastizales que crecen en los pantanos linderos a palacio. Tampoco descartaba los herbolarios, colarse bajo esas cúpulas vidriadas donde mis jardineros experimentan combinaciones inéditas destinadas a satisfacer

mi avidez por nuevas flores y frutos, mi necesidad de cosas bellas, sobre todo de las que sólo existen como promesa. ¿En qué estábamos? Ah, ya sé. Pasamos de su proyectito colonialista a la diosa egipcia y de allí a mi gato y al movimiento del Universo y… ¡Qué fascinante debe de ser para Vd. haberse encontrado conmigo! El momento trascendental de la vida de Gottfried Wilhelm Leibniz. Cuando escriba sus propias Memorias, deje constancia de ese movimiento de mi pensamiento, mi mente deslizándose como una nube anda nadando en el cielo y anadea desde la nadería a lo importante con insuperable elegancia… Volviendo a Bastet. Lo veo, es decir, imagino al minino como si fuera hoy, agazapado, contemplando el afán de los jardineros que prueban injertos de naranjo, lima, manzana, coco, canela y ananá. O menta con romero, romero con alhelí, lavanda con orégano… En algún momento tuve la fantasía de enfriar Versalles en verano. Cuando el sol da a pleno, entre la piedra, el cemento, los mármoles, el cristal, el encierro… te cagás de calor. Así que pensé en plantar hiedras, ampelopsis, enredaderas, damas de noche que se adhirieran a los muros de palacio, formaran una red vegetal y filtraran los rayos. La idea era buenísima. Lo es. Todas ellas, las citadas plantas, son expansivas, a comienzos del verano sueltan sus semillas, sus esporas numerosas como los planetas de todas las galaxias (sí, sí, tengo un telescopio), granos de arena de un desierto verde… y es entonces el cuándo: se precipitan a picotearlas y a tragárselas las mariposas, los abejorros, los colibríes, las calandrias, esas pequeñas bestezuelas voladoras que constituyen el alimento o el juguete de un gato cazador. El caso, la cosa es que Bastet a nada le hacía asco y cayó a saco sobre algunos de esos bichos que a su vez habían ingerido las semillas... Caos. ¿vio Vd. alguna vez la germinación del poroto? Bueno. Es lo mismo. Le ahorro el desarrollo del drama. Por eso la alta política debe ser secreta. De un golpe se captura un país, en un día se destruye un imperio que costó siglos erigir… Así que, estimadísimo Leibniz, no se sorprenda si un día me ve desayunando en el Schloss Schonbrunn de Viena, apoyando los tacones de mis zapatos sobre la espalda de su anterior amo, el pobre Leopoldo I, a quien tengo tirado en el piso a modo de felpudo... Bien. Bastet. Un día, la espora que anidó en la pancita del colibrí que tragó Bastet comenzó a crecer en sus intestinos. De felino activo y saltarín y ronroneante, el michi pasó a gato lento y dormilón, de malas digestiones y pedos ponzoñosos. El monstruo se desperezaba, se expandía en su interior, abría sus raíces y sus hojas, se alimentaba de la jugosa materia

íntima de mi Bastet, iba desgarrándolo por dentro. Cuando venía a buscar refugio en mi regazo se escuchaba el susurro de ese verdor criminal estirándose dentro de sus tripas. Nunca vi sufrir tanto a alguien, a algo… El crecimiento de la planta le desacomodaba los órganos y alteraba su estructura esquelética. Bastet se hinchaba, olía a podredumbre y a fronda. Un día asomó entre sus fauces la forma retorcida y perversa de la hiedra. En su agonía Bastet trataba de erradicarla a tarascones, mascaba el aire de su asfixia y al mismo tiempo exhalaba un perfume purísimo… hasta que por último brotó la flor. Blanca y radiante como una novia. Olía a jazmines del aire, acidulados y nocturnos, y tenía la forma de un pañuelo oval. Y, claro, fue el inicio del fin. Bastet intentaba estar conmigo, me pedía refugio, pero la hiedra buscaba a sus congéneres y quería exhibir su presa, así que, por más que mi amigo se prendía con uñas y dientes a mis medias, a las alfombras, a la seda de los sillones, a los brocados, una fuerza superior lo iba arrastrando lentamente, lo llevaba hacia la terraza. Y allí fue donde estalló lo que había en su interior y salió por sus orejas y narices y a través de sus ojos, y al abrirse lo crucificó y enlazó contra el muro. Bastet se retorcía pero estaba muerto y hasta su pelaje se volvió verde, y al cabo desapareció entre la espesura. Si quiere, con la fresca, salimos al patio y lo buscamos en la enredadera, aunque dudo de que quede mucho de él, salvo algunos huesitos.

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: Es una historia muy triste, Su Majestad. ¿Cómo se repuso?

Dice Su Majestad: No me repuse nunca. Nunca.

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: Apenas me atrevo a imaginar su dolor...

Dice Su Majestad: Imposible.

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: La soledad…

Dice Su Majestad: Nadie puede representarse nada. Ni por asomo.

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: … Pero, si Su Majestad me lo permite… lo acompaño en el sentimiento.

Dice Su Majestad: No se moleste. Vd. es un hombre de pensamiento; la sensibilidad le es ajena.

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: No crea, Su...

Dice Su Majestad: ¿Me va a decir lo que tengo que creer o no?

Responde Gottfried Wilhelm Leibniz: Yo…

Dice Su Majestad: Su yo no me interesa. Lo que me importa es su Vd... Su ser racional objetivado para mi beneficio.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: ¿No pensó Su Majestad en tener otro gato? O gata. No me…

DICE SU MAJESTAD: ¿Cómo podría hacerlo? Sería como traicionar la memoria de Bastet, el único, el último.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Pero el tiempo cura algunos dolores y la sustitución…

DICE SU MAJESTAD: No me repuse nunca porque acabo de inventar la historia. Quiero decir, la de Bastet.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ (*compungido*): Eso es más triste aun.

DICE SU MAJESTAD: ¿O la viví y al recordar la tengo por invención? Daría todo lo que soy por la certeza de haber experimentado alguna vez un momento verdadero. ¿Por qué hablamos de mi morrongo? Bastet, mi amigo perdido. Ah, sí. Un tema de su interés. Egipto. Pero no sólo eso. Cuando me llegó la noticia de la venida de Vd. (tardaron en avisarme) yo estaba muy afectado por la muerte del micifuz y al mismo tiempo muy interesado en el fenómeno de las especies que se apoderan de otras y toman sus formas al tiempo que permanecen idénticas en su ser o en su ente, no sé si me explico.

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Diría que Su Majestad…

DICE SU MAJESTAD: Mire, Leibniz, dejémonos de dar vueltas y no discutamos más si la teoría de la armonía preestablecida es suya o mía. El secreto del arte de gobernar es saber tasar. Cada hombre tiene su precio. Al que se resiste lo compro o lo mando matar. O sea, Vd. ya sabe lo que le conviene. Como dirían los italianos: *¿Capisci?* Lo que necesito es su colaboración para concebir una Teoría de la Totalidad como Forma. O de la Forma como Totalidad. ¿Qué le parece? Necesito que redacte en mi nombre las reglas de etiqueta de palacio, reglas que deberán seguir mis cortesanos y el resto de la sociedad francesa, estableciendo los protocolos y modalidades de funcionamiento social de mi teoría de la armonía preestablecida. Y no exagero al afirmar que el éxito de mi reinado y la difusión del imperio francés dependen del estricto cumplimiento de esas reglas. Su aplicación comenzará por el establecimiento de estrictas rutinas de desplazamiento armónico de los cuerpos en el espacio, siempre con acompañamiento musical. Eso que se llama danza, ¿no? Por su asentimiento de cabeza, veo que nos entendemos. La danza. Convertida en una ceremonia real, una función de Estado compuesta de una serie de pasos ceremoniosos y previamente determinados por mí y a ser cumplidos por toda la Nación, desde los archiduques hasta los recolectores de

mierda de las calles parisinas. Será magnífico asistir a un espectáculo en el que toda Francia (pueblo llano, burguesía y nobleza) se mueve al mismo ritmo y sigue mis movimientos como si fueran planetas que giran alrededor de… de mí, del Rey Sol… Un modelo de exportación *urbi et orbi*…

RESPONDE GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ: Sin duda, Su Majestad…

DICE SU MAJESTAD: Vd. me da la razón como se la da a los locos y a los monarcas. Así se hace.

LXIII

Diario de Johann Georg von Eckhart

Anoche tuve un sueño difuso y perturbador. Estaba en un anfiteatro, rodeado de mujeres muy dispuestas al placer, lo que en mi sueño entendí como una manifestación de mis profundos deseos de amar, de amar de verdad, en cuerpo y alma, o siquiera en cuerpo, no soy pretencioso luego de tantos meses de abstinencia. Extraño tanto a Gretchen… Pero lo importante era que yo me dirigía a mi auditorio con argumentos de una solidez que nadie habría esperado de mí. ¿Qué significaba eso? Que se habían abierto las compuertas de mi mente y por primera vez yo estaba en condiciones de asimilar los pensamientos del señor Leibniz que en el curso de nuestra estadía en Versalles vengo transcribiendo día tras día, y de repetirlos sin error ni vacilación. Ahora bien, yo sabía que esa nueva capacidad no me volvía tan inteligente como él, porque el señor Leibniz lo había pensado *antes*. Pero ahora, ya despierto, me pregunto si no será al revés. Quiero decir: ¿Qué significa el dato proporcionado por mi sueño? En principio, que al cabo de tantos dictados pude comprenderlo enteramente, pero también que esa acción cotidiana me permitió encontrar defectos en sus afirmaciones y debilidades e inconsecuencias en su manera de pensar, lo que no ocurriría si yo siguiera siendo *menos* inteligente que él. Por ende, *si distingo sus fallas, es porque ya estoy a su altura.* Y aún diría que me he vuelto *más* inteligente que el señor Leibniz. De lo contrario no me saltaría a la vista el pobre papel que desempeña en el trato con Luis XIV y en el cumplimiento de su misión. ¿Qué clase de filósofo es éste, que no puede discutir en paridad de opiniones con un Rey?

Quizá, me digo, la inteligencia es un contenido delimitado por su

envase: el cerebro es la forma material que contiene las substancias espirituales que produce la mente. Tal vez, a causa de esa disposición, la mente sólo puede contener una cantidad limitada de pensamientos, y esa cantidad posible va disminuyendo a medida que se trasvasan de un recipiente cerebral a otro. En este caso, lo que debe haber ocurrido es que la mente del señor Leibniz se fue vaciando a medida que dictaba: su inteligencia pasó de él a mí. Y a esto agrego otro dato: siendo yo de cabeza más grande que la del señor Leibniz, al punto de que no vacilaría en aceptar el mote de cabezón, no es impensable que mi cerebro también sea de mayor peso y volumen, lo que a la corta o a la larga me permitirá pensar *mejor*. En tal caso, ya por tamaño o por contenido mental fijo, puede que durante el proceso de traspaso el señor Leibniz termine convertido en un idiota y yo me vuelva un genio muy superior al que él fue en su mejor momento. De ocurrir esto, tarde o temprano deberé sustituirlo y llevar adelante las tratativas con el Rey de Francia, una vez que conozca al detalle la naturaleza de éstas.

LXIV

Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia

Su Excelencia:

No puedo prever el futuro y desconozco si esta misiva llegará a sus manos o caerá en las del enemigo. Pero no debo demorarme. Cumplo con el penoso deber de informarle que: o el señor Gottfried Wilhelm Leibniz ha sido siempre un agente al servicio de Luis XIV, o bien que sin serlo se ha subordinado a él.

Frente a esta situación irreparable, espero nuevas órdenes de Su Excelencia.

LXV

Diario personal de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Los franceses no participaron ni en los grandes descubrimientos ni en los inventos admirables de otros países, no les debemos la imprenta, la pólvora, los espejos, los telescopios, el compás de proporción, la máquina

neumática, mi máquina de calcular, la de hervir la carne a gran temperatura… Su talento se limita a encontrar los medios de apoderarse de las invenciones y descubrimientos ajenos, pretendiendo al mismo tiempo que ese acto de usurpación les sea reconocido como un don natural y una propiedad preexistente. Así, Luis XIV expresa el carácter de su nación. Al mismo tiempo, y aunque pretenda que no se decidirá en favor del *Consilium Aegyptiacum* hasta que yo reconozca como suya mi teoría de la armonía preestablecida, lo que verdaderamente le interesa, y lo ha dicho, es su aplicación práctica, política.

Pedirle a un extranjero que ponga orden en su nación y luego presumir de la superioridad de ese orden y presentarlo como propio. Eso es ser francés.

LXVI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Su Majestad Imperial:

Yo estaba en bata, perdido en mis ensoñaciones y pensamientos, cuando golpearon a la puerta de mis aposentos. No pude disimular mi sorpresa al comprobar que el visitante era el Teniente General de la Policía, pues en algún momento mi criado me informó que existían altas posibilidades de que lo hubiesen asesinado. Es la última vez que le presto oídos a semejante zángano. El caso es que al ver mi expresión Reynie sonrió de costado, con sonrisa siniestra:

—En esta corte no es de buen gusto tener certezas. Aquí el cambio es ley —me dijo. Luego se disculpó por lo intempestivo de su visita, justificándola en la urgencia con la que el Rey reclamaba mi presencia en el Apartamento Real.

—Ya era hora —dije. Y al instante comprendí que había cometido una torpeza.

—No es lo que piensa —dijo Reynie—. Su Majestad ha empeorado súbitamente. Usted finja no advertir el aspecto cerúleo de su rostro ni la hinchazón de su pierna. Distráigalo con sus cuentos exóticos. Háblele de

Egipto —me dijo.

Por discreción, Reynie me condujo por los pasadizos secretos del palacio, estrechos y mal iluminados, plenos de recovecos y salidas falsas y toda clase de accesos espurios en los que fingía perderse para evitar que yo memorizara el camino.

El paseo duró bastante más de lo que esperaba, incluso tratándose de las entrañas del monstruo-Versalles, al punto de que se apoderó de mí la sensación de encierro que a uno lo acomete —paradójicamente— cuando se enfrenta a la falta de límites que implica el concepto de infinito[1]. En algún momento de ese recorrido el Teniente General de la Policía tocó una piedra en la pared, se abrió una puerta y desembocamos en el Apartamento Real. Luis XIV me esperaba. Estaba lejos del rictus agónico, pero parecía cansado. Bebía de a sorbitos un líquido caliente, el rostro envuelto en el vapor, y al verme hizo señas de que me acercara.

—Té de floripondio —me dijo—. ¿Gustaría un traguito, compartir saliva, apenas una babita al borde del tazón? ¿No? Es exquisita, la *Brugmansia arbórea*. Se la recomiendo. Infusión de flores de un blanco pálido. Dos de ellas, las flores, no los labios, hervidas, relajan y ayudan al sueño, tres conducen al reino de la pesadilla y detienen tu corazón. *Kaputt*. Pedí que hirvieran dos. Como el palacio está apestado de conspiradores, tal vez desobedecieron mis órdenes y pasaré al sueño o a la muerte en medio de nuestra conversación. Si así fuera, no me despierte. Odio que me toquen. ¿Piensa mucho en la muerte, Leibniz? Yo no, pero últimamente la muerte piensa mucho en mí. Así que quiero dejar las cosas ordenadas. Por eso insisto: usted es la persona adecuada para redactar el sistema jurídico que regirá en Francia. Vuelvo a decirlo: no se trata de la justicia, que no existe. Se trata de la ley y el orden que permiten la perpetuación de una forma de gobierno. En este caso, la monarquía. ¿Sabe por qué es el mejor sistema de gobierno? Usted dirá: "Porque emana de la voluntad de Dios". Pelotudeces. Eso lo decimos los reyes para sumar el recurso de la fe a la mistificación carismática. Si la monarquía fuera producto de la elección divina, eso hablaría muy mal de Su Inteligencia, porque la mayoría de los reyes fueron y son una manga de ineptos, dipsómanos, frívolos, asesinos, violadores, incestuosos, coprófagos, fetichistas, sodomitas, idiotas de mente estrecha y sangre podrida. Por supuesto, también existimos las excepciones. La monarquía subsiste a causa de la suprema responsabilidad que compete a su ejercicio. Y el oficio se aprende. Uno prueba, falla, se corrige, vuelve a

fallar, aprende, mejora. Pero sí en diez o en veinte años el monarca no acierta una, alguien se ocupará de envenenarlo, asaetearlo, cortarle la cabeza… Pero en fin. No nos detengamos en eso. Abandonemos los detalles prosaicos y vamos a la poesía del poder. Necesito organizar un sistema jurídico i-na-mo-vi-ble. Destinado a sostener y afirmar nuestros actos y a perseguir y aniquilar los de nuestros adversarios. ¿De veras no quiere compartir esta infusión? Pruebe. Ponga la trompita en este costado del tazón. Así, así… Antes que nada, se precisa una corte de jueces adicta. Es algo tan obvio que ni falta hace escribirlo. Una vez organizada, esa corte debe funcionar como un mecanismo bélico. Una persona es una persona, un grupo de personas organizadas componen una máquina, una combinación de máquinas organiza un modelo. ¿Entendido? Bien. Para su ilustración, le voy a aclarar algo: la fuerza no es el derecho de las bestias, es la fuente misma del derecho. Mis jueces dirán lo que pretendamos que digan, que para eso les pagamos y los tenemos vigilados y conocemos sus secretos venales, sus miserias, sus chanchullos. ¿Continúo o me desvío, desvarío? Es la fiebre. Tengo la pierna hinchada, henchida, flameante, flamboyante, brillante como una acacia roja, como el interior de una guayaba. ¿Huelo a fruta podrida? Es la gangrena del futuro, que avisa. El perfume de los pebeteros no lo disipa. En fin. Viviré eternamente en la memoria de mi pueblo, que no me comprende y sólo intuye como en espejo, desde su oscuridad, la dimensión de mi grandeza, y sólo la verá enteramente y me amará cuando me convierta en recuerdo. ¡Pero esté o no esté yo, aquí no se trata del amor sino de construir el aparato del Estado! Entonces. Entonces y en principio, ¿qué hacemos? Primero creamos un adversario. Hay que inventarlo, financiarlo, darle letra y sostenerlo contra viento y marea. No hay absolutismo posible sin la ficción de su contrario: la oposición. Con la creación de ese enemigo construimos el valor de nuestra causa. Y una vez que la oposición aparenta existencia propia, incluso si la adquiere gracias a nuestro esfuerzo… ¡a atacarla! La acusamos de todo. De prevaricadora, corrupta, pijotera, ladrona, malandra y violadora, y a sus integrantes de agentes internacionales de potencias enemigas, de traidores a la patria, de tacaños, derrochones, judíos, herejes, putos, sinárquicos, coptos ateos y protestantes, sátrapas, gnósticos, agnósticos, demoníacos, simoníacos, fariseos, saduceos, satánicos, sofistas, epicúreos, neoplatónicos… lo que más les plazca a nuestros jueces. Y para completar el collar de ahorque del enemigo debemos contar con periódicos que difundan nuestras ideas.

Le aclaro que los periodistas son esclavos del poder, y además son esclavos caros porque trafican un insumo valioso: la ilusión en la verdad de la palabra escrita. Pero ya les haré bajar su precio en beneficio de las arcas estatales, porque vivimos en una triste época en la que nadie lee y en la que a nadie le importa lo que ellos digan. Usted se preguntará: "¿Para quién quiere legislar entonces este gran Rey?". Y se preguntará también: "¿Para quién reflexiono y escribo yo, entonces?". No se preocupe. No desespere. Usted se salvó. Conmigo. Está en Versalles. Piense en mí como si fuera mi alma gemela y de ahora hasta el día de su muerte, quiero decir de la mía, usted pensará para mí.

—Temo que Su Majestad no ha evaluado la posibilidad de que me rehúse…

—De ninguna manera, mi querido. Ya lo encadené a mi destino. Contraté el usufructo de su mente pagándole un regio anticipo a su criado y representante, el falso Conde Johann Georg von Eckhart. Lo hice millonario, a él. O a usted. O a los dos. Arréglense con el reparto y no se deje estafar; sáquele cada *sous* que le entregué, hasta que sangre. Ah, también adquirí el uso póstumo de su cerebro, el suyo de usted, que guardaremos en un bonito frasco de vidrio, conservado con aceites esenciales de resina y sumergido en natrón, como marca el ritual egipcio.

Dicho esto, Luis XIV dio otro sorbo a su bebida y luego trató de levantarse del lecho o acomodarse mejor; apoyó el codo en la almohada, torció el cuello hacia arriba y finalmente se derrumbó de nuevo, suspirando. Esperaba mi respuesta.

—Entendí lo que me pide —dije—, pero no comprendo por qué Su Majestad pretende montar un sistema que simula la independencia de poderes cuando es dueño del poder absoluto.

A lo que Luis XIV sonrió y me dijo:

—Anticiparlo todo es manejarlo todo.

LXVII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Su Excelencia:

Imagino que las noticias habrán llegado a sus oídos mucho antes que esta carta a sus manos; no obstante, es mi deber redactarla. Ya en mi último encuentro con Luis XIV, realizado hace pocos días, advertí la fragilidad de su estado. No es que el Rey de Francia quisiera ocultarlo; al contrario, habló sin tapujos acerca de la inminencia de su muerte y manifestó su voluntad de dejar jurídicamente ordenado su reino. En cualquier caso, la inminencia no parecía tan inminente y yo mantuve la esperanza de que Luis XIV aceptara invadir Egipto para alivio de nuestras fronteras. No imaginaba volver a verlo hasta que me convocara para darme por enterado de su decisión. Pero hará no más de una hora, al término del crepúsculo, volvió a visitarme el Teniente General de la Policía:

—Vístase —me dijo—. En un rato lo llevaré ante Su Majestad. Y recuerde: háblele de sus intereses y proyectos.

—¿Los intereses de Su Majestad o los míos? —pregunté.

—Los suyos de usted, que los propios Su Majestad los conoce bien. Háblele mucho de esos, aun de los que suenen risibles o extravagantes, porque en estos graves momentos cualquier tema, incluso el más absurdo, es para el Rey una prueba de que todavía permanece con vida.

Y aquí estoy, esperando que vengan a buscarme para atestiguar el fin de un hombre y de toda una época.

LXVIII

Diario de Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Querido Diario:

¡Vieras la expresión de Leibniz cuando me encontró levantado y rascándome el higo lo más campante! Tuve que explicarle que mi representación (un poco de maquillaje amarillo en rostro y manos, carbón en polvo sobre pierna y muslos y una rata descompuesta bajo la cama para soltar tufo a muerto) era un modo tan útil como cualquier otro de averiguar quién se alegraría y quién se entristecería con mi desaparición. ¡La cara que puso! Estos alemanes. Impermeables al humorismo. Me mostré solemne.

—He descubierto traidores. A rolete —le dije. Más solemne aun.

Mayestático—: Yo olvido pero no perdono, Leibniz. Aunque la causa de la ofensa se vuelva nimia ante la proximidad de la muerte, lo que se sostiene es la persistencia del rencor.

A lo que me contestó:

—Noto cierta contradicción en los términos: ¿cómo va a persistir Su Majestad en el rencor si ha olvidado su causa?

¡A mi juego me llamaron!

—Mientras se mantenga en el campo de la lógica estricta, usted nunca entenderá nada —le dije—. Las consecuencias son mucho más importantes que las causas. Pero no mandé llamarlo para mejorar su educación ni estimular su intelecto. A estas horas de la noche no hay nadie en los jardines de Versalles, salvo los ladrones y los asesinos, que no se atreverán a molestarnos. Quiero caminar, gozar de la frescura del aire, visitar la verde tumba vertical donde cuelgan los huesitos de Bastet.

Así que escapamos del escrutinio de mis cortesanos atravesando los pasadizos interiores de palacio. Por suerte nos precedía mi Teniente General de la Policía llevando una antorcha, porque en su miopía Leibniz confundía la sombra del humo con las paredes reales y terminaba chocando contra las esquinas, si tal cosa es posible, y creo que se guiaba más por el olor de la combustión del pábilo que por la luz de su llama. ¡Ah! En un momento me tenté y le toqué el culo. Carnoso. Cuando se dio vuelta, asombrado, le dije:

—No fui yo. Puede usted considerarme parte de su sueño.

¡Ja!

Salimos. Noche. Francia, fragancia. Arriba, cielo. Abajo, el misterio de la tierra extendida en lo oscuro. Mi Teniente General de la Policía se desvaneció: arte de la vigilancia. No me extrañaría que mañana los jardineros encontraran a ras del suelo su cosecha: dos hongos gigantes, las cabezas cortadas de un par de regicidas. Ordenaré que les vacíen los ojos y pongan a germinar semillas de calabaza en las cavidades. Tal vez, alimentándose de la materia cerebral, sorbiendo sus jugos y sus grasas, terminarán por dar a luz las primeras calabazas pensantes del cosmos…

Abandoné durante unos segundos mis fantasías y observé a Leibniz. Temblaba como una hoja escuchando el llamado de mis leones.

—Extrañan la caza en la sabana africana —le dije.

—¿Están sueltos? —preguntó.

—Creo que no. A veces pienso en liberarlos y que coman lo que encuentren. El problema es que luego no van a querer volver a sus jaulas

—dije. Volvió a temblar—. No se preocupe, Leibniz. No lo aseguraría en un ciento por ciento, pero creo que siguen encerrados. Por las dudas, ¿sabe treparse a un árbol?

—¿Y si volvemos a la protección de palacio?

—Veo que sigue prefiriendo a las bestias humanas. No se preocupe, no se altere, no piense. Imagine que estamos solos, caminando en el desierto, buscando restos de antiguas civilizaciones egipcias enterradas bajo la arena. Claro que en el desierto abundan las hienas, que gustan de nuestra carne. ¿Quiere que partamos hacia allí, a enfrentar peligros desconocidos? En tal caso, ¿moriría a mi lado si nos tocara esa suerte? No espero respuesta. Las únicas preguntas verdaderas son las preguntas retóricas. Lo he mandado a llamar, Leibniz, mi querido Leibniz, mi muy querido Gottfried Wilhelm, porque decidí que por una vez en la vida hablemos a calzón quitado. Quiero decir, y éste es el punto: mi pasión es mi tragedia. Ayúdeme, Leibniz, a ser quien no soy y a sufrir menos...

—Pero, Su Majestad, ¿cómo podría yo…?

—Venga. Gire la cabeza. ¿Ve la hiedra o la sombra de la hiedra, ve la fosforescencia ahí? No es el fulgor fantasma de un aparecido sino los huesos de Bastet, víctima y mártir de un Universo cada vez más extraño… ¿Qué quiso la hiedra? ¿Gozar de su expansión en un *novum organum*? ¿Volverse hiedra-gato? ¿Quería tal vez preñar a Bastet? ¿Será tal cosa posible? ¿Y si el orden que busco en este Universo es la figura de una catástrofe en otros…? Nadie, Leibniz, nadie sabe de mi dolor, de mi incertidumbre, de mi innumerable contrición y cansancio… Pero ¿para qué me gasto en hablar si no hay quien me escuche? ¿Para quién canta mi alma, entonces?

—Tal vez para mí, Su Majestad.

—Sí, Pero ¿acaso sé quién es usted y qué entiende de lo que digo? La muerte de Bastet afectó mi ánimo más de lo que hubiese podido imaginar y al mismo tiempo determinó todo lo que ocurrió luego, incluso es la causante de su presencia en Versalles. ¡Porque no me va a decir que sigue creyendo que Leopoldo I fue quien lo envió…!

—Pero…

—¡Por favor, mi querido! ¡Entre monarcas no nos pisamos las coronas! Usted se vino para acá porque yo le pedí a mi primo que me lo mandara derechito y sin apuro. La invasión a Egipto es el argumento que encontramos para traerlo porque sabemos que se pierde por las civilizaciones lejanas. El exotismo no es la pasión que usted consume, el

exotismo lo consume a usted. Dejemos de lado por un momento el tema de esa invasión y vamos al grano. No hay tiempo que perder. Pero antes quiero aligerarlo de una inquietud que seguramente socava su ánimo. Estará pensando: "¿Qué le pasa al Rey? ¿Está loco o lo picó el mosquito del tifus? ¿Cómo puede hablar de la muerte de un gato, afirmar que nunca existió y luego extraer una consecuencia de ese acontecimiento que no se produjo?". A lo que yo le contesto: "Se puede. Sí, se puede. Todos los estados son posibles porque la realidad es una dimensión desconocida, lo desconocido es sólo una dimensión de la realidad… Y todas éstas son consecuencias que se extraen de su filosofía, es decir, de la mía, la que usted me robó". En conclusión… ¿Seguimos paseando?

—¿Y los leones? ¿Están sueltos o…?

—No sea ansioso. Ahora vamos a verlos.

LXIX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Su Excelencia:

Ayer, muy distante de la muerte anunciada, el Rey se mostró en buen estado de salud. Es evidente que su agonía fue una de las tantas extravagancias a las que lo impulsa su carácter. Apenas entré a su Aposento Real, Luis XIV me invitó a pasear por sus jardines. El Rey caminaba a paso tan vivo que me costaba mantenerme a la par.

Era una noche cerrada, nubosa, cada tanto se filtraba entre las masas compactas algún resplandor de la luna llena. Anduvimos durante un rato, él en silencio, yo soltando el rumor de mi respiración.

—Calor, ¿no? Y mucha humedad. Tiempo loco. Esperemos el alivio de una tormenta… —dijo.

Yo apenas contesté. No me siento inclinado a la conversación incidental. Además, aquellas vastedades ejercían un efecto extraño sobre mi ánimo. Había algo de sobrenatural en los paisajes sobre los que se imprimían, en crecientes concentraciones de negrura, las formas distorsionadas de las fuentes y las estatuas, que en un instante parecían a

distancia y al siguiente se precipitaban sobre nuestros cuerpos. Yo esquivaba los ataques de lo que no existía mientras el Rey avanzaba en la sombra, visible gracias al centelleo del oro en sus prendas.

—¡Vamos, vamos que nos esperan las garzas, los pavos reales, los avestruces, los rinocerontes, los leopardos, los leones, los tigres, las panteras…! —me alentaba.

Sentí un raspón, un corte en mi frente, un cuchillo.

—Cuídese de los murciélagos, Leibniz. Salen de los pantanos sin sentido de la orientación —me dijo.

—¿No sería mejor que estuviésemos a cubierto? —pregunté.

Ni me contestó. Al rato sentí la catinga. Un olor mezcla de pelos y aliento y orines y excremento; además sonaban gañidos, rebuznos, cantos, chucheos, chillidos, relinchos, chasquidos, maullidos, gorjeos, rugidos, bufidos, parloteos, gemidos, risas, aullidos, estridulaciones… nos acercábamos al bestiario real, donde chirriaban las puertas de hierro de las jaulas al abrirse y cerrarse, empujadas por el viento. Salvo que no soplaba una gota de aire. “Dejaron a los animales sueltos”, pensé. Me detuve, y cuando estaba a punto de volverme sobre mis pies y emprender la huida, una cosa o ser informe, indefinido, húmedo, se apoyó en mi brazo como si me olfateara o buscara algo. Una babosa gigante, el hocico de un oso, la lengua de un león. Escuché la respiración, esperé el salto, el desgarro de mi carne. El terror. El terror. El terror cerró mi garganta. Mientras me olfateaba, la cosa esa extendió algo así como sus tentáculos sobre mí, se aferró a mi brazo. Sentí su agitación, su excitación.

—¿Pero qué le pasa, hombre? —me dijo Luis XIV. Era la primera vez que el Rey me tocaba—. No se asuste. En un rato asoma la luna y verá que cada pajarito está en su nidito y cada carnicero en su cuevita. Entretanto quiero que huela, sienta… Entréguese al imperio de mi idea y a este zoológico como uno de los núcleos para el desarrollo de mi propósito absoluto, del que Versalles es sólo el primer paso. Usted puede decirme que ya le hablé de esto de mil y una maneras distintas y que es siempre el mismo pedido, el mismo anhelo. En el fondo, mi ruego se reduce a una escena y su variación, pero eso puede incluirlo todo. ¡Y ahora hágame el favor y deje a un lado esa cara de pánico y póngase la careta del interés! Cierre los ojos, deje que le hable el resto de los sentidos…

Pese a mi desconfianza y al miedo que no me abandonaba, pensé que el cumplimiento de mi misión era más importante que mi vida y acaté la

sugerencia. Cuando cerré los ojos y abrí las manos, me fue asaltando una oleada suave de percepciones distintas de aquellas ordenadas y sucesivas que se producen en la conexión entre ojos, intelecto y lectura. Eran simultáneas y venían abarrotadas de novedad, y al mismo tiempo esa novedad despertaba en mi mente el recuerdo de sensaciones anteriores, como si lo nuevo fuera el modo que lo antiguo y dormido en mi interior encontraba para ser reconocido. Ahora bien, el recuerdo no era recuerdo de algo en particular —un amor, el perfume de una flor, una noche de embrujo, el dolor de una herida—, sino el de haber sentido algo que, al no poder nombrarlo, corría el riesgo de ya no existir. Empezaba a exasperarme. ¿Cómo no me había dado cuenta de que, con sus demoras, Luis XIV no había hecho otra cosa que atormentarme? Lo odié con todas mis fuerzas. Y con perdón de Su Excelencia y de sus Proyectos de Política Continental, me determiné a asesinarlo ahí mismo, o siquiera a intentarlo antes de que un león o una hiena me descuartizaran. Sólo que ya no lo veía ni lo oía, su tachonado de brillos se había apagado en la oscuridad. ¿Y si era él quien estaba siendo devorado bajo la negra fronda de algún árbol? Una muerte real. Olí, extendí las manos, traté de escuchar… y en ese momento algo me paralizó. No fue una defección de mi voluntad sino una plétora de los sentidos que empezó a inundarme: podría tardar horas en desagregar y describir cada matiz de esos olores que invadieron mi olfato; cada olor bestial se desprendía del otro y yo reconocía el de una especie, distinto de la siguiente y de una tercera, burbujas de olor que se combinaban con los perfumes de los pastos y los árboles hasta extenderse en la vegetación de los entornos, y también me llegaba el olor de los mármoles estatuarios y del fango del pantano y de los camalotes y líquenes del Gran Canal, y sentí el aliento de los peces cuya respiración se encapsulaba y subía desde el fondo y estallaba como aire viciado en el aire de los jardines, y también olí en Luis XIV su transpiración añeja pegada a las prendas y su tufo bucal de caries viejas y el olor de su peluca y el que se juntaba bajo sus uñas.

Para no fatigar a Su Excelencia prescindo de la descripción pormenorizada y del desglose de cada partícula olfativa y me limito a su enunciación. En algún momento la sensación de oscuridad y de entrega a mi destino, así como mi sentimiento de indefensión, me abandonaron por completo. Y fue entonces cuando el Rey me dijo que podía abrir los ojos. Así que lo miré y le dije:

—Ahora entiendo o creo entender. Su Majestad quiere construir un

gran reservorio universal, el sitio donde se reunirán las especies humanas y no humanas, las plantas, las teorías, los saberes antiguos y actuales, las ciencias positivas y especulativas, la teología y la herejía y la metafísica y las disciplinas de lo natural… en resumen, usted pretende que ese reservorio contenga la diversidad de nuestro planeta y hasta lo incluya dentro de sus límites, pues también debería concebirse un arte fantástico que sepa guardar lo inmensamente grande en lo diminuto, como en los cuentos orientales una botellita guarda íntegro a un genio gigante; o simplemente podría tratarse de hacer un resumen que abarque todas las posibilidades de lo existente y lo inexistente, un tratado razonado y escrito en orden alfabético que incluya todas las ramas del conocimiento…

—Al fin, Leibniz, empezamos a entendernos —dijo, y supe que sonreía.

—¿Nos entendemos, Su Majestad? —dije, odiándolo de nuevo—. Quizá yo empiece a entenderlo a usted y usted nunca llegue a entenderme a mí.

—Leibniz… Leibniz… Es usted un sofista y un picarón… En el fondo, ni usted ni yo importamos, y habría que ver si existimos… Usted está aquí para contarme cómo crear un mundo que contenga a éste, tan rico, y al mismo tiempo está para pensar cómo se crean otros que alberguen a ambos de maneras impensables, con nuevos nombres, alfabetos, sistemas de invención y de descripción. Pongámoslo en limpio: quiero utilizar el modelo de Versalles para construir una serie interminable de mundos. Lo que hice hasta el momento es nimio: construí departamentos y catálogos para clasificar y denominar cada objeto de este planeta. La tarea recién se inicia. Lo que nos espera es monumental. Pero antes… ¡alce la vista! El cielo se despejó y ahora fulge soberana mi única amada, mi Reina. Alce la vista, Leibniz, y deje de mirarse las bolas. ¿Ve esas pequeñas líneas, esas rasgaduras malvas?

—Sí. Son las líneas de las nubes que surcan el cielo y se estampan sobre la superficie de la Luna.

—No. No. Son los ríos lunares que fluyen y sólo se ven en noches como ésta, cuando la sombra se despeja y las cosas comienzan a percibirse en su esplendor más nítido.

—¿Dice Su Majestad que la Luna tiene ríos? ¿Serán navegables?

—¡Seguro! No para una flota terráquea, sí para sus habitantes. En barcas lunares.

—¿Tendrán velas esas barcas?

—¿Tendrán remos?

—¿Estarán hechas de materias desconocidas?

—¿Serán inconsútiles como la túnica de Cristo?

Luis XIV rio y yo también. Después:

—Que la Luna esté habitada es una posibilidad. Pero nosotros no lo sabemos —dije.

—Todavía no. Es una cuestión de perspectiva y comprensión del panorama. ¿Acaso el águila conoce lo que está en el abismo?

—Pero caza a su presa.

—Sí. Eso seguro. El águila caza.

—¿Y usted, Majestad?

—¿Yo? ¿Y yo? ¿Conozco o no conozco? ¿Cazo o no cazo? ¿Sé o no sé? Lo que podrá decirse de mí, si alguna vez alguien me entiende, es que me entrego a lo que vendrá. Muero por bañarme en su luz, ser atravesado por sus ríos. Formas del éxtasis.

LXX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria

Su Excelencia:

Me disculpo de antemano ante lo obvio: mi carta anterior era tan extensa en el registro de diálogos y pensamientos como escasa en el recuento de novedades. Y ahora debo disculparme nuevamente porque excederé la extensión anterior. Pero se trata de un asunto de la mayor importancia.

Anoche, después de beber su habitual infusión de agua de achicoria, María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV, tuvo un vahído y cayó fulminada. Los médicos no saben explicar el motivo de su deceso, alegación usual en los casos de envenenamiento.

Desde entonces la difunta yace en su lecho rodeada de velones encendidos. El Aposento de la Reina refulge como una cámara del cielo y una multitud pasa a despedirse; se dice que el Rey autorizó el ingreso de miembros del pueblo llano, aunque sólo veo personas bien vestidas. El velorio no tiene fecha de terminación y Luis XIV ha dispuesto que cada

tres horas se muden las ropas de la difunta, operación que se realiza a puertas abiertas; así, quienes ingresan al Aposento de la Reina pueden encontrarse con María Teresa de Austria vestida o desnuda. Se comenta que recién la enterrarán en la Basílica de Saint-Denis cuando haya lucido todos los cambios de su vestuario. Esto suena absurdo: si la Reina contaba con una cantidad de prendas equivalente a la de su esposo, a ocho cambios cada veinticuatro horas, el momento de su entierro demoraría ciento veinticinco días. Y como nadie cree que María Teresa sea incorruptible como una santa, se especula con dos alternativas. O Luis XIV mandó tratarla con técnicas modernas de embalsamamiento (ya que las antiguas requerían de la extracción de los órganos internos), o la Reina fue envenenada con alguna pócima que como efecto secundario otorga un tiempo mayor de conservación de la carne.

Como sea, doy fe del aspecto lozano de la difunta, pues en mi carácter de enviado oficioso de Su Excelencia Imperial me vi en la obligación de presentarme en el Aposento de la Reina para ofrecer mis condolencias al viudo, y lo hice justo cuando las camareras le quitaban un vestido color siena para reemplazarlo por otro de un estridente bordeaux. Como el procedimiento se demoraba pude contemplar el blanco rosáceo de su piel, de un tono saludable, y que sus miembros no manifestaban rigidez cadavérica; los pechos se agitaban y la difunta tenía los pezones erectos como en estado de excitación, y sus muslos temblaron cuando las camareras fueron acomodándole el vestido. Asimismo, me detuve en la contemplación de su rostro moreno, de rasgos firmes, en el delineado de los labios, tan turgentes y rellenos que apenas dejaban asomar el nacarado de los dientes; las cejas eran pilosas, españolas, pero en su conjunto el cuadro mortuorio resultaba motivo de adoración por lo triste y bien compuesto. Era la expresión de alguien que se ha ido en paz y sin rencores.

—Parece viva, ¿no? —me dijo Su Majestad apareciendo de repente a mi lado. Vestía de negro desde la empuñadura de su espadín hasta la pluma de su sombrero—. Pero no lo está, infelizmente. Era una buena mujer y la voy a extrañar, porque su ausencia me complica algunos proyectos, entre ellos la continuidad del Tratado de los Pirineos, por el que tuve que aceptarla en mi lecho a cambio de quedarme con algunas provincias de España. No es que su padre la odiara, pero Felipe IV quería sacársela de encima porque una hija moralista, gazmoña y chupacirios como María Teresa constituía una presencia censora para su

temperamento lascivo. Y tampoco es que ella misma fuera fría como un témpano. Ninguna mujer es fría si sabe caer en buenas manos, aunque no sé cuántas ni cuáles fueron las que la tocaron a ella —dijo y soltó una risita indecorosa—. Bromas aparte, lamento que no hayamos formado una verdadera pareja. En otro momento estuvimos a un tris de alcanzar ese estado… María Teresa me dijo: "No sé por qué ustedes creen que a las mujeres nos gustan los hombres virtuosos". Entendí que me pedía que la iniciara en los vicios secretos y que con ella fuera un perfecto canalla. Quizá, hasta entonces, había esperado poco de mí; quizá no estaba dispuesta a darlo todo sin que yo hiciera mi parte. Así que me dediqué a hacerla sufrir. Me comporté como un cerdo lúbrico, le di las mayores muestras de indiferencia, le restregaba mis amantes por la cara, sobre todo a las que no amaba. Pero en lugar de mostrarse satisfecha con mi conducta miserable, María Teresa empezó a quejarse y ya no paró hasta convertirse en un lamento perpetuo. Si yo, que me precio de entender como nadie a las mujeres, no supe nada acerca de mi propia esposa, es porque la comprensión entre los géneros es una causa perdida. Lo cierto es que fuimos retrocediendo paso a paso, hasta que un día la miré fijamente, serio, y ella me miró a su vez y sonrió, pero no estaba pensando en mí, sino en otro ser o en otra cosa. Entonces me di cuenta de que se había vuelto una extraña. Es curioso lo que ocurre con el amor, ¿no, Leibniz? Se prende y apaga sin dar aviso… María Teresa pudo haber sido el gran amor de mi vida y terminó siendo esta desconocida por la que deberé llevar luto durante un lapso excesivo.

—¿Su Majestad afirma que intuyó algo acerca del amor pero no lo conoció, pese a la cantidad de mujeres con las que se lo relaciona?

—En vez de responderle directamente, le voy a contar una historia —dijo—. Pero antes, caminemos un rato.

Salimos a la Terraza de los Mármoles. Desde allí bajamos a paso vivo por las escalinatas y pasamos a los jardines.

—Una vez —me dijo Luis XIV— tuve que irme a una guerra, ya olvidé si ganamos o perdimos. Al volver a palacio no encontré a Bastet; por lo común me buscaba a diario y maullaba por los pasillos y los pasadizos y las salas y los aposentos hasta encontrarme. Pero esta vez, y aunque la llamé con los tiernos nombres de siempre, "Michi, Mish, Koroko, Kocoro, Pororó, Porota, Cuchi cuchi", Bastet no apareció. A cambio quedaba el testimonio de su enojo y de los celos por mi partida; a cada paso un jarrón hecho añicos contra el piso, los pies de una estatua rasguñados,

almohadones y cortinados y gobelinos y tapices arañados, con sus bordes mordidos y arrancados, orinadas las alfombras y cagados todos y cada uno de los sillones y las mesas-bibliotecas y las consolas dressoire y las cómodas y los roperos y los juegos de dormitorio. ¿Qué descubrí entonces? Uno: que en mi ausencia nadie se ocupa de nada y Versalles puede caerse a pedazos sin que ninguna persona mueva un dedo salvo para saquear las botellas de vino de mis bodegas. Dos: que esos soretes duros, consistentes, desparramados sobre el terciopelo y la seda y el mármol y el marfil y el hilado holandés eran la prueba de una pasión insensata, animal, de su desesperación cuando advirtió mi ausencia y no pudo saber si volvería. Al mismo tiempo, entendí, toda esa mierda distribuida a lo largo y a lo ancho de palacio era un mensaje, una especie de mapa con sus estaciones que tendría que ir recorriendo hasta encontrar el tesoro. Así, como el más despreciable de los lacayos, fui juntando los regalitos. Levanté el primer soretín seco y yermo, ya polvoriento, que Bastet había dejado, ¡precisamente! en los Aposentos de la Reina, luego recorrí las salas de Apolo y Venus y Hera y de todos los dioses grecorromanos, atravesé juntando mierda cada vez menos dura y más cercana al tiempo de su deposición, subí por la Escalinata de los Embajadores, pasé paleando por salones y antecámaras secundarias y encontré la más próxima, aún blanda y tibia, en las puertas de mi aposento. Tenía una forma y una consistencia perfectas, olía como si hubiera sido recién expelida y todavía soltaba vapor. Así que en vez de barrerlo y juntarlo en una palita, a este último tesorito lo agarré con la mano y lo deposité en el interior de la vasija, porque, dicho esto, tengo que confesar que uno recién sabe que está perdido por alguien cuando agarra su mierda y ama su textura y perfume y color. Y hecho esto, abrí la puerta de mi aposento y avancé, y vi que, oblicua en el centro de la cama, medio envuelta por las mantas, pero con su cabeza asomada, estaba ella, mi reina verdadera, mi gata, mi hembra. Bastet. Me miró. Con esos ojos de demonio, el amarillo de los fuegos del infierno. Gimió, es decir, maulló. Se lamió una pata, la otra, volvió a mirarme, y mirándome se lamió las partes… Esperándome. Pero ¿por qué pone esa cara, Leibniz? ¿Qué piensa usted, pedazo de degenerado? ¡Le estoy hablando de una devoción purísima, de un amor eterno, no de crasa zoofilia…! Aunque si yo hubiese querido eso, ¿quién me lo habría prohibido? Después de todo soy el Rey de Francia. Ser Rey consiste en poderlo todo y resignarlo todo. ¿Se entiende? Esa ley se aplica en mi caso y en el de algunas otras pocas

testas coronadas. Estoy enloqueciendo a fuerza de anhelar lo que yo mismo me prohíbo. Por dar un ejemplo: ahora que cesó el incordio de María Teresa, y está bellísima en su fin, quieta, muda, sin alterarme los nervios con su voz de pito catalán, ahora que María Teresa está muertuda, muerta y muda, un abuso de estilo bobo, tan satisfactorio, yo tranquilamente podría invadir los Flandes españoles para cobrarme la dote que su padre nunca terminó de pagarme. ¿Puede usted creer que hay algunos subnormales que dicen que la mandé matar porque pretendo parecerme al apestoso uxoricida de Enrique VIII de Inglaterra? ¡Al contrario! Hice todo por protegerla. Desde luego, mi Françoise-Athénaïs siempre la tuvo entre ceja y ceja. Por eso, cuando advertí que mi amante oficial se las tenía juradas, encargué su atención a mi Teniente General de la Policía, tanto para que la vigilara y entretuviera como para que cambiara por placebos los venenos con los que juega. Bien. El caso es que prudentemente dejé a madame de Montespan en manos de Reynie, pero se ve que el infeliz no es muy ducho en el trato con el sexo opuesto, así que, o no la supo controlar lo suficiente, o no pudo impedir esta nueva fatalidad de Estado. Por supuesto, ahora madame de Montespan está rezando en la capilla real, fingiendo dolor por la muerte de mi mujer. Me tiene podrido. Cualquier día de éstos la despacho, quiero decir, la mando a un convento en Bretaña. Estoy tan cansado… De esto, de aquello, de ellas y de todo. Por eso pensé: "Ya que lo tengo acá a Leibniz, ¿por qué no pedirle que me haga una máquina a la altura de lo que necesito?".

—¿Una máquina?

—¿Usted es duro de oídos o de entendederas? ¿O ambas cosas?

—¿Y qué necesita Su Majestad?

—Que alguien, por una vez en la vida, me entienda.

—Si Su…

—Mire, Leibniz: la vida es un abuso de duración que aplicamos a sostener el registro de un solo tono dominante. Por eso, para variar un poco pensé que si usted fue capaz de dar a luz una máquina que permite sumar, restar, dividir y multiplicar, bien podría inventar otra que sirviera para satisfacer los deseos ajenos. Una máquina destinada a conceder a cada mortal el ente, objeto o persona que considere indispensable para su vida… Podríamos llamarla "La máquina del perfecto consuelo". *Perfectum solatium machina*. O *Perfectus est apparatus consolationis*. Elija el nombre, a mi edad ya se me aflojaron los latines. Por supuesto, si la cosa resultara apta para producir lo que buscamos… ¡qué milagro habríamos logrado!

—No sé, Su Majestad, si algo semejante es factible…

—¿Qué clase de boludo piensa que soy? ¡Claro que no es factible, pero es soñable! Mejor que hacer es decir, y mejor es prometer que realizar. En la realidad de los hechos, a la corta o a la larga el horror terminará invadiéndolo todo.

—Si Su Majestad busca producir efectos ilusorios, debo decirle que ésa parece más bien una facultad propia de la magia negra.

—Exacto. Yo pasaría de monarca absoluto a demagogo-mistagogo. Una religión sostenida en mi persona como sacerdote y objeto de culto, y basada en la realidad de lo incumplible. Pero olvidemos el tema. Tampoco es momento de hablar de sueños e ilusiones, estando aún caliente el cuerpo de la muerta... Se me acaba de ocurrir: la máquina debería ser creada con su signo invertido, dedicada sólo a mí. Una máquina para que yo deje por un tiempo de ser aquel a quien se le pide todo y pase a ser aquel que ruega porque algo le sea concedido. Sería un alivio. Y ahora déjeme solo, Leibniz.

—Pero, Su Majestad…

—Sí, sí, ya sé. Egipto… Egipto… Usted pide y pide. A tontas y a locas. No sabe ni el cuándo ni el cómo. Carece de tacto y de sentido de la realidad. No distingue entre lo perentorio y lo importante. ¿No se da cuenta de nada? Se lo ruego. ¿No ve cómo estoy, destruido, perdido en la pérdida de mi amor perdido? Déjeme, por favor. Tengo que elaborar mi duelo.

LXXI

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Reúna a sus hombres de máxima confianza y esta misma noche, previo empleo de narcóticos o la aplicación de soplamocos así evitamos escándalos y pataleos, saque discretamente de palacio a la regicida Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, y llévela a la Basílica de Sainte-Anne d'Auray, departamento de Morbihan, en Bretaña, donde la entregará a los cuidados de la madre superiora, hermana Marie Condorcet, permaneciendo Vd. de guardia en el poblado

vecino y a la espera de nuevas instrucciones.

LXXII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Humildemente le solicito me aclare si, al poner a madame de Montespan en mis manos, Su Majestad no espera en realidad que yo me ocupe de quebrarle el cuello. Le aseguro que, gracias a mi técnica desarrollada en el curso de los años, llegado el caso Françoise-Athénaïs de Rochechouart ni advertirá el pasaje de uno a otro estado y su cabeza quedará colgando grácilmente sobre el tronco, como un fruto maduro cuelga de la rama de un árbol.

LXXIII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Señor:

Si Su Majestad albergara esa determinación, ¿cree que yo me habría privado de transmitírsela? Limítese a cumplir con su misión y líbreme en lo futuro de sus interpretaciones impertinentes.

LXXIV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Leo y obedezco.

LXXV

Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Querido, queridísimo amor mío:

No soporto los ayunos ni la estrechez de mi celda ni los rezos en la madrugada ni el frío de las baldosas sobre las que debo arrodillarme. Pero eso no es nada. Toleraría todo a cambio de mi regreso a tus brazos. Lo peor no es este exilio sino el brutal apartamiento de tu lado, esta terrible sustracción de tu persona.

¿Cómo pudiste prestar oídos a los rumores de mis enemigos? ¿De veras crees que la envenené? ¡Qué poco sabes de mujeres! María Teresa de Austria era la seca cáscara de nuez, la frígida, esquiva, agostada, insípida, lamentable consorte que realzaba por contraste el almibarado néctar que me recubre, ella era el opaco espejo contra el que resaltaba mi figura cuando coincidíamos en las fiestas, cenas y bailes de palacio. Me odiaba sin advertir que su existencia la volvía mi mayor defensa y mi mejor amiga. Porque si alguien la necesitaba viva, ésa soy yo: la prueba más evidente de ello es mi actual destierro. Por lo tanto, admite mi inocencia, limpia en público mi nombre y rescátame de este castigo inicuo.

Pero supongamos por un momento que continúas tomándome por merecedora del tormento que me infliges… Sea. Si así lo quieres, acepto y te allano el camino. Confieso. Yo envenené a María Teresa.

LXXVI

Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Crudelísimo amado, mi Rey Luis:

Por tu silencio compruebo que mi carta anterior no te conmovió en lo más mínimo. ¡Qué dolor! Tu ignorancia sobre el amor y sus motivos es un océano enorme, interminable. Querías una confesión y te la ofrecí por si necesitabas sacrificarme, y ofrecería mil veces mi vida por otra mirada tuya, por estar a tu lado otra vez. Pero sigo aquí encerrada; nada ha

cambiado, así que ahora obraré lo imposible. Te diré toda la verdad.

¿Alguna vez observaste con detenimiento la composición de los pantanos que rodean Versalles? La falta de oxígeno nos persuade de que su naturaleza no admite vida alguna. Sin embargo, si tomas un par de gotas de esas aguas pútridas y las analizas bajo el microscopio, verás que la habitan infinidad de criaturas en actividad frenética. Así, María Teresa, que en tus manos fue agua estancada, hervía en las de Leopoldo I. Sí, querido. ¿De veras creíste hallarla virgen cuando desgarraste su himen zurcido? Antes de casarse contigo fue su amante, le sacaba la lechita a su tío y primo y esposo de su propia hermana Margarita Teresa de Austria, lo tenía bien agarradito con el coño, creía que entregándole el rosquete impedía que Leopoldo I albergara malos pensamientos acerca de alguna parte del territorio español.

¿Que cómo lo sé?

Antes de abrirnos de piernas, las mujeres averiguamos todo sobre nuestros futuros amantes porque nuestra sabiduría consiste en acertar directo al centro de sus corazones. Quiero decir que cuando decidí arrojarme a tus brazos ya había investigado acerca de ti y de quienes te rodean y estaba enterada de tu natural ingenuo, confiado, inocente: creíste que al desposar a María Teresa de Austria te acercabas a la posesión del trono de España, pero lo ignorabas todo sobre su pasado y sus compromisos. Y eso porque te sobra vanidad y te falta buen asesoramiento. María Teresa era un "peón dormido" en el ajedrez imperial, y al hacerla tu reina conferiste el máximo valor a una pieza que servía al juego de tu adversario, y que desde esa posición de poder fue tejiendo sus redes, avisando de tus próximos pasos, informando de tus operaciones, delatando tus negociaciones y tratados, urdiendo intrigas… ¿Acaso nunca llamó tu atención la repentina llegada a Versalles de ese tal Gottfried Wilhelm Leibniz? ¿Te contó alguien de los encuentros secretos que mantuvieron estos dos? ¿Quieres detalles?

En conclusión: o soy inocente de la muerte de María Teresa y debo volver a tu lado para mimarte, protegerte, aconsejarte y amarte como siempre, o soy responsable de salvar tu vida y cuidar de la seguridad de Francia al haber eliminado a la traidora. Así que me debes una disculpa y un acto público de reparación. Envía un carruaje para mi regreso triunfal y encarga a tu hermano Felipe de Orleans la organización de nuestra fiesta de matrimonio. Entretanto, no dejes que Leibniz te hable, no dejes que se te acerque. Cuídate de sus humos y bebidas exóticas.

LXXVII

Carta de Leopoldo I a Luis XIV

Querido primo:

Permíteme prescindir de nuestros títulos y honores para expresarte del modo más sincero y directo mis condolencias por la muerte de tu prima y esposa, que fue también prima, sobrina y cuñada mía. María Teresa de Austria merecía un destino mejor y un cuidado mayor que el que le ofreciste. No quiero ni pensar en la reacción que estará incubando su hermano Carlos II ante la noticia de su muerte.

LXXVIII

Carta de Luis XIV a Leopoldo I

Querido primo:

No te preocupes por el pobre Carlos II: lo consolaré fraternalmente cuando visite España en compañía de mi ejército. De todos modos, apenas ocurrió el deceso de tu cuñada, sobrina y prima, mi esposa María Teresa, traté de encontrarle una explicación a su pérdida y la tuve muy pronto: el examen médico encontró envenenamiento causado por una mezcla de hierbas extraídas de los umbríos bosques germánicos. Me vi en la obligación de informar inmediatamente de los resultados a mi cuñado, que de seguro a estas horas está pensando en la manera de responder apropiadamente a tu acto criminal.

¡Ah, y antes de que me olvide! Johann Georg von Eckhart, tu agente y criado de mi buen amigo Leibniz sufrió un accidente de caza. Como siempre, paseaba por las zonas más alejadas de mis jardines buscando establecer contacto con alguno de los encargados de llevarte los insustanciales chismorreos que traficaba, cuando tuvo la mala suerte de interrumpir la trayectoria de una flecha disparada por la ballesta de un cazador furtivo. La flecha iba dirigida al corazón de un venado pero terminó alojada en su cuello. Al cazador no pudimos capturarlo y a tu mandadero fue imposible curarlo, así que mis jardineros entregaron sus restos a la degustación de los felinos de mi zoológico. Como dato curioso, te cuento que mis cachorritos mostraron cierta reticencia a la ingesta. Al parecer la carne alemana suele ser dura, insípida y correosa.

LXXIX

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía de S.M., a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Cumpliendo con sus órdenes me alojé en una pensión cercana a la abadía. Los días se estiran, la espera es infinita, y la abadesa no me envía la menor noticia acerca del estado de la Marquesa de Montespan. ¿Desea que siga algún curso de acción? ¿Suprimo a la ex amante de Su Majestad, dejo todo como está o la regreso a Versalles?

LXXX

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Señor:

Se nota que las sutilezas de pensamiento no son lo suyo. De lo contrario, Vd. habría sido el primero en sugerir el apartamiento de madame de Montespan de la corte, y esto por un sencillo motivo: cuando los índices apuntan en dirección de una persona, debemos buscar al culpable en los dedos que la señalan. Y como todos apuntan en dirección de la desdichada...

LXXXI

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Si la unanimidad en la acusación implicara la comisión del crimen por parte de todos los cortesanos, o siquiera su complicidad, tendría que dedicarme a interrogar uno por uno a los aproximadamente veinte mil que circulan por palacio. Deduzco entonces que la futura exculpación de

la enclaustrada precisa de la protección de su vida en el presente.

Agrego una conjetura: ¿Y si María Teresa de Austria se quitó la vida por mano propia?

LXXXII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Señor:

¿La Reina, muerta de mano propia? ¿Qué está bebiendo, Reynie? Ocúpese de vigilar y proteger a madame de Montespan. Su vida le va en ello.

LXXXIII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

No descarto ninguna hipótesis acerca de la causa de la muerte de la Reina de Francia y someteré todas a su escrutinio. Pero debo señalar que desde el exterior de la Basílica resulta difícil vigilar los movimientos de madame de Montespan y sería imposible protegerla si un asesino se deslizara en el interior del convento.

LXXXIV

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Señor:

Cumpla con su misión sin presentarme el inventario de sus dificultades. Vuelva posible lo imposible.

LXXXV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad Ilustrísima:

Excuse Vd. mi atrevimiento al escribirle salteando los pasos protocolares y disculpe también lo apretado, superpuesto y confuso de mi letra, pues tengo la mano más acostumbrada al dibujo de mis inventos y a mis fórmulas de cálculo matemático que a la traslación escrita de mis pensamientos, tarea que delegaba en mi amanuense, pero el caso es que ha desaparecido repentinamente y no sé qué pensar al respecto.

Le seré directo y sincero: no habiendo obtenido hasta el momento ninguna clase de respuesta favorable o desfavorable a mi Proyecto de Expedición a Egipto ni promesa de ofrecérmela algún día, mis mandantes comienzan a sospechar que fracasé en la tarea encomendada y reclaman mi presencia.

Pero antes de darme por vencido y volver con las manos vacías a mi país, me gustaría presentarle las razones por las que sería enormemente beneficioso para el reino de Francia que Su Majestad llevara adelante mi Proyecto. Es por eso que quiebro las Reglas de Protocolo de palacio y en sobre aparte se lo adjunto, redactado de mi puño y letra.

(Va sobre cerrado)

LXXXVI

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Querido Leibniz:

Ya se lo dije, le rogué, le supliqué, le impetré, pero Vd. es insensible ante el espectáculo del dolor ajeno. ¿Le parece oportuna su insistencia ahora que estoy devastado, destruido por la muerte de mi esposa? ¿Leer cuando mis ojos no dejan de empañarse por las lágrimas? Respete mi sufrimiento, se lo ruego. Y entretanto, ¿puede Vd. hacer dos copias de ese Proyecto de Expedición o Excursión a Egipto y enviárselas a mis ministros

Colbert y Le Tellier, que en estos días terribles se ocupan de los temas de gobierno? ¿O me envió el original? Tengo la cabeza perdida y ya ni sé dónde pongo los papeles, si los guardo, los pierdo, los uso, los como, los quemo o qué.

LXXXVII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

No encuentro palabras para excusarme. Debo de haber errado en la impresión que tuve y que me llevó a pensar que Vd. empezaba a reponerse de su pérdida. Nadie sabe cómo palpita el corazón ajeno. Le imploro su perdón.

En cuanto al *Consilium Aegyptiacum*, le envié la versión original, de la que no tengo copia. Pero no se preocupe. Sé de memoria mis argumentos y al transcribirlos para conocimiento de sus ministros agregaré precisiones. Será beneficioso para todos.

LXXXVIII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Querido amigo:

Para usted es fácil, pero yo, además de Ser, debo Representar, es decir, en estos momentos tengo que simular una entereza de la que íntimamente carezco porque millones de ojos se posan sobre mí. Por eso hoy más que nunca cuido la elegancia de mi atuendo y el estado de mi maquillaje, porque la apariencia es el espejo del alma.

Vea por favor que esas versiones mejoradas suyas pasen por manos de mi Teniente General de la Policía, que es el encargado de manejar el Departamento de Archivos Documentales de Versalles y quien hará las copias, de modo que si los cabezas frescas de mis dos ministros llegaran a

perder las que Vd. les enviará, nos quedaría al menos alguna prueba de vuestro esfuerzo.

LXXXIX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Procederé como Vd. me indica. Debo decirle, sin embargo, que la apariencia de su funcionario me atemoriza.

Además, hace tiempo dejó de ser visto, luego volvió a aparecer, y ahora se ha vuelto nuevamente invisible. Mantiene la conducta de un fantasma.

XC

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Leibniz, Leibniz:

No sea pajarón. Reynie es un profesional eximio en el arte de inspirar miedo y un pan de Dios en la intimidad. Pero sépalo: daría su vida por mí sin dudarlo, y yo le ordené que, de ser el caso, también la entregue por Vd. Así que considérelo, después de mi persona, como su protector designado. Mejor aún, como su mejor amigo. En cuanto a sus apariciones y desapariciones, Reynie ejerce mejor que nadie el delicioso terrorismo de la ambigüedad.

XCI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Hice las copias, y como vuestro Teniente General de la Policía no se me mostró, procedí a entregarlas a uno de sus subordinados, quien me aseguró que las haría llegar a los ministros de inmediato. De contar con una evaluación positiva por parte de éstos, me enorgullecería que Su Majestad tuviera mi *Consilium Aegyptiacum* como una ofrenda personal destinada a vuestra mayor grandeza.

XCII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Querido Leibniz:

Permítame que lo tutee en prueba de afecto. Tus palabras me conmueven. No me escribas más en ese tono tan íntimo, a la vez sensible y agradecido, porque sumo lágrimas de emoción a mis lágrimas de viudez. No hace falta que me respondas. En tu silencio hallaré tu comprensión. Nos veremos pronto, muy pronto. Como dicen los italianos: *prontissimo*. Entre paréntesis. ¿Qué piensa Vd. de ellos? Digo, de los italianos. Exuberantes, ¿no? Operísticos. Grandes farsantes. Me encantan.

XCIII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Respondo a su *(el resto, rasgado y consumido por la humedad)*

XCIV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Tal como Vd. ordenara, uno de mis subordinados de mayor confianza entregó las copias del Proyecto del filósofo alemán a los señores ministros de la Guerra y de Finanzas, quienes mantuvieron al respecto un nutrido epistolario. ¿Desea Vd. que le envíe la transcripción en su totalidad o en partes? ¿O prefiere que le resuma los puntos salientes?

XCV

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Mande que se me recorten algunos fragmentos sustanciales. Si no dicen más que las habituales idioteces, no quiero tomarme la molestia de leerlos.

Ah, me olvidaba. Ya puede regresar a Versalles. Para madame de Montespan, su exilio es el mayor de los castigos, así que nadie en su sano juicio pensará en proporcionarle la muerte. Sería para ella un alivio.

XCVI

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Ya de regreso, entrego a Su Majestad una transcripción de los trozos escogidos del epistolario mantenido por los ministros de Finanzas y de la Guerra, relativo al Proyecto de Expedición a Egipto (*Consilium Aegyptiacum*) del filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz.

Del Ministro de Finanzas Jean-Baptiste Colbert (de aquí en adelante con sus iniciales, J.-B.C.), a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra.

(…) Me asombra la ligereza con la que el señor Leibniz despacha frases

como "Si todas las vías terrestres entre África y Asia pasan por Egipto, quien por su flota sea dueño y señor del mar y posea además Egipto controlará todo el comercio entre ambos continentes", o "quien posea Egipto controlará el comercio del tercio más rico del orbe terrestre". Por supuesto, a simple vista tienen un encanto irresistible, pero son más una promesa que una realidad tangible. Nuestra flota de mar no puede competir ni con la inglesa ni con la holandesa. ¿Tiene Vd. idea del costo económico que significaría para nuestro Tesoro prepararnos como es debido para una invasión semejante? Y ni siquiera agrego los costos de ejecutarla... (…)

Del Ministro de la Guerra, François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois (de aquí en adelante con sus iniciales, F.-M.L.T, M. d L.), al Ministro de Finanzas, Jean-Baptiste Colbert

(…) Desde luego, estos alemanes creen que inventaron la pólvora (que ya conocen los chinos hace centurias), y vienen a ofrecernos lo que ya sabía Julio César hace más de mil quinientos años (…) Pero si la avaricia de Vd. no le hiciera pensar siempre en pequeño y sabotear las grandes propuestas que a la corta o a la larga derivan en grandes resultados, tendríamos una flota de mar floreciente y Egipto sería pan comido y el comercio internacional estaría en nuestras manos (…)

De J.-B.C., a F.-M.L.T, M. d L.

(…) No me gusta su tono de Vd. Además, Egipto pertenece a los turcos y por mucho que nos rasguemos las vestiduras proclamándolos mortales enemigos en la fe, son ellos quienes nos aportan el crédito necesario para solventar nuestras cuentas corrientes (…)

De F.-M.L.T, M. d L., a J.-B. C.

(…) En este punto quizá coincidamos. Su Majestad sabe tan bien como nosotros que Egipto es un boccato di cardenale. *Los turcos podrían, si quisieran, "cerrar" Egipto y paralizar el comercio oriental de portugueses, ingleses y alemanes, lo que nos beneficiaría si al mismo tiempo continuaran fluyendo hacia Francia los productos que se nos han vuelto indispensables. Pero si invadimos Egipto (lo que no sería nunca un simple paseo seguido de un desfile militar, y menos con nuestra flota marítima, a la que Vd. siempre ha desfinanciado), se cortaría para nosotros ese flujo. Y, ¿qué sería de la corte de Versalles, qué sería de los placeres de Su Majestad si le faltaran el té, el café, el chocolate, la pimienta, el tabaco en sus varias formas, la seda, la porcelana,*

el curry…? (…)

De J.-B.C. a F.-M.L.T, M. d L.

(…) Encuentro en su misiva el mismo subrepticio sonsonete de reproche, como si Vd. se permitiera suponer que mi tarea a cargo del Ministerio de Finanzas es la de contar moneditas. Vds. los hombres de armas creen que el tesoro de una Nación surge por arte de magia, y no por fuerza de trabajo, producción, acumulación y superávit de la balanza comercial (…) No me gusta su tono, reitero, pero quiero aclarar este punto: ¿acuerda conmigo en que respecto de Egipto lo mejor es dejar las cosas como están, o piensa todo lo contrario?

De F.-M.L.T, M. d L. a J.-B. C.

(…) Haga Vd. un inventario cierto de las disponibilidades financieras de Francia, entre lo que guarda el Tesoro como capital propio y lo que podríamos obtener como créditos, y yo le diré entonces si la aventura de Egipto es factible y se vuelve necesaria, o lo mejor que podemos hacer es seguir como estamos (…)

De J.-B.C., a F.-M.L.T, M. d L.

(…) En mi opinión, Su Majestad adoraría que ocupáramos Egipto impidiendo la circulación de las mercancías holandesa por el Mediterráneo, y obligando así a nuestro principal rival comercial a circunnavegar África entera, lo que demoraría sus entregas y encarecería su comercio. Así tendríamos una enorme ventaja. Pero conociendo tanto nuestras actuales limitaciones como nuestras capacidades habría que pensar también la relación costo-beneficio a corto, mediano y largo plazo. Después de todo, una invasión es una inversión. ¿A Vd. qué le parece?

De F.-M.L.T, M. d L., a J.-B. C.

¿Y a Vd.? ¿Cree que el origen alemán de la propuesta es indiferente, neutro, indistinto, o que esconde un propósito oculto?

De J.-B.C. a F.-M.L.T, M. d L.

(…) ¿Por qué me lo pregunta a mí? El Ministro de la Guerra es Vd. Quizá habría que consultar al Ministro de Relaciones Exteriores al respecto. Después de todo, su tío, el teólogo Arnauld, es amigo del señor Leibniz.

De F.-M.L.T, M. d L. a J.-B. C.

(…) En mi opinión, la propuesta de Leopoldo I es como una enfermedad venérea. La figura de un placer efímero, que en su momento uno estima irresistible, acarrea una desgracia permanente. Naturalmente, el Rey tiene la última palabra (…)

XCVII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Leí salteado los recortes que me envío. ¿Vd. qué piensa? Su respuesta no lo compromete.

XCVIII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Si Su Majestad tomara una decisión favorable a la propuesta del filósofo alemán y decidiera ocupar Egipto… no puedo imaginar mayor honor que el de servirle de coraza y dar la vida por Vd. en aquellas arenas.

XCIX

Diario de Wilhelm Gottfried Leibniz

Un nuevo encuentro con Luis XIV.

—Bienvenido a mi barcarola, Leibniz. No crea que este servicio frugal indica que estoy a dieta o que ahorro para dar ejemplo de economía. Es una muestra indirecta de que sigo de duelo y que prácticamente no me pasa bocado por la garganta —me dijo el Rey y señaló la mesa rústica

sobre la que había dispuestas ollas repletas de sopas de distinto espesor, color, aroma y consistencia, así como fuentes con pasteles de pollo, pavo, pato, jabalí y venado.

Estábamos a bordo de una embarcación de pequeño porte pero que imitaba las formas de las de gran calado, lo que la tornaba una especie de copia expandida de una nave de juguete. Anclada en el extremo sur del Gran Canal, se agitaba apenas con una brisa amable.

El Rey siguió:

—Me apresuré a ordenar este tentempié porque quiero calmar su ansiedad de una buena vez por todas tratando de tratar el asunto que me lo trajo a Versalles. Así que mandé alistar esta *carabela sottile* que me obsequió la República de Venecia y dispuse un sustento rápido, de emergencia, porque tampoco se puede pensar con el estómago vacío. ¡Venga a la mesa, querido! ¿Le gustaría probar la tortuga con arroz y verduras? Por supuesto, ya le sacaron ojos, lengua y uñas y le vaciaron la cloaca. Se puede servir cocida o cruda, la tortuga. Usted que lo sabe todo, ¿será cierto que el dibujo caprichoso de rayas y líneas sobre su caparazón fue leído por algún chino ignoto como un sistema de signos que impulsó la creación de su chino alfabeto, la primera escritura humana? No me conteste todavía. ¡Ya hablaremos de China! Y si la carne del quelonio le resulta grasienta, pase a las sardinas, las ostras y el salmón. Voy a hacerle una confidencia, voy a revelarle una debilidad, y espero que tras escucharla me quiera aún más o empiece a quererme un poco. Nadie está tan solo y nadie necesita más afecto que yo. Me duele el alma al confesarlo. No lo escriba en mis *Memorias*, que desde ya le encargo. Ni tampoco en su *Diario*, ¿o se creyó que yo no sabía que usted…? Tampoco creo que usted no supiera que yo sé… Así que convengámoslo: usted sólo quiere escribir sobre mí. Y ahora la confidencia: ostras consumo poco, porque cuando separo las valvas y me enfrento a los pliegues y repliegues húmedos, me viene a la mente el recuerdo de los momentos íntimos. Dígame una cosa, Leibniz: ¿todavía se le para? ¿Sí, no, no sabe, ya no se acuerda o ya no se la ve, después de todo este tiempo que morfó a lo bestia en Versalles y crio esa panza de chancho rengo? Mejor no conteste: la sexualidad ajena siempre me pareció penosa y mejor no hablar de la mía. ¡Ríase, querido! ¡Era un chiste, una pequeña broma para hacerlo sentirse más próximo, igual a mí en la común desgracia! Al acto en cuestión mi difunta esposa le llamaba “follar”. Desdichadamente, ese íntimo infinitivo me traía a la mente la palabra “follaje”, palabra que a su

vez me recordaba lo peluda que ahí era María Teresa. Odié su absurda resistencia a depilarse, hábito femenino que nuestros cruzados cristianos descubrieron en los harenes orientales y que a partir de entonces se volvió condición *sine qua non* para paladares refinados como el mío. Así que todo derivó en una perpetua postergación de nuestros encuentros. Volviendo a las ostras, entonces, ¿quiere servirse un par, abrirlas, echarles un chorrito de limón, admirar sus retorcimientos cuando el ácido cítrico las quema, verlas vivas y consumiéndose en ardores, y precipitarse entonces sobre ellas y lengüetearlas, lametearlas, absorber como un babuino baboso la gelatina trémula? ¿No? ¿Seguro que no? ¿Le da asquito? ¿Es remilgado? ¡Leibniz es remilgado! Mire: clausure por un segundo esas burbujas de saliva con las que se entretiene su mente, o mejor aun aplíquelas a disolver entre dientes, paladar y lengua este carnero aderezado con pimienta negra, ajo y especias silvestres, toquecitos de tomillo, espliego y cilantro o perejil. Especias. Oriente. Tráfico comercial. Comida es cultura. Exotismo es… Yo qué sé. Ya lo ve: voy entrando lentamente en tema… Lo admito: tengo alguna opinión sobre su *Consilium Aegyptiacum*. Mi decisión es inminente. Incluso, previendo que tal vez sea favorable a su Proyecto, mandé a preparar mi atuendo de conquistador. Mucho lino plisado, coturnos, laureles y petos broncíneos, todo al estilo del viejo Imperio Romano… Pero antes debo hacer un comentario preliminar que incluye una exposición general…

—¿No podría Su Majestad abordarlo directamente?

—Paso a paso. Empezaremos por la exposición. Luego esbozaré alguna que otra pregunta retórica y soltaré yo mismo la condigna respuesta. Así que comienzo. Exposición. Dos puntos: todo mi esfuerzo debe ser entendido en términos de una reformulación radical de la experiencia mística, que siempre estuvo a cargo de santos, locos y posesos, estilitas, epilépticos, chiflados y payasos que pretendían acceder a lo inefable a través de la supresión del lenguaje y la anulación del pensamiento. Pero si nos retiramos del relato (y aquí pasamos ya a la pregunta retórica), si no representamos verbalmente la belleza de lo Eterno y establecemos relaciones y comparaciones, ¿cómo se comunica esa experiencia? Por eso yo tengo asegurado mi lugar en la historia. No me mire con esa cara de mamerto. Míreme y admíreme. ¿Qué hice que me vuelve más importante, más trascendente, más genial que, digamos, San Pablo, Atila, Ignacio de Loyola o Alejandro Magno? Que logré lo que otros quisieron y nadie pudo antes de mí. Yo, Rey de Francia, en mi palacio ofrezco tanto la

comprensión como la visión instantánea de ese Absoluto, porque todo el que entra aquí se queda con la boca abierta. ¿No es así? Al menos así lo creo. ¿Está de acuerdo conmigo? En mi opinión, Versalles es la obra de mi vida, una visión de los abismos simétricos y de los desbordes del cielo, un monumento a la gloria del Señor. ¿O es una grasada, un mamarracho imperdonable? ¿A usted qué le parece, Leibniz? Calla y no sé qué otorga con su silencio, así que mejor escuche lo que voy a decirle. Pero antes, antes de pasar a nuestro punto, y ya que no probó las piezas de resistencia, ¿preferiría tal vez alguna tortita barnizada de crema chantilly, alguna conserva confitada, alguna frutita escarchada de hielo y acompañada de un burbujeante y ligero champán?

—No, gracias, Su Majestad. Estoy inapetente.

—Usted se lo pierde. ¿Le da miedo comer acunado por las olas y luego marearse, descomponerse, vomitar? No se preocupe. Si se le revuelven las tripas lance con confianza, pero antes saque la cabeza fuera de la borda. Los pececitos agradecerán el regalo. Pero ¿qué va a lanzar usted si no comió un carajo? Igual me alegra verlo. ¿De Egipto quería hablar?

—Su Majestad… Reynie me dijo que usted mismo le dijo que conversaríamos acerca de mi propuesta.

—Ah, cierto. El *Consilium Aegyptiacum*… Qué cabeza la mía. Pero sí. Creo que éste será nuestro encuentro decisivo. Ah, el viento comienza a soplar y ya se hinchan las velas. Mire, Leibniz. Egipto o no Egipto, todas las arenas son iguales. Quien vio un solo grano vio el Universo arenoso entero. Vamos a lo importante: quiero que sea usted mi Virgilio. Ayúdeme a atravesar el infierno de un olvido hipotético, inscriba su nombre en el mármol de la posteridad narrando mi gesta tal como se debe hacer: favorablemente. Y si no le da ganas de encarar mis *Memorias*, si le molesta anotar "yo" donde debiera poner "Él", entonces escriba mi *Biografía*. Autorizada y prologada por mí. Quiero que conste: yo, Dante; usted, Virgilio; Versalles, mi Beatrice. Más aún, Versalles es mi Paraíso, la maqueta de un sueño: mi propósito es fundar un imperio que dure mil años y que ilumine con el resplandor de la civilización. Y en ese sentido, su presencia se ha vuelto decisiva. Usted redactó un Proyecto de Expedición que se ajusta como anillo de diamantes a mi dedo índice.

—Entonces Su Majestad está dispuesto a llevarlo a cabo… —dije—. Justo cuando estaba empezando a desesperar de la posibilidad…

—Si recién ahora está empezando a desesperar, eso significa que su desesperación no llegó aun a su punto de sazón, y no sería bueno para

usted que abandonara mi país sin conocer la desesperación más completa. Por otra parte, debo decirlo con todas las letras, me molesta que no haya probado mi comida. Eso no es mi idea de un verdadero convivio, de un acuerdo sincero sobre cualquier término. Y como nuestra carabela acaba de llegar al término de esta navegación, me permito anunciarle que, por hoy, nuestro encuentro ha finalizado.

C

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Wilhelm Gottfried Leibniz, filósofo

Estimado señor:

No tiene Vd. la menor idea del disgusto que le causó a Su Majestad negándose a probar las viandas que había ordenado para el encuentro. Lamento que no haya comprendido que en nuestra corte la alimentación es un asunto serio.

CI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

Nada me hubiera gustado más que complacer a Su Majestad, pero una fuerte indisposición me cerró el estómago impidiéndome estar a la altura del ágape. Ruego le transmita mi pesar y mi pedido de disculpas a Su Majestad, y al mismo tiempo espero que ese momentáneo malestar no ponga en riesgo la ejecución de mi *Consilium Aegyptiacum*. En su condición de Ministro de Relaciones Exteriores, es Vd. quien mejor comprende las posibles consecuencias. No me sorprendería que el Imperio Turco tomara la inacción francesa como una autorización implícita para continuar con su política expansiva. Porque las huestes de Mehmed IV no detienen su marcha. Ya controlan una vasta parte del sureste europeo, el Medio Oriente y el norte de África, y hacen sentir su fuerza amenazando el Sultanato de Marruecos al oeste, mirando con apetito Persia y el norte de Rusia al este, se han devorado Hungría y se preparan para ocupar

Polonia-Lituania, además de tener ya por Estados vasallos a Moldavia, Transilvania, Valaquia y Crimea. Tomarles Egipto, más allá de toda consideración de conveniencia geopolítica y comercial francesa (muy contemplada en mi Proyecto), indicaría la voluntad del principal reino europeo de poner un freno a esa gula.

Imagino que a un Rey cristiano como Su Majestad Luis XIV lo afectarán menos mis trastornos estomacales que la imagen de la media luna ondeando sobre las cúpulas de las iglesias y templos y palacios de *todo* Occidente…

CII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

Su incomprensión me asombra. Existe una relación *intrínseca* entre un almuerzo desperdiciado con Su Majestad y su Proyecto de Expedición a Egipto, así como la hay entre nuestros consumos y el destino del planeta. Paso a explicarle. Nuestro fasto, nuestro lujo, nuestros aparentes excesos, derroches y artificios no son una frivolidad; responden a un principio básico de la economía y de las relaciones exteriores.

Nadie en esta corte ignora que, de ser llevada a cabo, la ocupación de Egipto abarataría la adquisición de materias indispensables para nuestro paladar y favorecería la rápida circulación de nuestros bienes exportables. Al apropiarnos de los productos primarios de países menos desarrollados, consumimos lo que necesitamos y el resto lo transformamos en bienes elaborados, es decir, en cultura, en goce sensible, y eso despierta la admiración del conjunto de los países, que toman nuestra civilización como modelo y a nuestro Rey como su centro. Y, ¿cuál es el centro del centro, el núcleo mismo de esa civilización que Su Majestad representa? El ágape versallesco.

Comiendo de todos los manjares que le sirven, Luis XIV se exhibe ante el mundo al tiempo que lo prueba. Cada bocado es una degustación del planeta. Y Vd., al rechazar por un pretexto nimio la que Su Majestad le ofrecía, rechazó la voluntad del monarca y tal vez haya aniquilado su Proyecto de Expedición de Egipto.

Quien no come de la mano de Luis XIV está contra Luis XIV. ¿Lo

entendió ahora?

No obstante, haré lo posible para que Su Majestad acepte sus excusas. Pero le aconsejo que para próximos encuentros, si los hubiera, ingiera un emético de acción rápida, que le deje el estómago libre para ingerir todos y cada uno de los manjares que Él ponga ante sus ojos. Sugiero la *Psychotria ipecacuana*.

CIII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

¡Mi querido…!

Aprecio su pudor, su deseo de no incomodarme con la mención de su percance… ¡Me lo hubiera dicho y le hacíamos un caldito de verduras y un escurrido de carne…! Y yo lo habría acompañado en su dieta, lo frugal me tienta muchísimo: huele a abandono paulatino de las tentaciones, a santidad… Un día de éstos me pongo un sayo viejo, salgo a pie de Versalles y me pierdo por los caminos y que esta manga de parásitos se las arreglen solos. ¿En serio sufre diarreas ornadas de lágrimas de sangre y guedejas de pus? Qué espanto, pobre hombre… ¿Es cierto que esas deposiciones líquidas son acompañadas de cólicos abdominales y puntadas en el recto y que aun cuando haya evacuado hasta el alma padece retorcijones que lo arrojan al piso de dolor? ¡Lo pondremos en manos de mi cirujano! ¡Charles-François Félix de Tassy hace milagros! No diga que no. Quizá tenga Vd. un tumor canceroso o algo peor, así que olvídese de los baños de asiento o de las inyecciones de aguas de Bareges y vamos directo al bisturí curvado.

Y ahora, yendo al tema de su inquietud… Apenas me saque de encima algunos asuntos urgentes… En los próximos días o semanas… Egipto. Se lo juro. No pienso en otra cosa. Egipto.

CIV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de

Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Tal como Su Majestad previera, nuestro filósofo reaccionó enviando una carta urgente al Emperador Leopoldo I por los medios acostumbrados. Retuvimos esta carta lo suficiente para copiarla, y luego dejamos continuar su viaje al emisario, convenientemente gratificado con algunas monedas de oro. Entrego la copia completa a Su Majestad.

De Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria.

Su Alteza:

Temo que la misión con la que me ha honrado corre riesgo de convertirse en uno de los más grandes fracasos políticos de la historia de Occidente, o, peor aún, de diferirse ad eternum. *El Rey de Francia no parece tomar el* Consilium Aegyptiacum *con la urgencia que el asunto merece y, sumado a esto, se propone someterme a una intervención médica que de realizarse pondría en grave riesgo mi salud o directamente me suprimiría en cuerpo y alma.*

Entretanto, espero una comunicación de Su Alteza. No sabría cómo tomar vuestro silencio, salvo como una señal de que la falta de progreso en las negociaciones (ni siquiera pude empezarlas) indicaría lo inútil de persistir, en cuyo caso yo emprendería el regreso y podría dedicarme por fin a mi tarea interrumpida: la redacción de la Historia Política, Genealógica y Cultural de la Casa de Braunschweig-Lüneburg.

CV

De Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie

Señor Teniente General de la Policía:

En cuanto a la carta de Leibniz a Leopoldo I, ¡qué divertido! El pobre hombre empieza a caerme simpático: aquí en Versalles está más perdido que un anacoreta en un prostíbulo. Ofrezcámosle un aliciente, la

tentadora zanahoria que apura a la mula: dígale al Marqués de Pomponne que organice un nuevo encuentro y disponga que preparen un almuerzo de lo más insípido y aguachento.

CVI

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

La gestión realizada ante Su Majestad fue exitosa. El Rey escuchó con lágrimas en los ojos el detalle de los martirios que le estaría infligiendo la colitis ulcerosa ("¡Pobre y querido Leibniz!", exclamó) y me exhortó a encontrar un resquicio en el tiempo que favorezca la posibilidad de mantener una nueva reunión. ¡Congratulaciones!

Por el bien de su causa y adelantándome a los acontecimientos, le ruego que en el transcurso de ese encuentro agradezca vivamente a Su Majestad el honor que le hace al prestarle a su cirujano. Llegado el caso de verse obligado a enfrentar el bisturí, pídale a Charles-François Félix de Tassy que aproveche la ocasión para operarle también las hemorroides, divertículos, obstrucciones intestinales, estreñimientos, taponamientos o cualquier otro pequeño mal de trasero que padezca, producto de tantas horas de estar sentado y a la espera.

Me adelanto a su previsible objeción de que no puede alegar lo que ya no sufre ni someterse a una operación de lo que ya no lo enferma, si es que entre una misiva y otra se ha curado; sostendrá Vd. que se niega a todo tratamiento para resolver afecciones pasadas y que no es Vd. un actor dispuesto a representar padecimientos imaginarios, sino un filósofo, es decir, alguien que postula una relación de estricta concordancia entre la palabra y la verdad…

Si tales cosas o semejantes quisiera Vd. alegar, lamento tener que avisarle, por si no lo hubiese advertido, que en esta corte la verdad no existe y si existiera no la tomaríamos en cuenta. Aún más: nuestras mejores realizaciones son obra de una ficción sostenida en el tiempo, y bravamente. ¡Lo que Luis XIV espera es olvidar durante un rato sus asuntos de gobierno! Invéntele una novela pastoril, háblele de átomos metafísicos a priori o de vaginas parlantes, lo que primero se le ocurra, y siempre que sirva para distraer a Su Majestad.

CVII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

Dudo mucho de que arrojarme a cualquier extremo de peligro físico o de doblez moral me conduzca a los resultados que busco. Por lo tanto, me resisto a seguir su consejo y me niego a ser intervenido quirúrgicamente.

CVIII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

Dejemos de lado las artes médicas de nuestro cirujano, que en estos momentos está tomando sus baños anuales de asiento en las aguas termales de los Pirineos, y que demorará lo suficiente para que Su Majestad olvide sus dolencias y considere todo el asunto bajo la siguiente perspectiva: Vd., que concibió una teoría que sostiene que el Universo está constituido por mónadas, es decir, por sustancias simples y sin partes, que no tienen extensión ni figura, que son indivisibles, autárquicas, cualitativamente únicas y cambiantes, individuales y sin ventanas ni contactos entre unas y otras, pero que al mismo tiempo componen las series de posibilidades de que se sirve Dios (la Gran Mónada) para armar su creación… Vd., que concibió una teoría tan excitante como disparatada, ¿no es capaz ahora de argüir o simular cualquier cosa, ya sea enfermedad repentina o curación milagrosa, que es por otra parte lo que Su Majestad espera de Vd.? Como ya le he dicho, al respecto es libre: haga lo que sea con tal de que el Rey se entretenga.

Si lo consigue se volverá más grato a sus ojos y tal vez logre su propósito. El éxito de su *Consilium Aegyptiacum*.

Confío en Vd.

CIX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

Tiene Vd. toda la razón. Pido disculpas por mi necia obstinación. ¿Cuándo se verificaría entonces mi próximo encuentro con Su Majestad?

CX

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimadísimo:

En la inteligencia de que debemos aprovechar el tiempo, empleo este medio para adelantarle los temas de nuestra próxima cita.

Hablaremos de alta política: política a escala continental.

Bloques.

Alianzas.

Acuerdos.

Intrigas.

Traiciones.

Nos ocuparemos del destino de los imperios.

Preso de su deliciosa ingenuidad, que lo vuelve más fresco que un lirio del valle, Vd. cree que para la concreción del Proyecto de Expedición a Egipto alcanza con que yo acepte su propuesta. ¡Ojalá todo dependiera de mi voluntad! Pero existen más cosas entre el cielo de Versalles y esta tierra de porquería que las que comprende su filosofía, Leibniz. Así que le aconsejo: una vez recibida esta carta, léala y reléala atentamente pues me propongo impartirle la primera lección práctica sobre el mundo que Vd. pretende conocer e interpretar y del que todo lo ignora.

La geopolítica, querido Leibniz, es el telar sobre el que se trama el destino de las naciones. Para que se haga una idea de la complejidad del asunto: hace un par de semanas mi Ministro de la Guerra, el Marqués de Louvois, interceptó una carta que me envió Mehmed IV, Sultán del

Sublime Imperio Otomano, Califa y Guardián de los Santos Lugares, redactada por su Gran Visir Köprülü Mehmed Paşa. Por supuesto, yo ya conocía el contenido (tengo mis agentes en Bizancio-Constantinopla), pero dejé que Louvois me diera la primicia. En definitiva, Mehmed IV se quejaba por la calidad y cantidad de mis últimos obsequios. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Su antecesor, Ibrahim I, tenía una pasión mórbida por las gordas, cuanto más gordas mejor. Ibrahim I pensaba que una mujer gorda es una mujer sabia y, ¿qué es lo que necesita un gobernante? Sensatez, sentimientos y sabiduría. Por lo tanto las empleaba también como asesoras en los asuntos de Estado. Conociendo su afición, me acostumbré a enviarle tantas gordas como fuera posible y me ocupaba de instruirlas para que lo condujeran en la dirección que yo quería. Pero como Vd. sabrá, Ibrahim I murió, es decir, fue asesinado y lo sucedió Mehmed IV, quien tiene sus propias opiniones acerca de todo. Y aquí retornamos al tema de Egipto y a la carta de Mehmed IV.

La carta era ofensiva, no por los términos que empleaba, muy en el estilo de la retórica oriental, sino porque parecía creer que podía tomarme por idiota, tratando de convencerme de que mi primo Leopoldo I es la mano oculta tras el crimen de mi queridísima María Teresa. Naturalmente, en mi condición de viudo reciente yo podría haberme dejado llevar por mis emociones y dar fe a esa acusación, pero sé perfectamente que Ibrahim I Mehmed IV busca que me alíe con él y que juntos invadamos y aplastemos al Sacro Imperio Romano Germánico y nos repartamos sus territorios.

Lo curioso es que a los pocos días me llegó otra carta, ésta escrita por Leopoldo I, advirtiéndome que mi ex cuñado, el infradotado de Carlos II, me cree responsable de la muerte de su hermana y que está dispuesto a vengarla enfrentándome en el campo de batalla, en cuyo caso yo debería desafectar parte de mis tropas alineadas en la frontera con Alemania y dirigirlas hacia España, lo que beneficiaría de inmediato a tu mandante Leopoldo I, que podría trasladar a sus propias tropas de la frontera oriental a la frontera sur y así enfrentaría a las tropas de Mehmed IV, venciéndolos o poniéndoles algún freno, algo que yo celebraría en mi condición de cristiano pero lamentaría en términos comerciales, ya que siempre hice buenos negocios con los hermanos turcos. Pero aunque a Carlos II lo llaman El Hechizado, y no precisamente a causa de su inteligencia y su apostura, no creo que sea *tan* bobo como para amenazarme por ese motivo de orden familiar. Por otra parte, María

Teresa siempre lo despreció y se refería a él como “ese idiota con cara de trapo sucio mal escurrido”.

Resumiendo: estoy casi seguro de que fue Leopoldo I el autor intelectual del crimen. Sería la alternativa sencilla, la que Dios contempla como uno de sus interminables posibles (pero aún no realizados) desde el comienzo del Universo: que, después de forzar mi viudez, su Emperador lo haya enviado a Vd. para distraerme de mi dolor con la propuesta de ocupar Egipto. Claro que hay una línea de tiempo que no cierra, porque, para que esa intención de distracción o consuelo fuera oportuna, él tendría que haber mandado asesinar a María Teresa *antes* de que Vd. arribara a Versalles. Y lo cierto es que Vd. llegó cuando mi esposa aún estaba viva y que ella murió *después* de que Vd. se alojara en palacio. ¿Convierte ese dato a Leopoldo I en candidato a criminal e incluso a Vd. en sospechoso de agente material de ese crimen? Vd. que lo sabe todo, ¿sabe también de venenos? ¿Es capaz la filosofía de manchar sus manos de sangre? ¿Juega Leopoldo I a dos puntas, esperando que ataque a Egipto y me enemiste con los turcos o que ataque a España y en respuesta enfrente la reacción de toda Europa? También es factible que el propio Mehmed IV tenga participación en el asunto, porque a río revuelto ganancia de pescadores orientales. Como ya le dije, si Mehmed IV lograra persuadirme de la culpabilidad de Leopoldo I, más tarde o más temprano debería aliarme a él. Sumadas nuestras fuerzas, barreríamos de un plumazo al ejército germánico y en un santiamén el turco y yo estaríamos juntándonos en una cafetería vienesa mientras contemplamos ociosamente el curso del Danubio y pensamos quién dará el próximo paso y traicionará a su vecino de mesa.

Y ahora dejemos el pretexto de María Teresa (su muerte, como vimos, sirve a todos de muy distinta manera), y vamos a la segunda parte del asunto. Al *punctum*.

Doy por hecho que Vd. ha empezado, no diría a conocerme (eso es del todo imposible) sino, al menos, a intuirme. Así que ya habrá comenzado a sospechar la verdad, ¿no? Vd. me acerca el Proyecto, la propuesta del *Consilium Aegiptyacum*, pero ¿de quién es la idea? Dígalo, Leibniz.

¿Del lelo, fatuo, pasmado de Leopoldo I? No.

¿Suya de Vd.? Tampoco.

Suelte ese nombre: el mío.

Reconózcalo.

En este momento lo imagino bufando, tirando papeles por el aire,

pateando las vasijas repletas de sus micciones que las distraídas de mis criadas (a las que Vd. nunca les presta atención) olvidaron vaciar. No convierta sus aposentos en un chiquero. Cálmese y lea. Lea y subraye lo que escribo, así aprende su tarea para cuando deba trasladar mis conceptos al papel. Anótelo todo. *Frases Célebres de un Monarca Absoluto*. Buen título. Acéptelo, Leibniz. Está trabajando para la Gran Historia, gracias a mí se está abriendo a la contemplación del Panorama Universal. No sólo la idea de invadir Egipto es mía (creo habérselo mencionado), también lo es la de traerlo a mi presencia. Vd. vino para sostener una mascarada, que parezca que el *Consilium Aegyptiacum* nació en el mismísimo corazón del Sacro Imperio Romano Germánico, heredero natural de Grecia y enemigo perpetuo del Imperio Turco, que se quedó con la sangre en el ojo desde que perdió Troya a manos aqueas, de esto hace una punta de años.

Ahora bien: Le estoy presentando los antecedentes del caso. Tenemos que repasarlo todo, ver su progresión cronológica y especular acerca de cuáles serían las consecuencias posibles de esta serie de hechos que recién ahora Vd. está conociendo. Vamos por partes.

Primero (*Primis*): La idea de ocupar Egipto es mía.

Segundo (*Secundi*): A Leopoldo I le encantó cuando se la comuniqué, y también le pareció fabuloso cuando propuse su nombre para redactar los conceptos y acercármelos en forma de Proyecto. Esto es lo que le escribí, textual: “Leibniz lo redactará con el mejor de los estilos: lleno de hermosos deseos, desbordante de floreos emotivos y afirmaciones acerca del bien, la conciliación universal y la composibilidad del espíritu humano. Las causas nobles son impracticables pero inclinan el ánimo en favor de los lectores”.

Tercero (*Tertia*): Una vez que mis ministros Louvois y Colbert recibieron cada uno sus copias actualizadas del Proyecto, me ocupé de que a Ibrahim I, quiero decir Mehmed IV, le llegara la suya (aunque hubiese querido evitarlo, habría sido imposible. Versalles es una romería de espías y Mehmed IV financia generosamente a buena parte de mis funcionarios y cortesanos). Por supuesto, me cuidé de que supiera el verdadero origen del texto tanto como de mearme en la cama.

Cuarto (*Quarter*): Imagino que, una vez leído el Proyecto, los asesores del pobre Mehmed IV estarán instándolo a desencadenar una nueva versión de la sempiterna guerra por la supremacía entre Oriente y Occidente. Me solazo anticipando el furor del turco, sus tironeos de

turbante, la decapitación a cimitarra de algún Ministro. Todo muy predecible.

Quinto (*Quintus*): Si el asunto sale bien y me quedo con Egipto, Francia se expande. Si sale mal, ahí está su firma de Vd. y su condición de súbdito alemán; entonces le escribiré una bonita misiva a Mehmed IV, muy compungido y lleno de zalemas, lamentando haber sido engañado por mi perverso primo y echándole la culpa del desbarajuste, y que Leopoldo I se las arregle con las tropas del Sublime Imperio Otomano. Se desangrarán entre ambos y triunfaré yo, como siempre, sin mover un dedo.

Éste es el panorama. Y toda decisión, aun la inacción, tendrá consecuencias. La pregunta de siempre, la pregunta del poder, es: ¿qué hacer?

En cuanto a Vd., querido filósofo: su vida misma depende de que guarde completo silencio respecto de lo que le estoy contando. ¿Le parece cruel o brillante?

Ahora bien. Dicho todo esto… No crea que no me tienta Egipto. Sol. Arena. Río. Papiros. Mujeres. Cocodrilos. Pirámides. Un viaje de aventuras. A veces pienso en Alejandro… Alejandro Magno… Mi lejano ancestro Alejandro… Él incursionó en Persia y al llegar a Babilonia ya parecía un sátrapa local. Dormía con su espada y un ejemplar de la *Ilíada* bajo la almohada, sin saber que se iba volviendo relato en la voz de los narradores de los bazares, materia de otra civilización. ¡Qué era, qué fue, qué es entonces Alejandro? ¿Un conquistador griego o un personaje de la literatura oriental? Con literatura oriental me refiero a un libro llamado *Las mil noches y una noche*. Hay un solo ejemplar en Francia y ese ejemplar obra en mi poder, faltaba más. En realidad no es un ejemplar sino una serie de tomos. Interminables como mi reinado. Llenos de sexo, intrigas, romances, aventuras, magia y fantasía. Como Versalles. Algún día mandaré que lo traduzcan al francés. Quizá Vd. mismo lo haga. ¡Si tanto le gustan los idiomas que hasta sabe chino o sabe de China lo que mintió Marco Polo! El libro me lo envió el propio Ibrahim I antes de que lo asesinaran. Típicas y aburridas intrigas sucesorias. Al pobre hombre le cortaron los fundamentos y se los metieron en la boca, de la que primero arrancaron la lengua, que alimentó a los perros. Los ojos fueron dispuestos en dirección a la Meca… En fin. Fue el difunto Ibrahim I quien me obsequió *Las mil noches y una noche* y al envío le agregó unas cuantas esclavas que se turnan para leerme esas páginas escritas en farsi durante

mis noches de insomnio. Son tantas las historias que no sé si llegaré a conocer el desenlace de la principal. Me entristezco de sólo pensar que tal vez nunca me entere si la protagonista muere o se casa o se desvanece como una diosa lunar en el cielo de la mañana… Ella. Scheherazade, Sheihrazade, Sherezade, Sherazade, Shahrazadas, Shahrazad… Cómo me calienta esa mujer hecha de palabras que se engarzan unas con otras, el lazo de seda que nos roza y nos envuelve y nos va ahorcando de placer… Los días se me vuelven intolerables en la espera del momento de llegar a la cama y escuchar un nuevo relato. Egipto, Persia, Arabia, el Indostán… Mi problema es que cuanto más fascinante la historia, más ganas de dormir me da. Así que ahora tenga Vd. buenas noches y felices sueños orientales, querido amigo.

CXI

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

François:

Tengo entendido que Köprülü Mehmed Paşa me envió una carta repleta de insolencias. ¿Qué pide ese gusano retorcido, ese enano negruzco, rengo, tuerto, puto, castrado y mal parido? ¿O fue el propio Mehmed IV? No sé ni me importa. Quien debiera ocuparse de estos asuntos es el Marqués de Pomponne. ¿Para qué tenemos Ministro de Relaciones Exteriores? Pero no. Es un inútil completo, como todos Vds. No entiende lo que lee, no piensa lo que dice y opina acerca de lo que no sabe. Mándesela mejor a Colbert y que me diga si lo que quiere el turco es rasguñar alguna moneda de nuestras arcas. ¿O somos nosotros los que solicitamos auxilio financiero? En todo caso, si la situación de nuestro tesoro tocara fondo, se nos cerraran los créditos y las exigencias turcas resultaran inadmisibles, tal vez convendría más ocupar Egipto que invadir Alemania. Sería un buen modo de resolver el problema de nuestra deuda externa. No sé, estoy pensando en voz alta mientras le escribo.

CXII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois,

Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Estimado Señor Ministro:

Su Majestad me ordena que le entregue una copia de esta correspondencia, en la seguridad de que Vd. dará la respuesta adecuada.

De Mehmed IV, Sultán del Sublime Imperio Otomano, Califa y Guardián de los Santos Lugares, hijo de Mahoma; hermano del Sol y de la Luna; nieto y virrey de Dios; gobernante de los reinos de Macedonia, Babilonia, Jerusalén, Alto y Bajo Egipto; emperador de emperadores; soberano de soberanos; extraordinario caballero, nunca derrotado; firme guardián de la tumba de Jesucristo; fideicomisario elegido por Dios mismo; esperanza y consuelo de musulmanes; cofundador y defensor del cristianismo, a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona.

Querido Luis:

Deseo que al recibo de la presente carta te encuentres bien de salud; que tengas una vida próspera y feliz y alcances todo lo que buscas hasta que llegue la separadora de los amigos, la destructora de palacios y constructora de tumbas, la inexorable e inevitable muerte.

Como sabes, tengo los oídos limpios de cerumen y los pabellones de las orejas bien abiertos, y me llegan rumores acerca de los dobles y triples juegos de intriga con los que te entretienes. Mis estrategas aseguran que el Emperador alemán y tú acordaron eliminar a María Teresa de Austria, a la sazón tu esposa, para provocar la reacción de Carlos II y con ese pretexto invadir España y luego pegar el salto a Marruecos y de allí ocupar el norte de África. ¿De verdad te aliaste a Leopoldo I y piensas herir de muerte el afecto que te tengo, lanzándote a la conquista de Egipto? ¿Estás dispuesto a hundir tus zapatos rojos con plataforma oculta y estropear en sus arenas tus delicadas medias de seda con filigranas? Cuidado: Occidente siempre cae en el mismo error. Los griegos creían que Oriente se limitaba a Egipto sólo porque les quedaba tan lejos que lo tenían por el fin del mundo, pero nosotros no estamos aquí sólo para que ustedes se pierdan en nuestra inmensidad. Oriente es vasto, magnífico, pero no inmóvil. Oriente es eterno pero no indefenso, y una invasión no sería un acto gratuito. Si quieres jugar al genio de la guerra, te convendría aliarte conmigo.

Que Alá te acompañe e ilumine tu camino. Que conduce a que nos juntemos como vencedores del Sacro Imperio Romano Germánico en Viena. El café a la turca lo preparo yo.

CXIII

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Imperio Otomano

Apreciadísimo colega:

A causa de su delicado estado de salud general y de su frágil situación emocional, originada por la repentina muerte de María Teresa de Austria, la Reina, Su Majestad Luis XIV delegó en mí los asuntos relativos al comercio internacional. De esa circunstancia infortunada se derivó un beneficio, porque de haber conocido Su Majestad el contenido de la destemplada misiva de vuestro Sultán, habría contestado en el mismo tono. La insolencia, provenga de donde provenga, no es buena para los negocios.

Ciertamente, su amo puede haber concebido la desatinada pretensión de dictarnos nuestra política exterior, recomendarnos alianzas e invasiones o retiradas de determinados países, pero la decisión está donde está el poder, y ¿qué duda cabe de que Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona es el monarca más poderoso del planeta? Si Su Majestad quisiese invadir Egipto o arrasar Constantinopla (y ambas posibilidades están muy lejos de sus intenciones), no requeriría de alianza alguna con Leopoldo I u otro Rey o emperador, sólo precisaría lanzar la orden.

En definitiva, tememos que el Sultán del Imperio Otomano, Califa y Guardián de los Santos Lugares y heredero directo del Profeta ha sido engañado, sorprendido en su buena fe por oscuros intereses que pretenden provocar la discordia entre nosotros. Aprovecho la ocasión para reiterar nuestro afecto e inconmovible lealtad, más firmes que las columnas de Hércules que supieron ser vigías del Mediterráneo.

CXIV

Carta de Luis XIV a Leibniz

Querido amigo:

Oscurece y nadie vino a despejar el pábilo de las velas. La luz tiembla, su resplandor ya no rebota en los caireles de cristal veneciano. Tampoco se ha presentado la esclava persa a leerme algún cuento y ahora mi única reina es el insomnio. ¿Será ésta la noche de mi asesinato? ¿Seré apuñalado por una mujer? Hay una araña que se apodera de sus víctimas mediante recursos de encantamiento; las subyuga con el roce de sus tarsos mientras las devora fluidamente. ¿Cuál es la verdadera red que nos atrapa, el insecto que absorbe los secretos de nuestra carne? Tengo miedo. Llamo y nadie atiende, grito o creo gritar, y nadie contesta. Quizá esté soñando, claro, pero entretanto mi temor aumenta y todo signo se vuelve señal de peligro.

En fin. Lo he decidido: si sobrevivo, nos veremos mañana. Tenemos temas importantes que resolver.

CXV

Carta de Luis XIV a Leibniz

Continúo: pasó una hora y nada ocurrió, así que el porcentaje de riesgo se achica. No me atrevo a salir al pasillo y he trabado todas las puertas. Quizá dure. Yo. Quizá perdure. Las sombras de la noche avanzan lentamente sobre mí y hace frío ya y mis huesos sienten lo perecedero y mudable de todo. Pero si logro sobrevivir a esta noche, se vuelve de primera necesidad que un historiador presente los hechos de mi gobierno como un cuento que encandilará con su esplendor. Así que una vez resuelto el tema de Egipto (le prometo una respuesta rápida, mañana mismo si es posible) lo contrataré para que ocupe un puesto vitalicio. Gran Escriba Real de Francia. A cargo de Godofredo Guillermo Leibniz. ¿Le gusta el título? O, si quiere, Gran Ministro del Registro Nacional. Tendrá a su cargo un montón de escribas subsidiarios compendiando la actividad del reino. Piense en la importancia y dimensión de mi encargo, compárelo con su tarea anterior. ¿Qué es contar la historia de la familia Hannover comparada con registrar la historia de la evolución de mi país y el despliegue incesante de mi gloria?

Pero si en lo inmediato la tarea se le aparece inmensa, puede empezar trazando el tablado vivo de Versalles. Ese registro será una arquitectura y

una teología, incluirá los ascensos y descensos de los cortesanos en mi consideración, examinará los estados del alma de cada integrante de la corte (tomando en cuenta mis agudas observaciones y mi conocimiento de éstos), desde los nobles más encumbrados hasta la más ínfima de las criadas (de quienes puedo brindar detalles sabrosos y escabrosos, agregando sal y pimienta a la crónica). Quién nace, quién muere, a quién se olvida. Y yo en el centro de todo. Desde mis comienzos.

Como Vd. sabe, contaba con sólo cuatro años cuando murió mi padre, Luis XIII. Podría decir que comencé a aprenderlo todo desde la cuna; mirando a través de sus barrotes contemplé esa totalidad como un espectáculo y el poder fue mi primer objeto de meditación. Y a medida que fui creciendo y concentrándolo en mis manos comprendí también que debía presentarse como intrínseco a mi ser y que tiene su fin dentro de ese mismo ser: el cuerpo místico de la Nación. Pero el cuerpo es mudable y efímero, por lo que en algún momento esa atribución debía adensarse y asumir visibilidad externa, trascender así como el caparazón o la coraza quitinosa de ciertos animales e insectos dura más que ellos y los trasciende. Por eso existe Versalles. Versalles es más que una cima de la arquitectura y una forma de gobierno. Versalles es mi cuerpo místico expandido y duradero.

El tiempo pasó. El niño creció. El proceso se ha invertido. Ya no soy yo quien contempla la totalidad a través de sus barrotes; es la totalidad la que me contempla. Y por eso debo ofrecerle el espectáculo hipnótico y completo de mi persona y de mi obra, narrado por Vd.

¿Qué le parece? ¡Qué trabajito le encargo! De su salario puede hablar con el Ministro Colbert. Es muy pijotero, así que cuando él le haga una oferta, Vd. rechácela, dígale que es un insulto y una indignidad y que no aceptará por menos del quíntuple del valor propuesto; después cierre el acuerdo por el doble de la propuesta inicial. Es lo usual en estos tratos.

Post scriptum: En ese sentido, en el sentido de lo que se ofrece y lo que se espera conseguir, déjeme que le diga que se quedó un poco corto con el tema de su *Consilium Aegyptiacum*.

Vd. hubiese debido comenzar proponiéndome la ocupación del mundo entero.

CXVI

Post post scriptum: Ahora que empecé no me queda más que seguir.

Volviendo al tema del Proyecto de Egipto y sus posibilidades… Doy por hecho que una invasión a esa provincia turca me encontraría victorioso. Pero eso es sólo el principio del asunto.

Cesada la batalla sobrevienen los intercambios de embajadores, las exploraciones de acuerdos que permitan la ganancia del triunfador y la subsistencia económica del derrotado, al menos la suficiente para que continúe pagando los tributos de guerra durante el tiempo más prolongado posible.

Ahora bien, esos acuerdos deben ser fijados en términos comprensibles para ambas partes. ¿En qué idioma, lengua o dialecto hablaría yo, por ejemplo, con el Rey del Congo si se me ocurriera invadir su país? Ni idea. Durante siglos contamos con una lengua internacional... Pero el latín está viviendo un período de declinación y ni en las misas se usa correctamente: los sacerdotes confunden el acusativo con el dativo, sean estos casos lo que sean. ¿Y el francés? No lo repita Vd. en voz alta, pero es un idioma demasiado sedoso, no es imperativo como el alemán. Por eso le encargo, con carácter de urgente, inventarme o elegirme una lengua universal como medio de desembarco a escala planetaria. Puede ser natural, artificial, orgánica, poética, de laboratorio, original, derivada, copia o mixtura de otras. La que sea: pero que todos la reconozcan como la lengua del amo.

Piense, busque, ofrézcame alternativas.

CXVII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Daría una respuesta afirmativa a todos y cada uno de vuestros pedidos si no fuese que tengo que dar precedencia a los motivos que me trajeron a Versalles. Es sabido que el problema de la lengua universal no me es ajeno, Pero ¿podría Su Majestad aceptar mi solicitud de diferir el

momento de su tratamiento?

Y permítame que agregue, además, que en relación al *Consilium Aegyptiacum*, tanto si la propuesta la ideé yo, la concibió Vd. o Leopoldo I, el asunto amerita una pronta definición. Tengo la esperanza de que, resuelto ese tema, podamos abordar los siguientes y que tanto interesan a Su Majestad.

CXVIII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

Su Majestad lo aguarda a primera hora de la tarde de mañana. Pasearán a lo largo del Gran Canal. No se demore y venga con el estómago vacío.

CXIX

Diario de Gottfried Wilhelm Leibniz

Nuevo encuentro con Luis XIV a bordo de su carabela sottile.

—¿Qué le parece, mi amigo? O nadie me asesinó, o sobreviví a un intento de magnicidio, o soy un fantasma que ignora su condición espectral. ¿Tiene usted un espejillo de mano? No es por coquetería. Si brillo, existo. Si nada me refleja fui lo que ya no soy o me convertí en un vampiro —me dijo Luis XIV apenas subí a su *carabela sottile*. La cubierta estaba despejada. Ni siquiera un refrigerio.

—Estoy viéndolo, Su Majestad; luego, usted existe en carne y hueso —contesté.

—Eso no alcanza para quien quiere existir bajo todas las formas, pero por ahora me conformo con el estado en que me hallo. Mientras mis remeros se esfuerzan, podemos admirar la simetría del paisaje. El atardecer es la mejor hora para el paseo, si no le molestan los mosquitos. Sangrado solar en el cielo, salpicado del negro de esas nubes de dípteros zumbones. Mandé criar sapos y ranas para que los cacen y apenas oscurece se suman los murciélagos. Pero no hay caso. Los mosquitos pululan, se multiplican y caen sobre los humanos en legiones de

aguijones. ¿Huele ese relente? Es el olor a pudrición de los pantanos, que se vuelve más intenso con el avance de las sombras. Ordené que los rellenaran, pero lo elemental siempre toma venganza. Cuídese. No abandone los senderos seguros durante sus paseos nocturnos: puede terminar mal. ¿Con quién camina a altas horas, mi amigo, con quién se encuentra o se extravía cuando sale de sus aposentos? Por cierto, ya lo sé, pero sería noble de su parte que me lo confesara. En Versalles la intriga es una actividad superflua porque yo me entero de todo. Así que, ¡atención cuando al amparo de la noche traza las diagonales del sinsentido para buscar o enviar un mensaje a Leopoldo I! Mire por dónde camina. ¿Le gusta el paseo, Leibniz? Los pájaros, el picoteo de los peces, la fronda en la que se ocultan mis guardias, el fervor de la naturaleza… ¿Se siente a gusto? ¿Cree que Egipto podría depararnos una intensidad tal y una sucesión de placeres semejante? Dígame la verdad, por una vez. Háblame con el corazón en la mano. Sinceramente, a nuestros años uno sólo espera un poco de tranquilidad y contemplar todo desde una distancia conveniente. Y si es sentado, mejor. Ahora… Imaginará usted que mi reciente mención de la antigua provincia del Imperio Otomano es deliberada. Dicho esto, avancemos sobre el asunto de su interés, es decir, la misión que le encargó mi primo Leopoldo I. O que le encargué yo. Egipto. Repita conmigo: Egipto. Sepárelo en sílabas conmigo: E-gip-to. Así es. Egipto: luz de su vida, fuego de sus entrañas, comienzo de todos sus disgustos y descomposturas. En cuanto a mí, si me demoré un poquito en encarar el tema es porque se trata de un asunto delicado. Mi Gran Canal parece más extenso de lo que es pero es más corto de lo que parece, así que quiero agregarle nuevos tramos hasta desembocar en el Sena. Terminaré navegando de Versalles a París y mis súbditos me saludarán desde la orilla... Incluso, con el temita de Egipto, más de una vez me pregunté para qué tomarme todas esas molestias, subir a un barco, bajar de un barco, montar un caballo, desmontar, luego subirme a un camello, bajarme del camello… más fácil sería expandir mi Gran Canal, ensancharlo y prolongarlo hasta que permita circunvalar todo el orbe, darle la vuelta en ochenta, cien días, los que la *carabela sottile* tarde en navegarlo. Y a los costados del Canal ya ancho como el Nilo se desarrollarían distintas civilizaciones. Por supuesto, Versalles continuaría siendo el centro, el *axis mundi*, punto de partida y de llegada de mi embarcación. Y ésa es sólo la primera parte de mi plan, que muy pronto le presentaré en toda su extensión y complejidad. Lo que quería avisarle

es que hoy, al final de este recorrido, nos subiremos a una barca idéntica a ésta pero dispuesta en sentido contrario porque el estúpido que trazó el Gran Canal me lo dejó angosto y la carabela no puede maniobrar en reversa ni girar sobre su eje. En fin. Soñamos a lo grande y después nos arreglamos como podemos. Siempre lo mismo, tediosamente. Me tientan con Oriente para que me distraiga de Occidente. Pero dígame una cosa, querido. Con sinceridad, ¿de qué podría servirnos a nosotros, a Francia, ponernos a ocupar Egipto? Sí, sí, sí. Por supuesto. Seríamos los amos del Mediterráneo. Podríamos desembarcar en sus costas y curiosear entre los escombros de la biblioteca que fundó mi precursor, Alejandro Magno, y que fue quemada por el inepto de Cayo Julio César. ¡Qué tipo tarado! También podríamos abrir un canal que conecte el Mediterráneo con el mar Rojo. Así achicaríamos el costo del traslado de especias y sedas y minerales preciosos, nos quedaríamos con el comercio marítimo y destruiríamos la economía holandesa. Y después vendría la ocupación de la India… Nos apropiaríamos de sus materias primas y arruinaríamos la industria textil de Inglaterra al negarnos a venderles el algodón. Se meterían las maquinarias en el ojo de la lanzadera que tiene una aguja que no entra en el reino de los cielos ni en el agujero del culo, porque pincha. En definitiva, ¿se da cuenta o no se da cuenta de que leí atentamente su *Consilium Aegyptiacum*, inspirado en mi propio pensamiento?

—Sin duda, Su Majestad…

—Así que entonces también entiende que nada querría yo más que llevar a cabo su Proyecto, es decir el mío. Pero entre el dicho y el hecho hay mucho trecho…

—No obstante…

—Dígame una cosa, Leibniz, ¿usted disfruta de interrumpirme constantemente? Así no puedo explayarme, exponer mi pensamiento… Gracias. Bueno, mire… Estuve pensando… Y estamos de acuerdo…

—¿En qué, Su Majestad?

—¡Chito la boca, charlatán! Se lo voy a decir ya mismo. Acordamos en que el Universo está compuesto de innumerables centros de energía a los que llamamos mónadas…

—En efecto…

—… Y que cada mónada representa un microcosmos individual que refleja el Universo en diversos grados de perfección y evoluciona con independencia del resto. Como cada angelito culón pintado en los techos

de mi palacio.

—Así es, Su Majestad…

—Para decir sí, no, en efecto o estoy de acuerdo, le alcanza con mover la cabeza, Leibniz. Si no va a soltar una brillantez, mejor cállese la boca y escuche. El Universo. El Universo. El Universo constituido por estas mónadas es el resultado armonioso de un plan divino. Macrocosmos y microcosmos. Nada nuevo. ¡Muy bien, Leibniz, muy bien esa inclinación de testa! Bien. Sigamos. El plan es perfecto o Dios no sería Dios. Sin embargo, los humanos no aceptamos de buen grado la existencia de las enfermedades y la muerte como partes integrantes de esa armonía porque propendemos al sueño de la suprema felicidad y de la visión beatífica, que es el conocimiento de Dios. Pero aun si existiera esa posibilidad, nunca será completa, porque Dios es infinito y no puede ser conocido por completo. ¿Estamos de acuerdo? La segunda inclinación de cabeza resultó mejor aún, lo felicito. Sigamos: como ya todo el mundo sabe, yo imité el plan de Dios a escala humana (o Dios me imitó a mí a escala sideral) con Versalles como ámbito físico y conmigo como eje y centro. Ahora bien, la pregunta, mi querido amigo, es: ¿y qué va a pasar con todo cuando yo esté muerto? Y también me pregunto: si denominamos mónadas a la estructura misma de lo existente y esas mónadas son incontables y están en continuo progreso, como las burbujas de jabón que crea un niño soplando a través de un pequeño aro de metal, el niño sopla y las burbujas van brotando como agua de manantial, como un engarce de perlas transparentes, el sol las acaricia y ellas brillan y flotan en el aire y se van desprendiendo una de otra y adornan el cielo, tal que durante unos instantes las creemos eternas, y luego, con dolor, advertimos que estallan y se disipan… Y si todo eso ocurre una y otra vez, ¿no sería posible también que encontráramos la manera de ubicar nuestras almas, hacerlas durar, darles espacio, trasladándolas de burbuja a burbuja? Dejando de lado el pequeño tema de qué haríamos con nuestros cuerpos mortales, si encontráramos la posibilidad de realizar ese traslado terminaríamos siendo vecinos de burbujas en la eternidad usted y yo. Nos la pasaríamos hablando a través de nuestras ventanas, como vecinas chismosas, sólo que nos ocuparíamos de los grandes temas. Y si no hubiera ventanas las abriríamos, nos la pasaríamos divino impulsándonos mutuamente, dando saltos ascensionales hasta convertirnos en verdaderos dioses. No me lo conteste ahora. Me doy cuenta de que expandí su conciencia hasta tocar, por primera vez, los límites del Absoluto. La urgencia de mi pregunta no

cuestiona la coherencia del sistema sino que exige una estricta aplicación de sus consecuencias. Reconozco incluso que la idea de las mónadas es suya, aunque tomada de mi modelo versallesco. Así que si usted pudo formular esa teoría también puede cumplir con su realización material. Piense, medite. El gran asunto de la filosofía fue siempre cómo aprender a morir; ahora será su opuesto: cómo vivir eternamente. Pero dejemos de lado ese tema por el momento… tanto hablamos de Egipto que nuestras conversaciones trajeron a mi memoria una fantasía que guardo desde mi más tierna infancia… Durante años soñé con la misma mujer, noche tras noche me entregaba a sus abrazos. Y ahora que quedé viudo me pregunto: "¿Podría mi amigo Leibniz, que es un alquimista experto, encargarse de regresar a la vida a la que siempre deseé y ya no existe?". No es bueno que un gran hombre esté solo, Leibniz, le pido que me consiga una compañía idónea. Esa mujer. ¿Por qué cree que deslicé en la cabezota de Leopoldo I la idea de que usted me escribiera un plan para la conquista de Egipto? ¿Para hacerle un favor a él? Mi proyecto es extraordinario, extravagante, típicamente mío. ¡Pero no, viejo y querido Leibniz! Dicho de otro modo, a su *Consilium Aegyptiacum* le faltaba una parte, la parte femenina, para cumplir con la totalidad de mis ambiciones, mi sueño de poder y de amor transfigurado en una realidad mágica, como son las verdaderas realidades cuando se abren las puertas de la percepción. La realidad es un milagro que anida en mi mente y que está en sus manos volver cierto. Entonces, ¿quién es esa mujer? ¿Lo adivina o no lo adivina? ¿Se lo digo o no se lo digo? Medítelo, Leibniz, no se trata de un enigma ni de una adivinanza, es deducción pura… Le tiro una pista, se la repito: ya no vive pero es inmortal, eterna en el alma de su pueblo egipcio…

Eso me dijo Luis XIV, prácticamente de un tirón y casi sin respirar, y luego se quedó mirándome. Lo tenía tan cerca de mí que por primera vez pude contemplar a gusto su rostro. Pálida su piel por el maquillaje blanco, algo ajada y con un círculo de colorete rojo las mejillas. Había también un par de puntos oscuros, los lunares falsos, dibujados con una especie de empaste grasoso. Pero lo que me llamó la atención fue la profundidad de su mirada. Sus pupilas eran negras, como es lo habitual, en cambio el iris estaba salpicado de unas pequeñísimas estrellas doradas que fulgían tanto que por unos instantes tuve que apartar la vista porque me pareció que estaba frente a una bestia salvaje.

—No adivina todavía. Qué pena —me dijo—. Lástima. Se nos terminó

el tiempo. Ahora necesito dormir la siesta, así que le voy a pedir que abandone cubierta. Ah, ya tiraron el ancla y ahí están armando la explanada para que usted descienda. Vaya, camine, pasee por mis jardines, respire el perfume de los rododendros y las magnolias, el aroma que exhalan los limoneros en flor o lo que coño sean. Bien. Vaya bajando. No. Espere un poquito. Párese ahí, a mitad de camino. Bien. Ahí. Como los prisioneros que tienen que caminar por el tablón hasta hundirse en el mar, empujados por los piratas. Sólo que por el módico calado del Canal, si llega a caerse lo peor que puede pasarle es que se empape un poco los calzones. Bueno, ahora sí, vaya, baje. No, espere un poquito más. Recordé algo que quería preguntarle desde el inicio de nuestro diálogo. No. Mejor hoy no. Bueno. ¿Qué está esperando? ¡Pero bájese de una buena vez, hombre, y camine! El ejercicio le va a hacer bien. Fíjese dónde pisa.

Y mientras su embarcación levaba anclas y partía, el Rey de Francia me saludó con una inclinación de cabeza y agitó en el aire un pañuelito blanco, con el que de inmediato se sonó la nariz.

CXX

Carta de Luis XIV a Leibniz

Estimado Gottfried:

Prescindo una vez más de la enumeración de mis títulos y honores; quiero tratarlo en plan de igualdad, de hombre a hombre. Llegó el momento de la verdad. En el curso del diálogo que mantuvimos hace unos días a bordo de mi carabela, cuando le pregunté si conocía los verdaderos alcances de su misión puso tal cara de *arschloch* que comprendí que no tenía ni la menor idea. Como es lógico entonces, debo asumir la tarea de desasnarlo, y le haré ese enorme favor.

¿Leopoldo I quiere que invada Egipto en busca de que turcos y franceses nos arranquemos los ojos mutuamente y luego caer sobre nosotros, agotados e inermes? Pues bien. Transmítale que sé de sus intenciones y que me cuidaré mucho de satisfacerlas. Pero eso no significa que yo ignore la conveniencia de acceder a la dorada llave de Oriente.

Lo haré a mi manera. No se ponga nervioso. Lea con atención. Conquistaremos Egipto. Así: a partir de ahora, Vd., Gottfried Wilhelm Leibniz, será mi mano derecha, el ejecutor mágico de mi plan. Lo designo

Taumaturgo y Alquimista Oficial: dedicará sus días y sus noches a resucitar a Cleopatra.

¿Le parece extraño? ¿Le sorprende el nombre de la elegida?

Anímese, muchacho, ¿concibe Vd. un desafío mayor? Si hasta Dios contempla nuestra charla y piensa: "¡Qué buena idea la de Luis XIV! ¿Cómo no se me ocurrió a mí?".

Por supuesto, no hace falta que sea justo el cuerpo de la última gobernante de la dinastía ptolemaica, Cleopatra VII Thea Filopátor; no tengo la menor gana de acostarme con una momia milenaria en trance de resurrección y con todos los agujeros zurcidos o resecos. Alcanza con que me consiga una réplica de la Cleopatra original… En principio, tiene que hablar griego antiguo y los dialectos que empleaban los negros egipcianos. Y será también urgente y necesario que Vd. se tome el trabajo de transmigrarle el alma de la difunta.

Hágalo y pasará a la historia. El bien es su causa. Así que se aplicará con gusto a cumplir mi pedido porque donde hay una necesidad nace un derecho, y ¿quién con más derecho que yo a que renazca la mujer que está a la altura de mis sueños?

CXXI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Me temo que el milagro que Vd. me está pidiendo resulta humanamente imposible de realizar.

Dios Nuestro Señor tiene la potestad de procurarnos ciclos de salvación y condenación eternos, de enterrar y resucitar a cientos, miles, millones de Cleopatras de infinitas series y versiones, cientos de miles y millones de veces y por toda la eternidad. Pero si lo hizo una sola vez en la historia con su único Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, por algo será.

CXXII

Carta de Luis XIV a Leibniz

Queridísimo amigo:

Si una Virgen concibe al Hijo de Dios con el soplo espermático y espectral del Espíritu Santo, y al tercer día de muerto este Hijo el Padre lo levanta de su tumba fresquito como una lechuga, ¿me va a decir que Vd. no puede resucitar a una Reina que vivió hace mil seiscientos y pico de años? ¡Pero, por favor! ¿Qué mejor modo de ocupar Egipto que ése? Piénselo. Vd. regresa a la Reina histórica y legendaria y yo me caso con ella. No habrá un solo egipcio que se oponga. Y Leopoldo I no podrá decir ni mu.

Por otra parte, ¿qué sentido tendría esa expedición si no permitiera ir más allá, mucho más lejos que precursores como Ciro el Grande y Tamerlan? El matrimonio con Cleopatra resurrecta me sacará del incómodo lugar de epígono, con esa boda dejaré mi huella fantástica, física y metafísica en la historia; en definitiva, me volveré el mayor de los conquistadores posibles. La suerte está echada.

En el momento oportuno daremos a conocer la noticia.

Y así, sin guerras, sin derramamiento de sangre, mediante un proceso que está perfectamente al alcance de su genio (de su enorme genio), lograremos la unión de Oriente y Occidente, un matrimonio científico y sobrenatural, una unión mágica, a la altura de los mitos iniciáticos. Ella y yo. Cleopatra y Luis XIV. Isis ella y Osiris yo, que seguiré con el pistolón blando pero entero. Es un chiste, querido, ríase. No niegue que al menos le arranqué una sonrisita. Ahora en serio. Haga lo que le pido. Hágalo por Vd. mismo y por su renombre, y si éste no le importa, hágalo por la felicidad de mi pueblo y de mi patria. Y si tampoco esto le importa, entonces, se lo ruego, hágalo por mí.

CXXIII

Diario de Gottfried Wilhelm Leibniz

Lo que pide Luis XIV hace temer por su cordura. Pero filosóficamente… Él pretende lo imposible, lo que implica primero conocerlo como tal, es decir, establecer las condiciones de las que resulta su imposibilidad. Pero del conocimiento y la comprensión de esas condiciones no se deduce necesariamente que ese imposible se vea por completo impedido de tornarse en su contrario, porque la capacidad de producir series diversas que contiene lo infinito abarca también —teóricamente— la posibilidad,

incluso la necesidad, de que esas transformaciones ocurran. *Deben por fuerza ocurrir*. Quizá en una sola de esas series, y no en el resto. Pero con que en una de éstas se produzca, ya alcanza para que la imposibilidad revierta su signo. Es la lógica de los posibles…

CXXIV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Me siento honrado por la confianza que Vd. me dispensa, y reconozco que su propuesta me tienta pues ya no me siento inclinado a volver a mi país para dedicarme a redactar la historia razonada de la casa de Hannover, una genealogía que podría ocupar más años de los que me permite mi salud. ¡Tal vez sea mejor esforzarme por tratar de conseguir ese imposible que Vd. me solicita! Si yo fracasara espléndidamente en el asalto a ese Absoluto, al menos, durante mis últimos días en la Tierra, mi alma se entibiaría en el recuerdo de que alguna vez lo intenté.

Pasando a los detalles, para la tarea que se avecina resultaría indispensable contar con un laboratorio provisto de las últimas novedades y disponer de tiempo para viajar a Praga en pos de intercambiar información con otros alquimistas… No es una cosa de chasquear los dedos y ya está…

CXXV

Carta de Luis XIV a Leibniz

Mi muy querido amigo: ¡Al fin la luz de la razón cayó sobre Vd.! Tiene plena libertad para gastos, viajes y adquisición de bibliografía, para llenar su laboratorio de minerales esenciales, huesos, momias animales y humanas, tierras y substancias raras, pipas, pipetas y retortas y alambiques… ¡Haga burbujear al mundo y su nombre brillará tanto como el mío!… Y esto es sólo el comienzo. El plan completo, como ya le confié, se cumplirá cuando alcancemos la inmortalidad monádica…

CXXVI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

¿Cómo oponerse a los deseos de Su Majestad?

1 El espacio es una figura variable del tiempo que un cuerpo dado se demora en atravesarlo, por lo que el infinito no es sino la representación de nuestro sentido del tiempo aplicado al Ser que lo atraviesa sin pausa ni detención, en el tiempo que Él mismo ha concebido. Claro está, suponer a Dios incurso en su creación, perteneciente o pasajero de ésta, es limitarlo absurdamente, y tenerlo por externo a lo creado resulta inimaginable.

Desde luego, doy por cierto que previamente a dar a luz tiempo, espacio y el Universo que conocemos, Él encaró mental o materialmente miles o millones de cosas posibles, de las cuales escogió algunas y rechazó otras. A modo de ejemplo: antes de poner en este mundo al Adán que sabemos y darle su propia Eva, Dios tuvo que crear cientos o miles de millones de Adanes y Evas posibles, y cada uno de ellos mantenía a su vez relaciones con una serie de personas y de acontecimientos en los que estaban incursos, y supongo también que la relación de todos los elementos de estas series con cada uno de estos Adanes y Evas posibles es del todo semejante a la que tuvieron el Adán y la Eva creados con toda su posteridad, pero a la vez podemos imaginar que esa relación podría ser desemejante y constituir mundos de posibilidades diversas porque, finalmente, Dios escogió a un solo Adán y a una sola Eva y rechazó, postergó, desechó o guardó—sin que conozcamos sus motivos— a todos los demás. (Es inevitable especular acerca de los sitios, mundos o Universos donde Dios guarda lo descartado, así como nosotros tenemos desvanes o roperos donde guardamos los objetos en desuso).

No obstante, si tomáramos a Adán y a Eva como ejemplos de naturalezas singulares, deberíamos negarnos a concebir diversos Adanes y Evas con sus respectivas identidades y series relacionales propias, porque eso implicaría suponernos un punto más inteligentes o comprensivos que su propio autor, cuando en realidad no tenemos ninguna idea acerca de esas substancias posibles y que Dios, no habiéndolos creado, no creará tampoco ya jamás. Resultan quimeras, y todo lo que llamamos substancias posibles —Adán, Eva,

Su Alteza, yo, nuestra especie y todo lo existente— no son sino imágenes de la omnipotencia de Dios, el cual, siendo puro acto, no consiente en sí ninguna posibilidad sin alguna clase de realización, ya que lo no realizado sería una mengua de su potencia.
A esto último, alguien podrá decirnos que deberíamos diferenciar entre la naturaleza divina y el resto de la creación, porque no siendo ese resto de lo creado —y que nos incluye— el ser mismo por esencia, estamos necesariamente compuestos de potencia y de acto, lo cual hace que podamos concebir y concebirnos como esas infinitas posibilidades con las modificaciones que anticipé.
Dicho en pocas palabras, Dios, en la totalidad de su acción, nos creó incompletos para que suplamos lo faltante con nuestro pensamiento.

(Incluir esto como un apunte a desarrollar en mis *Escritos teológicos y religiosos*. Debería analizar si existe contradicción entre las versiones no realizadas, su existencia virtual y su inexistencia "real". ¿Conversarlo con Arnauld? ¿O viajar a Holanda y visitar a Spinoza? También conviene estimar en lo que vale el pesimismo de Arnauld, que dice que de mis pensamientos se desprende lógicamente la posibilidad de que este mundo y el Universo que lo incluye sean sólo uno de los tantos Universos y mundos posibles, homólogos de los Adanes y Evas descartadas, restos que Dios arrumba en algún sitio incógnito y que están en proceso de perfeccionamiento o de desaparición. En el fondo, quizá mi filosofía no sea sino una nota al pie —de seguro incompleta, sin duda provisoria, tal vez errónea— de las cosmogonías chinas e hindúes, con sus ciclos temporales terribles, en las que cada eternidad equivale a un día, a una sola respiración de un dios).

TERCERA PARTE

“El futuro está en el pasado. Leibniz tenía razón”.

Carta de Charles Maurice de Talleyrand, Ministro
de Relaciones Exteriores de Francia, a Joseph
Fouché, Ministro de Policía

CXXVII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Jean-Baptiste:

Es hora de abandonar su absurda creencia en las virtudes morales de la subejecución del presupuesto estatal, dejando atrás también la nociva épica del ajuste perpetuo del gasto público. ¿A mí qué corno me importan el déficit fiscal y la devaluación de la moneda? ¡Vd. y toda esa manga de charlatanes economicistas, incapaces de comprender la verdadera dimensión de la política, que es la realización de las utopías posibles, me tienen los huevos al plato! Debemos lanzarnos a un plan de desarrollo de la economía nacional de tal magnitud que exigirá el mayor de sus esfuerzos. Antes de que me seque hasta el alma recordándome lo elevado de nuestros impuestos y la escasez de recursos de nuestro Tesoro, le resuelvo el asunto con una sola palabra: ¡arrégleselas! Si yo le presento un problema, Vd. debe aportar una solución. Conspiró contra Fouquet para quedarse con su cargo y le ganó la pulseada, ahora no se queje. Él está preso y Vd. es el esclavo de mis requerimientos. Así que pasemos a ellos:

1. Un número creciente de desocupados subsisten gracias a la mendicidad o el pillaje; debemos volcarlos a actividades productivas. Para ello, se requiere un plan de obra pública consistente en la instalación de un sistema de iluminación nocturna y otro de tendido de cañerías cloacales en París. El alumbrado es tarea sencilla, pero la red de circulación y salida de la mierda exige el acondicionamiento de los márgenes del Sena…
2. Ensanchamiento y prolongación del Gran Canal, vuelto Gran Canal Internacional. Convoque a nuestros arquitectos (François y Jules Hardouin Mansart, Robert de Cotte, Pierre Le Muet, Charles Perrault y Louis Le Vau), y póngalos bajo la supervisión y control del Marqués de Vauban, quien en su carácter de ingeniero militar se ocupará de la profundidad de la vía navegable y su dragado. En esta primera etapa el trazado comienza en Versalles, llega a Marsella y ahí nuestra flota cruza orondamente el Mediterráneo y

fondea en algún puerto egipcio. ¿Será Alejandría? Aunque creo que Alejandría es una ruina, el fantasma de un viejo pasado que ya no se puede resucitar. En fin. Lo veremos en algún mapamundi. Minucias.

Un detalle más. El Marqués de Vauban estará bajo la supervisión del filósofo Leibniz, quien a su vez reportará directamente a mí.

Por el momento esto es todo.

CXXVIII

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

No sería quien soy y no ocuparía el cargo con el que me honró Su Majestad si no solicitara mayores precisiones. Este plan de expansión del gasto, ¿indica que se ha aprobado finalmente el Proyecto de Expedición a Egipto? Y a su vez, el hecho de que el señor Gottfried Wilhelm Leibniz se ocupe de su implementación, ¿indica que hemos establecido algún acuerdo con el Sacro Imperio Romano Germánico y por lo tanto debemos prepararnos para un conflicto con el Sublime Imperio Otomano? Siendo este último Imperio nuestro financista habitual y nuestro mayor acreedor, ¿de dónde estima Su Majestad que obtendremos el capital necesario para enfrentarlos? Desde luego, de darse el caso de una guerra que resultara en nuestro triunfo, la deuda con el turco se licuaría y nos convertiríamos *ipso facto* en sus acreedores… Pero ¿no estima Su Majestad que el Marqués de Louvois debería ser informado en su carácter de Ministro de la Guerra?

CXXIX

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Señor Ministro:

Entre otras muchas cosas, gobernar es despoblar a los subordinados de

la ilusión de influir en las decisiones del monarca. Estoy tentado de decirle: "¡Limítese a obedecerme!". Pero aprecio su preocupación por el estado del Tesoro Nacional y le aseguro que encontré una solución que calmará su ansiedad. En el curso de los próximos días le detallaré los pasos a implementar para el éxito de la operación. Y hablando del tema de las alianzas, los matrimonios, *et coetera*, recuerdo que una vez María Teresa de Austria me dijo que me amaba y yo le contesté: "Yo también me amo y no sabes todo lo que este amor me hace sufrir". Tras mi respuesta, conmovedora por su sinceridad, mi difunta esposa se puso fría conmigo. ¿Quién entiende a las mujeres? En mi próximo matrimonio, que estimo se realizará a la brevedad, no repetiré el error de abrir mi corazón.

CXXX

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Le ruego disculpe mi atrevimiento pero me veo en la obligación de hacerle una consulta. ¿Cuenta Vd. con información de buena fuente acerca de la decisión de nuestro Rey de contraer matrimonio? ¿Sabe si decidió convertirse en yerno de Leopoldo I desposando a una de sus dos hijas, las Archiduquesas María Ana Sofía (un verdadero bagarto) o María Josefa Clementina de Austria (ésta sí un bomboncito), o bien es de la idea de emparentarse con el sultán Mehmed IV solicitando la mano de alguna de sus descendientes de nombres impronunciables?

CXXXI

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Señor Ministro:

Imagino que si Su Majestad decidiera desposar a alguna de las damas señaladas por Vd. trataría el asunto conmigo. Al menos yo, hasta el

momento, no cuento con información alguna. Tal vez porque siempre me abstuve de participar de cotilleos e intrigas.

Resulta obvio que la primera elección apuntaría a una alianza con el Sacro Imperio Romano Germánico para atacar al Sublime Imperio Otomano, y la segunda señalaría la opción opuesta.

CXXXII

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

El tono suspicaz y altanero de su respuesta es indigno de Vd. y del cargo que ostenta. Debería comprender que sólo me anima el bien de Francia. Haga como que nada le pregunté, yo haré como que nada me contestó, y ambos haremos como que no sabemos nada del asunto.

Desde luego, aunque Vd. no parece haber reparado en ello, un matrimonio real no es un asunto privado. Tal vez deba dirigirme al Ministro de Relaciones Exteriores, quien en virtud de su cargo de seguro posee más información y mejor criterio. Lamento no haber empezado por ahí.

CXXXIII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Señor Ministro:

No puedo menos que reír cuando se me acusa de malgastar los recursos nacionales. Un poco de historia antigua no le vendrá mal, así entiende cómo y por qué soy el continuador de una vasta tradición.

Hace casi dos milenios el Faraón de Egipto, Ptolomeo IV Philopator, debió enfrentar al formidable ejército de Antíoco III Megas y lo derrotó en la batalla de Rafia (217 a.C.). El resultado fue tan inesperado que Ptolomeo IV decidió festejar a lo grande. Mandó construir un palacio

flotante, el Thalamegos, en el que (Nilo arriba y Nilo abajo) celebró durante largas noches su triunfo en compañía de putas y sacerdotes y arúspices y magos y eunucos y chongos. Antes, para que no lo molestara con sus celos y recriminaciones, mandó asesinar a su hermana y esposa Arsínoe III.

Si tengo que comparar al Thalamegos con algo que no sea un monstruo marino, debo pensar en una de las famosas tortas de Vatel. La base o parte inferior, chata, le permitía desplazarse por el río sin necesidad de dragado; en cambio era elevado de altura para evitar que las olas salpicaran las prendas de lino real de los invitados. Si quiere hacerse una idea de sus dimensiones, piense en un gigantesco catamarán hecho sobre dos enormes galeras unidas. Las cubiertas tenían una extensión que duplica la de nuestra Galería de los Espejos. Antes de comenzar la descripción del interior de la nave, así como de sus jardines y paseos, déjeme decirle una cosa: el lujo no es vulgaridad, es efecto de una intensa selección, y su destino es proporcionar la ilusión de que la vida es un ensueño dichoso, algo que —sabemos— no es cierto. Por lo tanto, el lujo es un elemento de primera necesidad y una enseñanza moral. ¿Sufría Ptolomeo IV en su cárcel acuática? ¿Se arrepentía del crimen de su mujer? Yo qué sé.

Bien. Estoy muy ocupado, así que resumiré. Thalamegos. Salas de fiestas y banquetes. Vestíbulos. Proscenio techado. Sala mayor construida de cedro escita y ciprés milesio, con capacidad para veinte lechos. Puertas guarnecidas de marfil, clavos de bronce rojo dorados al fuego. Columnas de ciprés y capiteles corintios. Entablamiento de oro macizo. Frisos. Techos tallados. Una alcoba de siete camas —de uso exclusivo del Faraón — unida por un corredor estrecho al gineceo. Estancias exclusivas para mujeres. Desnudas. Cubiertas de aceites perfumados y esencias de sándalo. Templetes repletos de estatuas (sobre todo de Afrodita y Dionisio). Salones con columnas de mármol índico. Cornisas enchapadas de oro hasta el arquitrabe. Cavernas hechas de piedras preciosas. Salas de dibujo y de lectura en forma de reloj de sol, comedor, jardines. Gymnasium. Capacidad de carga: 16.000 toneles grandes. Capacidad de alojamiento: 1940 pasajeros y veinte caballos con sus respectivos establos. ¿Le gusta el barquito? Pues esto es lo que construiremos en los astilleros navales franceses cuya creación le encomiendo mediante esta carta. En el Nuevo Thalamegos mi futura esposa y yo contraeremos esponsales, una ceremonia que durará todo lo que dure el cruce de

Francia a Egipto.

CXXXIV

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

La construcción de los Astilleros Navales de Francia es una idea brillante; hasta el momento carecemos de una flota a la altura de la importancia de nuestro reino, detalle que tuve el honor de señalarle en repetidas ocasiones al Marqués de Louvois, sin obtener su atención. Me ocuparé de inmediato del asunto. Desde luego, las gestiones resultarán más rápidas y fructíferas cuando Su Majestad se digne comunicarme el nombre de la Reina, Princesa, Duquesa, Archiduquesa o hija de Sultán elegida.

Luego se hará necesario establecer el intercambio de obsequios, presentes, joyas, objetos de arte, y negociar la dote que recibiremos de parte de la nación o imperio con el que se establezca el contrato matrimonial.

CXXXV

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Colbert:

Vd. ocúpese de lo suyo y comience ya mismo a engrosar nuestras arcas mediante la imposición de nuevos impuestos, requisas forzosas, expropiaciones de las propiedades de los remisos (mejor si son protestantes), gestiones con nuestros prestamistas tradicionales y toda esa clase de tejes y manejes que son de su gusto. En cuanto al nombre de la elegida, lo revelaré en el momento adecuado. Por ahora, reservarlo es un deleite que anima mi alma como un pequeño fuego entre pecho y espalda.

CXXXVI

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano

Dilecto Hijo del Profeta Muhammad:

¡Mi muy querido amigo! ¡Que Alá derrame sobre tu cabeza toda suerte de dones y bendiciones! ¡Que tengas una vida próspera y feliz! ¡Que el éxito corone todas tus empresas y que todo obstáculo se disipe como una mala sombra a tu paso! ¡Y que luego de la hora fatal dulces y complacientes huríes te acompañen en el Paraíso de leche y miel que te espera!

Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, tiene el incomparable placer de enviar sus más cálidos saludos a su hermano del alma, el Gran Mehmed IV, Sultán del Sublime Imperio Otomano, Califa y Guardián de los Santos Lugares. Su Majestad lamenta el tono desapacible de las últimas comunicaciones e insta al Sultán a recordar todo lo que nos une y a olvidar todo aquello que nos separa.

Al respecto, e invocando la altura de miras del Sultán, solicitamos el habitual auxilio financiero cuya abrupta e injustificada cesación causara un notable disgusto a Su Majestad, tan sensible a las modulaciones del afecto… *(el resto, ilegible por mala conservación del papel*).

CXXXVII

Carta de Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia

Queridísimo Ministro:

Nada más grato a los oídos de mi amo y señor Mehmed IV que estas sentidas palabras de Su Majestad el Rey, capaces de conmover al más duro de los corazones. Es precisamente en razón de compartir su sensibilidad que el Sultán me ordenó que demorara nuestras habituales remesas de auxilio financiero, en la esperanza de que esa interrupción le permitiría a Luis XIV hacernos saber cuánto nos aprecia. Certificado el

afecto mutuo, creo que podríamos conversar acerca de la renovación del tradicional préstamo que les concedemos, sobre la base del incremento de un par de puntos de la tasa de interés anual de retorno.

CXXXVIII

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano

Apreciadísimo Gran Visir:

¡No sabe Vd. la alegría que me deparó su respuesta!

Por eso, en la seguridad de nuestra mutua comprensión, es que me permito proponerle que dejemos de lado el pequeño detalle de la suba de esos puntos anuales que Vd. solicita, y que nada significarían para las incontables riquezas de que hace gala el Sublime Imperio. Incluso me atrevo a recomendarle que evalúe la conveniencia de retornar a los préstamos a tasa de interés negativa y con plazos de pago extendidos a veinte o más años, habida cuenta del aumento en los gastos de mantenimiento de nuestras tropas, dispuestas en gran número en la frontera con el Sacro Imperio Romano Germánico por solicitud de vuestro propio Sultán.

Moverlas de allí, y aun retirarlas por completo, nos resultaría un notable ahorro, pero ¿resultaría de vuestro agrado la obvia consecuencia? Nuestros gastos excesivos, le recuerdo entonces, fijan a las tropas alemanas a su propio lado. Y como esa inmovilidad beneficia al Sultán, sería justo que éste considerara la posibilidad de reducir el monto de nuestra deuda, o aun condonarla, y olvidar además la cuestión de los intereses acumulados. Y también sería muy bien recibido en Versalles que, en otra muestra de generosidad de espíritu, nos otorgara un nuevo y sustancial adelanto a cuenta de pagos futuros, que podríamos aplicar a un costoso refuerzo de nuestras tropas fronterizas, generando así una gran inquietud a Leopoldo I y debilitando su resistencia frente a un eventual ataque de vuestra parte.

No quiero ser indelicado al recordarle lo que Vd. sabe mejor que nadie: que con tal de ganar nuestro auxilio o siquiera nuestra neutralidad en caso de un enfrentamiento entre vuestros imperios, Leopoldo I estaría más que dispuesto a facilitarnos una línea de préstamos extendidos y en

insuperables condiciones de financiación.

Piénselo. Cuentas hechas con el alma conservan la amistad.

CXXXIX

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Lamento tener que comunicarle que hice el mayor de los esfuerzos de persuasión, pero hasta este momento no he recibido respuesta favorable del Gran Visir; de hecho, no obtuve contestación a mi última carta.

CXL

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Jean-Baptiste:

¿Y qué esperaba? ¿Que corrieran a nuestros brazos? Los turcos tienen sus tiempos y la demora es afectación de importancia. Lo que buscamos vendrá; nos necesitan, o al menos prefieren no tenernos en contra. Pero llegará el día en que nadie precise de sus kuruş, akçes, o como se llame su incivilizada moneda. Entretanto, es así: están las naciones que tienen más alimento que apetito y las que tienen más apetito que alimento.

Y hablando de comida, vayamos preparándonos para lo que viene.

Como mis bodas durarán lo que dure la navegación desde Versalles hasta Tebas, Luxor, Alejandría, El Cairo o donde hoy esté situada la ciudad capital de Egipto, he pensado en tres menús. Uno de ellos rendirá culto a nuestra más cara tradición cultural (venimos de los griegos, mal que les pese a los monoteístas de toda laya); el otro contemplará las riquezas de la gastronomía oriental, bárbara pero sabrosa, y el último pondrá a la luz pública los nuevos desarrollos culinarios de mi reinado: la gala cocina de gala, donde importa tanto el espectáculo que rodea a la comida como la comida en sí misma. Será un emprendimiento

gastronómico le-gen-da-rio, destinado a satisfacer el apetito de unos dos mil comensales —y mis altísimas exigencias y las de mi futura esposa. Por ello su atención debe quedar a cargo de François Vatel.

Le adjunto la lista de platos de cada menú y el orden del servicio.

PRIMER MENÚ (al estilo grecorromano y concebido en homenaje a Publio Petronio Nigro, *arbiter elegantiarum* de la corte de Nerón).

Los asistentes reposarán sobre triclinium y entre servicio y servicio podrán abandonar el banquete, salir a cubierta y utilizar las aguas que surquemos como vomitorium. El menú será regado con vino muslum mezclado con pimienta y miel y con vino Falerno de cien años.

Entrantes

Olivas blancas y negras presentadas en las alforjas de un asno de bronce.

Lirones espolvoreados de miel y de adormidera.

Huevos de pasta, rellenos de ave rodeados de yemas a la pimienta y presentados bajo una gran gallina de madera que simula estar incubándolos.

Salchichas servidas sobre una parrilla de plata donde ciruelas de Damasco y pipas de granada se pretenden brasas en atenuado ardor.

Primer servicio

En una gran bandeja de plata con el zodíaco dibujado se dispondrá el alimento de acuerdo al signo: capones, tetinas de cerda, liebre, pescados que nadan en salsa de garum, pan caliente…

Jabalí de gran tamaño, de testa cubierta con un gorro de liberto, y de cuyos colmillos penden dos cestillos de palma: uno lleno de dátiles de Siria y otro con dátiles de la Tebaida. Dos lechones, hechos de pasta cocida al horno, a ambos lados del animal, parecen colgarse de sus mamas, indicando así el sexo del jabalí.

Porcus troainis. Es decir, cerdo relleno con salchichas, verduras y regado con salsas aromáticas. Cuando se trincha, deben salir volando algunas palomas del interior de la bestia, que se introdujeron instantes antes de la presentación del servicio. Volarán, aunque hayan quedado un poco atontadas por el calor y el vapor de la cocción.

Buey hervido y servido entero.

Pastelería y frutas.

Cambio de mantelería; el personal esparce sobre el suelo serrín teñido de azafrán y de polvo de mica.

Segundo servicio

Tordos de pasta rellenos de pasas y nuez.

Membrillos acribillados de espinas que representan erizos.

Ocas gordas rodeadas de pescados y toda clase de pájaros hechos de cerdo.

Caracoles servidos sobre parrillas de plata.

Postres (a elección de Vatel)

SEGUNDO MENÚ (al estilo egipcio)

Se beberá cerveza de trigo o de cebada, de dátil (seremet) o shedeh.

Los alimentos se dispondrán surtidos sobre platillos y ollas. Se comerá con las manos, acompañándose con tortillas de pan de pita.

Plato principal

Koshari, mulukhiyah, kofta, fatteh, shawarma, arroz mahsi, falafel, huevos de codorniz dorados, tabouleh récipe, mujaddara, hojas de vid rellenas de carne de vaca salteada con cebolla, hummus, shakshuka, harira, mohalabeya, ensalada con dukkah, mombar, mudammas, pescado mújol, kibbe, kafta, baba ganoush, bamia, kebab, carne de oveja, lechón, cerdo, vaca, garbanzos, habas, guisantes, lentejas, verduras (col, pepino, lechuga, puerro, rábano, loto, papiro), frutas (dátiles, uva, granada, sandía, melón, algarroba y sicomoro) endulzadas con miel, pasteles, bizcochos.

Postres

Baklava, halva, mamul, kanafeh…

TERCER MENÚ (al estilo nueva cocina francesa):

Enteramente a cargo de Vatel. Que no se diga que soy un tirano o un metomentodo.

CXLI

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis

XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Sin duda, la cantidad de asuntos que atiende a diario le impidieron recordar que hace algunos años François Vatel expiró de propia mano, a causa de la demora en el arribo de provisiones de pescado fresco con las que debía agasajar a Su Majestad durante su estancia de tres días en el castillo de Chantilly. Me permito también traer a la memoria de Su Majestad que en honor del cocinero difunto a la crema de su invención se la bautizó con el nombre del castillo donde daba a luz sus creaciones.

CXLII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

¿Vatel muerto? ¿François Vatel —Fritz Karl Watel— ya no existe más? ¡Qué tragedia! ¡Como siempre: nadie me avisa, nadie me dice nada nunca! ¡Estoy rodeado de inútiles, espías y conspiradores, y el primero de todos ellos es Vd., Colbert! Ya mismo quiero explicaciones. ¿Tendremos que darles la noticia a sus amantes locales o a su esposa alemana? ¿Cuándo fue, cómo fue, qué ocurrió? Quiero saberlo *todo*. ¡Qué horror! De seguro lo reemplazaron con algún principiante. Con razón a veces la comida sabe a mierda…

CXLIII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Señor Ministro:

Corrijo lo anterior. No quiero saber los detalles. Vatel era un alma sensible. Cuando el mundo alcance su grado de perfección necesaria, volveremos a contar con él o con alguien a su altura. Entretanto, consiga

dinero, cocineros, ármeme mi Thalamegos, que ardo en deseos de conquistar Egipto.

CXLIV

Carta de Luis XIV a Leibniz

Queridísimo Gottfried:

Por su silencio de los últimos días, imagino que Vd. está viendo las primeras dificultades en su tarea y quiere dejarlo todo y huir, abandonarme y no cumplir con mi encargo. No lo haga. Se lo repito. No lo haga. Tampoco es que voy a rogarle. Pero téngalo en cuenta: confío en Vd. y en nadie más. Y para brindarle mi aliento y ofrecerle el mayor de los estímulos, paso a contarle algo que le aconteció a un conocido mío, al que por discreción llamaré el señor de X.

En su juventud, y gracias a la herencia que le legara una tía, el señor de X. se vio libre de preocupaciones materiales y eligió pasar el tiempo de manera agradable, emprendiendo un viaje sin rumbo fijo. Un día estaba en una ciudad, luego pernoctaba en otra, al siguiente día navegaba o escalaba una montaña… En fin, hacía lo que se le cantaba a su ánimo. Entonces, una tarde en que paseaba por una pequeña y pintoresca villa de la Baja Edad Media, decidió subirse a un coche de alquiler y dar algunas vueltas por el lugar. Fueron andando y cada tanto, de acuerdo a las variaciones de su humor, indicaba al cochero que continuara recto, doblara a la izquierda, a la derecha, o trazara círculos amplios. Así siguieron durante un buen rato. Próxima ya la noche, entraron a un bosque de fronda bastante cerrada; los caballos comenzaron a demorar la marcha; se soliviantaban y hasta se resistían a los azotes, e incluso uno de los dos se paró sobre las patas traseras. El cochero instó al señor de X. a pegar la vuelta, alegando que allí habitaban seres encantados que aprovechaban la oscuridad para descolgarse de los árboles y atacar a los transeúntes. Como el señor de X. es inmune a toda superstición, pagó al cochero y descendió del vehículo, que partió en dirección a la ciudad como alma que lleva el diablo.

Ya solo, el señor de X. avanzó por el bosque respirando a pleno el aire fresco. Apenas se divisaba uno que otro resplandor titilando en la trama arbórea. El clima se tornó frío. El señor de X. no había traído un abrigo y pensó en encender un cigarro para calentarse el pecho y hacerse de algo

de lumbre. Pero apenas empezaba a hacer girar el chispero se largó a llover, primero unas gotas finas y horadantes, luego más caudalosas, hasta empaparlo entero. ¿Cuál era entonces la situación? Paso al presente de indicativo: de pronto, nieva. Caen copos más gruesos que el puño de una criatura. Hacen un ruido extraño, de explosión, y luego se abren o aplastan como si sobre ellos se imprimiera el peso de una pisada fantasma. El señor de X., que ha peleado sus batallas y no carece de valor, advierte que algo o alguien lo merodea, no sabe si una persona o una bestia, o quizá sea peor aún, lo que anticipó el cochero: una presencia maligna. Se hace imperioso retroceder, buscar un refugio, una protección. Camina a paso vivo, luego corre sin mirar atrás, sintiendo que esa presencia está a menos de un metro de su persona, que le respira en la nuca, que con sólo estirar una garra o una mano fantasmal podría atraparlo…

En su carrera ingresa en un cementerio abandonado, pasa entre mármoles rotos, tumbas excavadas, féretros abiertos de donde brotan huesos antiguos, calaveras a ras de la tierra. Choca contra una lápida de piedra, queda de rodillas, ve que el frontis tiene gastado el nombre del difunto, sólo se reconoce un par de letras. En cambio, permanece clara y legible una inscripción: *Denn die Toten reiten schnell*. “Porque los muertos viajan de prisa”. Ahora siente que lo inmaterial y firme le atenaza el cuello, pero sólo es el frío, que lo abraza. Se levanta trastabillando, avanza entre los copos; a cierta distancia divisa una capilla. Va hacia la entrada, empuja una puerta que gira chirriando sobre sus goznes.

En el interior, más frío y más húmedo que el afuera, reinan las tinieblas, rasgadas durante un par de segundos con la fulguración de los relámpagos que atraviesan la bóveda de vidrio y dibujan los contornos de una forma pálida. Sobre un catafalco de piedra ónix descansa el cuerpo desnudo de una hermosa joven. Tiene el vientre y los pechos y los labios manchados de sangre negra, como si, al tiempo que utilizó un puñal, hubiese bebido también una ponzoña para asegurar la conclusión de su vida. El señor de X. se acerca para observarla mejor a la luz de los relámpagos. La joven tiene la frente despejada y una expresión de serenidad. “¿Qué prisa la llevó a desasirse de la vida? ¿Acaso quiso que un paseante extraviado pudiera observar la belleza de los difuntos?”, se pregunta el señor de X. Se acerca aún más, tiende una mano para acariciar el rostro de la joven… Y tiene que retirarla. Un trueno horrísono explota en los cielos y tras él viene la iridiscencia de cientos, miles de

fulminaciones, telarañas de luz instantáneas y deformes como el sistema venoso de un monstruo artrítico que atraviesa las atmósferas y las hace estallar al mismo tiempo que las engarza en anillos de fuego. Es la brochette del cosmos. La luz del rayo mayor se eleva y desaparece en lo más alto, buscando el dedo del dios del que brotó para sumirse de nuevo, pero en vez de hundirse en la profundidad se dobla sin romperse, dibuja un arco tembloroso y atraviesa la bóveda, estalla sus cristales y cae sobre la muerta y le recorre el cuerpo. Contra lo que cabría esperar, no la consume al instante, la toca sin quemarla, se desgrana en chisporroteos blancoazulados que descienden por las rajaduras del catafalco, viborean en esplendores que azotan las nervaduras del aire. Los átomos de polvo danzan, envueltos en su brillo, chocan entre sí, estallan, y toda la capilla comienza a incendiarse. Se escucha un grito de dolor, el más desgarrador que el señor de X. escuchó nunca. Ni aun en los campos de la guerra, cuando una bala de cañón destrozaba una pierna o un brazo o partía al medio a un soldado, arrancándole la parte inferior y dejándolo sin medio cuerpo y con las tripas expuestas sobre el barro. Esos gritos, querido Leibniz, no eran nada al lado del que suelta la yacente mientras tiembla y convulsiona y su cuerpo arde y sus extremidades golpean y patean el ónix hirviente y sus ojos parecen salirse de las órbitas. Presa del terror, el señor de X. escapa de la capilla y tras de él sale la joven, las manos estiradas en su dirección como si quisiera abrazarlo o estrangularlo, pero apenas da unos pasos y se arroja sobre la nieve en un intento de escapar del fuego. Y ahí queda, a la vez seca y empapada, de nuevo muerta y soltando chispas.

Ahora, Leibniz, Vd. se preguntará: “¿Y por qué demonios Luis XIV me cuenta esta historia de ultratumba?”. Sencillo. Para presentarle una evidencia científica de carácter empírico: en circunstancias extremas un cadáver regresa a la vida gracias al empleo de una fuerza externa.

Piénselo y siga trabajando. No sea vago.

CXLV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Una curva es un polígono de infinitos lados cuya medición exacta requeriría de un tiempo infinito.

Pasaríamos menos tiempo intentando enderezar esa curva y convertir cada uno de sus puntos infinitamente divisibles en un triángulo, que esperando a que un rayo caiga del cielo sobre un muerto y lo resucite, siquiera por unos minutos. Por lo demás, aun de producirse el hecho, lo debería todo al azar meteorológico y nada a la ciencia.

CXLVI

Carta de Luis XIV a Leibniz

Querido amigo:

¿Se atreve a suponer que carezco de la formación suficiente para comprender principios elementales de geometría? Abandone toda idea a priori acerca de lo que sé o no sé y de lo que es posible o imposible: le guste o no, yo soy su verdadero gran misterio. Y ahora dejémonos de pavadas. Imagínese que le estoy hablando cara a cara. Míreme y escuche lo que le digo: no se trata de esperar algo sino de obtenerlo, y para eso hay que forzarle la mano al Creador o a la naturaleza. No tema. Consiga Vd. que los rayos bajen del cielo y que uno de cada diez o uno de cada cien mil o uno de cada cien billones caiga sobre el cuerpo de un difunto. De esos, tal vez haya uno en mil millones de trillones que acierte a revivir el cuerpo predestinado. Claro que para conseguir eso vamos a tener que exhumar todos los cementerios o convertir en muertos a los vivos, volviendo la hecatombe un principio y al mundo un gran cementerio. ¡Eso sí que mejoraría un poco nuestras chances…!

No desespere, hombre. Estoy exagerando, poniéndole un poco de condimentos al asunto. ¿Un chiste? Sí la exageración, no la orden.

Para su tranquilidad, le cuento que en estos mismos momentos buena parte de los integrantes de mi Academia de Ciencias están trabajando en un proceso que llaman “electro-cristalización” o “electro-vitrificación”. Consiste en volver vidrio la carne o carne el vidrio, una de dos; nos pondrán al tanto apenas obtengan resultados útiles para mi propósito, que es el pasaje de un estado de la materia a otro, o de una materia a otra materia.

Y por supuesto, habría que encontrar el cuerpo digno de volverse mi Cleopatra. O hacerlo.

CXLVII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Vd. tiene razón. En interés del progreso de la ciencia y para su mayor satisfacción, debo continuar más allá de todo cálculo sobre lo posible o lo irrealizable: nuevas perspectivas conducen a nuevos conocimientos. ¿Qué importan los supuestos bajo los que uno parte? A este respecto, la feliz frase de Su Majestad sobre "bajar los rayos del cielo" me recordó algo que me refirió el padre Joachim Bouvet, un jesuita que reside en Pekín.

Dice Bouvet que en los días en que sopla un viento agradable, los cielos del Celeste Imperio se cubren de pequeños objetos volantes que los chinos llaman alternativamente "cometas" o "barriletes" (风筝). Hechos sobre un esqueleto de finas cañas de bambú dispuestas en formas geométricas (cubos, poliedros) o como representaciones del reino animal (perros, gatos, sirenas, sierpes, anfisbenas o dragones), y recubiertos por liviano papel de arroz, los niños los remontan en el aire, guiándolos a través de unos hilos de seda que enrollan en carretes. Es un arte grato y no exento de peripecias porque la dirección del viento suele cambiar y modificar su vuelo o cesar de pronto y abatir el cometa (风筝), que se rompe al caer de gran altura. Afortunadamente, estos percances son inusuales porque los chinitos se entrenan en el manejo de sus artefactos. Es cosa de gran admiración ver cómo los mantienen flotando y haciendo figuras durante horas y sin cansarse. A lo largo y a lo ancho de la China hay concursos donde muestran su dominio, de modo que aquel que sostiene durante más tiempo su barrilete (风筝), así como quien logra realizar los giros y movimientos más artísticos e inesperados, es designado "pequeño maestro del aire de cuarta categoría".

Año tras año, cada uno de esos pequeños maestros se enfrenta a colegas; de esa noble contienda se obtiene un triunfador que pasa a competir con los de otras ciudades, provincias, villorrios o departamentos. Así, liza tras liza, esos triunfadores se reducen en número y van ascendiendo de categoría. Pero debo decir, Su Majestad, que China posee una extensión y una población mayores que las de toda Europa y el Imperio Turco sumados, por lo que el número de competidores es

abrumador y los tiempos de la competencia se extienden por años y hasta décadas. Cuando, finalmente, el triunfador absoluto llega ante el Emperador de la China, ya es un anciano al borde de la muerte; ni siquiera es capaz de alzar las manos. Igual recibe su recompensa y una pensión vitalicia y se le otorga el título de "Gran Maestro Imperial del Aire". Y aunque el homenajeado se deshace en fórmulas de agradecimiento y cortesía, lo que en realidad se premia es la perpetuación de un momento ya perdido en el tiempo, cuando él podía remontar su 风筝.

Como comprenderá Su Majestad, no intento imitar esas diversiones sino extraer de ellas una consecuencia útil.

Sabemos que durante los días y las noches de tormenta los soldados se apartan de los cañones porque el metal es gran conductor de electricidad y lo que menos quieren es que los parta un rayo. Se me ocurrió entonces que si durante esos días o noches elevo un barrilete confeccionado con finos estambres de hierro y guiado en su vuelo a través de un hilo de hierro aún más fino, tarde o temprano recibirá una descarga. Mi idea es conducir esa descarga a través del hilo de metal hasta su término, que estará atado a la mesa de disecciones donde reposará el cuerpo a volver a la vida.

Debo mencionar que el relato de Su Majestad acerca del señor de X. me perturbó al punto de quitarme el sueño, y no querría repetirlo en mis intentos; resucitar a una hermosa mujer sólo para entregarla a la más horrorosa de las muertes es algo que pesaría demasiado en mi conciencia. Mientras no encuentre un principio científico que regule la potencia del rayo, lo mejor será experimentar con ratas, comadrejas, marsupiales, conejos, hurones y perros de pequeño porte, ya sea en estado cadavérico o en su agonía, así no disminuimos el número de habitantes de Francia.

CXLVIII

Carta de Luis XIV a Leibniz

Querido amigo mío:

Las ideas no se matan, se desarrollan. Por asociación, acopio o robo. Lo que Vd. me cuenta me hizo recordar algo que tal vez sirva, aunque lo más seguro es que no. Mi Máquina de Marly. No sé si alguna vez se la mencioné. Sirve para traer agua del Sena a Versalles y está hecha

íntegramente de madera, por lo que no atrae los rayos. Pero le sugiero que vaya a verla, haga una visita a París y luego dígame si ese aparataje le sugirió algo. Téngame al tanto.

CXLIX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Realizaré esa visita apenas pueda. Pero es difícil luchar espiritualmente contra una sucesión de contrastes. En este punto, debo admitir que no sólo "pensaba" en el uso de pequeñas bestias sino que ya realicé algunas pruebas, confiando en que el milagro de la revivificación de lo extinto ocurriera en el tiempo que media entre mi comentario y su respuesta. Pero esto, por desdicha, no sucedió.

CXLX

Carta de Luis XIV a Leibniz

¡Qué niño es Vd.! ¡Qué ternura! ¿Quería acertar en el primer intento? Aquí no se trata del fin de una ilusión sino del comienzo de una epopeya, la más trascendental de la historia de la humanidad, a mi cargo.

Lleve Vd. con determinación su parte. Sea estoico. Haga todas las pruebas necesarias y no permita que el desánimo lo invada.

CL

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Vuestras palabras resultan de gran estímulo, pero debo brindarle un panorama de las dificultades que enfrento…

Aunque el tiempo es bueno, caluroso y húmedo, no hemos tenido la suficiente cantidad de tormentas y las consiguientes descargas; incluso, cuando por excepción algún rayo resulta atraído por la cometa, ésta se incendia y explota. Mandé construirlas reforzadas, pero pesaban tanto que no llegaban a levantar vuelo. Así que pensé instrumentar un recurso nuevo: una cometa terrestre. Ordené entonces fundir una lanza de hierro de una altura tal que superara la de las catedrales, y sostenerla con una estructura de madera portante de tantas patas como un ciempiés (la madera no es elemento conductor de esas descargas). Luego enclavé uno de los extremos sobre la mesa de disecciones instalada en el centro del laboratorio que Su Majestad tuvo la bondad de cederme. Y algo cambió a partir de entonces.

Entro en el detalle de mis gestiones.

Una vez montada la lanza, a veces, aun en días claros, una fulminación baja sin aviso del cielo y reverbera a todo lo largo de la línea y se descarga con una potencia tal que, recibido su toque, las bestias de pequeño porte puestas sobre la mesa de mármol quedan hechas chicharrones de carne negra y maloliente. Para salvar el problema busqué animales de mayor tamaño, a los que previamente se les extraen las vísceras y se los vacía de sangre; de lo contrario, en el contacto con el rayo se arma tal desparramo que el laboratorio queda hecho un enchastre. Por supuesto, terneros, jabalíes, corderos, mastines y hienas no quedan íntegramente fulminados sino como chamusquinas de cuero y pelos y trozos a medio cocer; la soldadesca y la servidumbre, entre quienes reparto los restos, comentan que esa asadura confiere a la carne un sabor delicioso.

No he tenido tiempo de correrme hasta París a ver la Máquina de Marly.

CLI

De Luis XIV a Leibniz

Querido amigo:

No se ahogue en una copa de cristal de Venecia. Vaya a París, no sólo para ver los aparatos que invento o que ordeno inventar, sino también para distraerse un poco. Y si no le dan ganas de moverse de aquí, tome por amante a alguna de las criadas o cortesanas; no tema rechazos porque

fueron apalabradas para concederle todos los gustos.

Yendo a lo importante… Vd. se está preguntando por la mejor manera de regular la intensidad de un rayo. La respuesta es sencilla: no tenemos la menor idea, así que obre por aproximación. Por lo que Vd. da a entender, se trata de ir reduciendo su potencia hasta que la carne "tocada" no se consuma sino que reciba la energía justa para ser revivida. Una vez que lo consigamos, mis súbditos se perderán uno que otro asado de cuadrúpedo. ¡Peor para ellos! No piense en los pobres; ellos no piensan en Vd. Volviendo al punto. Para moderar la fuerza del rayo contemplo dos posibilidades: la primera es añadir toesas y más toesas de extensión a esa lanza metálica que mandó construir, volverla una escalera al cielo tan larga que las mismas nubes la vean perderse en lo alto hasta pinchar el culo de los ángeles; pero me preocupa el peso excesivo. Y si para alivianarlo redujésemos todo lo posible su diámetro, lo seguro es que terminaría doblándose y quebrándose. Por tanto, lo mejor será que esa escalera o lanza (que podríamos bautizar como "atraparrayos", "capturarrayos" o "pararrayos") se realice en un material que se doble sin romperse, como la moral promedio de nuestra especie.

Me adelanto a su objeción: esa materia livianísima y súper resistente no existe. Como no existe la moral. Todos mentimos, todos simulamos. Estamos lejos de vivir en el mejor de los mundos posibles. El horror reina y mi mujer está muerta. Asesinada. Y yo busco al criminal y todavía no conozco su nombre. Entonces. ¿Entonces qué? Entonces pensé: "Apenas mi querido amigo Leibniz construya un pararrayos de hierro de mil, cien mil, cuatrocientos mil toesas de largo (Vd. dirá la medida exacta), lo que deberíamos añadirle es algo que llamaríamos 'sistemas de administración y regulación'".

¿Y cómo sería eso, Leibniz? Muy sencillo. A la vertical del pararrayos Vd. le adosará una serie de conductos, también de hierro, dispuestos horizontalmente y semejantes a pequeños escalones o vértebras. Así, cuando un rayo es atraído por el extremo superior, en su descenso no pasa directa e instantáneamente al extremo inferior sino que sigue un recorrido zigzagueante, chispeando en su serpenteo descendente por cada uno de los conductos, toesa a toesa, cientos y miles de veces. Es abrumador y bello de imaginar… Será como ver el esqueleto de un dinosaurio encendido en la noche.

Vd. se estará preguntando qué cantidad de "vértebras" harán falta y también habrá reparado en que, como cada rayo es único y singular y

carga con su propio quantum de energía, no es posible determinar el número que se precisa para conseguir el efecto buscado...

¿Qué hacer, entonces?

No tengo respuesta. Prueba y error, mi querido amigo, prueba y error. De todos modos, para allanarle el camino, le escribiré al director de mi Observatorio Astronómico de París apenas recuerde cómo se llama. Es un italiano que debió huir a las corridas de su ciudad natal debido a ciertas propensiones innobles. Como sea, hace lo que yo le pida porque lo tengo agarrado de los fundamentos. ¿Para qué le debo escribir? No recuerdo si es Catinga, Cassimiro, Carcassone, Cavalcante, Cacarullo o Calcaterra. Como sea. Ah, claro. Para preguntarle si sus estudios del cosmos incluyen el conocimiento de cómo se capturan, domestican y regulan los rayos. Lo dudo, porque le importan menos las tormentas que la impávida majestad de las estrellas. Pero si la respuesta es positiva, el esfuerzo habrá valido la pena.

CLII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Vuestros aportes son una preciosa fuente de inspiración para mí. Nuevamente me siento con fuerzas para intentarlo todo.

Ahora bien, aun si resolviéramos el tema de la animación de los cuerpos, quedaría por atender al asunto siguiente, que es la transmigración del alma de Cleopatra.

Nuestra fe nos enseña que al abandonar el cuerpo las almas pierden su apariencia humana y pasan a regiones ultraterrenas. Entonces, si tuviéramos la potestad de visitarlas, ¿cómo haríamos para reconocer a la de Cleopatra entre la multitud? E incluso, imagine Su Majestad que una vez que diéramos con ella, aceptara nuestra invitación a regresar y que lográramos transmigrarla… Aun así quedarían algunos temas pendientes.

El primero: que nadie conoce el sitio donde se encuentra su momia, pero aun de encontrarla y ser capaces de revivirla, lo seguro es que su alma no aceptaría volver al cuerpo primigenio en su actual condición milenaria, y doy por cierto que tampoco sería del particular agrado de Su

Majestad desposarla en tal condición.

El segundo: si a cambio ofreciéramos a esa alma un cuerpo sustituto, ¿lo aceptaría sin queja? Lo cierto es que ni siquiera contamos con imágenes de la Cleopatra original, si bien los testimonios de época refieren que era mujer de enorme atractivo aunque de nariz algo desproporcionada.

El tercer tema, a mi juicio de mayor enjundia, nos regresa al principio del asunto. Y ya no se trata de la reencarnación sino de la eternidad. En caso de que pudiésemos trasladar vuestra alma a una burbuja, es decir, volverla mónada inmortal, y que luego hiciera lo propio conmigo mismo… ¿desearía Su Majestad que Cleopatra nos hiciera compañía?

CLIII

De Luis XIV a Leibniz

Paso a paso, mi querido amigo: no por mucho madrugar amanece más temprano. Por ahora me basta con encontrar el alma de Cleopatra (el cuerpo original debe de estar hecho polvo) y me da igual si sale narigona o desnarigada. Eso sí, me pregunto si será posible mantener algún intercambio verbal antes de su traslado. ¡Mire si su alma resulta rústica y me veo condenado a soportar por toda la eternidad su cháchara sobre el tiempo, los afeites, las várices, las cuestiones digestivas, los chismes de pueblo de la época de los Ptolomeos! Sería el infierno… Y sin redención…

Yendo al grano: en el último encuentro con mis científicos de la Academia, éstos me aseguraron que los efectos positivos de la electrovivificación se dan más fácilmente en órganos pequeños que en pequeños cuerpos. Quizá convenga entonces que Vd. empiece por una de las partes —digamos, una vesícula— y no por el todo de —por ejemplo— una rata. O con un loro barranquero, si le gusta conversar mientras opera. Diseccione a la bestia y comience aplicando corriente eléctrica a su corazón, luego a pulmones e intestinos, después a las patas, y así sucesivamente hasta llegar a plumas, garras y pico, o uñas, pelos, piel, bigotes. La tarea subsiguiente sería reunir lo diseccionado y revivido en el conjunto primero y mayor: una tarea de costura o de pegado.

De funcionar el esquema (que la rata muerta y zurcida se levante y ande, que el loro vuele) pasaríamos a cuadrúpedos mayores (caballos,

bueyes, vacas, hienas), probando el efecto en masas cárneas de gran volumen, luego a bípedos próximos a nosotros (monos carayá, titís, bonobo, gorila), y por último nos ocuparíamos de los integrantes de nuestra especie.

Cambiando un poco de tema, ¿cómo va el asunto del pararrayos vertebrado?

CLIV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico

Su Alteza Imperial:

Existe una razón para que haya algo más bien que nada. Esto es una consecuencia de aquel gran principio por el que nada se hace sin razón, así como existe una razón para que algo sea lo que es en lugar de otra cosa. De lo que no se deduce necesariamente que nuestra especie pueda conocer tales razones. Eso es, en resumidos términos, lo que me ocurre con Luis XIV. Lo escucho, escucho sus desvaríos que hace pasar por argumentos, y no los comprendo. Y eso me desespera. Porque Su Alteza me ordenó que complaciera y adulara y celebrara sus ocurrencias y que lo festejara de todas las maneras posibles para favorecer su aceptación del *Consilium Aegyptiacum*, pero por mucho que haga el Rey de Francia no me da respuesta afirmativa a la Propuesta y a cambio me pide imposibles, y como esos imposibles existen como actos de nominación pero no de resolución efectiva, son formulables pero irrealizables, yo puedo tratarlos como tales, es decir, como entes verbales, y continuar con la correspondencia que mantenemos. No obstante, cuando esos imposibles se muestren como tales se hará evidente el fracaso de la misión por la que Su Alteza me envió a este horrible palacio convertido en una prisión sin salida.

No reniego de la posibilidad de que Versalles y sus alrededores terminen siendo mi tumba; más me duele no haber podido servir a Su Alteza y a mi patria.

CLV

De Luis XIV a Leibniz

Querido amigo:

Me sorprende su repentino silencio cuando habíamos logrado mantener un intercambio epistolar de lo más fluido. Por respeto a su concentración en la tarea que le encomendé, me abstuve de pasar por su laboratorio y comprobar en persona sus progresos. Desde luego, los rumores corren, vuelan, y los intrigantes de mi Academia de Ciencias me entregaron una carpeta llena de cálculos que indicarían que la lanza o pararrayos vertebrado resultó un artilugio, sólo capaz de atrapar rayitos misérrimos, y que se derretirá apenas debute con el primer rayo de cierta importancia. Le ruego que disipe mi inquietud al respecto. No sea niño y respóndame, que no es Vd. la única persona con preocupaciones. Escríbame. Preséntese ante mí. Hágame saber cómo va todo. No se haga rogar porque yo no ruego: mando. Mando, pero no soy necio. Si en su fuero interno Vd. cree que el pararrayos es inútil para el propósito por el cual fue concebido, le asignamos otra función y asunto resuelto. Por ejemplo: su altura puede emplearse para brindar un gran espectáculo con los condenados a muerte. Se los manda a subir escalón por escalón, con los cuerpos embadurnados de brea a la que se le pegan plumas de pájaro, dispuestas en las espaldas armazones que simulan alas, y una extensa soga al cuello. Cuando llegan al punto más alto del pararrayos, ya sin escalón entre ellos y el cielo, el verdugo pega un tirón a la cuerda mientras grita “¡Vuela, pájaro!” y los condenados se precipitan a tierra. Yo mismo, si tuviera éxito una revolución dirigida por hugonotes, burgueses, eclesiásticos y financiada por potencias extranjeras, yo mismo me adelantaría a un desagradable y antiestético final encajándome dentro de mi armadura de oro. Subiría hasta el filo del cielo y me arrojaría al aire, los brazos abiertos, esperando que mi muerte se suspenda por obra y gracia del astro rey. Después de todo soy su hijo, el Rey Sol.

CLVI

Diario privado de Gottfried Wilhelm Leibniz

Leopoldo I no contesta mis cartas y Luis XIV me presiona. ¿Qué más podría ocurrir? Todo. Lo peor aún no comenzó. Pronto el Rey francés sabrá que el laboratorio junta polvo. Satanás es la mejor creación de Dios

porque condensa todas las versiones de lo fallido en su sola figura. Seré la risa de este planeta; no puedo prever la reacción en otros.

CLVII

Carta de Luis XIV a Leibniz

Querido y distante amigo:

Comienzo a concebir la amarga sospecha de que Vd. no comprende ni es capaz de apreciar en su verdadera dimensión la tarea que le asigné. Voy a desasnarlo: mi propuesta, burro alemán, actualiza y enriquece la escatología cristiana. Se trata del plan de Dios en relación con su Hijo.

Según los teólogos, luego de la crucifixión y muerte, el alma de Cristo visitó el Hades, entró en el lago de fuego, recorrió la esfera de la muerte y allí pronunció discursos ante los seres espirituales, consoló a los santos difuntos y los llevó al hogar eterno para que residieran junto a Abraham, David, Josué, Daniel… Pero ¿y su cuerpo? ¿Qué pasó entretanto con el cuerpo de Cristo durante los tres días que precedieron a su resurrección? Cuando ascendió al Cielo tras hacer estallar la piedra que cerraba su sepulcro, ¿lo hizo rápidamente porque ya había comenzado el proceso de descomposición física? Porque la Biblia no dice que ascendió en espíritu sino que lo hizo enteramente, porque Dios no tolera su corrupción.

Mi deducción es la siguiente: durante esos tres días el mismísimo Dios descendió y trabajó sobre el cuerpo muerto de su Hijo, lo diseccionó y con el Rayo de su Ser lo fue regresando parte a parte, hasta que al tercer día todas vibraron con vida propia, y entonces Dios las ubicó en su lugar y las cosió y fue ese Cristo remendado el que ascendió al cielo, y lo hizo rápido para que nadie viera sus tajos y costuras. Y eso por un motivo: para ser verosímil, un milagro —sobre todo si es excepcional, único en la historia— debe poseer además un carácter intensamente estético.

Así que… Tenga paciencia con su obra, no se desanime y preséntenme resultados. Me lo debe a mí, nos lo debe a toda la humanidad. Porque es Vd. el primer hombre en la historia que reveló los procedimientos de Dios en relación con la creación universal, así que ahora debe seguir su ejemplo y reproducirlos en la Tierra. *Imitatio dei.* Si quiere, le presto a uno de mis cabalistas judíos para que lo asesore. Y llegado el caso, despreocúpese del tema de los cuidados en el zurcido. Una vez que consiga un cuerpo para mi Cleopatra, limítese a destazarla

adecuadamente y después cósala con el hilo más fino. Por el resto, en Francia somos expertos en el arte del maquillaje.

CLVIII

Carta de Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor embajador oficioso:

Su carta es un compendio de quejas y un recuento de fracasos pasados y presentes que le ordeno no traslade al futuro. No quiero más excusas, pretextos y dilaciones. Cumpla con mi encargo de una buena vez y consiga que Luis XIV lleve a cabo el Proyecto de Expedición (de Invasión) a Egipto. Conozco el carácter de mi primo, sus dislates mentales y su pretensión ridícula de debatir de igual a igual con Vd. en el terreno filosófico. Dele el gusto y quedará encantado, sedúzcalo de una buena vez por todas con su verba florida. Ciencia y filosofía a pedir de ese bocafloja: he allí la fórmula del éxito.

CLIX

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico

Su Excelencia:

Haremos lo humanamente posible.

CLX

Carta de Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, a Gottfried Wilhelm Leibniz

Señor bibliotecario:

Lo humano está al alcance de cualquiera. Prefiero las grandes

dimensiones, las inhumanas, donde se alcanzan las alturas insólitas y se respira el aire frío del Universo.

CLXI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico

Su Excelencia:

Haré entonces lo imposible. ¡Acaba de ocurrírseme una gran idea! En aras de la discreción, privo por el momento a Su Excelencia de abundar en el asunto.

CLXII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Le ruego acepte mis disculpas. Estuve tan entregado a mi actividad que olvidé darle mi respuesta. Pero la última carta de Su Majestad me ha puesto en mi lugar, y a la vez alumbró la dimensión extraordinaria, sobrenatural, de la tarea que Vd. me encargó.

Estoy pensando… Quizá esté arribando a un atisbo de solución… No quiero adelantarme… A veces temo que nombrar lo que se intuye no colabore a darle forma y realidad, sino a disiparlo… Pero creo haber descubierto la mejor forma de buscar y encontrar al alma de Cleopatra.

¿Desea Su Majestad mayor detalle?

CLXIII

Carta de Luis XIV a Leibniz

¡Ya mismo!

CLXIV

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Hace un par de años, Otto Von Guericke, un físico eminente, realizó un experimento que se conoce como “Demostración de los hemisferios de Magdeburgo”.

Al enterarse de que su colega Evangelino Torricelli afirmaba haber probado la existencia de la presión atmosférica, Guericke, intendente de la ciudad de Magdeburgo, decidió someter a prueba esa Demostración. Mandó fundir dos hemisferios de cobre de un cuarto de toesa de diámetro, provistos de varias argollas de sujeción; ajustó herméticamente ambos hemisferios con un anillo de acoplamiento hecho de cuero de vaca, formando una esfera, y selló los bordes con grasa. El interior de la esfera contenía unos sesenta y cinco litros de aire que Guericke extrajo con una bomba de vacío de su invención (si Su Majestad gusta le enviaré el dibujo). Luego ató cadenas de hierro a las argollas y puso dos recuas de ocho caballos a tirar de estas cadenas, una recua por cada hemisferio. Las bestias tiraron con todas sus fuerzas, pero ni siquiera al ser salvajemente azotadas lograron separar ambos hemisferios. Vacío hermético. A la inversa, cuando Guericke quitó la válvula de cierre de la bomba y el aire entró a la esfera, los dos hemisferios cayeron al piso al instante, separados sin esfuerzo.

En estos momentos Su Majestad se preguntará qué tiene que ver esto con su encargo. Mi respuesta es: todo. Y Vd. ya lo había intuido hace un tiempo, cuando me instó a imitar los procedimientos de Dios. Pues bien: cada nuevo descubrimiento astronómico pone en evidencia que el Universo funciona como un mecanismo perfecto. Por lo tanto, y teniendo en cuenta que Dios hace las cosas a lo grande, he pensado que el Hades, la Gehena, el Cielo Azul o como quiera que se llame la zona donde Él reúne las almas de los muertos, necesariamente será una esfera de dimensiones colosales, donde las almas entran y de donde salen de acuerdo a los procedimientos de extracción o incorporación de aire que aplicó Guericke a los hemisferios de Magdeburgo.

Naturalmente, como las almas han ido concentrándose en ese ámbito

desde los inicios mismos de la humanidad, hallándose ya en número incontable, lo seguro es que Él dispuso de una miríada de esferas, un sistema que da una cifra también extraordinaria aunque inferior a la cantidad de almas, pues cada esfera es una ciudad de Dios que contiene miles o millones de éstas. Debe de ser un proceso constante y creciente, ya que seguimos naciendo y muriendo y nuestras almas precisan de ámbito de residencia. En mi opinión, las esferas se asemejan a los depósitos de bienes de las grandes fortunas, que guardan ordenadamente dinero, joyas, obras de arte y toda clase de materiales preciosos en distintas zonas de almacenamiento. En este caso, las esferas albergarán almas de acuerdo a la época en que ocuparon sus cuerpos respectivos, las más viejas en las zonas más bajas o distantes, y las recientes en sitios próximos al punto de ingreso. Pero tal vez podrían agruparse por nacionalidades, géneros y afinidades de espíritu o de nivel social. No podemos saberlo de antemano.

En síntesis, si he descubierto lo que podríamos llamar el "dispositivo urbanístico de Dios para habitáculo de las almas", compuesto como el arquetipo platónico de una serie indefinida y múltiple de esferas de Magdeburgo, en alguna de éstas residirá el alma de Cleopatra, y nuestra tarea es encontrarla y persuadirla de retornar a la vida y ocupar un cuerpo que no es aquel que fue suyo, cumpliendo así con el propósito de Su Majestad.

CLXV

Carta de Luis XIV a Leibniz

Querido Wilhelm:

¿Serías tan amable de enviarme el dibujo prometido? Quiero pasarle el modelo a mi cirujano; tal vez su funcionamiento sirva para resolver problemas de sequedad o taponamiento de intestinos. Supongo que el esquema de absorción de aire incluirá un sitio de salida…

Yendo al punto: no entiendo aún cómo haremos tú y yo para pasar al reino de esas esferas metafísicas y distinguir a Cleopatra del resto de las almas. ¿Conservan la apariencia que tuvieron cuando estaban dentro de un cuerpo vivo? Y, dado el caso de que la encontráramos y la persuadiéramos de volver, ¿cómo la sacaríamos de allí y la traspasaríamos al cuerpo que elijamos o armemos?

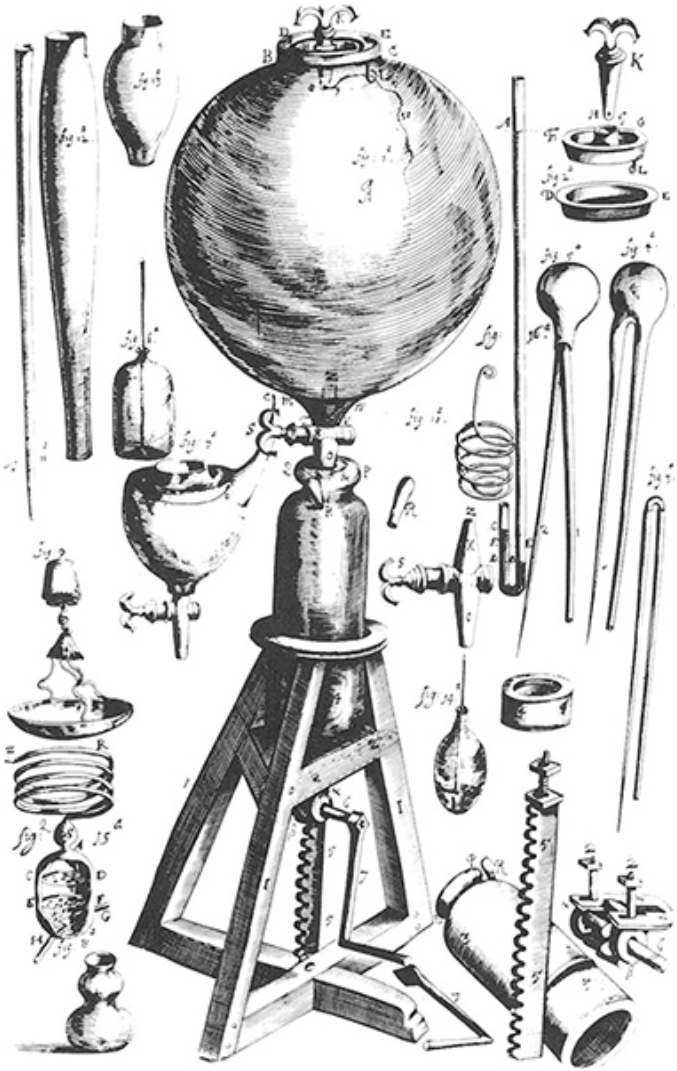
Como no quiero ser insistente prefiero dejar por el momento de lado la cuestión de cómo revivir el cuerpo muerto de una mujer, ya desocupado de su alma originaria, para luego introducirle el alma de Cleopatra…

CLXVI

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Aquí le envío el dibujo de la bomba de vacío creada por Otto von Guericke, que le dará a Vd. una idea aproximada del invento.



Desde luego, para producir el efecto de vacío, el aire extraído desde un punto determinado será expelido en otro punto a través de mangueras o de cualquier otra clase de conducto. La misma modalidad podría aplicarse a la extracción y evacuación tanto de las materias más bajas del Universo (por ejemplo, las fecales) como las más sutiles (por ejemplo, las almas).

En este caso, Von Guericke entendió los problemas de la generación del vacío y la presión atmosférica y nosotros avanzaremos un paso más y lo

aplicaremos a los ámbitos ultraterrenos. Con la bomba de vacío metafísico haremos pasar las almas de una esfera a la otra. Su Majestad conoce ese modo de funcionamiento, es el mismo que emplea en su corte ordenando a los cortesanos que bailen al modo que Vd. inventó, y que le permite observarlos con toda detención y desde todas las perspectivas. En suma, controlarlos. Así, en ese proceso de absorción y traslado, podremos examinarlas una a una sin correr el riesgo de quedarnos con el alma equivocada. Imagino entonces que la plataforma o manguera metafísica a través de la que desfilarán será de una transparencia sublime.

Por otra parte, reconozco la justeza del señalamiento de Su Majestad en el sentido de que la tarea no puede considerarse cumplida apenas encontremos al alma de la Faraona de Egipto. Quedarían pendientes dos tareas: la primera, que Su Majestad convenza a Cleopatra de regresar a la Tierra y convertirse en su cónyuge real; y la segunda, a mi cargo, será lograr su encarnación o pasaje al cuerpo que le proporcionemos. Creo haber encontrado una solución para esta segunda tarea. No se sorprenderá Su Majestad si menciono nuevamente el nombre de Otto von Guericke.

Ya Thales de Mileto sabía que el ámbar (o resina de árbol fosilizada) se imanta al frotarlo durante unos segundos contra paños de tela, piedra o pelaje de animales. Piense Vd. en la belleza de esa materia negra, gris, o en mixtura de violetas y rojos y oros, como algunos ejemplos de ámbar dominicano… piense en ese ámbar friccionándose y atrayendo pequeños objetos (ramitas, papelitos), como un sueño de amor entre entes heterogéneos…

Paralelamente a sus experimentos con las esferas de Magdeburgo y la bomba de vacío de su invención, Von Guericke pensó en sustituir el frote manual del ámbar por el de una máquina que produjera el mismo efecto. Para ello fundió azufre hasta volverlo líquido y lo vertió en un balón de vidrio hueco que, una vez enfriado y endurecido, rompió para exponer su contenido, que ya había adoptado la forma que lo contuvo. Luego atravesó ese globo de azufre con un hierro en forma de eje, que fijó tras de adicionarle un asa, y después ancló todo a una base de madera. Al manipular el asa, el globo giraba a velocidades que Guericke regulaba a gusto mientras mantenía la palma de la mano sobre su superficie imprimiéndole un roce constante y suficiente para que se cargara de electricidad (como anteriormente ocurría con el ámbar). Resultado: el globo de azufre emitía pequeñas chispas (como rayos en miniatura) y

atraía pequeños objetos (papel, plumas, ramitas) que previamente Guericke había depositado sobre la base de madera.

Como un efecto secundario y no buscado, en tanto el globo de azufre giraba, a su alrededor se generaba un pequeño halo constante, una especie de nube pareja y luminosa que desaparecía cuando el globo dejaba de girar. De este fenómeno Guericke no extrajo ninguna consecuencia, pero yo sí lo hice, y en beneficio del pedido de Su Majestad. Y esto nos vuelve al principio del asunto.

La mejor oportunidad que tendré de cumplir con vuestro encargo se presentará una vez detectada el alma de Cleopatra dentro de las esferas celestiales. Entonces, mediante la bomba de vacío metafísica, procederemos a extraerla de la esfera celestial para luego imantarla en el interior del cuerpo elegido, de modo que el halo luminoso la envuelva y le impida abandonarlo.

Así, el cuerpo elegido y habitado por el alma de Cleopatra brillará día y noche como una diosa oriental, como una reina de fábula: será la mujer más hermosa del mundo.

CLXVII

Carta de Luis XIV a Leibniz

¡Queridísimo! Me alegra tanto que tenga todo resuelto en términos teóricos; ahora sólo hay que llevarlo a la práctica. Llegado el momento, tratemos de que Cleopatra no brille más que yo.

Una reflexión. Según los Padres de la Iglesia, las almas, cuanto más puras, más cerca están del calor de Dios. Por eso pienso: si Dios ha organizado sus permanencias eternas en esferas celestiales que las de Magdeburgo imitan sin saberlo, de seguro no las dispuso en orden de llegada sino bajo un estricto sistema de jerarquías espirituales, donde las esferas situadas en las zonas altas contienen a la cristiandad más meritoria (santos, mártires, peregrinos, apóstoles, estilitas, flagelantes, castos, y sigue la lista), y de allí bajando hasta llegar a la negra zona donde se ubican las esferas que encierran a pecadores mortales, asesinos, herejes, ateos, incestuosos, sodomitas, simoníacos, violentos y corruptos de toda laya. Del esquema recién descripto debe de haberse apropiado el italiano Dante Alighieri para su *Divina comedia*, obra demagógica e inconvincente que describe al infierno como un sitio de fuego eterno; por

lógica elemental, si Dios nos abraza con el calor de su amor, no habrá permitido a Satanás quedarse con las máximas temperaturas porque estaría dejándole su lugar y el demonio sería el amo del Universo. Al contrario, doy por seguro que el infierno es una zona de hielo donde las almas, aunque estén una junto a la otra, no se perciben entre sí y, condenadas sin remisión, tiritan en su perpetuo abandono dentro de esferas congeladas.

En cuanto al alma de nuestra Cleopatra, habiendo nacido antes de la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, no conoció las revelaciones de la verdadera religión, lo que desde luego no fue culpa de ella, por lo que no está salvada ni condenada de antemano. Confío entonces en que se halle en una zona intermedia; fresca, tal vez un tanto húmeda y nubosa (¿lloverá dentro de las esferas?). Buscarla en esa zona nos ahorraría mucho tiempo.

Me quedé pensando en la continua queja de mi Ministro de Finanzas respecto de los gastos que implican las guerras que emprendo: logística, armamentos, tropas, carros, caballos, suministros, armas, pólvora, médicos, cocineros, prostitutas, tiendas. Él es de la idea de que un monarca moderno debe vencer sin gastar, lo que hasta ahora parecía un imposible. ¡Como si las guerras se libraran por carta! Pero se me ocurrió… ¿Y si mi querido Leibniz pudiera Vd. construir una bomba de vacío de magnas dimensiones, una megabomba…? Dígamelo Vd. mismo. ¿Sería posible utilizarla en espacios abiertos y producir una absorción total del aire que circula en ciudades como Viena, Tebas, Amsterdam, Madrid o Berlín?

De todos modos, por el momento no estoy decidido a lanzarme a guerra alguna, y sólo emplearía este recurso frente a cualquier resistencia a nuestros planes y si fallara la política de conquista pacífica de Egipto que llevaremos a cabo luego de mi matrimonio con Cleopatra…

En cuanto a esto, y atendiendo a los reclamos de ahorro de Colbert, ¿no podrían usarse esas esferas, llenas de agua y puestas al fuego, tanto para cocinar por mera presión del vapor como para generar energía a causa de esa presión, de modo que tengamos también una máquina o motor que, puesto en cada nave de nuestra flota, nos permita llegar a Egipto sin necesidad de recurrir a remeros? Eso nos libraría además de la naturaleza tiránica de las olas y de la dirección del viento. Llegaríamos mucho más rápido y de manera más económica a Egipto, en las alas vaporosas del amor y la ciencia…

CLXVIII

Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Si es posible que se haga, esa bomba se hará. En cuanto a lo central de mi tarea… Quizá precise tomarme unos días de reposo antes de emprenderla. Estuve pensando en soluciones sencillas, como que la propia alma de Cleopatra imante el cuerpo a ocupar con su hálito de energía. Salvo que sea un alma escéptica, ya muy vieja y desgastada… Esto incumbe al orden del Universo, pero requiere de mayor estudio y aún no lo tengo claro.

CLXIX

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Estimado Señor Ministro:

Le seré franco como siempre y emplearé para ello la menor cantidad de palabras posible. Estoy preocupado por la salud, el orden, la claridad y armonía de pensamientos del Rey. Ayer solicitó mi presencia en carácter de urgente. Cuando estuve ante él, se mantuvo en silencio durante largo rato; contemplaba los artesonados del cielorraso mientras permanecía con la boca abierta como si esperara que una mosca fuese a inspeccionarle el paladar o a depositar su huevo fecundado; después la cerró abruptamente (no sé si había capturado o no al díptero), giró la vista en mi dirección y me pidió que le consiguiera una suma de dinero equivalente a la que puede obtenerse de una brutal exacción de los fondos de todas las regiones del planeta, aduciendo que la necesitaba para un no sé qué de bombas y muertes y resurrecciones y esferas celestes.

—No entiendo lo que Su Majestad me dice, pero sé que lo que pide es sencillamente imposible —le dije.

—Con más razón entonces debe esforzarse en conseguirlo —me contestó. Luego se puso de pie, interrumpiendo la audiencia, y con la vista perdida en el paisaje que se abría tras de los ventanales me preguntó

si veía habitualmente al obispo Jacques-Bénigne Bossuet. Cuando respondí que asistía a sus misas dominicales, me dijo:

—Pídale que le envíe mis más distinguidos saludos a mi difunta esposa María Teresa, y dígale también que le ruego la incluya en las *Oraciones fúnebres* que sé que está escribiendo...

Lo referido me exime de mayores comentarios.

CLXX

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Estimado Señor Ministro:

Comparto su preocupación. También yo advertí signos alarmantes. Y me permito apuntar el nombre del responsable de la alteración de Su Majestad: Wilhelm Gottfried Leibniz. Antes, para su solaz intelectual, al Rey le bastaba con su momento de distracción semanal en el encuentro con los integrantes de su Academia de Ciencias. ¡Cómo se entretenía! Durante una hora abordaban temas tales como matemáticas, física, química y geometría, cuestiones metafísicas, teológicas, naturales y sobrenaturales… nada de lo humano le era ajeno. Y después pasaba el resto de la semana ocupado en serios problemas de Estado. Pero desde que el filósofo alemán y su impronunciable sistema arribaron a Versalles, el Rey no hace otra cosa que pasarse el día dándoles vueltas y más vueltas a esos galimatías mentales carentes de todo sentido.

Ahora bien… Creo que es hora de incluir a Gabriel Nicolas de la Reynie en el asunto… En su Gabinete de los Tormentos cuenta con un sinfín de recursos para morigerar o suprimir las acciones de cualquier molesto… Garantizo su lealtad y discreción. ¡Si le mencionara la cantidad de problemas de los que me libró, siempre de manera expeditiva!

CLXXI

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Estimado Señor Ministro:

Me sorprende Vd. con la noticia de que su Teniente General de la Policía sigue en funciones. Hace tiempo que no se lo veía transitando los pasillos de palacio; llegué a creer que había pasado a mejor vida… ¡Me alegro por él y estimo que, llegado el caso, será de utilidad! Pero en este momento es necesario obrar con el mayor de los cuidados. ¡Se trata ni más ni menos que de la cordura real, y la salud del Estado está por encima de cualquier otra consideración! Piense Vd.: si la mente de Su Majestad se halla calenturienta a causa de la frecuentación del pensamiento de Leibniz, ¿qué ocurriría en caso de que, además de las ideas, elimin——ramos al autor de éstas? No quiero ni imaginarlo… Y creo que deberíamos prescindir también de instancias de amedrentamiento tales como enviarle billetes anónimos en el estilo de "Farsante germano: junte ya mismo sus roñosos bártulos y salga de inmediato rumbo a Hannover antes de que su miserable vida corra peligro…" y similares. Es hora de sutileza.

CLXXII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Estimado Señor Ministro:

Obraremos con los cuidados que amerita el asunto.

CLXXIII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

(Texto corrompido por la humedad del Archivo; ilegible)

CLXXIV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Al momento en que el Señor Ministro me apartó de las tareas que ejecutaba en mi Gabinete y me ubicó en la Oficina de Examen de la Correspondencia, creí que se me retiraba de la parte activa de mi oficio. Confieso mi error. Mi actual asignación es la más noble y alta que se me ha encomendado nunca, y también la más difícil. Le recuerdo su mecánica al Señor Ministro.

Luego de escribir a amigos, enemigos, amantes, esposas, funcionarios de intendencias, embajadores, ministros plenipotenciarios o soberanos de otros países, los cortesanos, funcionarios de palacio y los mismos ministros ponen sus cartas en manos de algún secretario, doncella de cámara, caballero sirviente, ujier o paje, con el objeto de que arriben al destinatario prefijado. Lógicamente, antes de que ese recorrido se cumpla, estos auxiliares las entregan a nuestra Oficina de Examen, donde, tras su inspección a mi cargo, se realizan las copias pertinentes; el original es guardado en la carpeta archivero que porta la identificación (fecha, autor, destinatario), y la copia continúa su camino.

Todo el proceso dura a lo sumo un par de días. Y lo mismo sucede con las misivas que Su Majestad tiene a bien enviarle a Leibniz. En cambio, las cartas que Leibniz envía en respuesta, aunque también copiadas y archivadas y preservadas en los anaqueles correspondientes a la figura de catálogo: “Correspondencia dirigida a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona”, reciben un tratamiento particular. Debido a las singularidades de la escritura del filósofo, se tarda días y a veces hasta semanas para que la copia quede terminada y lista para llegar a manos de Su Majestad.

Debo ser más claro. El Señor Ministro sabe que es abrumadora la cantidad de correspondencia que se expide desde palacio y la que entra en palacio, tanto que debimos desplazar de su espacio a Departamentos que desempeñaban tareas de menor relevancia, para ocuparlos nosotros, y también debimos quintuplicar el número de copistas y sumar turnos rotativos para que la lectura y transcripción de la correspondencia no se acumulara. Los copistas son, por lo general, personas duchas en su labor e

indiferentes a las materias cuyos contenidos reproducen. Copian sin leer lo que transcriben, como los autómatas. Sin embargo, cuando le toca una carta del filósofo alemán, cada copista experimenta un efecto perturbador. Y si tal cosa sucede con profesionales entrenados, ¿qué cabría decir de la exposición prolongada de Su Majestad a *todas* las cartas que Leibniz le ha enviado?

Me explico: suele decirse que el propósito de la filosofía y de los filósofos, tanto como el de la religión, es tender un puente entre la obra de Dios y la comprensión humana. Ahora bien, nada de esto ocurre en el pensamiento de Leibniz, que pretende explicar ese acuerdo con los argumentos más amplios y racionales pero logra lo contrario, tanto a causa de los conceptos enrevesados y los términos inextricables que exuda su prosa como de la confusión que genera su caligrafía tortuosa y su modo enfermizo de emplear hasta el menor de los espacios de cada página, esparciendo su palabrerío a lo largo y a lo ancho en angulaciones agudas y esquinadas al modo del gótico de la Baja Edad Media, semejantes a dibujos torpes de una zoología fantástica; aquí, la H parece un hipogrifo; allá, una A grita como una gárgola; al lado la S de una sirena cabecea sobre el fondo marino; y uno encuentra también unicornios, mantícoras, centauros, comadrejas… Mis copistas deben descular letra a letra los significados de esa escritura pequeñísima y con retorcimientos que son el reflejo formal de una avalancha de ideas que se suceden sin orden ni selección alguna y que su autor evacua sobre la página a medida que aparecen y que luego suprime con tachaduras aparatosas, hechas con el grueso de la pluma, sobre las que después añade observaciones más complejas aun y escritas en letra todavía más minúscula. Pero al parecer estos añadidos no le resultan suficientes, porque a su vez los corrige o los acota mediante comentarios que a veces alcanzan una extensión superior a la del añadido puesto sobre lo suprimido y se abren en alas y en signos estrellados que envían la continuidad de la oración a los bordes de cada página, a las partes superiores o inferiores, a las anteriores o las siguientes, en una profusión tal que no hay párrafo ni renglón ni palabra sin enmiendas y sobreenmiendas. En resumen, todo es una mescolanza de supresiones y añadidos y comentarios y flechas que suben y bajan y trazan senderos donde una línea se cruza con otra y en ocasiones lo hacen diez o veinte, en abismos diagonales, longitudinales, curvos o esféricos.

Ciertamente, la función de los copistas se limita a transcribir o traducir

esas exorbitancias, y la mía en informar sobre el sentido general de lo escrito. Pero en el caso de las misivas de Leibniz mi tarea de comprensión se ve perjudicada porque esa transcripción o traducción resulta siempre hipotética. Por dar un ejemplo, donde primero escribe “ser”, luego tacha y pone “ente”, luego tacha por segunda vez y sustituye por “no ente”, o tal vez por “ni ente” o quizá por “niente”, y por último suprime esta última palabra y de la misma supresión arranca una flechita que apunta a “ser”. Leibniz parece creer que la filosofía es un giróscopo o un arte de la combinatoria alucinada. A diferencia de los laberintos vegetales que diseña André Le Nôtre en nuestros jardines y que tanto se usan para romance furtivo como para cagadero, de aquí es imposible salir.

Teniendo en cuenta estas dificultades, me veo impedido de cumplir a conciencia con el pedido del Señor Ministro y respondo: creo que la de Leibniz es una mente perversa.

Pero nada querría menos que dejarle la impresión de que le escribo para trasladarle mis problemas sin haber atendido antes a la búsqueda de soluciones. Por eso, ante la aparición de las primeras dificultades, visité a nuestros Criptógrafos Oficiales, los señores Antoine y Bonaventura Rossignol, padre e hijo, que de inmediato pusieron manos a la obra. Los vi esforzarse, transpirar, discutir… Emplearon todas las técnicas conocidas hasta el presente. No obstante eso, ni en la sintaxis, ni en la disposición espacial de las letras, ni en el sentido general o particular, ni en la cantidad de párrafos ni en la reiteración de palabras ni en la cantidad de vocales y consonantes encontraron algo que permitiera suponer o siquiera imaginar un mensaje secreto. “Estas cartas son una materialización del caos originario…”, concluyeron.

En vez de desalentarme con la respuesta, me vi asaltado por una intuición. ¿Y si la lógica, la claridad y el sentido se hallaran, no en el contenido expreso de esas cartas, sino en su forma? Fui a la Oficina de Ingeniería Militar y me anuncié a Sébastien Le Prestre, Marqués de Vauban, Mariscal de Francia, a quien le mostré traslaciones de cartas en la que previamente había quitado palabras y cifras, dejando sólo flechas, líneas y rayas y puntos.

Luego de estudiarlas atentamente, nuestro ingeniero militar descartó que esos entrecruzamientos contuvieran información de carácter bélico, diseño de fortaleza o arma alguna, y me sugirió otra posibilidad de análisis.

—Retire los trazos grandes, deje puntos y “estrellas”, vaya de mi parte

al Observatorio Astronómico Real de París y consúltelo con su director. Quizá en estas páginas se encuentre un mapa del cielo —me dijo.

CLXXV

Carta de Jean-Dominque Cassini, selenógrafo, agrimensor, matemático, astrónomo, ingeniero, astrólogo y biólogo, director del Observatorio de París y miembro de la Academia de Ciencias, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Excelentísimo Señor Ministro:

Desde que Su Majestad me honró con el cargo que desempeño, tengo tantas ocupaciones que la administración de mi tiempo se ha vuelto un bien precioso. Fue con disgusto, entonces, que recibí hace un mes la visita de Wilhelm Gottfried Leibniz, a quien no conocía personalmente pero del que tengo la peor opinión desde que la Academia de Ciencia de Londres se negó a sumarlo a sus filas por pretender de su invención el llamado "cálculo infinitesimal", cuya autoría, como sabemos, corresponde al físico, teólogo, inventor, alquimista y matemático inglés Isaac Newton.

No obstante, me vi en la obligación de atenderlo porque según se dice cuenta con el favor de Su Majestad. Le refiero un resumen de nuestro encuentro.

Leibniz dio comienzo a su discurso felicitándome por mi descubrimiento de la división de los anillos de Saturno, mi medición de la distancia de la Tierra a Marte, y mi formulación de las leyes que regulan los movimientos de libración de la Luna. Una vez que concluyó su penoso ejercicio de adulación, mi inoportuno visitante confesó sus intenciones: esperaba emplear la Torre de Marly, que utilizo como soporte de telescopios aéreos y de larga distancia focal, para capturar los rayos que soltara el cielo en días de tormenta. Ante ese absurdo, hice tronar mi indignación, a lo que Leibniz replicó que era el mismo Luis XIV quien le había encargado la puesta en práctica de un nuevo proyecto que precedía a cualquier otro en importancia. Repliqué que, de confirmar que se trataba de una orden directa de Su Majestad, pondría a su disposición la Torre Astronómica. Leibniz agradeció vivamente mi respuesta y es aquí donde comienza lo más extraño del encuentro.

Yo ya había empezado a sospechar que me encontraba frente a un fabulador o un loco, pero confiaba en que Leibniz se iría conforme con mi respuesta. No obstante, a cambio de retirarse pidió que saliéramos a la explanada del observatorio y, luego de estudiar a conciencia la estructura de la Torre y manifestar su admiración ante el alcance de los telescopios, me preguntó si servirían para observar lo que él llamó "mónadas" "burbujas" o "esferas", entes que definió como distintos de los planetas por transparentes y conectados entre sí, situados en elevadísimas alturas de la atmósfera, y quiso saber también si la distancia focal alcanzaría para estudiar la naturaleza y las actividades de sus habitantes…

A esto le contesté que en el curso de toda mi experiencia astronómica no había detectado nada semejante y tampoco podía afirmar que en su interior existieran seres semejantes o disímiles a nosotros. Como si no me hubiese escuchado, Leibniz me hizo la siguiente pregunta:

—¿Existe la posibilidad de invertir las lentes de sus telescopios o disponerlas de manera que los habitantes de esas esferas nos observen a nosotros? E incluso, ¿habría manera de rescatarlos de esas esferas y bajarlos a nuestro planeta, más precisamente traerlos a Versalles?

Como el Señor Ministro imaginará, semejantes dislates me dejaron sin palabras.

A fin de saber cómo responder en lo futuro a este lunático, espero vuestra contestación a vuelta de mensajero.

CLXXVI

Carta de Jean-Dominique Cassini, selenógrafo, agrimensor, matemático, astrónomo, ingeniero, astrólogo y biólogo, director del Observatorio de París y miembro de la Academia de Ciencias, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Excelentísimo Señor Ministro:

Apenas hube enviado a Vd. mi anterior misiva, se presentó ante mí un sujeto de aspecto más que siniestro. Alegó ser Jefe de Policía y subordinado de Vd. y puso frente a mis ojos unos papeles llenos de rayas y puntos de los que me pidió interpretación. Como no vi en aquello nada de lo que me solicitaba encontrar (gráfico en clave celeste; mapa oculto o

signo hermético), me mostró unas cartas escritas por mi anterior visitante, Leibniz, y me conminó a redactar una declaración dirigida a Su Majestad en la que debía afirmar que esos escritos eran diabólicos, mágico-cabalísticos-hipnóticos, de contenidos peores aun que una pócima venenosa. Cuando le aseguré que nada de aquello parecía cierto, me dijo que no me preocupara por la verdad sino por mi destino. Alzó el dedo índice de su mano derecha, lo ubicó a la altura de mi entrecejo y procedió a percutir mi frente con el citado dedo, en golpecitos repetidos y de creciente intensidad, mientras me decía que redactara lo que me estaba solicitando o de lo contrario cancelaría expeditivamente mi permanencia en Francia y él mismo me despacharía de regreso a Génova sin un cobre y con las piernas quebradas. Y agregó: "No sé si me explico, pedazo de…" *(El resto de la carta, devorado por las ratas*).

CLXXVII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Lograr la atención de Cassini me costó más de lo esperable. Fui por las buenas, porque sé que cuenta con el favor de Su Majestad, y finalmente conseguí que echara una mirada sobre las cartas (depuradas y no depuradas) de Leibniz y, luego de una discreta presión, me prometió decir lo que Vd. ordenó.

De todos modos, creo que el auxilio de la ciencia astronómica llega tarde para despertar a Su Majestad de su ensueño ponzoñoso. Por desgracia, no existen medicinas curativas para los efectos deletéreos de ciertas lecturas a las que —temo— nuestro Rey se expuso por un tiempo demasiado prolongado. Paso a contarle.

Anoche, eran las dos de la madrugada, un guardia de mi completa confianza mandó despertarme con la noticia de que graves y destemplados gritos sonaban dentro del Apartamento Real. Ceñí mi espada, amartillé mi pistolón, corrí hacia palacio e irrumpí a los saltos en la habitación de Su Majestad. El Rey estaba a medio vestir y exigía su carruaje. Mi guardia despertó a puntapiés a dos palafreneros, que uncieron los caballos al tiro, y yo conduje a Su Majestad en la dirección

que me indicó: Saint-Denis.

Atravesamos las sombras y el bosque hasta llegar a las puertas de la basílica. Allí Su Majestad me ordenó que me detuviera. Me adelanté y golpeé la puerta central hasta que nos abrió un sacerdote de la orden de San Benito.

—¿Qué clase de Dios atiende aquí que no hay farol, vela o antorcha que ilumine el camino del Rey de Francia? —le dije.

El monje se deshizo en excusas pero Su Majestad ya había atravesado la nave central y se dirigía hacia el ábside. Tras sortear la mesa del altar, llegó a la altura del crucero sur y allí pareció buscar algo; tanteaba las paredes sin preocuparse por el polvillo que se adhería a sus guantes ni por el riesgo de golpearse contra las estatuas, tal vez porque contaba con el auxilio de la luz de las estrellas que se filtraba a través de los vitrales.

¿Puedo confiar, señor Ministro, en que mantendrá la discreción suficiente? Admito que algo en mí se estremeció al ver bajo esa titilación escasa la escena de la decapitación de san Denis, y luego su cuerpo descabezado que caminó seis kilómetros cargando la cabeza bajo el brazo. Durante los segundos en que me distraje con esa contemplación, perdí de vista a Su Majestad, y cuando volví a verlo estuve a punto de sucumbir al pánico: igual a la de un nuevo santo, separada del cuello, la cabeza del Rey, en principio la peluca, se movía a izquierda y derecha y oscilaba levemente mientras se hundía en el piso hasta perderse, como si Él mismo se hubiera vuelto un espectro tras partirse en dos.

Confieso también que en ese momento me sentí tentado de huir, pero la lealtad pudo más que mi espanto y corrí en dirección del desvanecido. No me extiendo, pues el misterio se develó de inmediato: Su Majestad había ido descendiendo por una escalera en caracol casi oculta por lo pequeña y enroscada, hecha de piedra caliza negra o material similar, y que llevaba a la Gran Cripta. Y ahí estábamos, en el ámbito donde reposan los grandes monarcas. Yacentes en mármol blanco, cobre esmaltado o piedra negra de tornasol, las manos plegadas sobre el pecho, o cruzadas en posición de rezo. Mortuorios restos de glorias pasadas. Su Majestad estaba de rodillas ante el monumento de María Teresa de Austria.

Cuando, más que verme, me escuchó llegar a su lado, dijo:

—Muy bonito el taraceado de la sillería del coro, Reynie; sería bueno que averiguaras el nombre del artesano. Y creo llegada también la hora de encargar mi sepulcro a Gian Lorenzo Bernini.

Luego, sin mirarme, siguió con lo que hacía; en un susurro que era un quejido, le hablaba a la difunta y acariciaba la helada piedra de los pies descalzos. Hablaba, Su Majestad, con ese tono que expresa el dolor más profundo. ¿Lloraba? Sí.

—Perdón, mi amor —decía—. Perdón, mujercita mía. Tarde reparo en tu falta y ahora la vida es un desierto. Y hoy te evoco y sé que fuiste una buena mujer y me has querido como no quisiste a nadie. O al menos espero que así sea y que no encuentres muy rápido un alma gemela y dejes de extrañarme como yo lo hago. ¿Podrás perdonarme alguna vez, desde la esfera celeste que habitas, cuando sepas que regresé a la vida a Cleopatra y que la desposé? De ser por mí, estarías primera en la lista de los retornos. Pero debo anteponer los variables intereses de la nación a los duraderos dictámenes de mi corazón. ¿Qué dices, mi amor?

Y Su Majestad volvió a llorar con el desconsuelo de una criatura. Cuando el llanto se detuvo, ya amanecía; el resto de las formas del ambiente comenzaba a precisarse. Su Majestad se inclinó, besó el mármol de los pies y luego me hizo un gesto, así que yo me incliné a mi vez y lo ayudé a levantarse.

¿Concuerda conmigo entonces, Señor Ministro, en que ha sido la correspondencia con el filósofo Leibniz lo que llevó a Su Majestad a su estado de turbación actual?

CLXXVIII

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Marqués:

A grandes males, grandes remedios. ¿Sigue viva la bruja? Me refiero a la que preparó la pócima venenosa con la que mi ex amante asesinó a mi difunta esposa…

CLXXIX

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra,

Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona

Su Majestad:

Recuerde que Magdelaine de La Grange fue juzgada por la Cámara Ardiente y sentenciada a morir en la horca…

CLXXX

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Marqués:

Cuando le hago una pregunta contésteme por sí o por no sin tratar de sugerirme que olvidé algo y que necesito de Vd. para recordarlo. Yendo al asunto: dicen que, además de bruja, esa mujer trae del limbo a los espíritus difuntos y facilita la conversación con ellos. Si aún no cuelga de una soga, que la traigan a mi presencia.

CLXXXI

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Sucia, hambrienta y rodeada de ratas que temían acercársele, y a tal punto que muchas migraron de la mazmorra a mis Archivos, la bruja, Magdelaine de La Grange, parecía saber que yo pasaría por ella; al menos no mostró la menor sorpresa cuando mandé que las doncellas cambiaran sus ropas desastradas por un atuendo decente, y tampoco se sorprendió cuando la conduje por los pasadizos secretos hasta el Apartamento Real. Al momento de nuestro ingreso, Su Majestad contemplaba los jardines a través de los ventanales y sin volverse hizo un gesto leve con el dedo índice de la diestra, pues tenía ambas manos tomadas y a sus espaldas, indicando que la bruja debía sentarse ante una pequeña mesa donde sólo había un mazo de cartas.

La bruja contempló el mazo y sonrió.

—Veo que Su Majestad tiene en su poder el tarot de Visconti-Sforza. ¿Espera que le tire las suertes y le revele el futuro, o simplemente busca conocer la diferencia entre los arcanos mayores y menores? —dijo, y comenzó a dar vuelta las cartas una por una y a disponerlas prolijamente sobre el paño.

El Rey se volvió entonces:

—Quiero que me comuniques con el alma, espíritu, espectro o voz de María Teresa de Austria, mi esposa, a la que envenenaste con tus pócimas.

—En cuanto a que yo lo hice, habría mucho que decir, pero entiendo por qué que Su Majestad tiene sus razones para no discutir el delicado tema de la autoría. Y para establecer el contacto no preciso de carta alguna. Sólo hace falta que usted se siente enfrente de mí y me mire a los ojos. Fijamente y sin parpadear —respondió la bruja.

Para mi sorpresa, el Rey cumplió con la indicación sin chistar. Luego de unos segundos, la bruja, que hasta entonces tenía las manos sobre su falda, apoyó las palmas sobre la mesa, soltó un silbido de serpiente y empezó a torcer el cuello hacia atrás, con una lentitud que marcaba una dificultad creciente a medida que la nuca cerraba el ángulo con la espalda; y sin embargo el movimiento seguía, y siguió hasta alcanzar una posición imposible: tanto que la cara quedó alzada en un ángulo de noventa grados respecto del eje del cuerpo, y los ojos apuntaban en dirección de los artesonados y pinturas del techo, pero no parecían contemplar sus primores sino buscar algo; finalmente la bruja despegó los labios y con voz ronca y deformada preguntó:

—¿Estás aquí?

Por supuesto, Señor Ministro, además de la bruja, Su Majestad y yo éramos los únicos presentes, y las ventanas estaban cerradas. No obstante, empezamos a escuchar el susurro de un viento que traía voces lejanas y las cortinas se sacudieron como si alguien las golpeara para quitarles el polvo. Mostrando la entereza de su ánimo, Su Majestad ni mosqueó. Miraba fijo a la bruja, que repitió su pregunta y volvió a formularla con voz más grave aún y más rasposa, separando la pregunta en sílabas. Y cuando el “es-tás a-hí” sonó por tercera vez, hubo un oscurecimiento repentino del Aposento Real, seguido de un ruido de choque: los postigos se habían cerrado de golpe y Magdelaine de La Grange volcaba de manera aún más quebrada su cabeza hacia atrás, como si careciese de

cuello y la nuca pudiera apoyarse directamente sobre la espalda. Pero eso duró sólo unos instantes; después la cabeza retornó hacia la posición habitual y, enfrentando su mirada a la de Su Majestad, dijo: "¿Quién me llama?", con una voz que no le era propia, y ella misma le contestó con la que ahora era suya: "¿Quién eres?", y la otra le contestó: "Soy la que estabas buscando, soy aquello que buscabas". En ese momento, los ojos de la bruja ardían, giraban dentro de sus órbitas y parecían querer distanciarse entre sí, cada pupila temiendo incendiarse con la llama de la otra, y además todo su cuerpo temblaba y de sus labios brotaba una luz azulada y ligera que se elevó a mediana altura y, tras oscilar y hamacarse, adoptó apariencia de figura humana. No sé al Rey, pero a mí se me erizaron los cabellos bajo la peluca. Su Majestad le preguntó si era María Teresa de Austria y no el demonio quien se presentaba. La flama se agitó, se retorció, giró sobre sí misma en espirales envolventes, donde el azul del inicio alimentaba chispas doradas y rojas y violáceas al tiempo que también Magdelaine de La Grange se torcía hacia uno y otro lado.

Por lo que sé, los casos de posesión diabólica ocurren dentro del cuerpo del poseído, pero en esta situación esa luz, habiendo brotado del interior de la bruja, ahora la sacudía como si fuese una marioneta. En algún momento, entonces, tras engrosarse, la flama hizo una especie de mímica y de la garganta de Magdelaine de La Grange brotó la voz. Y se lo juro, Señor Ministro, era la de la mismísima María Teresa de Austria. Y fue esa voz la que alzó a la bruja, la puso de pie, y entonces dijo:

—Primero me invocas y después me preguntas si estoy. ¡Serás siempre el mismo gordo infeliz! Me quisiste cuando no me tenías y me tuviste para no prestarme la menor atención. Luis… Luis… Luis… Primero estabas encantado con mi cabellera rubia, mis ojos azules, mis formas agradables y mi aliento fresco, pero claro, el señor se acostumbró enseguida y en vez de mantener trato conyugal prefirió continuar acostándose con sus putas rentadas con título de Marquesa. ¡Esas yeguas sucias, olorosas a orines y sobadoras de vergas morcillonas! ¡Me dejaste a un lado, a mí, a tu real esposa española! ¿Y ahora pones esa cara de boniato hervido? ¿Ahora estás compungido, dominado por el remordimiento? ¿O es sólo tu anhelo hipócrita de conseguir mi perdón? Pero no, querido, no. Eres imperdonable y ni una pizca de lástima te tengo. Tampoco pienso perder mi tiempo inundándote de reproches porque basta con los que te haría tu conciencia si la tuvieras. Fuiste cobarde e indigno. Los hombres como tú, los hombres que no saben amar

y entregarse al afecto de una mujer, los temerosos de toda pasión, están condenados. ¿Y sabes cuál será tu castigo? ¿No? Te lo voy a ir diciendo, despacito, para que se filtre de a poco en esa sesera blanda y gomosa: permanecerás en el más allá jugando eternamente al estéril juego solitario que fue toda tu existencia. En las esferas celestiales las almas como la tuya están jodidas: cuando advierten que perdieron el lugar distinguido que tuvieron en vida, fingen arrebatos de humildad y tratan de alternar con otras. Entonces hablan pero nadie quiere atender a sus parloteos. Y así se van consumiendo, reduciéndose en aspiraciones y tamaño hasta convertirse en un colgajo más pequeño que el prepucio cortado de un judío recién nacido, y finalmente se vuelven polvo y regresan al lugar de donde nunca debieron salir: la nada absoluta. En resumen, ¿para qué me llamaste? ¿De verdad crees que te extraño, con todo lo que me hiciste sufrir? ¿Imaginaste que me complacería contemplar tu cara de cerdo satisfecho? ¿En serio supusiste que volaría a través de los abismos para escuchar, ¡otra vez más!, nuevas confidencias de tus aventuras sentimentales, esas tediosas aventuras donde ni por un instante estuvo en juego un sentimiento libre de cálculo? Me refiero al amor. ¿Amaste alguna vez, siquiera por un instante? No. Estabas demasiado ocupado creando tu reino de merengues, empalagándonos con tus cúpulas doradas de crema coronadas en la cima por tu propia imagen en glasé de muñeco de torta… Y encima tienes el descaro de venir a hablarme de otras… ¡Como si yo fuera una amiga más y no tu única y legítima esposa! Para que sepas, mi Rey Sol, aquí estoy muy bien, gracias, me veo espléndida y me siento divina, no me haces ninguna falta ni quería verte de nuevo. El cielo es un alivio. Puede que requiera de algunos toques de diseño, la decoración deja mucho que desear, pero estoy cómoda y en grata compañía. Si quieres saberlo, también me encontré con mi pequeño pigmeo negro, Nabo, a quien mandaste matar por celoso y al que mis doncellas, cuando bañaban, llamaban cariñosamente tesorito, piel de seda, príncipe de ébano, y las más zafadas enano pijudo. Yo también supe bañarlo, no te creas, y es admirable cómo la rosada piel de su… en fin, se alzaba con mis caricias. Pero no te preocupes. En el cielo no es carne lo que sobra, al contrario. Ya lo sabrás cuando te toque el turno. Aquí tampoco encontrarás un nuevo Versalles donde reinar, un reino de ultratumba para ti solo. Éste es un ámbito lleno de curvas tal y como lo montaste en tu palacio, pero a cambio de la sólida materia de tu lujo chabacano se practica un despojamiento supremo. En

vez de paredes hay telas grises, muy franciscanas, si se quiere rotas y desgarradas, porque Dios no corta con tijera de sastre… Entonces, en vez de satisfacernos en fútiles vanidades y suntuosos decorados, nuestras etéreas almas van de una estancia a la otra, de una esfera a la otra (y hay cientos, miles de ellas, vinculadas entre sí por conductos ascendentes y descendentes), dialogando de temas espirituales...

—¿Puedo hablar? —dijo de pronto Su Majestad.

La flama, que durante todo el monólogo de su títere humano había parecido serenarse, con la interrupción del Rey se agitó de nuevo. Las chispas internas se encendieron y agrandaron y pareció que iban a brotar del cuerpo azul y más denso y quemarnos a todos, pero finalmente María Teresa de Austria, es decir su espectro, se calmó y contestó por boca de Magdelaine de La Grange:

—¿Cuándo hiciste otra cosa que hablar, hablar y hablar, pedazo de charlatán? ¡Ah, pero ahora me toca a mí! Yo hablo, tú me escuchas. Y si tienes algo que preguntarme, será cuando te conceda el turno.

—Pero, mi Reina…

—¿Mi Reina me llamas cuando ya nada soy tuyo? Silencio, aborto mal parido. Silencio. ¿Qué es esa cara? Claro que es cierto lo que dije, y te lo repito y lo deletreo: “A-bor-to-mal-pa-rido”. ¿O no sabías que al nacer tu madre quiso tirarte al pozo de las aguas servidas y la detuvieron a último momento? ¿Y por qué crees que lo intentó? ¡Vamos, si hasta tú sabes que el semen que la fecundó no fue el de Luis XIII sino el del cardenal Mazarino, a quien te pareces como un moco se parece a otro moco! Así que el gran señor es un hijo bastardo sin derecho alguno a la corona. Bastardo. Y por supuesto, a nadie se le escapa que todo tu fasto y tu pompa son directa consecuencia de tu pueril voluntad de ocultar lo espurio de tu origen. “Rey por derecho divino”. Ja. Ésta. Se me frunce la argolla, me descompongo de risa, me mearía encima si estuviera hecha de líquidos y materia. Bastardo y basta. Y sin embargo, yo, que sabía todo esto, yo, que desde el inicio sabía que eras indigno de mí, un ilegítimo, un sangre sucia (porque Mazarino provenía de los bajos fondos), yo te acepté y te quise como nunca nadie te ha querido y jamás nadie te querrá. ¡Las cosas que hice por ti, desde el inicio, desde el momento mismo que me alcanzó tu aliento! Soporté tu desidia, elegí sostenerte, convertirte en un monarca en serio, un hombre de verdad y no un payaso que se cree un tipo extraordinario porque aprendió a disparar diez chistes idiotas por minuto. Aposté y perdí y toleré mi derrota y el fin de mi

ilusión, el error de haber aceptado al hombre equivocado. Pero siempre conservé intacta mi dignidad, y por eso no perdono tus infamias y tampoco simularé que ignoro los verdaderos motivos por los que me convocas. Pedazo de estúpido. ¿O creías que todo sería olvidado porque viniste a lagrimear delante de mi tumba? Ah, no, mi querido. Ni olvido ni perdón… tanto amor derramado, qué desperdicio… Qué desolación… Mi alma se parte de pena…

—Pero mi Reina…

—No me interrumpas.

—Te interrumpo todo lo que quiero. Sigo siendo tu Rey, aquí y en los otros mundos. Y tengo la impresión de que lo que cuentas es una versión pobre e interesada: la de una habitante de un ámbito provisorio, una zona de pacotilla. ¿Qué clase de ámbito celestial es uno hecho de cortinas rotas, puertas desconchadas y escaleras mugrientas, como si fuera la propiedad abandonada de uno de mis nobles de provincia? Crees decir una verdad, y sólo se te alcanzan las medias revelaciones del más básico de los purgatorios. Incluso, tiendo a pensar que no estoy hablando con mi amada María Teresa sino con una diablesa menor, la única que pudo invocar esta bruja que contrató la loca de Françoise-Athénaïs… Y que todo es otra conspiración, otra… Un simulacro más, hecho para extraviarme y perderme.

—¿Quieres la verdad? ¡Una verdad duradera? Te la diré. Luis XIV, Rey de Francia y etcétera. Infeliz… Yo profetizo… Yo profetizo… Yo profetizo tu condición efímera y tu disolución… Llegará el día en que las turbas entren en Saint-Denis, invadan las bóvedas y arrasen con los monumentos y con los restos de los monarcas y los nobles y los altos dignatarios de la Iglesia. Yo profetizo… Lo estoy viendo… mármoles y cobre y oro y piedras negras serán cortados y vendidos por peso, y se llevarán uñas, cabellos, dientes y huesos de los cadáveres para guardarlos como trofeo o usarlos de ungüentos medicinales, y lo que hieda y no resulte redituable será cubierto con azufre. Así, los cuarenta y seis reyes, treinta y dos reinas, sesenta y tres príncipes de la sangre, diez servidores del reino y dos docenas de abades allí enterrados, serán tomados por la multitud como objetos de lucro. El más rentable resultará Enrique IV, embalsamado a la italiana. De él se venderán a buen precio el sudario y la impresión de yeso de su cara. Y prosperará el comercio cadavérico y la viuda de uno de los administradores de la basílica intentará en vano encajarle a Luis XVIII, el último de tu linaje, el abuelo de tu bisnieto, la

mandíbula de Dagoberto I, y dos dientes y un trozo del cráneo de Luis IX, y las orejas disecadas de Enrique III, y el cabello rizado de Felipe II y la pierna derecha momificada de Catalina de Médicis. Pero Luis XVIII se negará y esos restos terminarán expuestos en vitrinas. Y ahora pasemos a la familia: el 14 de octubre de 1793, a las tres de la tarde, las multitudes enardecidas abrirán el ataúd de tu falso padre Luis XIII y encontrarán el cuerpo tan degradado que sólo resultará reconocible por su bigote negro, y se lo arrojará sobre un lecho de cal viva para acelerar la descomposición y el desecamiento, con el fin de desguazar y comerciar sus huesos. Por el dolor que me causa, no ahondaré en el destino último de nuestro hijo Luis, el Gran Delfín. Baste con decir que será hallado en estado de putrefacción líquida y que en el traslado de su ataúd hacia la fosa disecatoria, su cadáver, así como los restos de Francisco I de Francia, Luisa de Saboya, Claudia de Francia, Francisco III de Bretaña, Carlos II de Orleans y Carlota de Francia, goteará líquido negro por entre las grietas. Y ahora, en cuanto a ti, mi desdichado Rey, amor de mi vida: serás guardado también en Saint-Denis, y cuando la turba lo invada todo resultarás reconocible debido al color negro de la gangrena que comenzó por tu pierna izquierda y que terminará por invadir todo tu cuerpo. Tu cuerpo será arrojado a la fosa común, en espera del osario, y la placa de cobre que conmemore tus hazañas será arrancada y fundida y convertida en un caldero. En cuanto a tu corazón, junto con el de Luis XII, será picado y macerado con alcohol y aceite para obtener el "bermellón momia", un pigmento castaño oscuro, útil para efectos de esmalte, sombreados y diversos matices del tono de la carne, que se empleará en *Interior de una cocina*, de Martin Drölling, pintura particularmente luminosa y que te habría gustado exhibir en alguna de tus salas. Pero no quiero extenderme en estos detalles porque escuché lo que dijiste ante mi tumba en la basílica. Y como siempre me consideré una buena esposa entendí lo que necesitabas, así que recorrí esfera por esfera buscando a tu Cleopatra. ¡No puedes ni imaginar lo que me fatigaron esos ascensos y descensos, la cantidad de pasillos que unen los ámbitos, las escaleras y precipicios! En fin. Como siempre, a ti nunca te importó mi sufrimiento porque nunca dejaste de mirarte ese ombligo juntador de pelusa. Así que anduve y anduve hasta que la encontré en el sector asignado a las almas provenientes de Oriente, porque Dios está enamorado de los paraísos del exotismo. Cleopatra es un encanto de mujer y nos hicimos bastante amigas, así que la fui llevando de a poco, pero cuando pasé al asunto de

tu interés me contestó que ni ebria ni drogada pensaría en casarse ni contigo ni con nadie, durante su estadía en la Tierra ya se había hartado lo suficiente de los hombres, después de los cretinos de Julio César y Marco Antonio estaba curada de espanto. La entiendo. ¿Para qué querría volver? ¿Para casarse con un monarca obeso y prácticamente impotente (porque, ah, no, a mí no me la vas a contar, digamos toda la verdad…), un comilón vulgar, un ordinario que sólo se excita con las porquerías frías que le sirven en sus banquetes y que sólo tiene ojos para sus pinturas melifluas y sus horrendas estatuas de diosas culonas y con la cajeta al aire? Cleopatra está perfectamente tranquila donde está y a la espera de su ascenso a la gracia de Dios, que rechaza toda decoración y arquitectura. ¿Quieres saber algo más, mi querido, o puedo retirarme a mis aposentos celestiales?

Dicho esto, Señor Ministro, y antes de que Su Majestad pudiera contestarle, el halo azul se enroscó sobre sí mismo y se lanzó como una saeta de fuego dorada y penetró en Magdelaine de La Grange, quien se enderezó, tembló otra vez y cayó desmayada y de boca sobre la mesa. Su Majestad estaba demudado y tardó unos segundos en recuperarse. Entonces se volvió hacia mí, como si recién advirtiera mi presencia, y señalándome a la bruja me dijo:

—Haz con ella tu gusto.

CLXXXII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Admito que le haya llamado la atención el efecto funambulesco de las cortinas sacudiéndose solas y la flama encendida alrededor del cuerpo de la bruja, pero doy por hecho que ella es capaz de esas y de otras mistificaciones, y que con su peculiar talento mejoró mucho lo que Vd. le ordenó que dijera, siguiendo mis instrucciones. En el fondo, pobre mujer, me da pena: tranquilamente habría podido seguir engañando incautos si no se hubiese mezclado en los asuntos de la corte. En fin. Tarea cumplida. Lo felicito, estimado Teniente General de la Policía. Se ha mostrado Vd. como un auxiliar eficaz de los intereses de la Nación. Espero que la

escena cumplida sirva para disuadir a Su Majestad de las peregrinas ideas instiladas en su mente por el agente alemán.

Desde luego, en lo tocante a la bruja, y aunque por vuestro intermedio le prometí la libertad y una recompensa en metálico, creo que le alcanzará con el uso de la primera, que es el mayor bien de todos. Déjela salir esta misma noche o la noche próxima, con el mayor de los cuidados, y sin que el rumor de su partida se esparza.

No obstante, si en el tránsito de su salida sufriera algún tipo de percance o accidente fatal, terminaría por cumplirse la voluntad del Rey, que no perdona a los criminales de baja estofa.

CLXXXIII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Anoche descendí al Área de Celdas para cumplir con vuestro encargo, y cuando le transmití su mensaje de Vd. respecto de la libertad sin recompensa, la ingrata me llenó de tales improperios y me profetizó tantas desgracias que casi le creí; después, reflexionando mejor, se me ocurrió que no debíamos desperdiciar ese talento. Sugiero, Su Excelencia, que continúe encerrada y a nuestra disposición, por si la necesitáramos de nuevo.

Lo único que me incomoda al respecto es que, cuando la estaba dejando en compañía de sus cadenas, ella me gritó que todo lo que había dicho era cierto de principio a fin. “¡La Reina habló por mi boca!”, dijo.

CLXXXIV

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Querido Señor Ministro:

He obrado en la dirección convenida por ambos, *sin que se vea mi mano*.

Estimo que el desatinado Proyecto con el que el filósofo alemán perturbó la serenidad de Su Majestad se ha ido definitivamente a pique. Congratulaciones.

CLXXXV

Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano

Ilustrísimo amigo:

Ya nada nos enfrentará: hemos echado por tierra la intentona de los agentes del Sacro Imperio Germánico Romano. Eso me permite augurar un futuro venturoso para vuestra causa. Desde luego, sería amabilísimo que en reconocimiento de nuestra lealtad el Sultán y Vd. evaluaran mejorar sustancialmente las condiciones de préstamo y financiamiento para nuestra Nación. Y en lo que a mí respecta, también: a buen entendedor pocas palabras bastan.

CLXXXVI

Diario personal de Gottfried Wilhelm Leibniz

Ya había olvidado lo que era tomarme unos días libres. Pasé unas jornadas espléndidas en la mansión campestre de Antoine Arnauld. Alguna noche leímos juntos las *Nouvelles de la République des Lettres*, hasta que nos hartó la continua exhibición de ingenio bobo y la abundancia de frases insustanciales, y decidimos ocuparnos de asuntos más serios. Así que debatimos acerca de la cuestión de Judas y su paga. Yo dije que Dios inclina nuestra alma pero no nos compele a nada; que no hay que preguntarse por qué peca Judas, sino por qué Judas es admitido a la existencia con preferencia a otras personas posibles. La cuestión central, afirmé, es el pecado y los grados de la gracia, que Judas justifica con su existencia. Por lo que en alguna de las dimensiones posibles, el traidor es más importante que Cristo.

Arnauld, por su parte, admitía la condición misteriosa de su elección, la de alguien que por pocas monedas se condena para toda la eternidad, e incluso aceptó la posibilidad de que haya obrado así porque entendió que

ésa era su parte para que el plan de Dios resultara consumado, pero rechazó la herética creencia que sostiene que esa elección lo convierta en una figura igual en sacrificio a Cristo, o aun mayor, porque mientras uno padece brevemente en la cruz el otro elige los castigos del fuego eterno.

Yo alegué que todo ello nos llevaba a la siguiente cuestión: si Judas es admitido a la existencia con preferencia a otras personas posibles, su pecado absoluto ¿está comprendido en su propia noción de ser, y el suyo es a la vez un acto libre ejecutado en el momento, o fue concebido por Dios desde el inicio mismo de los tiempos?[2]

Por supuesto, no nos pusimos de acuerdo ni llegamos a conclusión alguna, pero pasamos días felices debatiendo este y otros asuntos. El buen tiempo nos permitía pasear por la campiña y desentumecer los huesos. Y todo hubiera seguido así, pero recibimos una visita tan temible como inesperada: el Teniente General de la Policía, Gabriel Nicolas de la Reynie.

Me apuró para que juntara mis cosas y lo acompañara. En la puerta de la casa, Antoine Arnauld me despidió con un abrazo:

—¿Volveré a verlo? —me dijo con un temblor en la voz.

Ya en el carruaje, el Teniente General de la Policía dejó pasar unos minutos en el más completo de los silencios; luego, con una parsimonia que me heló la sangre, se quitó los guanteletes de seda con nudillos de hierro, apoyó su diestra desnuda sobre mi pierna y me dijo:

—Disculpe que haya interrumpido su descanso sin avisarle, pero la circunstancia lo justifica. Volvemos a palacio. Su Majestad ha muerto.

No me alcanzan las palabras para describir la conmoción que me produjo la noticia. En mi mente se agolparon, en sucesión vertiginosa, el fracaso de mi *Consilium Aegyptiacum*; las posibilidades de alcanzar una posición destacada en la corte francesa y dar así mayor relieve y difusión a mis ensayos, críticas, cartas, cálculos, estudios, invenciones; la ilusión de contar con un mecenazgo que me alejara de toda penuria económica. El fin de Luis XIV alteraba todos mis planes. Y además…

Cuando atravesamos los jardines de Versalles no había nadie vistiendo las prendas adecuadas a un duelo; al contrario, lo agradable de la mañana invitaba al paseo y casi no había lugar para desplazarse de tantos cortesanos que pisoteaban la gramilla, arrancaban naranjas de los árboles, pateaban pelotas o comían bocadillos sentados frente a las fuentes y al Gran Canal. Así que ingresamos a palacio, subimos por la Escalera de la Diplomacia, atravesamos las salas, pasamos por la

Habitación de la Guardia, cruzamos el Gabinete de las Pelucas, surcamos un par de pasillos y sin que nadie nos detuviera y sin ver a alguien que llorara por fin llegamos a las puertas del Aposento Real. Entramos.

El cuerpo del Rey de Francia reposaba sobre la cama. Las manos yertas sobre el pecho sostenían un crucifijo de oro engarzado de rubíes; no había monedas pesando sobre sus párpados ni pañuelo atado en nudo y sosteniéndole la mandíbula. Preparado para su exhibición ante la corte, hasta calzaba los zapatos con moño, pero, para mi asombro, a cambio de alguna de las pelucas que lucía siempre, rizada y de una altura de un cuarto de toesa, Luis XIV estaba a cabeza descubierta y la testa real sólo contaba con unos pelos sueltos y desparramados aquí y allá sobre el cráneo, tan pocos que ni siquiera untados con grasa hubiesen hecho mechón. Y, esto me sorprendió más aún, sobre toda la curva de su pelada se esparcían unos cortes agudos, como de un bisturí o unas uñas capaces de dejar marcas simétricas.

Me incliné sobre el difunto. Visto de cerca, el colorete en sus mejillas disimulaba apenas la flaccidez de la carne que se derramaba hacia los costados y los lunares falsos se habían vuelto grumosos y semejaban mosquitos aplastados por un cachetazo oportuno. De su boca cerrada brotaba un primer indicio de tufo, la promesa de descomposición. Y sin embargo, y con toda esa pobreza de la carne, yo estaba ante los restos de un gran hombre.

—Su Majestad y gran señor de Francia… —le dije, y pensé "Nada me cuesta decir ahora lo que habría querido escuchar de mis labios", así que seguí—: Nadie lamentará tanto como yo su partida. Ni sus amantes, ni sus ministros ni sus hijos. Estábamos tan cerca de lograr…

Pegué un salto hacia atrás. El Rey había abierto un ojo, luego otro, y por último se enderezó.

—¡Sorpresa! —dijo—. ¡Qué emocionante el comienzo de su despedida! Evidentemente, el ensayo fue convincente, así que algo semejante se producirá cuando mi muerte se vuelva cierta. Le confieso: hubiese seguido representando el papel de fiambre porque quería escuchar de sus propios labios cuánto me extrañaría y lo importante que he sido para usted, la persona más importante de su vida, pero me agarraron unas tremendas ganas de mear. Hablando de eso, espéreme un segundo. Vasija urinaria. Retengo poco: mi próstata no es lo que era. Enseguida vengo. ¿Quedo bien, muerto? Ah. La vida se pierde gota a gota. Uf, qué alivio, ya volví. Alivio efímero. A los cinco minutos ya me estoy meando de nuevo.

¿Se dio cuenta? Si yo digo "orín" usted piensa "¡Oh, Rin!". Ríos del lenguaje. Babel de incomprensiones. Después de todo, ¿qué es el alemán si no un dialecto mal hablado del yiddish? En cuanto al francés… Quédese quieto, hombre, déjeme que me aferre a usted y de paso me seco las manos en sus hombreras. Su traje es un asco, como siempre. Veré que le consigan prendas adecuadas. Y ¿qué le parece mejor? En el momento final, después de abandonar esta existencia, ¿me muestro con peluca o sin ella? ¿Hará falta que se me ponga un sombrero de ala ancha y con plumas de cisne negro? Usted no será un especialista en etiqueta fúnebre pero una opinión nunca viene mal. ¿Calla? Bien, consultaré con el espejo… ¡Basta, Leibniz, no sea mariquita, repóngase de la impresión!

Admito que yo aún temblaba y que se me habían aflojado las piernas, pero no me pude negar cuando el Rey de Francia me dijo que aprovecháramos el día soleado. Salimos a los jardines. El Teniente General de la Policía venía tras de nosotros cargando una sombrilla blanca. Cuando Luis XIV se detuvo a escuchar las adulaciones de algunos paseantes y recibir los acostumbrados plácemes y besamanos, retrocedí un par de pasos y me dirigí a Reynie:

—¿Lo de Bastet y sus arañazos es cierto?

—¿Cree usted que tengo poco de que ocuparme? Es a Su Majestad a quien le gustan los animales.

Volví al lado de Luis XIV, quien ya se había librado de los aduladores.

—Venga, querido, permítame que me cuelgue de su brazo —me dijo el Rey y cayó con todo su peso sobre mí—. No se preocupe, estoy bien de salud, aunque rengueo un poco y tengo las vértebras lumbares a la miseria a causa de la elevación de mis tacones. Pero la elegancia lo es todo, ¿no? Además me salieron unas manchitas que recorren mi pierna derecha, son como erupciones, no rosadas sino negras. Parecen mapas de provincias, países y ciudades. Alsacia-Lorena, Flandes, Constantinopla (Bizancio), Ámsterdam, Madrid, El Cairo, Alejandría, Tebas... Llevo el planeta en mi carne y en mi sangre, como tatuajes que en la noche se ponen en movimiento y se confunden, de pronto Bagdad se junta con Berlín… es un hervor que me desvela. Pero a la mañana la fiebre baja. La idea subyacente es que mi cuerpo se curará cuando conquiste el mundo. Ahora bien. Yendo al punto, porque tenemos un tema pendiente y el tiempo es oro, es un tesoro, mío… Egipto. Mire, Leibniz, no mi pierna, mire mis labios. Egipto. El *Consilium*… Lamento las molestias que se tomó, pero por el momento no voy a ocuparme de la invasión. Al fin se lo

dije. No crea que no me costó. Aunque dije "por el momento" y mañana mismo podría cambiar de opinión. Y para serle sincero, también demoraré mi pedido de mano a Cleopatra. Son muchos problemas. Muchas cosas que atender. Una vida no me alcanza. Necesitaría cientos más que las que me tocan y en las distintas versiones que me dispensó Dios. Usted dirá que mi respuesta se tardó demasiado, pero no es cierto. Fue sólo lo suficiente. Alcanzó para conocerlo y estimar su valía. Creo que juntos podemos hacer grandes cosas porque tengo mil y una ideas nuevas y usted es la persona adecuada para llevarlas a cabo. En principio… Espere un momento, se me ha soltado el moño del zapato del pie izquierdo, ¿me lo ajustaría? Es un favor nimio que le pido. Ponga una rodilla en tierra y proceda. No se lo pediría a usted, un filósofo de fama universal, pero no veo sirvientes cerca y Reynie es más envarado que una estaca. El ciático. Si se agacha, no se levanta. Lo haría yo mismo, agacharme, digo, si pudiera. Realizar una tarea con mis propias manos, ¡qué placer! Gracias. Nunca le había mirado la nuca desde esta altura. Si durante la hechura del moño se desprende alguna piedra preciosa de mi calzado, agárrela nomás, tómela como una propina por el servicio. Un filósofo debe estar a cubierto de necesidad, dedicado a pensar todo el tiempo. Ah, pero qué velocidad de resolución, qué maravilla. ¡Perfecto, así, bien abierto, esponjoso! Ni mi ayuda de cámara Bontemps consigue ese despliegue, esa vaporosidad de la seda. Parecen las alas de una mariposa. Una *Papilio heraclides thoas*. Gracias, Leibniz, gracias. Se nota que está acostumbrado a inclinarse. Digan lo que digan, el arte de la genuflexión mantiene ágil la cintura… ¡Pero levántese, hombre! ¡Ah, las articulaciones! Cruje, señal de que existe. Hágame acordar de que hable con mi cirujano. O le corta la pierna a la altura de los muslos o lo arregla para siempre. ¿Y cómo anda de sus problemas digestivos? Olvide lo de la bomba de vacío estomacal, no la haremos. Y tampoco la de asfixiar personas. ¿Para qué? Dios es el gran asesino y todo lo hace a su hora. Estoy pensando… El otro día Le Nôtre, que de alguna manera se enteró de nuestras conversaciones, me dijo: "¿Y si a cambio de la costosa bomba de vacío Su Majestad recurriese al simple y tradicional expediente de armar patíbulos multitudinarios? Pegaditos uno al lado del otro. Colgar enemigos, desnudos". Y rio bajito, con esa risita de hiena que lo caracteriza. La idea, en un principio, me tentó. Usted, Leibniz, estará enterado de que en sus últimos estertores el ahorcado se despide de la existencia con una envidiable erección. Su *stechen* se pone dura como

hierro, tiembla y en el último estertor suelta unos gordos lechazos que trazan su arco como balas de cañón y al caer preñan la tierra. De esa yuxtaposición nace la mandrágora, que se usa como filtro para el amor y tiene propiedades fertilizantes. Pues bien. Le Nôtre me dijo que lo pensara: "Imagine Su Majestad una verdadera hecatombe de colgamientos y el planeta entero convertido en un jardín salvaje, una obra irregular y perfumada, puesta para exclusivo disfrute y excitación perpetua de los pocos que quedemos". La idea de construir belleza con la miseria del cuerpo me tentó, ya le dije, pero luego lo pensé mejor. Primero, no tengo tantos enemigos que eliminar. Y, segundo, fíjese las palabras que empleó mi paisajista: "salvaje" e "irregular". ¿No lee allí una apología —voluntaria o no— de la asimetría y el desorden? Yo sí. Habría que colgarlo a él de las pelotas, a ver si el chiste le causa gracia. ¿O no será un chiste? ¿Y si Le Nôtre es un anarquista y un conspirador? Mandaré a Reynie a que lo investigue. Porque mientras el estilo de mi Versalles aspira a representar la hermosura de lo eterno, con los derrames de esas pijas muertas lo que mi arquitecto me propuso es un Anti-Versalles, la apoteosis de la naturaleza y la barbarie, su profusión y su triunfo como un señalamiento indirecto de la historicidad de las formas arquitectónicas y culturales de las que yo soy emblema, es decir, de mi caducidad. Yo creo en el orden y el sentido. Lo que Le Nôtre no entendió es que, para la perduración de un reinado, la trama criminal no debe sustituir a la trama escénica. En todo caso, el crimen debe ser parte de la representación y no asumir la forma de la totalidad porque, *strictu sensu*, nos quedaríamos sin espectadores y sin reino. ¡Pero el imbécil quería que yo apostara a la proliferación y el caos, a la anulación de mi programa de gobierno y a mi propia aniquilación! Claro que, entre nos, se lo digo en voz muy baja para que nadie nos escuche, eso podría responder a mi anhelo más secreto, al dulce consuelo de desaparecer de una buena vez por todas. Y si llegó al extremo que imagino, Dios habrá sido aún más consecuente: en el inicio fue su Verbo creando el Universo y después vio lo hecho y se escondió… ¡Y desde entonces ni se le ocurre asomar la Cabeza Trinitaria! Gobernar y crear mundos, querido Leibniz, es exactamente lo mismo: se trata de inventar conceptos o formas que no puedan ser pensados por el horror o que no sean dominados por éste. Pero Dios, por fuerza, tiene que haberlo pensado todo, y debe guardar en algún lugar de Sí lo que debió destruir: que es todo lo que no le resultó compatible con el Universo efectivamente creado. Especies que no han

existido y que tal vez nunca existirán, pero que Él conoce. Monstruos asquerosos, babas frías y resbalosas, cosas lentas y plurales que lo oprimen en sueños... Vivir en el mejor de los mundos posibles es un cuento encantador, una promesa para entretener a los niños. Pero en la realidad, crearlos supone el más arduo de los esfuerzos… ¿Y si esas inmundas cosas o especies no aparecidas pugnaran por aparecer? ¿Y si aun en su inmenso poder Dios no puede contenerlas? Tal vez son innumerables, un tumulto de monstruos que quieren infiltrarse y corromper este resto infinitesimal, nuestro Universo, que Dios construyó para que durara un momento en temblorosa armonía. No estoy hablando de la labor del demonio, de su simple y necia obstinación a oponerse al designio divino, sino de una acción concertada y de inteligencias múltiples y que multiplican los diabolismos… ¿Me explico? Espero que no. La comprensión afea la inteligencia. Lo que quiero decir, y si no me entendió se jodió, es que quizá la propuesta de Le Nôtre es sólo el comienzo de esa transformación… esa aberración o transformación totalitaria… O quizá se trate de una conspiración de las tantas que hay hoy día. No crea que me opongo a ellas, al contrario. Cada conspiración en mi contra está prohijada secretamente por mí, alimentada con los fondos del Estado, porque su fracaso final coloca bien alto el listón de mi gloria. El problema no es ése, no está ahí el peligro, sino en lo que a Dios y a mí nos resulta desconocido y ajeno. Teología y metafísica son ramas del árbol de la política, o a la inversa. Así que, volviendo a este señor… Le Nôtre, se llamaba, estuve a punto de aceptarle la propuesta y empezar por colgarlo a él mismo por las pelotas, a ver si le gustaba. ¿Ya lo dije? Bueno, no importa. Pensé en colgarlo de las pelotas pero después me olvidé. Todo pasa y todo queda. Además. La verdad. La pura verdad. Soy un alma vieja y cansada y ya me cuesta moverme, embarcarme en nuevos proyectos, tomar grandes decisiones. A veces me pregunto para qué coño me habrá parido mi madre. Cualquier día de éstos abdico y me interno en un monasterio o un convento. De monjas amables y bien dispuestas. En cuanto a Egipto… En resumen: el Proyecto de Expedición ocurrirá si Dios lo anotó en su Libro. Y lo mismo con Cleopatra y su resurrección. ¿Para qué apurar los designios del Señor? En cuanto a Egipto… No, en cuanto a las mil y una ideas que me habitan, tengo ya mismo tres o cuatro que usted podría poner en marcha de inmediato… Ya me dirá si quiere empezar con una sola o bien ocuparse de todas simultánea o sucesivamente. Lo dejo a su elección. Pero le advierto…

—Su Majestad… —dije.

—Leibniz, ¿qué hace?

—Lo interrumpo para…

—¡Pero cómo se atreve!

—Perdóneme, Su…

—Al contrario. Es la primera vez en la vida que ocurre. ¿Interrumpirme a mí? ¿Usted? ¡Faltaba más! Siga, siga. Es muy estimulante. ¿Quién iba a decir que a mi edad conocería una experiencia nueva? Siga, le digo.

—Con su permiso…

—¿Qué espera, que quiebre la muñeca y agite un pañuelo bordado para indicarle mi asentimiento?

—Su Majestad…

—Lo escucho. Hable ya.

—El Proyecto…

—Eso sí, será mejor que no me venga con estupideces…

—El Proyecto…

—Ya dijo "Proyecto", al menos dos veces. ¿Se refiere a mí… a su *Consilium Aegyptiacum*?

—Exacto. El *Con*…

—Lo imaginaba. Qué fastidio. ¿Nadie le mencionó nunca su costumbre de reiterar fatalmente, como un tartamudo conceptual, su interlocución argumentativa? Uno se duerme escuchando *Consilium* y despierta horas más tarde y usted recién anda por *Aegyptiacum*… Mire, querido. Cuando se toma la palabra, es mejor que uno tenga algo interesante para decir... Si no, es pura repetición, como la vida. Y la vida puede ser extensa y monótona, en cambio el diálogo debe ser interesante…

—Lo que quiero decir…

—¡Dígalo de una buena vez!

—Su Majestad: el *Consilium Aegyptiacum* es un evento previsto en el plan divino…

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque de lo contrario nadie, ni usted, ni yo, ni Leopoldo I, habría sido capaz de concebirlo. Y si, como cree Su Majestad, fuese un hecho que podría no acontecer, también lo es que Dios permitió que esa idea tenga lugar en el mundo y en nuestras mentes. Entonces, ¿cómo es que Él permitió que lo conociéramos? ¿Sólo para que usted se niegue a ejecutarlo?

—¿Sería, dice usted, como quitarle a la Potencia la plena posibilidad de

volverse Acto?

—Exacto, Su Majestad. Una catástrofe. Imagínese por un instante que desde antes del inicio de los tiempos en la mente de Dios habita este pensamiento: "Voy a darle una idea a Leibniz. O a Leopoldo I. O al propio Luis XIV para que se la transmita a Leopoldo I para que éste le encargue a Leibniz que la deslice en los oídos de Luis XIV, pero voy a dejar que el Rey de Francia elija llevarla o no a cabo". ¿Qué diría Dios si, ofreciéndole esa libertad, usted toma la decisión incorrecta, es decir, aquella que no corresponde al ideario de un Rey cristiano, y se niega a…

—Leibniz…

—No me interrumpa usted ahora.

—¡Madre de Dios! Aquí tenemos otra típica muestra del típico carácter de mierda alemán. ¡Y se manifiesta conmigo! Pero qué injusticia la suya, Leibniz… cuando yo me desviví por volverle la vida agradable…

—Lo dudo, Su Majestad. Y déjeme agregar algo. Dios le cede la potestad de tomar su propia decisión, porque la posibilidad de realizar algo no encierra contradicción con la posibilidad de no realizarlo. Esto supone una distinción entre lo necesario y lo contingente. La cuestión sería, entonces: ¿está contenido en Su Majestad, en su sustancia individual, todo lo que fue, es y será? Dicho de otro modo, ¿está el Proyecto de Expedición a Egipto contenido en vuestro ser? ¿Es parte de vuestros atributos? ¿O existe un espacio de libertad permitido por Dios para que tanto usted como el resto de la humanidad podamos elegir libremente la modificación de nuestro ser mediante la permutación o cambio de nuestros atributos? La feliz conclusión del asunto lo llevaría a convenir conmigo en que el *Consilium Aegyptiacum* es un hecho seguro y necesario, es decir, que haciendo uso de sus posibilidades de libertad personal, Su Majestad debería organizar sus tropas y marchar de inmediato a la conquista de Egipto.

—Mi querido Leibniz, ¿¡a papá mono con bananas verdes?! Escúcheme una cosita: si *yo*, *yo*, que estoy más cerca de Dios que nadie, *yo*, que por designio divino soy el Rey del país más poderoso del planeta, si *yo* no soy capaz de decidir lo que puedo o no puedo hacer, ¿entonces quién estará capacitado para elegir? Y desde luego, sé mejor que usted lo que más me conviene y lo que más le conviene a mi país.

—Pero…

—Cierre el pico. Ustedes los filósofos creen que la realidad es idéntica a sus especulaciones. Pero en verdad la realidad no existe y en realidad la

verdad tampoco. Niños. Escúcheme, Leibniz. Escúcheme bien. Si sólo Dios sabe lo que fue, es y será, entonces sabe también que ocupar Egipto no es lo mismo que sumar dos más dos. Míreme cómo estoy. ¿No le doy pena? En mi estado, con un par de barquinazos de mi carabela, se me desacomoda la osamenta o me revienta el corazón y ni siquiera llego a contemplar el Mediterráneo. O tal vez muero en su orilla, besando su sal oscura. ¡O, menos grato aún para mi recuerdo póstumo, llego a Egipto, enfrento mi primera batalla y soy derrotado y me mata un negro en taparrabos clavándome en el ojete una lanza de punta de madera! Un bochorno. O peor todavía, fenezco a causa de una descompostura estomacal causada por la ingestión de las aguas barrosas del Nilo… El Rey Sol yéndose en chorros de caca amarilla. En cambio, si me privo de invadir Egipto, esa pérdida contingente a la que usted intenta pasar por una verdad necesaria sería entonces una ganancia: la ganancia que procuraría mi abstención.

—Su Majestad: si su decisión es irrebatible…

—Mi niño querido. No se deje invadir por el espíritu de la melancolía. Quizá la realización del Proyecto de Expedición a Egipto no ocurra... O quizá me ocupe del asunto en uno de los tantos Universos que usted entrevió y que siguen contemplados por la mirada de Dios. O quizá está sucediendo en este mismo momento, o ya sucedió, o está por suceder. Llevada a cabo por Luises Catorces infinitesimalmente distintos de mi propia persona. Sólo que nosotros no lo sabemos. Pero no desespere. Usted se quedará con su parte del mérito. Porque yo *todavía* no dije que no. Dije que *por ahora* no. Quién le dice, mañana me levanto con el ánimo cambiado y lo mando llamar y le digo: “Gottfried, vamos para adelante”… En lo personal, Leibniz, quédese tranquilo. Usted ha hecho todo lo posible y aquí no hay vencedores ni vencidos. Entre nos, le cuento que desde el día mismo de su llegada a Versalles, Dios descendió bajo la figura de una paloma y me habló al oído y me dijo: “Querido Luis, dilecto hijo mío: te aviso que en la propia substancia individual de Leibniz no está contenida la posibilidad de convencerte tan fácilmente de la necesidad de invadir Egipto, pero tampoco está dada la imposibilidad de hacerlo. O sea, la moneda todavía sigue girando en el cielo…” ¿Qué quiere decir eso? Muy sencillo, que usted va a seguir juntándose conmigo, buscando argumentos persuasivos… Y quizá un día…

—¿Habló Su Majestad con Dios?

—¡Pero por favor, Leibniz! ¿Por quién me toma? Si Dios me hablara, yo

no le prestaría atención, porque escucharlo y, aún más, obedecerlo, iría en mengua de mi autoridad… ¡Era un chiste, Leibniz, un chiste! Y ahora, hablando en serio… Volvamos fructífero nuestro encuentro. Mire: atardece, aquí mismo y sobre la realidad externa a nosotros mismos. Se viene la fatalidad del crepúsculo, con los vampiros del cielo mordiendo nubes hasta que sangren… ¿No se le ocurrió nunca que es el demonio quien creó…? No, tampoco es un tema del que valga la pena que nos ocupemos ahora. No perdamos más tiempo y vamos al punto. Se me ocurren tres cosas que usted podría hacer en lo inmediato y que contarían con mi aprobación y serían de mi mayor agrado…

—Estoy cansado, Su Majestad. Es todo hablar y hablar…

—¿Cansado? ¿Quién no? Pero… ¿Cansado usted? Si usted se limita a escuchar y el que habla soy yo. Vamos, hombre, anímese. La primera cosa: regrese a Alemania y comience a vincularse con traficantes de antigüedades y con alquimistas y coleccionistas que se quedaron a precio vil con buena parte de los restos del saqueo del Gabinete de Maravillas del pobre Rodolfo II. Adquiera todo lo que le ofrezcan, verdadero o falso. Quiero que se haga fama de comprador compulsivo, que crean que durante su estadía en Versalles mi ejemplo le pudrió el cerebro y ya es incapaz de discernir lo auténtico de la chafalonería. Atraerá entonces a vendedores serios y a estafadores como un imán atrae a las limaduras de hierro. Esta tarea le insumirá algunos años, o quizá resolvamos el asunto con las primeras búsquedas. No se trata de reconstruir ese Gabinete, hecho en su mayoría de porquerías, un cachivache sin pies ni cabeza. Rodolfo II no entendía nada de nada. Lo que quiero es una pieza absolutamente invaluable: un pulpo de cristal, un pulpito de apariencia insignificante, que dormía en una de sus vitrinas. De aspecto transparente, sus ocho tiernos tentáculos como ramitas quebradizas. El pequeño animal es capaz de cambiar de color de acuerdo a las variaciones de la temperatura. Día cálido y soleado, su color es el oro; días frescos, se vuelve rosado; días que prometen lluvia, frío y tormenta, pasa al morado furioso… Lo más seguro es que en el asalto al palacio donde Rodolfo II guardaba su colección, el populacho haya tumbado esa vitrina y quebrado y aplastado y reducido a la nada a la pobre bestia. Pero si por fortuna hubiese subsistido… ¡Ah, eso marcaría toda la diferencia!

—Si se me permite el atrevimiento, ¿Para qué quiere Su Majestad esa chuchería?

—Lo maravilloso, lo mágico y misterioso es que en determinadas condiciones, muy especiales, resulta capaz de modificar su propia naturaleza. Pero además… Incline la cabeza, mi muy querido amigo, no quiero que Reynie me escuche… Su teoría de las mónadas es muy complicada y a veces descreo de la posibilidad de pasarnos la eternidad encerrados en una burbuja y conversando… En cambio, el pulpito es un instrumento alquímico y contiene el secreto de la inmortalidad…

—Pero, si tal cosa fuera cierta, ¿cómo es que no le sirvió a Rodolfo II?

—Sencillamente, porque Rodolfito II nunca conoció su verdadera función. Ahora bien. Como imaginará, el encargo no es exclusivo. Cuento con cientos, con miles de agentes que revisan cada parcela del Imperio Romano Germánico en la búsqueda del pulpito, así que puede desistir de este encargo, o diferirlo. Después de todo, ¿quién quiere vivir para siempre? El segundo encargo que le confío, si no acepta el primero, constituye una misión reservada y afín a sus devaneos culturales, a su irrefrenable snobismo. Viaje a Pekín. Allí, bajo el pretexto de abrir una legación comercial para la importación directa de porcelana, que no por nada se llama "el oro blanco", usted y sus amigos jesuitas se ocuparán de traducir y explicar un viejísimo libro sapiencial de aquel Antiguo Imperio; parece que está dividido en parágrafos que (*ilegible*) … los arúspices amarillos. En este momento ni me acuerdo cómo se titula esa obra, pero quizá, si la consultáramos juntos, ¿quién le dice? Quizá en ese libro chino esté escrita una decisión favorable del asunto que a usted lo trajo a Versalles… Veremos. Primero trabajar, luego resolver. Y el tercer encargo, si rechaza los anteriores, sería de carácter más oficial y público. Le ofrezco convertirse en mi embajador plenipotenciario ante el Imperio turco… Es una cultura que…

Luis XIV siguió hablando durante un rato más. Pero yo ya había tomado mi decisión. Definitiva. Irrevocable. Y que omito transcribir aquí, porque la corte está plagada de espías…

CLXXXVII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Ayer, antes del comienzo de la madrugada, el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz huyó furtivamente de Versalles con rumbo desconocido. Digo “furtivamente” porque nadie lo vio partir, pero debería agregar también “apresuradamente”, porque su habitación era un revoltijo de prendas, sábanas en el piso, platos volcados, restos de vela humeando, y un pebetero donde Leibniz había quemado de manera incompleta sus papeles —la mayoría carentes de interés, es decir, ligados a cuestiones filosóficas—, entre los cuales se destacaba una carta, también incinerada a medias y dirigida a Su Majestad, redactada en un tono que combinaba la exhortación con el resentimiento y el odio más concentrado con las más desatadas muestras de admiración, en las que el prófugo pretendía darle una lección a Su Majestad, partiendo de la vanidosa suposición de que la obra cumbre de su vida (me refiero a Versalles) constituía un clamoroso fracaso debido a que, aspirando a reflejar la armonía de las formas celestes, sólo alcanzaba a reproducir convenciones estéticas de nuestro tiempo llamadas a fenecer y a ser pronto sustituidas por otras.

Respondí a esa acusación absurda con un gesto: volviendo íntegra ceniza aquellos restos de papel.

Si el Señor Ministro lo indica, puedo disponer que mis retenes y mis agentes concluyan de manera tajante y definitiva el derrotero del fugitivo. Mis “moscas” tienen diez mil ojos y miran por mí.

CLXXXVIII

Carta de François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Reynie:

Evidentemente, Leibniz ignora o prefirió olvidar que la eternidad está enamorada de las obras del tiempo. Versalles es un arquetipo que… Pero esto escapa a su comprensión. En cuanto al filósofo… sólo Su Majestad y yo sabemos qué pretendemos de él. No le pierda la pista o encuéntrela si la perdió. Se juega su cabeza en la tarea…

CLXXXIX

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la

Policía, a François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra

Señor Ministro:

Cumpliré con vuestras órdenes y las de Su Majestad, como siempre. Debo mencionar que en una nueva y más prolija revisión de los aposentos que ocupaba Leibniz encontré otra carta, completa y no trabajada por el fuego. Estaba en uno de los cajones secretos del secretaire de la habitación, guardada en sobre cerrado y lacrado. Evidentemente, alguien la dejó allí luego de la partida del filósofo, aparentemente sin saber de su huida. Le envío la copia.

Carta de Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria, a Wilhelm Gottfried Leibniz, filósofo.

Estimado:

Debo admitir que dudé cuando su nombre me fue sugerido por Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia. Incluso le dije que me parecía mejor confiar la misión a un agente o un diplomático del montón, es decir a alguien más ligado a la política que al pensamiento puro. Y creo que hubiera debido seguir mi primer impulso. No es su culpa. Hizo lo que pudo, pero ya no tengo el ánimo ni la paciencia para seguir esperando. ¿Luis XIV no quiere llevar adelante el Proyecto de Expedición a Egipto? Mala suerte. Contamos con otro Proyecto para él. Y en el fondo es el que siempre quise destinarle, porque detesto con toda mi alma su aberrante ilusión de haber creado un Universo perfecto y su pretensión de habitarlo.

Hace ya algún tiempo Vd. me escribió (o su criado le escribió a Schönborn y Schönborn me lo transmitió) que entre los planes de obras de mi primo estaba el de fabricar un adefesio mecánico que llevara agua del Sena a las casas de los habitantes de París. Y también creo recordar que pensaba en expandir ese ridículo Grand Canal donde navega en sus carabelas de juguete, expandirlo hasta que atraviese los continentes… Como sea. Quiero que Vd. convenza a Luis XIV de realizar una modificación o ampliación de esa reforma hidráulica. Con el argumento de mejorar la higiene del lugar (me dicen que está invadido por las pulgas), dibújele algunos planos donde se mostrará la necesidad de llevar las aguas hasta el propio Versalles y arrégleselas para que, una vez montado el aparato y abierta la llave de paso general, esas aguas no se limiten

a correr mansamente por los pisos de mármol, ahogando esos insectos hematófagos y lavando sus minúsculos excrementos. Quiero que crezcan a un ritmo que casi parezca amable, como comienzan las ridículas músicas de Lully. "¡Oh, un insignificante problema de regulación del flujo hídrico!", dirá algún cortesano cuando vea que el nivel alcanza el borde superior de la plataforma de su calzado. "¡Oh!", dirá algún otro cuando el agua avance por la Galería de las Carrozas, atraviese el Patio Ecuestre, se deslice por los pisos de madera entarugada de la Ópera Real y lama los bordes de las cortinas y ascienda sobre el escenario de diseño italiano. "¡Oh, oh!", dirá un tercero, "¿no es hora de cerrar ya alguna exclusa, girar alguna manivela, hacer algo, en fin, para impedir que siga subiendo?". Pero no. Gracias a su diseño, Leibniz, gracias a ese necesario acto de terror el agua seguirá subiendo, creciendo, entrará en la Sala de Mercurio y en la de Diana y en la Cámara del Desfile y en el Salón de los Placeres del Rey, tumbará los candelabros en la Galería de los Espejos y hará estallar sus grandes puertas vidriadas y ocupará el Gran Salón del Trono y arrasará con la Sala del Concejo y luego subirá empapando el mobiliario y arruinando cuadros y tirando abajo esculturas, y pasará por las antecámaras y entrará en los cuartos de baño y arrastrará las vasijas urinales y empujará las tinas que al ser arrastradas rasguñarán los pisos con sus patas de gárgola de bronce. No me detengo a contar el número de cortesanos que morirán ahogados, ya sea que traten de nadar o no puedan resistirse al arrebato del turbión, y cuando por fin el agua atraviese el rellano de la Gran Escalera de la Diplomacia, la Sala de Guardia, la Antecámara y la Gran Cámara, el Gran Gabinete y la Pequeña Cámara y arrase con las mil pelucas de mi primo y rompa las puertas y entre por fin a la Habitación Real, Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, por fin morirá. Morirá de una vez por todas, morirá ahogado como cada uno de sus cortesanos, morirá como sus doncellas y cocineros y portavajillas y ujieres y músicos y actores y equilibristas y obreros y lanzafuegos y arquitectos y jardineros y ministros y damas de compañía y princesas y condesas y duquesas y caballeros sirvientes y amantes de ambos sexos, y los hijos legítimos e ilegítimos, herederos y Delfines.

Ah, no quería olvidarme: antes de que comience el aluvión, le ruego que abra las jaulas del zoológico y de la caballeriza; no hay por qué castigar a los animales inocentes.

Así, una vez que Vd. cumpla con esta tarea que le encomiendo, se derivarán tres consecuencias.

La primera de ellas, que mi prima y cuñada María Teresa de Austria habrá

sido vengada. Francia entrará en un caos político y social de tal magnitud que derivará en una guerra civil. Así, quien ocupe el Ministerio de Guerra deberá restaurar el orden disponiendo de las tropas situadas en la frontera con nuestro Imperio, lo que liberará a las nuestras, que utilizaremos en el previsible enfrentamiento ulterior con el Imperio Turco.

La segunda: muerto Luis XIV, inundada Versalles, alzada en rebelión París, designaré a otro Borbón para el trono.

Y la última: Vd. podrá volver a Hannover y retomar su obra magna: la historia de la Casa de Braunschweig-Lüneburg, de la que todos permanecemos expectantes y a la espera de su culminación.

Alea iacta est.

CXC

Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra

Le Tellier:

Por supuesto he leído la acuosa carta que Leopoldito I le envió a mi querido filósofo viajero. No me preocupa en lo más mínimo. Me asombra, sí, su ingenuidad: quiere hacer pasar la más grosera de las provocaciones por una verdadera amenaza. De haber tenido visos de seriedad, Leibniz no la habría ocultado en un escondite cuyo señalado disimulo muestra la intención de que llegue a nuestras manos. Ni siquiera creo que exista alguna clase de relación entre esta carta y la partida repentina de mi filósofo. Vamos a lo importante: ¿sabe por dónde anda Leibniz? ¿Conoce su rumbo y destino? Tengo algo importante que transmitirle.

CXCI

Diario de Wilhelm Gottfried Leibniz

Pregunta un viajero: “Señor, ¿conozco yo mi destino? ¿Con qué aventuras me encontraré”. Y Dios le contesta: “Si lo supieras, pues no sería una aventura”.

CXCII

Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas

Estimado colega:

Me permito distraerlo durante un instante de sus ocupaciones para hacerle una consulta, cuya respuesta espero sea lo más sincera posible. ¿Cree Vd. que los médicos de la corte están haciendo lo correcto en el tratamiento de los malestares de Su Majestad? Luego de la partida del malhadado farsante alemán, la salud del Rey ha empeorado sensiblemente.

CXCIII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan

Amada mía:

Soporta del mejor ánimo posible tu reclusión y no pretendas suplir nuestros ardorosos encuentros (que tanta falta nos hacen) con el anecdotario usual de chismes de la corte.

Me preguntas si alguien lamentó la partida repentina de Leibniz. Nadie excepto Su Majestad, quien al enterarse se encerró en su Apartamento Real y no recibió ni salió durante unos cuantos días, hasta que me mandó llamar y me entregó un sobre lacrado que llevaba impreso el sello de su anillo, indicándome que el prófugo era su destinatario. Además, puso en mis manos un cofre de hierro forrado en terciopelo rojo y me encargó que dispusiera de su contenido para sustento y auxilio del mismo, una vez se determinara con exactitud su paradero.

Ya en mi oficina abrí el cofre, puesto que Él me lo había entregado sin llave, candado o cerradura alguna; esperaba encontrar algunos billetes de banco, cartas de recomendación, certificaciones diplomáticas o documentos de esa clase. En cambio me encontré con los dieciocho magníficos diamantes que el cardenal Mazarino le obsequió a Su Majestad en su juventud; entre éstos, el famoso Sancy, que por su corte,

peso, pureza y color no tiene competencia en su género. Yo no podía apartar mi vista de aquellos tesoros ni dejar de tocarlos, tomarlos en mis manos, ofrecerlos a la luz para que hicieran brillar su encantamiento…

Desde aquel día no hago sino pensar en la tarea que me encomendó Su Majestad. ¿Pretenderá Luis XIV que yo me ocupe personalmente de entregar carta, cofre y joyas a Leibniz?

CXCIV

Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Gabriel, mi amor, mi macho cabrío, el mejor y último hombre de mi vida, el único caro a mi corazón:

Nadie conoce al Rey mejor que yo. ¿Crees que dispondría de un presente tan valioso como esas joyas sin tomar el menor recaudo? Su mensaje es claro y no podía ser dicho en palabras. Es obvio que su encargo tiene dos destinatarios: la carta es para Leibniz, y las joyas nos fueron destinadas. No me preguntes cómo lo sé, pero estoy segura de que Luis XIV está al tanto de nuestra relación sentimental (quizá siempre lo estuvo) y en el invierno de su existencia ya no lo gobiernan ni el orgullo ni la competencia ni los celos; por eso decidió obsequiárnoslas para que durante el resto de nuestras vidas vivamos de manera desahogada, claro que ocultos y en el anonimato.

CXCV

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan

Mi querida Françoise:

No dudo de que al Rey lo conoces como ninguna otra mujer, pero también es cierto que yo lo conozco de manera muy distinta, por lo que guardo ciertas dudas respecto de tus afirmaciones. En principio, nada le habría costado mencionarte, siquiera de manera incidental, diciéndome

por ejemplo que ya era hora de que abandonaras el convento o que estaba arrepentido de haberte quitado las joyas con las que solía cubrirte de pies a cabeza cuando eras su favorita y que ahora luce su última esposa, madame de Maintenon, por lo que pensaba compensarte con otras gemas de calidad equivalente. Pero no lo hizo. No dijo nada de eso. Sólo nombró a Leibniz.

CXCVI

Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

Basta de estupideces, Gabriel. No juegues al hombre de reflexión porque eres hombre de acción, y por eso te amo y quiero sentirte de nuevo; tú, como Zeus transfigurado en toro, yo, toda Europa, perniabierta y boca arriba o puesta en cuatro patas como tu vaca, y siempre tuya…¡Tómame de nuevo, párteme al medio con tu vigor, clávame tu estaca, tu pinza, tu tenaza al rojo vivo! ¡Llévame por rumbos desconocidos, distantes, exóticos…! Y cuando me busques, cuando vengas a arrancarme de esta inicua prisión conventual, no olvides traer el cofre.

CXCVII

Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan

Señora:

En estos días de luto y desasosiego tuve ocasión de reflexionar sobre ciertos hechos del pasado que nos unieron para dicha o infortunio de ambos.

En principio, recordé que en la época en que Vd. era la amante oficial del Rey y toda la corte se inclinaba con temor y reverencia ante sus caprichos, más de una vez me citó para que le transmitiera información de palacio mientras reposaba lánguidamente en la tina de cobre forrada en lino. En la extrema lasitud, envuelta entre los vapores de las aguas

cálidas y en el nirvana del relajamiento, Vd. no mostraba el menor pudor ante el hecho de que un funcionario de Su Majestad la viera desnuda mientras sus doncellas la frotaban con paños suaves o la peinaban durante horas para desengrasarle el cabello. Luego, una vez que el baño concluía, Vd. se erguía en toda su belleza y pasaba al Salón de Descanso, donde las mismas doncellas u otras la acariciaban y masajeaban mientras yo, de pie ante Vd., continuaba brindándole mi informe. ¿No advirtió Vd. entonces los visibles efectos que despertaba en mi persona, ni recuerda su completa indiferencia ante éstos? Vuestro cuerpo lo era todo para mí, pero yo, su admirador, era para Vd. sólo el esbirro que empleaba para enterarse de los posibles riesgos que podía correr vuestra primacía sobre el corazón del Rey; por mí sabía Vd. qué mujer se detenía un instante más de lo necesario en los pasillos para que Él la viera durante sus recorridos cotidianos; cuál, en sus caminatas, fingía torcerse el tobillo o desvanecerse para que Él la recogiera; cuál, ya sin el menor escrúpulo, le enviaba misivas seductoras o recortes de papel en forma de corazón o pétalos de margarita deshojados o —directamente— la llave de sus aposentos. En aquel tiempo le fui útil de muchas maneras, tanto para anticipar los movimientos de competidoras peligrosas como para desembarazarse de ellas, y durante ese tiempo Vd. nunca me echó más que una mirada distraída. Así deben de haber observado a un esclavo las favoritas de un emperador romano.

Todo esto cambió porque la rueda del destino gira; complicada en la intriga de las pócimas venenosas que dio por resultado la muerte de la Reina, Vd. cayó en desgracia y el Rey la puso en mis manos para que la interrogara, y reconozco que si al principio eso me brindó cierta satisfacción personal y alimentó un pequeño sentimiento de revancha, cuando debí someterla al tormento físico ocurrió algo que ya no esperaba. En aquel momento hubiese dado la vida por Vd., habría mentido asegurando que nada tenía que ver con el crimen de María Teresa de Austria; y todo por protegerla, por rescatarla… para mí. Si alguna vez me mostré ingenuo, fue entonces. Pero no ahora. Ahora tiendo a dudar de que en aquellos momentos en que me brindó todas las dimensiones del placer Vd. haya descubierto conmigo algo que no conociera de antemano. Más bien creo que no le importé ni le importo y que entonces y ahora no me piensa más que como herramienta de su propia salvación.

Dicho de otro modo: la amé como nunca amé a nadie y como nunca más amaré, pero me pregunto: ¿Me amó Vd. a mí siquiera por un

instante, por un día, por unos segundos? Creo que Vd. misma labró su presente infortunio, pues si traicionó al Rey conmigo, ¿por qué no habría de hacer lo mismo traicionándome a mí en el futuro, si yo la rescatara? Una vez iniciada, la declinación no tiene fin…

Permítame que le diga algo más, lo último que tengo para decirle. Al ponerla en mis manos, Su Majestad sabía lo que ocurriría y obró así para volverla responsable de su propia caída, y me usó como instrumento final de su degradación. Porque Su Majestad nunca ignoró quién había asesinado a la Reina; así, al volverla a Vd. la principal sospechosa, pudo apartarla de su lado y quitarle toda esperanza de convertirse en su nueva consorte. Un castigo ejemplar. Y creo también que al entregarme esos diamantes con el encargo de seguir a Leibniz y sus derroteros, el Rey premió mi condición de ejecutor y agente de su voluntad.

Habiendo sido leal a Su Majestad durante todo el ejercicio de mis funciones, no puedo fallarle ahora. El Rey la quiere encerrada: encerrada quedará. Y yo sería a la vez un traidor y un imbécil si volviera a caer otra vez seducido por sus encantos y decidiera librarla de su reclusión.

CXCVIII

Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo

Estimado señor:

En mi carácter de Ministro de Relaciones Exteriores, y enterado de su prolongada amistad con mi sobrino Antoine, he decidido hacerme cargo de la más ingrata de las tareas: debo comunicarle el fallecimiento de Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Príncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona.

Como entiendo que, salvando las naturales distancias, entre Vd. y Su Majestad se había establecido cierta afinidad, estimo mi deber transmitirle la manera en que transcurrieron los postreros días y las horas finales de mi soberano, algo penoso de relatar pero que permite asomarnos a la grandeza del mayor monarca de nuestro tiempo y uno de los más relevantes de la historia de Occidente. Todavía estamos pensando si el monumento fúnebre se le encargará a Gian Lorenzo Bernini o a Antoine Coysevox.

En los últimos tiempos, Su Majestad comenzó a sentirse viejo; perdió el

interés por las tareas de gobierno y la conversación sobre asuntos galantes y prácticamente no salía de su Apartamento Real, donde rezaba en compañía de su esposa, madame de Maintenon. No obstante, a través del acolchado de las puertas a veces se escuchaba su llanto espasmódico y su lamento por la ingratitud del pueblo, que —sentía— no lo amaba como lo merecía. Abandonado de su mano, retirado su espíritu de allí, Versalles se había vuelto gris de invierno, un teatro sin representaciones y sin público. Los pasillos y las habitaciones y las salas comenzaban a verse despejadas de cortesanos que iban desapareciendo en silencio, volviendo a sus propiedades de provincia, a sus castillos, a sus cotos de caza.

Cuando comenzó a perder sus fuerzas, Su Majestad se entregó al reposo del lecho. Ahí tenía por único momento de alegría la visita de Fobos, Cronos y Hécate, sus amados perros que saltaban en su derredor soltando tiernos ladridos y le lamían las manos, que previamente había ordenado cubrieran con jalea de fresa. El Rey reía con las dulces muestras de consuelo animal para un dolor que iba en aumento: el jefe de médicos lo atribuía a la lumbalgia y los humores negros mientras que el cirujano sostenía que se trataba de una enfermedad más grave.

Así comenzó el enfrentamiento entre los doctores Guy Crescent Fagon y Georges Mareschal; a la postre el último tendría razón, pero como el primero era quien mandaba, le prescribía por todo remedio frotaciones de aguardiente con alcanfor para las manchas en la pierna, ingesta de leche de burra caliente y baños de plantas aromáticas en vino de Borgoña. Una terapéutica que todos —o casi todos— estimábamos demasiado ligera para un paciente que sufrió viruela, blenorragia, fiebre tifoidea, cálculos, ántrax con úlceras cutáneas, catarros, dolores de estómago, cólicos nefríticos, paludismo, diarreas, lombrices, forúnculos, reumatismo y gota, enfermedades que sólo su fortaleza física y su elevación de alma le permitían soportar sin queja. Pero cuando las manchas se esparcieron a lo largo y a lo ancho de su cuerpo, agrietándole la piel, e iniciaron un proceso de supuración, se hizo evidente que debían tomarse medidas más drásticas. Sólo que nadie sabía cuáles. Para peor, por las rajaduras Su Majestad hedía, y por mucho que buscáramos disipar la fetidez esparciendo vapores perfumados por el ambiente, los perros ya no se le acercaban ni aun cuando los llamaba con las voces más tiernas; al contrario, si algún cortesano trataba de empujarlos en la dirección del lecho, ladraban y hasta mostraban los dientes. Ya no había dudas acerca del diagnóstico: Su Majestad sufría de gangrena de las extremidades. Le

ahorro el relato de los intentos por salvarlo. Pocos eran los fieles que quedábamos, y permanecíamos a su lado durante largas horas pues Él así lo pidió: había vivido rodeado de sus cortesanos y quería morir acompañado por ellos; pero cada día era más difícil juntar el número suficiente porque el olor aumentaba y Su Majestad se estaba pudriendo en vida.

Su semblanza póstuma dirá que Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona murió serenamente, luego de pronunciar una sentencia para el recuerdo ("Yo me marcho pero el Estado vivirá siempre"), aconsejar sabiamente a su bisnieto y heredero, el Delfín, Luis XV ("Querido niño, no me imites en los grandes gastos que hice; el equilibrio fiscal es necesario, aunque tampoco hay que dejar morir de hambre al pueblo; el secreto: no ser manirroto ni tacaño") y despedirse de príncipes, oficiales, damas de compañía, guardias reales, nobleza, cocineros, doncellas, portaestandartes, ujieres y ayudas de cámara. Lo cierto es que en los últimos días tenía los labios pegados y secos, y cuando estuvo a punto de exhalar su último aliento apenas pudo separarlos. Dijo: "Bastet, Bastet", suspiró y se fue.

¿Se le ocurre a Vd. la razón por la que en el estertor final Su Majestad nombró a la diosa egipcia del amor?

CXCIX

Carta de Dominique Mersault, Capitán de Navío de la fragata *Cadmus*, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

Señor Ministro:

La travesía marítima resultó agradable y sin percances. El señor Wilhelm Gottfried Leibniz apenas salía de su camarote para comer frugalmente, y tras nuestro arribo a Tangu, puerto principal de Beijing, se perdió entre la multitud. Lo seguía ese caballero de estampa sombría que, según me comunicó el señor Ministro de la Guerra, Marqués de Louvois, estaba a cargo de su protección. Lamento entonces carecer de precisiones acerca de su domicilio actual, pero estimo debe residir en alguna de las misiones jesuíticas extendidas a lo largo de este Imperio, por lo que tampoco sabría adónde enviarle la carta cerrada y lacrada con vuestro sello, ni la otra, que proviene de Su Majestad Luis XIV, y que acaba de

confiarme el recién arribado Capitán de Navío Sorel, de la fragata *Hermione*. Pero le prometo que las guardaré celosamente hasta tener noticias de su destinatario.

CXCX

Carta de Luis XIV a Gottfried Wilhelm Leibniz

Queridísimo Leibniz:

En la juventud el cuerpo arde como una saeta encendida, pero durante la vejez, cuando ya es brasa y ceniza, quema y conserva mejor el calor de los recuerdos. El asunto es que esas manchas que pintaban mi pierna izquierda con las figuras de ciudades que he visto y no visto, que tuve y he olvidado, ahora tienden a ampliarse y confundirse y mi cuerpo ya es un mapa borroso y entonces… Entonces, por lo que fui y por lo que fuimos, era mejor apartarlo de mi lado. Solos vivimos y solos morimos. ¿Qué importa quién cerrará mis ojos si ya no estaré para atestiguar el acto? Le escribo para decirle que la amistad es tan importante como el amor, y que en el curso de todos mis años por nadie (excepto mi hermano Felipe de Orleans) sentí tanto afecto como por Vd., alguien a quien, aunque jamás se lo dije, consideré desde el primer momento como mi par y mi amigo. Y es ahora, cuando estoy cerca del final, es ahora cuando me siento libre de confesar que nunca, ni por una fracción de segundo, me animó la intención de llevar a cabo su Proyecto de Expedición a Egipto, y que sólo alimenté su expectativa para tenerlo ocupado, entretenido o exasperado o enojado, pero siempre a mi lado, haciéndome compañía. ¡Otros desposarán a las Cleopatras del futuro, tanto renacidas como nuevas, y serán otros quienes conquisten países y amplíen los mercados y eduquen al resto del planeta! Ahora, en mi agonía, sólo me importa mostrarme, por una vez, como un ser sincero y un hombre verdadero (aunque despojado de mis afeites sea al mismo tiempo la nada y la máxima sofisticación, la máscara total y plana, inescrutable). Además, Leibniz, mi mejor amigo, mi único amigo, el único que quise tener y estimé como tal a lo largo de mi vida, es el momento de admitirlo: Vd. no me copió nada; yo construí Versalles y armé los fastos de mi Universo para espejear el encanto de esas burbujas flotantes que Vd. concibió como metáfora de las series infinitas. En una de esas series soñadas sin cálculo alguno, sólo por devoción por el pensamiento puro, yo muero y Vd.

sobrevive en su viaje de conocimiento. Por eso lo impulsé a que me abandonara, porque ésta es la hora. Lo alejo porque no quiero que me vea decaer y sufrir, porque no se puede mirar fijo ni al sol ni a la muerte. No deje de informarle de lo que estudie y aprenda en China a mi bisnieto y sucesor, Luis XV. Adiós, Leibniz. Éste es mi mensaje para Vd.: Yo seré feliz, siquiera póstumamente, no bien el mundo admita que *la estética será la ética del porvenir, Versalles su modelo y Vd. su numen filosófico*.

No se entristezca por mi causa. También Dios morirá solo.

En cuanto a lo que de mí quiero que dure en su memoria… Quiero que se me recuerde como un hombre que luchó incansablemente por su patria y por su pueblo, un hombre que trató de llevar la luz de la civilización a los sectores más recónditos; un soldado del orden y de la ley y de la belleza, pues la belleza es verdad y la verdad es bella. Y si no logro que me piensen bajo esos términos, al menos me gustaría que me recuerden por lo hermoso que fui.

CXCXI

Diálogo entre Luis XIV, extinto Rey de Francia, y el difunto Simon Arnauld de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores

—¿Dónde nos hallamos, querido Ministro?

—No lo sé, Su Majestad.

—Admito que la temperatura es agradable, pero no siento mis piernas. Y tampoco el resto.

—Lo comprendo, Su Majestad. Creo que no estaríamos en condiciones de afirmar que aún poseemos un cuerpo.

—Si no es una ensoñación, entonces, ¿de qué se trataría esto…? ¿Será a causa de la imprecisión tanta bruma?

—Imagino lo mismo que Su Majestad. Pero no estoy seguro.

—¿Coinciden nuestras percepciones? ¿Observa a lo lejos, en medio de esplendores, aquel ilimitado macizo geométrico?

—Sí, Su Majestad. ¿Desea que envíe embajadores, alguna avanzada militar para explorar el terreno?

—No veo la necesidad. Más bien creo que se trata de una forma divina, una especie de versión ampliada y miles de veces multiplicada de mi Versalles… Lo curioso es que aquello que imaginé como una realización

de mi gloria se vuelve terrible a medida que nos acercamos. Espero que esa construcción no crezca hasta ocupar todos los espacios porque entonces llegaría a nosotros y nos aplastaría.

—No lo creo, Su Majestad. Dios la detendrá: hasta Él retrocede ante vuestra magnificencia.

CXCXII

Carta de Roger Villeneuve, agregado militar en Hannover, al Primer Cónsul de Francia, general Napoleón Bonaparte

(*Desgarrado el comienzo de la carta*)… aquí los días son largos y húmedos y las damas de sociedad apenas manejan los rudimentos de una conversación chispeante. Si bien poseen agradable estatura y formas voluptuosas, son desgarbadas, no saben vestirse y se resisten hasta al menor avance, así que en resumen, señor, para disipar siquiera un poco el tedio decidí aumentar mi promedio diario de lecturas y en (*ilegible*) consulté los archivos ducales de la Casa de Braunschweig-Lüneburg (*borroneado*) escarbando en los papeles de esa familia, encontré un documento escrito por un filósofo entonces famoso y hoy olvidado, de nombre Gottfried Wilhelm Leibniz, que visitó Versalles para proponerle a Luis XIV un Proy… (*fragmento mordisqueado por las ratas*). No he podido precisar en qué año aconteció esto ni cuánto tiempo permaneció este filósofo en la corte del Rey, pero por el estado del documento estimo que ocurrió a fines del siglo pasado o principios de este o (*ilegible*) recordemos que Luis XIV gobernó Francia durante más de cinc… (*borroneado*).

Le envío este documento (pomposamente titulado *Consilium Aegyptiacum*); creo que su propuesta podría convertirse en un asunto del máximo interés para nuestra nación. El tal Leibniz, además de filósofo, alquimista, metafísico, epistemólogo, corresponsal de jesuitas, sinólogo, matemático, físico, geólogo, lingüista, inventor, jurista, historiador y bibliotecario, fue asesor de tantas coronas reales que nunca terminaremos de saber a quién sirvió verdaderamente y cuál resultó su papel en la Europa del siglo pasado.

Es un Proyecto de Expedición a Egipto y dice así:

(*El resto de la carta, irrecuperable*)

2 De esto se deriva otra cuestión que no tratamos: ¿podemos seguir teniendo a Dios por un Dios de amor y no por un Dios ilimitadamente cruel, cuando no contempla a los individuos como tales sino como especie destinada a cumplir sus propios fines?

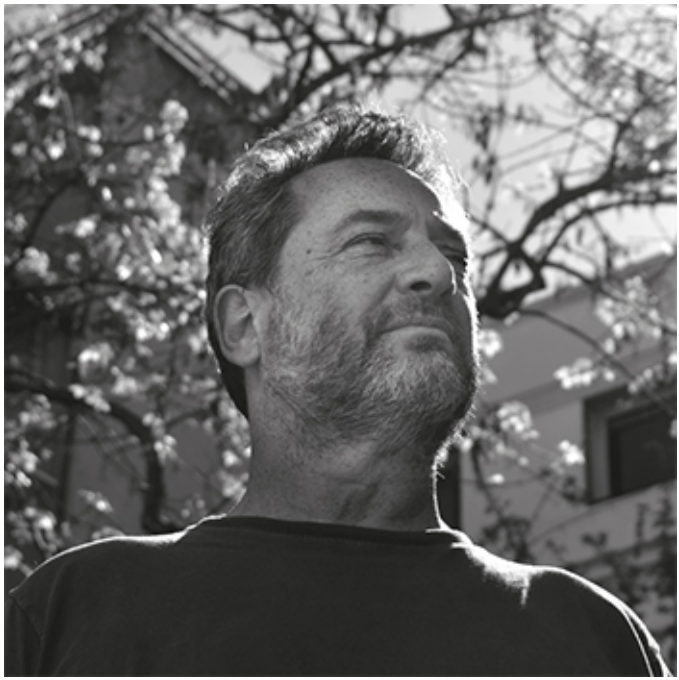
«Guebel es genial, nunca ingenioso. Es el mejor novelista de su –mi– generación. El más monolítico, monolingüe y leve de nuestros grandes autores».
Luis Chitarroni

Nombrado embajador del Imperio Romano Germánico, el filósofo Gottfried Leibniz llega a Francia con una misión: convencer a Luis XIV de invadir Egipto. Sin embargo, aturdido por el teatro de extravagancias de la corte, su determinación va debilitándose poco a poco. El Rey lo evade por los pasadizos secretos y los salones de Versalles, lo embota con manjares, lo escandaliza con insinuaciones libertinas y lo involucra en intrigas palaciegas que amenazan con guerras, crímenes reales y matrimonios fantásticos.

Cuando finalmente Leibniz y Luis XIV se encuentren, compartirán la conversación íntima, la perplejidad existencial, la exploración científica y los universos metafísicos, mientras mueven sus piezas en el juego diplomático que determinará el destino de Oriente y Occidente.

Con potencia literaria y descarada ironía, Daniel Guebel hace estallar la exuberante arquitectura barroca —caprichosa y genial— de la mente del

hombre de poder.

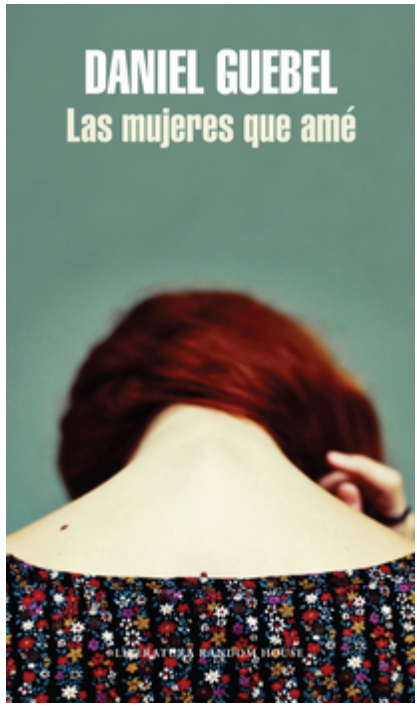


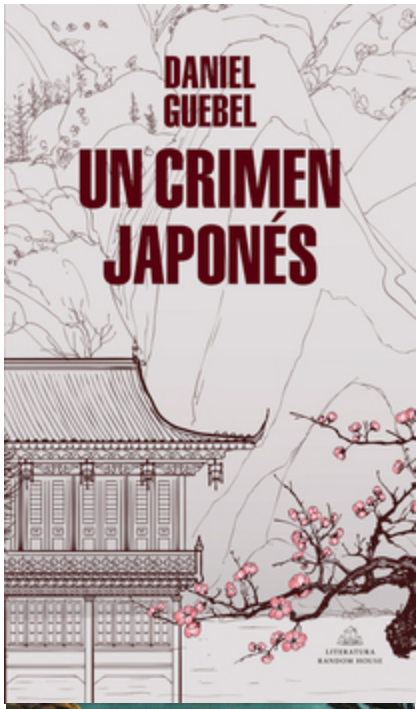
DANIEL GUEBEL

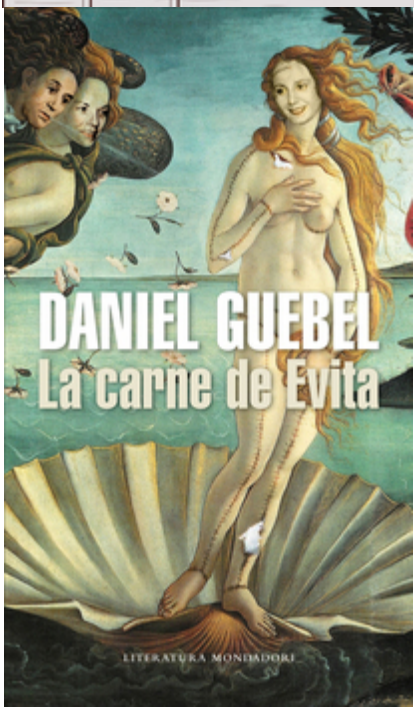
Nació en Buenos Aires en 1956. Escritor, dramaturgo y periodista, es autor de las novelas *Arnulfo o los infortunios de un príncipe*, *La perla del emperador* (Premio Emecé y Segundo Premio Municipal de Novela), *Los elementales*, *Matilde*, *Cuerpo cristiano*, *El terrorista*, *Nina*, *El perseguido*, *La vida por Perón*, *Carrera y Fracassi*, *El caso Voynich*, *Mis escritores muertos*, *Enana blanca* y *El sacrificio*, y de los libros de cuentos *El ser querido*, *Los padres de Sherezade*, *Genios destrozados* y *Tres visiones de Las mil y una noches*. Random House editó las novelas *Ella*, *La carne de Evita*, *Las mujeres que amé*, *Derrumbe*, *El absoluto* (mejor libro de ficción de 2016 según el diario *La Nación*; Premio Literario de la Academia Argentina de Letras, Municipal y Nacional, en la categoría Novela), *El hijo judío* (Premio de la Crítica de la Feria del Libro al mejor libro de

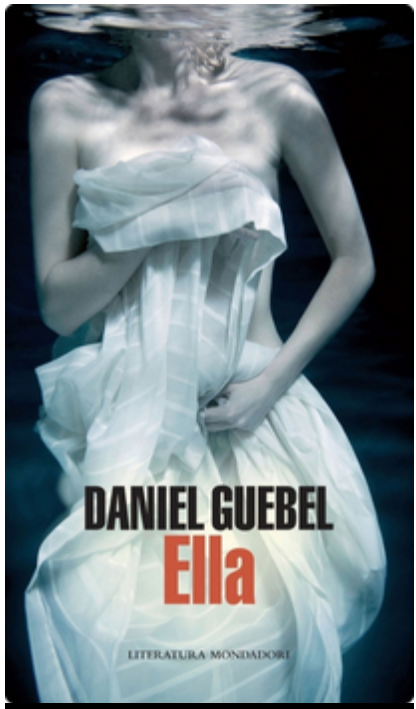
creación literaria en 2019) y *Un crimen japonés*. En teatro publicó *Adiós mein Führer*, *Tres obras para desesperar*, *Padre* y *Pornografía sentimental*. Es autor, junto con Sergio Bizzio, de *Dos obras ordinarias* y *El día feliz de Charlie Feiling*.

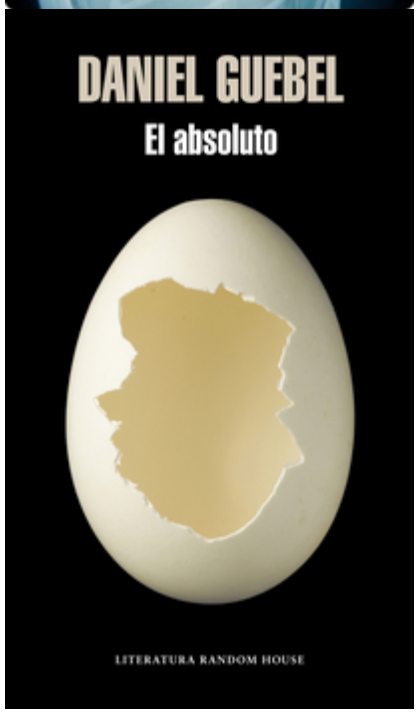
Foto del autor: © Ana Guebel


DANIEL GUEBEL
Las mujeres que amé


DANIEL
GUEBEL
UN CRIMEN
JAPONÉS


DANIEL GUEBEL
La carne de Evita
LITERATURA MONDADORI


DANIEL GUEBEL
Ella
LITERATURA MONDADORI


DANIEL GUEBEL
El absoluto
LITERATURA RANDOM HOUSE

Premio de la Crítica de la Feria del Libro
DANIEL GUEBEL
EL HIJO JUDÍO
Edición corregida y aumentada
LITERATURA RANDOM HOUSE

DANIEL GUEBEL
LITERATURA MONTEMORI
Derrumbe

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Guebel, Daniel
El Rey y el filósofo /
Daniel Guebel. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Random
House, 2023.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital:
descarga y online
ISBN
978-987-769-303-4

1. Narrativa Argentina.
I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

© 2023, Daniel Guebel
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
Balmes, 209, 6º 2º, 08006 Barcelona,
Teléfono + 34 93 212 47 91
E-mail: info@casanovaslynch.com

Edición en formato digital: abril de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni

distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-303-4

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

El rey y el filósofo
Primera parte
I. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
II. Diario de Johann Georg von Eckhart. Diario de Johann Georg von Eckhart
III. Diario de Johann Georg von Eckhart. Diario de Johann Georg von Eckhart
IV. Diario de Johann Georg von Eckhart. Diario de Johann Georg von Eckhart
V. Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra. (Con copia a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía de Su Majestad)
VI. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
VII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
VIII. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
IX. Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, a Johann Georg von Eckhart, Conde alemán

X. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
XI. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
XII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
XIII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XIV. Carta de Antoine Arnauld, lógico, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
XV. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Antoine Arnauld, lógico
XVI. Carta de Antoine Arnauld, lógico, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
XVII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Antoine Arnauld, lógico
XVIII. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XIX. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a su antecesor en el cargo, Nicolas Fouquet, preso en el castillo de Pignerol
XX. Carta de Nicolas Fouquet, ex Ministro de Finanzas, preso en el castillo de Pignerol, a Jean-Baptiste Colbert, actual Ministro de Finanzas
XXI. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXII. Carta del Conde Johann George von Eckhart a Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau
XXIII. Carta de Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau, al señor Conde Johann George von Eckhart
XXIV. Carta del Conde Johann George von Eckhart a Philippe de Courcillon, Marqués de Dangeau
XXV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General

de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
XXVI. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XXVII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier
XXVIII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXIX. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXX. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXI. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXIII. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XXXIV. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXV. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XXXVI. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXVII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXVIII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XXXIX. Diario de Johann Georg von Eckhart
XL. Diario de Johann Georg von Eckhart
XLI. Diario de Johann Georg von Eckhart
XLII. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XLIII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XLIV. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XLV. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XLVI. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
XLVII. Diario de Johann Georg von Eckhart
XLVIII. Diario de Johann Georg von Eckhart

XLIX. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
L. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
LI. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
LIII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LIV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
LV. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LVI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
LVII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
Segunda parte
LVIII. Diario de Johann Georg von Eckhart
LIX. Diario de Johann Georg von Eckhart
LX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXI. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de

Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXII. Transcripción de la conversación mantenida entre el Rey y el filósofo en el Gran Salón del Trono, en ocasión de su Tercer Encuentro
LXIII. Diario de Johann Georg von Eckhart
LXIV. Carta de Johann Georg von Eckhart, amanuense, a Johann Philipp von Schönborn, Elector de Maguncia
LXV. Diario personal de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LXVI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXVII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXVIII. Diario de Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
LXIX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz a S.M. Leopoldo I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslavonia, Archiduque de Austria
LXXI. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
LXXII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
LXXIII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de

Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
LXXIV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
LXXV. Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
LXXVI. Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Su Majestad Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
LXXVII. Carta de Leopoldo I a Luis XIV
LXXVIII. Carta de Luis XIV a Leopoldo I
LXXIX. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía de S.M., a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
LXXX. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
LXXXI. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
LXXXII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
LXXXIII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
LXXXIV. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
LXXXV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
LXXXVI. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a

Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LXXXVII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
LXXXVIII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
LXXXIX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XC. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
XCI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XCII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
XCIII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XCIV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XCV. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
XCVI. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XCVII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
XCVIII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra,

Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
XCIX. Diario de Wilhelm Gottfried Leibniz
C. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Wilhelm Gottfried Leibniz, filósofo
CI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
CII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CIII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CIV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CV. De Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gabriel Nicolas de la Reynie
CVI. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CVII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
CVIII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CIX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
CX. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CXI. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le

Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CXII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXIII. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Imperio Otomano
CXIV. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXV. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXVI. De Luis XIV a Leibniz
CXVII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXVIII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CXIX. Diario de Gottfried Wilhelm Leibniz
CXX. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXXI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXXII. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXXIII. Diario de Gottfried Wilhelm Leibniz
CXXIV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXXV. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXXVI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
Tercera parte
CXXVII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXXVIII. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra

y Conde Rival de Barcelona
CXXIX. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXXX. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CXXXI. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXXXII. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CXXXIII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXXXIV. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXXXV. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXXXVI. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano
CXXXVII. Carta de Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia
CXXXVIII. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas del reino de Francia, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano
CXXXIX. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXL. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste

Colbert, Ministro de Finanzas
CXLI. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXLII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXLIII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXLIV. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXLV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXLVI. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXLVII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXLVIII. Carta de Luis XIV a Leibniz
CXLIX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CXLX. Carta de Luis XIV a Leibniz
CL. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLI. De Luis XIV a Leibniz
CLII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLIII. De Luis XIV a Leibniz
CLIV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
CLV. De Luis XIV a Leibniz
CLVI. Diario privado de Gottfried Wilhelm Leibniz

CLVII. Carta de Luis XIV a Leibniz
CLVIII. Carta de Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CLIX. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
CLX. Carta de Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, a Gottfried Wilhelm Leibniz
CLXI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Leopoldo I de Habsburgo, Rey de Hungría y de Bohemia, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
CLXII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y de Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLXIII. Carta de Luis XIV a Leibniz
CLXIV. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLXV. Carta de Luis XIV a Leibniz
CLXVI. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLXVII. Carta de Luis XIV a Leibniz
CLXVIII. Carta de Gottfried Wilhelm Leibniz a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLXIX. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXX. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CLXXI. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de

la Guerra
CLXXII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CLXXIII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
CLXXIV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXV. Carta de Jean-Dominque Cassini, selenógrafo, agrimensor, matemático, astrónomo, ingeniero, astrólogo y biólogo, director del Observatorio de París y miembro de la Academia de Ciencias, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXVI. Carta de Jean-Dominique Cassini, selenógrafo, agrimensor, matemático, astrónomo, ingeniero, astrólogo y biólogo, director del Observatorio de París y miembro de la Academia de Ciencias, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXVII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXVIII. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXIX. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona
CLXXX. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXXI. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués

de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXXII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
CLXXXIII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXXIV. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CLXXXV. Carta de Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas, a Köprülü Mehmed Paşa, Gran Visir del Sublime Imperio Otomano
CLXXXVI. Diario personal de Gottfried Wilhelm Leibniz
CLXXXVII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra
CLXXXVIII. Carta de François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
CLXXXIX. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra
CXC. Carta de Luis XIV, Rey de Francia y Navarra, Copríncipe de Andorra y Conde Rival de Barcelona, a François-Michel Le Tellier, Conde de Louvois, Ministro de la Guerra
CXCI. Diario de Wilhelm Gottfried Leibniz
CXCII. Carta de François-Michel Le Tellier, Marqués de Louvois, Ministro de la Guerra, a Jean-Baptiste Colbert, Ministro de Finanzas
CXCIII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan
CXCIV. Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía

CXCV. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan
CXCVI. Carta de Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan, a Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía
CXCVII. Carta de Gabriel Nicolas de la Reynie, Teniente General de la Policía, a Françoise-Athénaïs de Rochechouart, Marquesa de Montespan
CXCVIII. Carta de Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores, a Gottfried Wilhelm Leibniz, filósofo
CXCIX. Carta de Dominique Mersault, Capitán de Navío de la fragata Cadmus, a Simon Arnauld, Marqués de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
CXCX. Carta de Luis XIV a Gottfried Wilhelm Leibniz
CXCXI. Diálogo entre Luis XIV, extinto Rey de Francia, y el difunto Simon Arnauld de Pomponne, Ministro de Relaciones Exteriores
CXCXII. Carta de Roger Villeneuve, agregado militar en Hannover, al Primer Cónsul de Francia, general Napoleón Bonaparte
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos